

Trunca Lambada

Novela

Julio Carreras

Trunca Lambada

Novela

Anacrusa

Existe un serio riesgo en perseguir los niveles más altos: el de alcanzar uno cuya obtención fuera imposible en nuestro entorno más próximo y quedar después suspendido en el vacío, sin chance de compensar la soledad espantosa tras el final de la experiencia. Tal circunstancia me sobrevino en noviembre de 1989, luego de vivir una relación de casi 12 meses con Oona Holst, una muchacha de Tübingen. Algunos días antes de que se fuera, el 7 de noviembre, ella cumplió 24 años; yo, en agosto, había alcanzado los 40. Pocas veces el desconsuelo asumió características de tan desoladora regularidad en mi corazón, como en aquellos extraños días del estío a comienzos de 1990. Desde la ventana del departamento recién alquilado en la ciudad contemplaba el extendido barrio de familias pobres que habían dado en llamar Villa Col, donde al son de la inquietante Lambada dos descamisados ebrios peleaban, mientras un revuelo de mujeres trataba de separarlos entre la polvareda. Contemplaba aquello una tarde, solo, pues Lucía con las chiquitas habían viajado a*

Córdoba y mi corazón volaba indiferente por encima de los sucesos pero a la vez cruelmente tironeado, como un Túpac Amaru, hacia la muchacha que ya estaría reacostumbrándose a los aires del Neckar, por una parte, y mis tres hijitas, sin quienes para mí no existiría la vida. En tanto los robustos borrachos eran separados, regresaban a sus casuchas arrastrados entre tropezones por mujeres y amigos, sólo para aparecer a los pocos minutos, revolcándose y arrancándose a golpes chispazos de sudor, bajo el visceral afrodisíaco de la Lambada, emergiendo procaz del horizonte, ya rojizo frente a la penosa huída del sol.

Ella nos había mandado una fotografía de Charles Chaplin en un sobre sellado por el Correo de Buenos Aires. En esos para mí torturantes días que siguieron a su partida me había ido de casa, una siesta, luego de la horrible disputa verbal con Lucía, debida a su intercepción de una carta que nunca me mostró y por la cual dijo descubrir aquella relación. Me fui, sólo para volver algunas horas más tarde, con la excusa de que no podía encontrar una pensión para trasladarme, pero rendido en verdad ante la evidencia de que mi alma no podría soportar el alejamiento de mis hijitas y me moriría. Qué sucedía adentro: me encontraba, por enésima vez, ante la evidencia de que no éramos compatibles con Lucía, incluso hasta éramos particularmente adversos, me encontraba con que maravillosamente se había abierto ante mí la oportunidad de amar a alguien con toda mi alma, alguien que a la vez era extraordinariamente afín... pero no podía hacerlo, pues para luchar por este amor debía irme, trasladar este cuerpo lejos de mis hijas; y en verdad eso para mí resultaba sencillamente imposible. Así que decidí quedarme, padecer –u obligar a Lucía a padecer– nuestra mutua aversión, pero salvar ese derecho que tenían nuestras hijas a contar con su padre y su madre, no simbólicamente, sino a su lado, protegiéndolas y amándolas cada minuto de sus vidas mientras lo necesitaran. Mi corazón se llenaba de alegría sólo con pronunciar los nombres de nuestras hijas, con mirarlas, con procurar cada día algún pequeño elemento que las niñas necesitaran; así es que no era para mí este aspecto de la empresa un sacrificio, sino por el contrario,

*representaba más bien una gozosa redención –superior incluso a cualquier pena, por intensa que esta fuera.***

* Como un pez que ha sido secuestrado del ancho océano para encerrarlo en una esfera de cristal, yo andaba los primeros días, después de su partida, por las ajenas calles de Santiago, sintiendo los ruidos de los autos y la gente como si transcurrieran separados de mí, en planos atmosféricos de diferente densidad, tanto como podrían serlo ante el pez la atmósfera exterior en comparación al agua donde ahora dificultosamente se desplazaba, confinado.

** Deberíamos relacionar quizás tales sentimientos con la horrorosa experiencia vivida durante mi juventud, al provocar un aborto que terminó con las vidas de mi novia Laura y nuestra hijita. Luego de que todo pasara sentí tanto dolor y remordimiento, que nada de lo ocurrido en el resto de mi vida fue tan difícil de soportar como los días en que, convertido en zombie, deambulaba por las calles de Córdoba con el corazón partido, sin poder parar de sangrar. Como si me arrastrara con la cabeza gacha, de rodillas, y estas en carne viva, frotando contra el pavimento tras el pantalón roto, no había calma ni absolución para mi espíritu abominable en aquellos tiempos. Luego de que sensaciones muy intensas y posteriormente la cárcel –era el período de nuestra lucha armada contra el ejército capitalista– hubiesen ordenado –si no apaciguado tal dolor, acomodando su presencia junto a una serie de asuntos sentimentales que en mi vida debería encaminar, pude tomar nuevamente el timón de mi alma, llevándola poco a poco a una navegación segura, aunque todavía se presentaran otras tormentas en su exterior. Así, el milagro de nuestras hijas fue como un amanecer glorioso para mi existencia, luego de once años cuyas zozobras y quebrantos serían difíciles de enumerar, aunque en tal propósito ocupara quinientas hojas. Se comprenderá pues cómo, del mismo modo que el fugitivo de Cayena, quien luego de arrastrarse por un largo túnel ha emergido ante un día luminoso, a la orilla de un dulce mar, me cuidara desde entonces cual convicto de cualquier tropezón que pudiera precipitarme hacia atrás. Mi corazón había venido a encontrar la calma y la felicidad, por primera vez luego de todos esos años, en la existencia de mis hijas.

Nota: En relación con la frase “nada de lo ocurrido en el resto de mi vida fue tan difícil de soportar” debo mencionar que luego de aquella circunstancia con Laura me ocurrieron otras gravísimas, como ser secuestrado y torturado por bandas policiales, permanecer durante un año junto a cientos de compañeros militantes, principalmente del ERP y Montoneros, en la prisión militar, padeciendo golpes, humillaciones y requisas diarias, soportando el asesinato de mis amigos y también de las jóvenes compañeras, entre ellas mi esposa, quienes sufrían semejantes o peores escarnios en otros pabellones. Además de otros seis años en la cárcel política de la dictadura militar genocida. Todo ello no me mató ni me doblegó; más bien sirvió para templarme en la secreta convicción de que tales calamidades, constituían una

oportunidad grandiosa con la cual purgar secretamente mis errores, permitiendo así, más tarde, continuar con mi existencia aligerado de lastres: feraz...

Capítulo 1: Oona

Cómo empezó esta historia

Oona Holst llegó de Alemania el 10 de noviembre de 1988. Al día siguiente estaba en Rodeo. Yo me enteré de su llegada –aunque no de su nombre– por Lucía, quien hizo algunos comentarios cáusticos sobre la suaba antes del almuerzo. Por ello me puse alerta sin demostrarlo: si le había caído mal a Lucía probablemente era linda. –Típica alemana: grandota, cara de boba, horriblemente pálida, ojos celestes desabridos; su castellano da risa– había comentado Lucía, sin asignarle demasiada importancia. Me quedé tranquilo, no me precipité a verla. Sabía que por mi responsabilidad –director del Centro de Capacitación– tarde o temprano debería encontrarme con ella, pues venía a trabajar como maestra jardinera.

Esto sucedió al día siguiente. Teníamos una reunión del consejo directivo, donde yo ocupaba ahora el puesto de primer vocal y se haría en la casa que fuera de Jörg Kolschröder –expulsado por mi anterior lucha–, ahora espacio de reunión y alojamiento para huéspedes. Habíamos venido bromeando con Helga Zimmerling –otra alemana, casada con un santiagueño y desde hacía mucho tiempo habitando en La Banda–, al llegar ya estaban Peter Schmergen con los otros miembros de la comisión, un ingeniero y un maduro profesor. Apenas entrar la vi en el rincón más penumbroso, encima de un ancho sillón de algarrobo y cuero. Peter dijo quién era y ella apenas se incorporó, extendiendo una mano larga para saludarnos. Era muy alta. Parecía agobiada y asustada, con la expresión de quien se ha percatado, a destiempo, de haberse metido en un lío. Comprendí que el brusco cambio de clima no le había caído bien; aún parecía presentar los signos del cansancio por el largo viaje. Vestida de

blanco –chaqueta holgada y pantalón ancho, ambos de hilo–, los dedos de sus pies, largos, emergían de dos rústicas sandalias.

Junto al extremo de la mesa, de espaldas a ella, se habían colocado el profesor Di Mateo y el ingeniero Ruiz, los otros miembros del directorio. Sin hacerle mucho caso nos sentamos con Helga ante el extremo opuesto de la mesa; yo quedé justo frente a la nueva alemana, aunque a unos cuatro metros de distancia. Por la ventana, meticulosamente protegida por mallas metálicas, filtraba el sol del verano. El pelo rubio, ensortijado, de Helga y sus redondos anteojitos de oro brillaban por los reflejos, se sonrojaba, una y otra vez. Ella era por entonces una mujer como de 34 años; nos regalábamos, en cada encuentro, un juego de sutiles afectuosidades, consistente en hacer chistes, generar códigos privados, minúsculas complicidades, pero principalmente en demostrar la alegría chispeante que nos embargaba con sólo vernos. No pasaba de esto, por respeto a nuestra condición de casados, o tal vez porque ninguno de los dos consideraba la mutua atracción tan indeclinable como para saltar los límites. Festejábamos, pues, a la menor oportunidad y nos sentábamos juntos en casi todas las reuniones.

A lo largo del tiempo que estuvimos allí Oona no había dejado de mirarnos. Lo hacía con una expresión fija, algo desmayada; su nariz me pareció larga, sus labios singularmente rojos, anchos, pulposos, recordándome al cuerpo sin caparazón de una langosta de mar. Sus cabellos, extremadamente rubios, caían planos, por los costados de un rostro de contorno muy germano. Físicamente, representaba a la perfección lo que desde Theodor Poesche y Wagner, en el siglo XIX, fuese llamado “pureza aria”. Tentado estuve de darle la razón a Lucía, sobre la vacuidad de los ojos celestes. Parecía haber sólo bruma atrás. Algo me llamó la atención: el fragmento de sus sólidas piernas que se veía, entre los tobillos y la bocamanga del pantalón, estaba cubierta de pelusa dorada. Al parecer no tenía el hábito de depilarse, como las mujeres conocidas por mí.

Una fiesta infantil

Recién dos o tres días después volví a encontrarme con ella, para planear el trabajo de la guardería. Prácticamente no hablaba castellano, por lo cual la comunicación se hacía bastante difícil. Schmergen actuaba como traductor, pero era un tipo muy ocupado, así que deberíamos arreglarnos como pudiéramos en lo sucesivo. Habían citado a la maestra local que se contrataría para servir de ayudante: era una chica bastante linda, como de 19 años, ansiosa por trabajar y ganarse su propio sueldo, así que se esforzaba por quedar bien con la alemana. Se llamaba Lorena. En el ínterin ya había regresado de su expedición al norte Holger Bewerloh, otro huésped de la casa que ahora llamábamos “comunitaria”, pero en realidad se usaba casi únicamente para alojar a alemanes. Holger era un estudiante de ciencias sociales que viniera unos meses atrás para cumplir con una pasantía. Alto, con barba y largos cabellos marrones, ojos oscuros medio cruzados bajo anteojos de vidrios gruesos, la piel quemada por el sol, no denotaba su condición de alemán salvo cuando empezaba a hablar.

Como una semana después volvimos a reunirnos, Oona, Lorena y yo; la alemana pidió inspeccionar nuestra guardería en construcción. Había avanzado algo —aunque muy poco— en su manejo del castellano, lo suficiente para lanzar algunas advertencias en un tono autoritario que no me agradó. Cosas como que “allí se cumpliría estrictamente con la disciplina”, que todos “debíamos trabajar ordenadamente” y que “ella fijaría las tareas a realizar”, parecieron mostrar una faceta rígida de su personalidad. Luego de mi primer rechazo interior comprendí que había sido adoctrinada por Schmergen. Eran aquellos prejuicios los que se expresaban a través de su boca; ellos unidos a la aversión que por entonces me tenía, debido a su creencia —por otra parte absolutamente injustificada— de que yo intentaba disputarle la supremacía en la organización. Me propuse no perder la paciencia, y aunque Schmergen tenía la ventaja sobre mí del idioma alemán, en el cual podía transmitir a sus connacionales ideas que no siempre podía conocer, acepté también en este espacio nuevo que se abría, la disputa entablada durante los últimos meses. Además —aunque todavía ni a mí mismo me lo confesaba— Oona me gustaba mucho, ya. Me gustaba y

me desafiaba. Su personalidad era muy independiente, a diferencia de las mujeres argentinas, sin perder por ello un elevado refinamiento en sus modales. A diferencia, otra vez, de las mujeres argentinas, que creían afirmar su personalidad actuando groseramente, mientras en lo más íntimo seguían dependiendo lastimosamente de los hombres para cuestiones vitales.

A pocos días de su llegada le pedí que me acompañara a una fiesta para niños que se hacía en un club de la ciudad. De paso, me ayudaría llevando a una de mis hijitas en su bicicleta. A la hora fijada, siete menos cuarto, estuvo en casa. Ella cargó a Angelita en su portaequipajes, yo a Sol. Pasamos un rato muy lindo, mirando los payasos y otros juegos para chicos de la fiesta. Pese a que ella casi no entendía el castellano, y había demasiado ruido como para conversar, nos entendimos. Al regreso, compramos unas latitas de gaseosa para mis hijas en un almacén que estaba a la salida. Tres sudorosos muchachones sin camisa tomaban cerveza, sentados en el suelo. Se notaba que habían salido de trabajar y se refrescaban. Uno de ellos me estiró la botella: la acepté, e hice un extenso trago. Luego se lo agradecí con cortesía. Oona, desde su bicicleta junto al cordón, nos observaba sin perderse un detalle.

Una de esas primeras noches fuimos a cenar; por esos tiempos solíamos comer mucho, tomando bastante vino. Nos sentamos en la vereda de un pequeño restaurante, y pedimos milanesas a la napolitana. Noté que ella trataba de hacer, por cortesía, lo que nosotros. Entonces la obligué, malignamente, a comer y a tomar más de lo que necesitaba, sólo por divertirme con su cara, que se había puesto hinchada, como si estuviera a punto de vomitar. ¿Por qué actué así? No lo sé. Toda nuestra relación durante aquellos casi doce meses estuvo salpicada por arrebatos de crueldad encubierta en algunas de mis conductas hacia ella, debido a cierta inexplicable necesidad de lastimarla que me sobrevenían. También ella tendría, bueno es decirlo, actitudes crueles hacia mí (iba a reconocerlo, dos años después, en una carta). El día siguiente a aquella cena –a la cual habíamos ido con las chiquitas, Lucía y Holger– Oona no pudo levantarse hasta el atardecer por un ataque al hígado. Su cortesía la llevó a asegurarme que no había sido la comida, sino el no haberse aclimatado del

todo, aún, al calor de Santiago, y mi cinismo a aceptar que así debía ser, cuando sabía perfectamente que había enfermado por mi tonta gansada de obligarla a comer sin necesidad.

La corrupción argentina

Algunos días después tuve oportunidad de reivindicarme y no la desaproveché. Su padre le había enviado un sobre acolchado que contenía una remera –pues sabía que en Argentina empezaba el verano– y un perfume. El sobre llegó abierto y adentro sólo había una carta... ¡donde entre otras cosas reiteraba que venían, junto con ella, la remera y el perfume! Pues en la carátula del sobre llevaba, aunque en alemán, la aclaración de su contenido, y más abajo, en castellano, una nota mencionando los objetos. ¡Nada les había importado a los empleados del correo, y con todo desparpajo le habían entregado a Oona el gran sobre prácticamente vacío!... Me indigné por esta perversidad padecida en numerosas oportunidades, pero particularmente porque se trataba de una extranjera, ante quien estos imbéciles nos desprestigiaban brutalmente –por si hiciera falta aún más. Ella había venido a consultarme, acompañada con un profesor, acerca de cómo hacer el reclamo. Le dije que iríamos inmediatamente al correo. Tomé la camioneta, entonces, y unos cinco minutos después estábamos ante el jefe de la delegación local del Correo. Se disculpó pero dijo que él nada podía hacer, más que elevar una nota a Tucumán, donde estaba la aduana.

–¿Pero no está la aduana en Buenos Aires? –pregunté.

–Bueno, desde allí la mandan a Tucumán, para un segundo control. Recién luego de revisada, llega a la sucursal Santiago, y luego aquí.

–¿Qué debemos hacer, entonces? –pregunté–: ¡Esta situación es vergonzosa, la señorita es europea, hace apenas unos días ha llegado a nuestra patria, mire la idea de nosotros que les estamos dando!...

Oona nos miraba alternativamente, quizá sin entender todo lo que yo decía pues hablaba muy rápido, mas seguramente se daba cuenta de mi indignación.

—Presente una nota, dirigida al jefe de Distrito, en Santiago. Aunque, mire, entre nosotros, yo creo que las cosas las han robado en la misma aduana del correo, en Tucumán.

—¿Usted está dispuesto a denunciar eso en Santiago? —le pregunté. El tipo me miró como si fuera estúpido.

—¿No le dije acaso “entre nosotros”? —recalcó.—Es una suposición. Pero es lo que pasa siempre. ¿Y quiere que le diga más? Va a ser muy difícil que puedan recuperar algo.

Esa actitud resignada ante la corrupción de nuestra sociedad me hizo hervir la sangre. Sin inmutarse en absoluto, un funcionario del Correo me estaba diciendo ¡que no valía la pena intentar aclarar un robo en su propia institución, porque era algo habitual!... Se mostraba impaciente, además, como si por una cuestión nimia estuviésemos distrayéndolo de sus importantes ocupaciones. No disimulaba su deseo de que nos fuéramos de una buena vez.

—Entonces haremos la denuncia en la policía —amenacé.

—Usted es dueño de hacerla, profesor —contestó el hombre, que me conocía. Pero bajó los párpados, y por su expresión comprendía que estaba pensando “son un par de boludos”.

Enfurecido enfilé a toda velocidad con la camioneta hacia la policía. Oona corría tras de mí cuando caminábamos y soportaba estoicamente, a mi lado en la camioneta, las bruscas aceleradas y los portazos que daba al subir o bajar —como si de ese modo pudiera obtener mejores resultados. En realidad estaba tratando desesperadamente de indicar que no todos los argentinos éramos como esos hijos de puta del correo de Tucumán, o de donde mierda fueran quienes le habían robado. *

En la comisaría nos atendió un gordo suboficial con bigotes de vizcachón. El escepticismo del dependiente de correos tenía su paralelo en el escribiente que nos tomó la declaración. Oona firmó como denunciante, yo como testigo.

Y allí terminó la historia. Jamás conseguimos resultado alguno, ni siquiera que se determinara el lugar aproximado donde los objetos habían desaparecido, pese a que

fuimos dos o tres veces más a la policía, y preguntábamos cada vez que pasábamos a retirar otra correspondencia, en la delegación postal. Finalmente nos ganaron por cansancio.

* Este tipo de violaciones en el Correo Argentino me ha ocurrido en numerosas oportunidades, con libros, cartas u otros envíos. Pese a sufrir mucho con ellas, me había resignado en parte atribuyéndolas al brutal sistema de espionaje que sobreviviera intacto luego de la dictadura militar. Obviamente controlarían la correspondencia de quien había sido un revolucionario conspicuo. Cuando sucedió lo de Oona, constaté que todos estábamos sometidos a este humillante tratamiento por parte de los empleados del correo, y ya no creí que fuesen únicamente los esbirros quienes nos lo aplicaran a los sufridos corresponsales. Por si hiciera falta subrayarlo aún más, en el año 1996 padecí el robo de un CD de cierto envío mensual que me efectuaban de Italia. Era la segunda vez. La primera –el mes anterior– me habían robado el sobre completo. Reclamé a Italia, y me lo mandaron de nuevo, esta vez por un correo privado que lo trajo a mi casa envuelto como si fuese material radioactivo. Me dio vergüenza de que los italianos tuviesen que apelar a semejantes prevenciones, con un gasto muchísimo mayor para sus envíos. La segunda oportunidad en que la revista mensual con los CD a que estaba suscripto no llegó, fui al Correo Argentino por centésima vez en mi vida con el ánimo protestar. Debido principalmente a que durante algún tiempo había sido proveedor de impresiones para ellos y me tenían cierto respeto –por mi trayectoria pública como escritor y periodista– conseguí luego de pasar de un burócrata a otro que el Jefe de Depósitos me concediera entrar aquella tarde para buscar yo mismo entre la correspondencia desechada... allí encontré el grueso sobre con mi nombre y dirección, abierto, solamente con la revista mensual sobre música que recibía –manoseada, arrugada– pero sin los CD que habitualmente traía. Buscando un poco más, encontramos uno de ellos... Era indignante: la durísima envoltura de plástico que aislaba la revista y los CD había sido completamente desgarrada, luego de abrir el sobre brutalmente, para robar su contenido. En su portada la revista anunciaba claramente que traía dos CD... se lo hice notar al Jefe. Este todavía me miraba como si yo fuese un impertinente, como si en vez de haberme perjudicado ellos a mí yo los estuviese molestando, agravando... La corrupción de este país ha llegado a todos los ámbitos de nuestra sociedad: he ahí una de las causas principales de nuestra decadencia en picada de los últimos años. Podría contar cientos de situaciones sucedidas sólo con el Correo... pero basta.

Aquella vieja canción

Una tarde, mientras seccionaba mosaicos para el piso de la guardería junto a los albañiles, se cortó la punta del dedo con una máquina. Me avisaron y fui a auxiliarla. Me impresionó bastante ver aquello pues se había rebanado literalmente un pedazo de

la yema del índice izquierdo. La acompañé a su casa y la curé, desinfectando la herida con agua oxigenada y envolviéndola luego con gasa, que pegué con cinta adhesiva. En el ínterin ella sufrió una leve descompensación, por lo cual la ayudé a ponerse en cama, como estaba (con su pantalón ancho y su chaqueta blancos un poco manchados de tierra, con sandalias). Discretamente me senté en un rincón y otra vez la tuve mirándome como entre brumas, los cabellos en desorden un poco mojados en transpiración. Sentí piedad –mezclada con afecto– hacia aquella muchacha de expresión desolada, y se me ocurrió cantarle algo pues había allí una guitarra. El único tema que me salía aceptablemente era una vieja balada romántica de Luis Aguilé, que decía “Siento que no escuchas, ni siquiera mi canción... ella fue testigo, de todo mi dolor”, y en el estribillo declaraba la imposibilidad de vivir sin el amor de una muchacha ideal. Oona abrió mucho los ojos, sorprendida, pero cambió su expresión, volvió a ponerse un poco ruborosa, y a medida que avanzaba la canción noté que mi música la regocijaba. Terminé el tema y guardé la guitarra, levantándome para dejarla descansar, según declaré. Me despedí dándole un beso en la frente y acariciando apenas sus cabellos, que me parecieron extraordinariamente suaves. Desde aquel momento ya no pude olvidarla.

La música del alma

Ya no pude dejar de pensar en ella a pesar de que lo intentaba constantemente. Por lo demás la veía a cada tanto, de lejos, ir y venir, saliendo o entrando de la casa, cruzándose hacia la guardería –que estaba en un punto intermedio entre nuestra casa y la de ella, a unos cien metros de cada una, junto a la casa de los alumnos, formando un ángulo más o menos de 75 grados entre las cuatro.

Una mañana la vi entrar en la guardería casi terminada, y me fui enseguida pues además yo tenía que salir pasando por allí. Entré, ella estaba acomodando unos pequeños muebles que habían traído de la carpintería. En el acto se me ocurrió decirle “¡Feliz cumpleaños!”, y antes que pudiera reaccionar tomé su rostro entre mis manos y

la besé en los labios. Fue un dulzor breve; ella me apartó pronto aunque sin brusquedad, diciendo, perpleja:

—¡Hoy no es mi cumpleaños!

A lo que contesté.

—Ah, ¿no? ¡Pero podemos empezar a celebrarlo!

—¡*Schaize!*—, murmuró ella torciendo la cara, aunque con expresión divertida, en una actitud que iba a repetirse luego ante mis salidas. Yo no tenía aún la menor idea de cuándo era su cumpleaños, se me había ocurrido la treta en aquel instante.

Por las noches no podía dormir pensando en algo que se imponía a mi imaginación: ir a buscarla. Una y otra vez me veía atravesando el campo y acercándome a su ventana, para pedirle que me dejara entrar. Sería muy riesgoso hacer esto, pues en la habitación de al lado se alojaba Holger, al cual se había agregado por esos días otro alemán que iba a estar tres semanas. Un domingo por la noche no resistí más y me lancé a la aventura. Había preparado la situación yendo a dormir en la casa de los alumnos; esta poseía una habitación para el preceptor, que nadie usaba. Los chicos habían estado diciendo en esos días que tenían miedo, pues escuchaban ruidos de noche: eran muy supersticiosos, temían a los aparecidos (almas en pena o monstruos fantasmales). Con ese pretexto dije que iría a acompañarlos. Lo que me proponía en realidad era poder salir, sin que Lucía se enterase, para buscarla a Oona. Se me había ocurrido la loca idea de invitarla a caminar por el campo, bajo la luna. Soñaba con eso. Y en mi mente nos veía a los dos, sentándonos a la orilla del ancho canal, entre los eucaliptus y los álamos.

Teníamos unos diez alumnos, de entre 14 y 18 años, escogidos de entre familias muy pobres, aborígenes, del norte de Salta. Ellos estaban becados por la Stiftung para hacer un aprendizaje agrotécnico en nuestras instalaciones y vivían allí. Con impaciencia mordiente esperé que todos se durmieran. Habrán sido las doce y media cuando me escabullí sin hacer ruido. Atravesé el extenso campo abierto como quien

pisa un espacio minado, pero nadie me vio. Por fin llegué a su ventana. Todo estaba bastante iluminado, pero sobre aquel sector caía la suave sombra de un ciprés. Esa noche era más peligroso aún hacer mucho ruido, pues como había tenido lugar una pequeña fiesta, se había quedado a dormir también uno de los profesores, en la otra habitación, junto con los alemanes. Cuando recuperé el aliento, empecé a rascar la tela metálica de la ventana, entonces, y a llamarla.

—¡Oona!..., ¡Oona!... —susurraba, sintiéndome asustado y ridículo a la vez. Nadie me contestaba. Pero escuché el leve sonido de su cuerpo moviéndose en la cama, y comprendí que estaba despierta. Se ve que había decidido no atenderme, sin embargo, pues se mantuvo en silencio, hasta que consideré demasiado riesgo el continuar allí y me retiré.

A la mañana siguiente debía viajar a Santiago, pero antes de salir —muy temprano— decidí pasar a saludarla. Ella estaba preparando algunos papeles cuando entré. Me miraba con expresión asombrada, curiosa e inquisitiva. En cierto momento me preguntó:

—¿Vos has estado en mi ventana anoche?

Yo le contesté, simplemente:

—Sí.

—¡Oh!—dijo ella—. ¿Y por qué?

Miré un instante para otro lado, hacia el resplandor del sol que comenzaba a entrar, reflejado, por la ventana. Sin contestar me despedí, presuroso, dándole un beso en la mejilla. Ese día anduve en Santiago haciendo trámites para la Stiftung pero sin poder olvidar cada detalle de ese breve encuentro, el dulce rostro de Oona que a la sazón se había vuelto sonrojado y vital, sus ojos celestes tan luminosos, su pelo como una lluvia de oro suavísimo cayendo en graciosa melenita a los lados, y sus labios, tan carnosos, de dibujo tan exquisito, tan expresivos. Su voz que parecía musicalizar cada palabra, pronunciada en un tono deliciosamente culto sin jamás levantar la voz ni proferir en ningún momento la menor desarmonía. Su voz era suave, su tono tenía

ciertos matices sentenciosos, modulaba los sonidos de tal forma que parecían llegar a través de un filtro acuático.

Por otra parte, su personalidad era encantadora; exhibía modales de un refinamiento natural, sin el menor asomo de afectación, y enseguida comprobé que su inteligencia era tan aguda que le permitía comprender la sensibilidad de todas las personas a su alrededor para evitar provocarles incomodidad, cosa que la preocupaba especialmente. No había nadie poco importante para ella, a todos trataba con exquisita dedicación y cortesía. Todo esto era lo que me iba enamorando irresistiblemente, y no sólo una belleza física, como podría haber sido en una situación vulgar. Volvía de Santiago y quería verla. Salía al patio y quería verla. En todo momento quería verla; mi vida se convirtió entonces en una búsqueda incesante de oportunidades para estar cerca de ella, o al menos mirarla de lejos si no lograba algún pretexto para compartir un lugar juntos. No se presentaba muy fácil ahora, dado que mi área estaba relacionada únicamente con los pupilos adolescentes, un pequeño grupo; la guardería era, por decisión del directorio, autónoma. Trataba de participar, pese a ello, de alguna actividad relacionada con los últimos preparativos. Se planeaba ponerla en funcionamiento más o menos en tres meses, así que aquello era un constante ir y venir de albañiles, carpinteros, pintores, soldadores de metal, en el medio de los cuales siempre se destacaba la figura esbelta y grácil de Oona. Yo ardía en deseos de poder mirar su cuerpo, y una tarde, conversando brevemente con ella desde mi bicicleta le pregunté si no acostumbraba usar shorts. Me contestó que no, dejándome decepcionado. Iba y venía casi todo el tiempo con ropas claras y muy anchas, de hilo o algún material semejante.

Una y otra vez nos encontrábamos, incidentalmente; yo atesoraba en la imaginación esos encuentros, repitiéndolos en mi interior cada vez que podía. Cierta mañana fui al correo y pasé a preguntarle si quería que trajese también su correspondencia. Estaba escuchando atentamente algo, con auriculares, cuando entré; se los quitó un momento para atenderme. Le pregunté si era música. “¿Quieres escuchar?”, invitó,

extendiéndome el aparatito: “toma”. “Toma” repitió, “llévalo”. “¿Y vos?”, me preocupé. “No importa”, dijo. “¡Llévalo! Es mejor así.”

Era un día algo caluroso, de viento norte. Salí a la ruta en mi bicicleta, con los auriculares calzados... y enseguida me pareció volar. La música que escuché me transportó inmediatamente a un nivel suprafísico. Era el Köln Concert, aunque por entonces increíblemente yo no lo conocía.* Esa música me tuvo mucho tiempo extraordinariamente ensoñado, era como si me hubiese infundido alguna poción en la sangre. **

Holger por ese entonces pasaba mucho tiempo con ella, era evidente su inquietud por cuidarla (especialmente de algunas acechanzas masculinas como la mía). Primero con la excusa de la traducción –pues ella no manejaba con fluidez aún nuestro lenguaje– iba a casi todos los lugares públicos adonde la invitaban. Luego se hizo habitual su aparición sin que lo llamaran. Pero Oona, a quien no le agradaban los pegotes, pronto empezaría a quitárselo de encima.

* Keith Jarrett, piano. The Köln Concert. January 24, 1975. Recorded live at the opera in Köln, Germany. Engineer: Martin Wieland, Photos: Wolfgang Frankestein, Cover Design: B&B Wojirsch, Produced by Manfred Eicher. ECM Records, 1975.

** Algunos años después comprendería que la música consistía para Oona en parte sustancial de su manera de hacer el amor, como una prolongación suprafísica, que iba envolviendo en un densísimo abrazo etéreo a quien ella solía dirigir sus atenciones. Estas consistían en darte a escuchar tal o cual tema musical o –como ocurriría más adelante conmigo– en regalártelos grabados por ella misma, en cassettes, cuyas carátulas artesanales armaba recortando figuras de revistas, a las cuales agregaba toques personales, sea por medio de collages, sea por medio de dibujos. Esto explicaba su desdén hacia los métodos tradicionales de encantamiento propios de las mujeres bellas, esto es, insinuar partes de su cuerpo, usar actitudes o miradas cargadas de sensualidad. Oona poseía un otro cuerpo, muy poderoso, que no se podía ver con ojos físicos. La música, actuaba, entonces, para ese otro cuerpo, como los tentáculos pudieran hacerlo en un calamar. Si ella quería decir: “te amo”, imprimía no sé de qué manera tales sentimientos en los temas musicales, que grababa con gran meticulosidad, y al escucharlos sentías constantemente una susurrada voz, y a su cuerpo abrazándote y acariciándote desde el aire. La música iba a jugar, pues, un rol vitalísimo en todo nuestro corto –y largo– romance.

Capítulo 2: La Stiftung

Un negocio redondo

La Iwóka Stiftung era una organización creada por alemanes. Peter Schmergen, ex sacerdote, había tenido la idea. Debido a lo cual, con un grupo de amigos, decidió darle forma como dos instituciones “siamesas”: una con sede en Rodeo, Santiago del Estero; otra en Tübingen, Alemania. La función de cada cual era complementaria: en Rodeo se acopiaba una gran cantidad de productos para la exportación. En Tübingen y otras ciudades de Alemania, se los comercializaba.

Ahora bien, el carácter de “fundaciones”, es decir, “instituciones de bien público”, las eximía de impuestos. Tanto aquí como en Alemania. Con tal beneficio, los precios para ofrecer la miel y artesanías en Alemania, podían ser bastante inferiores a los de su

competencia en el mercado. Aún así, solían superar al menos en diez veces lo que se pagaba, en pesos argentinos, a sus productores locales.

Contaba con otras ventajas: por su condición de miembro de la Iglesia Católica, Schmergen obtenía el permiso para vender en todas las parroquias, sin costo alguno excepto los caballetes y tablones para exhibición. También se imprimían afiches y folletos de propaganda, en los cuales aparecían paupérrimos aborígenes wichís y matacos, así como alguna que otra foto de las construcciones en Rodeo de la Stiftung. El mensaje era claro: los aborígenes y personas de muy humilde condición, era a quienes se favorecía con la compra directa. Los edificios de la Stiftung –levantados con adobe, de una arquitectura singular, grandes globos blancos con claraboyas por donde entraba el aire arriba, tenían como fin albergar talleres y aulas para proveer educación gratuita a los niños pobres.

Se envasaba con prolijidad, pues, la miel –recibida de los apicultores en tanques de 100 kilos–, se la encajonaba, se la cargaba en contenedores junto a las artesanías y se la mandaba por barco a Europa. Una vez allí, entraban a operar los alemanes. El grupo de Tübingen vendía en cada parroquia, luego de las misas, a generosos teutones que a veces pagaban, espontáneamente, el doble o el triple del precio estipulado, por un frasco de miel o alguna artesanía indígena.

Por sí todos estos beneficios fueran poco, la Stiftung, como “institución de bien público”, podía recibir donaciones. Así, muchas personas de buena voluntad solían aportar mensualmente una cantidad para esta “obra de bien”. Otros donaban ropas u otros objetos, como máquinas de escribir, motores, bicicletas, muebles, destinados a los pobres de nuestra región. Así que Schmergen regresaba con el mismo contenedor lleno, de ropa y objetos muy valiosos. Ya en Rodeo, los vendía (“pues a los pobres no hay que darles pescado sino enseñarles a pescar”). El Estado de Bienestar en que existían los alemanes les permitía despojarse de elementos de calidad muy alta y en muchos casos nuevos o casi nuevos.

Nunca traía el dinero. Salvo lo indispensable –que siempre era poco para solventar los gastos estructurales y operativos de la central argentina. Todo lo que se recaudaba

por cualquier concepto se depositaba en una cuenta del Deutsche Bank para la Stiftung siamesa de Alemania.

Esta manera de operar sería el nudo de un conflicto que estallaría, varios años después de que se la fundara, al llegar Andrés Varela. Éste, a poco de establecerse en Rodeo, fue elegido por la asamblea con el cargo de Tesorero. En tal carácter iba a exigir, después, conocer detalladamente los movimientos financieros y comerciales de la Asociación. Lo cual terminaría por irritar vivamente a los alemanes.

La Comunidad Cristiana

En 1985 Andrés Varela era un escritor de 36 años que había pasado preso toda la dictadura militar (1976-1982). En algunos momentos bajo condiciones durísimas. Lucía Fernández, su esposa de 31, también había estado presa durante seis años —uno menos que él. Ambos habían sido militantes del PRT, dirección política del ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo).

De caracteres fortísimos los dos, la cárcel los había endurecido —si es que hacía falta. Ello no se notaba demasiado en su aspecto exterior. Las personas que no sabían su historia jamás hubieran imaginado las torturas y condiciones aberrantes de prisión por las que habían atravesado. Ella era una hermosa, elástica, simpatiquísima mujer hispánica, de tez blanca y cabellos castaños. Sus ojos chispeaban de inteligencia, su capacidad práctica abarcaba casi todas las tareas más requeridas de las mujeres: cocinar, limpiar, coser, bordar, tejer... Pero también se agregaban a ellas capacidades matemáticas y administrativas. Por si fuera poco, conocía ampliamente sobre curaciones o drogas con tal propósito, pues había sido, antes de caer presa, estudiante avanzada de medicina. Tenía, asimismo, un título industrial y comercial.

Andrés no tenía ningún título. De estatura regular —1.75—, delgado aunque de buenas proporciones, blanco, quemado por el sol, de pelo ondulado y negro. Sus habilidades más desarrolladas habían sido el dibujo, la pintura, la música y la literatura. De mente muy veloz y voz grave, suavemente profunda, su personalidad

interesaba inmediatamente a la mayor parte de las personas que trataban con él por primera vez.

En septiembre de 1985 conocieron a Schmergen de un modo casual. Para los Varela-Fernández había sido un año crítico. Después de un inicio promisorio, al salir de la cárcel, tres años atrás, en que por los trabajos pictóricos de Andrés pudieron adquirir una casita de barrio y lo necesario para subsistir dignamente; mas no pudieron consolidar una economía estable. En esos tres años habían aumentado su familia con dos niñas más. Por consenso dividieron sus roles, asumiendo Lucía la atención familiar de las tres hijas y Andrés la búsqueda de recursos financieros. Así, él había trabajado sucesivamente como profesor de dibujo y pintura, director de un museo durante un año, secretario administrativo de la Universidad y vendedor de sus propios cuadros, que pintaba los fines de semana en un taller improvisado. Su “excesiva dignidad” le impedía someterse o disimular lo que consideraba incorrecto. Por lo cual duraba muy poco en trabajos con relación de dependencia.

Con la excusa de dividirse la atención de las niñas dormían en habitaciones separadas. En realidad, venían con muchos desencuentros, ideológicos, familiares y caracterológicos. Que a Andrés, por más que se lo propusiera, le costaba disimular.

Por ello, cuando los azotó la crisis económica de 1985, él no vaciló en aceptar un ofrecimiento de una amiga brasileña, profesora en Estados Unidos, quien podía conseguirle un puesto como “lector” de Español, en su universidad. Entonces dieron otro paso arriesgado: vendieron la casa, resolvieron enviar los muebles a Córdoba, donde por un tiempo deberían permanecer en depósito. Mientras Lucía y las chiquitas se alojarían, también, allí, hasta que, “cuando se estabilizara” en USA, él pudiera enviarles dinero suficiente para sus pasajes.

Ya con su familia en Córdoba, la casa lista para entregarla, los muebles embalados, Andrés fue a almorzar a la casa de su padre cierto mediodía. Y allí le fue presentado Peter Schmergen, quien lo persuadiría para cambiar de planes. En realidad, Andrés no necesitaba demasiado estímulo para hacerlo: arrepentido completamente de la decisión tomada (por la inminente separación de sus hijitas, que ahí se dio cuenta no iba a

soportar, anhelaba la aparición de cualquier alternativa económica de subsistencia, por mínima que fuera, para renunciar a esos planes. De hecho, había ocupado el tiempo en buscar otra casita para adquirir, con el dinero obtenido de la anterior, esta vez en el campo, cerca de La Banda, con el propósito de recomenzar nuevamente con su familia allí).

Schmergen le dijo exactamente lo que él sabía y creía:

–Vas a ser allá un ciudadano de segunda o tercera clase... la cultura de los yanquis es absolutamente distinta a la tuya... jamás podrás convivir en paz con aquellos individuos mercantilistas y utilitarios... vos sos un artista –afirmó Schmergen– no lo vas a soportar... Quién sabe si podrás reunir el dinero para trasladar a tu familia... lo menos que pasarán separados, aún con suerte, serán dos o tres años...

Cuando ya no hacía falta ninguna argumentación para convencerlo de que debía quedarse en Santiago, Schmergen ofreció:

–Venite a vivir conmigo... yo tengo una Fundación, para ayudar a los niños indígenas y enseñarles a trabajar en el campo, así no tengan que emigrar... Con las familias que viven allá, queremos formar una Comunidad Cristiana... como los cristianos primitivos, que compartían todo...

Andrés sintió estar viviendo un milagro. Con los ojos humedecidos, aceptó. Entonces Peter Schmergen haría algo más, que llevaría hasta las nubes la admiración y aprecio del joven escritor:

–Si has terminado de comer, entonces, vamos ya mismo y traigamos todos tus muebles en mi camioneta... dejémoslos aquí, en la casa de tu papá... yo mandaré luego un tractor con dos acoplados para llevártelos a Rodeo...

Desde las dos hasta las ocho de aquella tarde cargaron y descargaron camas, roperos, mesas, sillas, televisor, heladera, lavarropas.... decenas de libros, discos y *cassettes* que Andrés había acumulado ya, en aquellos tres años de libertad... Bajo el sol ardiente, un día de verano pleno, ese hombre de unos cincuenta años trabajaba con tanta energía que Andrés por amor propio se esforzó muchísimo, también, para no quedar atrás.

Extenuado, esa noche fue feliz. Con la imagen de su esposa y sus hijitas en la cabeza, serenamente se durmió.

Lucía

Sus virtudes son muy evidentes. Comenzando por el cuerpo: Lucía posee un cuerpo equilibrado, armónico en sus medidas y sus formas. Los pies pequeños, dan gracilidad a ese cuerpo en constante movimiento, de curvas suaves, músculos fibrosos, vibrantes como el de una yegua de raza purísima y joven, sin un solo gramo de grasas, las cuales deben de ser quemadas incesantemente por esa actividad constante que desarrolla desde que se levanta por la mañana hasta que se va a dormir, recién muy avanzada la noche. Una actividad física que la lleva de aquí para allá todo el tiempo, ejercitando sus brazos, piernas, cuello, cintura, en fin, cada uno de sus miembros en todo momento. Sus manos son fuertes, de formas netas, perfectas, sin ninguna de esas tortuosidades aviformes, tan comunes en las manos de las mujeres. No. Las manos de Lucía no tienen una forma de más, son tan perfectas como las de los dibujos de Miguel Angel. Ni siquiera ha dejado, jamás, que le crecieran las uñas. En un rasgo rotundo de su carácter sobrio, preciso, volcado enteramente a las acciones eficaces, las uñas de Lucía permanecen siempre en el mínimo posible al que un humano puede reducirlas, sin riesgo para sus tejidos interiores. Sus manos parecen decir: “No quiero palabras ni movimientos inútiles: ¡acciones, acciones eficientes!” Los pechos pequeños, apenas suficientes para amamantar por un lapso muy breve a las crías, no se convierten en lastres para su incesante labor; podrían pasar por un par de músculos más, cuando va vestida. Precisamente fue esa eficiencia práctica asombrosa, esa elasticidad felina en sus movimientos de avezada deportista, los que asombraban a Andrés, quitándole el aliento ante ella, y lo llevaban a acatar con respetuosa admiración su capacidad para el orden, la organización y la producción de acciones u objetos materiales. Al fin y al cabo, él también era un devoto de la deslumbradora eficiencia, que emanando como un aura de los países desarrollados, marcaba el camino considerado como más adecuado

para desarrollar una existencia útil. Sólo que esto en Andrés se filtraba irregularmente sobre su universo conflictuado, contradictorio, lo cual era vivido por él como un empeño que podía cumplir de un modo insuficiente y a duras penas, arrastrándose, cayendo y levantándose, una y otra vez en lucha con su aturdimiento, su deficiente manejo del cuerpo y cierta caocidad sentimental que lo obligaba constantemente a dolorosos esfuerzos para poner un poco de orden entre los innumerables caracteres gelatinosos u oscuros que componían, no siempre integrándolo, su mundo interior. Lucía era mecánica y monolítica en su personalidad, entonces; tenía criterios establecidos (casi militares) y cuando decidía algo lo llevaba adelante sin vacilaciones, luego: no se cuestionaba ya ningún aspecto de los objetivos a alcanzar. Por ello es que había sido una excelente deportista –llegó a jugar en la Primera de un equipo de básquetbol, hasta los diecinueve años–; también fue excelente alumna, tanto en la escuela secundaria (industrial y comercial, como correspondía a su carácter pragmático) así como en la Universidad. Más tarde fue una militante revolucionaria ejemplar, que llegó a ocupar las jerarquías máximas en una logia de élites, como había sido el PRT. Y por fin una madre perfecta, venerada con mucha razón por sus hijas. Pues a todas sus virtudes físicas y caracterológicas, Lucía agrega una moral sólida y sin ambages, una simpatía restallante (cuando considera necesario ejercerla) y una actitud de servicio hacia los demás que maravilla a quienes la rodean. Como dirigente social Lucía es verdaderamente extraordinaria. Desde el punto de vista “objetivo”, Lucía es inobjetable. Y su carácter es tan equilibrado y sólido que constituye, pues, a un ser humano de calidad superior. Estas condiciones biológicas la hicieron una mujer de primer orden, en lo que se refiere a la procreación. Al conocerla, Andrés comprendió que con ella su progenie emergería como una raza robusta y dotada de facultades psíquicas excepcionales.

1985-86

La Asamblea de la Stiftung ya había comenzado cuando llegaron, hacia las nueve de esa mañana. El padre de Andrés los acompañaba. Ante unas doscientas personas fueron presentados por Peter Schmergen como “Un destacado educador y funcionario, su hijo, un talentoso escritor y artista; un arquitecto reconocido por la sociedad santiagueña... todos ellos agredidos por el Terrorismo de Estado”. Junto con ellos iba Alico Ruiz Taboada, transportándolos en su automóvil sport.

Los concurrentes formaban un óvalo alrededor de un espacio cementado, por donde pasaban dos anchos rieles. Era un gigantesco galpón, en el cual se podían observar cuatro o cinco grandes máquinas, gigantescos tambores rotativos, dispuestos en forma horizontal y otros elementos de trabajo que Andrés durante esa primera visita no pudo calificar. Quienes componían la Asamblea –todos socios de la Stiftung–, formaban un damero de edades: había gente muy joven, así como algunos con apariencia de ancianos y numerosas personas cronológicamente intermedias. También niños, aunque la mayor parte de ellos preferían jugar libremente afuera, en el inmenso y hermoso campo ondulado que rodeaba el galpón, entre casitas redondas emergiendo bajo de los árboles aquí y allá. El aspecto de estas personas era el de las clases medias, vestidos con dignidad sin afectación, probablemente casi todos católicos practicantes.

Durante aquella primera visita Andrés cerró trato con Schmergen para instalarse ocupando cinco hectáreas –la Stiftung poseía 250 más, todas propiedad de alemanes.

–Vos vas a ser un privilegiado–, aseguró el ex cura–, cuando creamos la Fundación dijimos que no venderíamos campo a criollos, sino solamente a alemanes...

Cuatro meses más tarde Andrés y Lucía se habían instalado ya en Rodeo, ocupando una casona prestada en la pequeña ciudad, a un kilómetro de distancia, mientras construían la propia, amplia y con formas circulares, al estilo de las otras construcciones, en la Stiftung. En ese ínterin y de un modo vertiginoso habían ocurrido sucesos de trascendencia. Inesperadamente, una Asamblea General posterior eligió a Andrés como Tesorero y Vicepresidente de la Stiftung. Esto irritó a un técnico alemán, Jörg Kolschröder, que habitaba junto con su esposa la más bella y tecnológicamente equipada casita circular de la Fundación. Y era quien había ocupado

ese cargo hasta aquel momento. Pese a que protestó aludiendo a una especie de “pacto” (ausente en los estatutos), en el sentido de que “siempre los cargos más altos debían ser ocupados por alemanes”, los asambleístas no se movieron ni en un ápice de su decisión. Estimulados, sin duda, por la actitud del propio Schmergen, quien permaneció en silencio y a la hora de votar había levantado la mano, aunque algo tardíamente, apoyando a la mayoría. Así que, de golpe y porrazo, Andrés se encontraría con el comando absoluto de la Institución. Pues al viajar Schmergen a Alemania, llevando las exportaciones –actividad que le insumía por lo menos cuatro meses de cada año–, debería sustituirlo en el cargo.

Dentro de tal panorama, la situación se complicaría muy pronto. Al ausentarse Schmergen, a principios de abril, las dos familias de alemanes que por entonces residían en la Fundación desconocieron la autoridad de Andrés. En un proceso que evidenciaba haber sido planeado previamente, Horst Winckler, director del Centro de Capacitación y Jörg Kolschröder, junto a sus esposas y los hijos adolescentes del primero, asumieron “de facto” la conducción del establecimiento. Kolschröder tenía las únicas llaves que abrían los portones del gigantesco galpón donde se situaban la curtiembre, la carpintería y los depósitos para la miel. Winckler influyó sobre unos diez alumnos adolescentes y sus profesores, oponiéndolos a Barela. Con el apoyo del intendente municipal –de la UCR– convocaron a una Asamblea para destituir a Andrés y asumir legalmente el control.

Andrés no se inmutó y estableció una alianza con el máximo dirigente peronista de la región. Obtuvo el apoyo del gobierno provincial, dado que su padre y sus tíos eran asesores del gobernador, de ese mismo partido. Antes de todo, se había asegurado la lealtad absoluta de los quince obreros asalariados. Hombres sencillos y reservados, relativamente jóvenes, de una fortaleza y disciplina ejemplares, iban a ser el factor que volcaría efectivamente la balanza para el lado del primer presidente criollo que tuvo y tendría jamás la Stiftung.

Andrés decidió terminar su casa y evitar los enfrentamientos, dentro de lo posible. En menos de tres meses había construido tres habitaciones, una cocina comedor, un

living –posteriormente inconcluso y galerías, todo de grandes proporciones, como era necesario para mantener alejado el calor. El Tesorero, Lucía y sus niñas la ocuparon antes de finalizada, pues cotidianamente la esposa de Schmergen –una criolla–, quien había quedado sola con su madre, tres hijos pequeños y una empleada, se quejaba de una u otra maniobra en su contra por parte de los alemanes.

Cierta mañana el capataz vino a decirle que Kolschröder se había negado a abrirles el portón del depósito donde se guardaba la miel. Entonces Andrés le indicó preparar el tractor con cinco peones y personalmente se subió junto a ellos. Al llegar a la puerta del galpón donde el alemán dirigía el curtido de cueros, por parte de un empleado un profesor y alumnos, Andrés ordenó a dos peones que lo inmovilizaran y le quitaran las llaves. Así, pudieron sacar cinco tambores de miel que debían enviar esa misma tarde para Buenos Aires por medio del tren. Inmediatamente, mandó a otro empleado para hacer copias de todas las llaves, en la ciudad.

Fue un duro enfrentamiento con denuncias judiciales, intentos de asambleas destituyentes –que fracasaron– y hasta golpes de puño. La violencia acumulada durante los años de dictadura pareció emerger en el interior de Andrés, quien hirió feamente, con trompadas en el rostro, a un joven profesor que lo había insultado.

Mas lo que irritó a los alemanes –a los que vivían en Alemania para controlar allá las transacciones, fue la pretensión del tesorero criollo de conocer hasta el último detalle los movimientos económicos de esta pretendida “Institución de Bien Público”, cuyos beneficios quedaban siempre en las arcas del Deutsche Bank de Buenos Aires o Tübingen. No fue una decisión caprichosa –aunque ellos lo tomaran así. Por consejo de la Dirección de Personas Jurídicas de la Provincia, Andrés había contratado a dos contadores, criollos, de su absoluta confianza, para que hicieran un estricto balance. Lo preocupaba la magnitud de los productos exportados contra la escasez del dinero en efectivo del que disponían, para los gastos locales. Se necesitaban repuestos para los tractores u otras máquinas, herramientas de trabajo, alimentos para los alumnos, semillas, postes para alambrar, etcétera... y nunca había dinero suficiente en las cuentas del banco local. Debían recurrir entonces a que los alemanes autorizaran una

extracción de la sucursal Deutsche Bank de Buenos Aires... y viajar hacia allá para obtener magros fondos.

La carta que, en castellano y traducida al alemán por Helga Zimmerling –única alemana que abiertamente lo apoyaba, aunque otros cuatro no tomaban partido–, indignó a los directivos de Alemania.

Entonces, al regresar Schmergen, encontró “la casa en orden”. Pero el costo lo intimidó: Andrés había crecido de un modo extraordinario como líder. No sólo hacia dentro de la Stiftung, que tenía centenares de socios criollos. Sino hacia toda la población de Rodeo, unos cinco mil habitantes entre el campo y la pequeña ciudad, quienes seguían las luchas internas de la Stiftung como a una telenovela. Alentado, además, por su esposa paranoica, el alemán comenzó a desconfiar del joven escritor. La misma Lucía, esposa de Andrés, comenzó a mostrarse alarmada por las posibles consecuencias de la excesiva ejecutividad de su marido. Poco después, frente a tales circunstancias, y con el afán de conservar cierta armonía hacia fuera y dentro de su propia familia, Andrés renunció. No si antes establecer la continuidad del empleo de Lucía, quien llevaba los libros administrativos de la Stiftung. Cobraba por ello un salario que, según la prédica “comunitaria” del ex cura, era un estipendio que no se otorgaba a la persona “sino a la familia”. Y debía alcanzar para cubrir, supuestamente, todas sus necesidades más esenciales.

Sería el comienzo de una convivencia más amarga aún entre Lucía y Andrés. Junto a la desazón por la falta de apoyo de su propia esposa, quien consideraba en poco, además, su obstinada vocación literaria, el hombre sentía que su esposa no confiaba en él. Que nunca había confiado en él. Más bien, lo consideraba un ser extravagante, arbitrario, cuyas decisiones generalmente suscitaban en ella inquietud. Ya lo había demostrado cuando ambos estuvieron en prisión. Casi todas las actitudes políticas definidas por su esposo, habían sido contrariadas por ella. Tal situación llegó al punto de que, durante una visita de su madre en la cárcel de Sierra Chica, esta le había anunciado que Lucía “tenía el propósito de separarse de él, apenas salieran”. La animadversión de esta mujer se había manifestado, además, en que durante los siete

años en que Andrés permaneciera preso, únicamente dos veces pudo ver a su pequeña hija. La cual le fuese arrebatada, además, luego de una causa judicial, por la mamá de Lucía, “para su correcta custodia”.

1987-88

Andrés prefirió tomar aquello como una liberación de obligaciones laborales muy absorbentes. Hipersensible, le costaba soportar durante demasiado tiempo responsabilidades organizativas. Hiperactivo, contradictoriamente tendía a adquirir, por una especie de “auto disciplinamiento” subconsciente, innumerables compromisos con actividades comunitarias. Desde 1985 habían emprendido, junto a un grupo de dirigentes ruralistas, la construcción de un partido de izquierda. Poco después, se integraban a la corriente nacional del Movimiento Todos por la Patria (el cual terminaría trágicamente con su ataque guerrillero al regimiento de La Tablada).

Por un repentino impulso, había decidido separarse de tal movimiento político, a mediados de 1987. Providencialmente, ello iba a salvar al matrimonio de caer nuevamente presos.

Si bien declarativamente el salario de la Stiftung se dirigía “a la familia”, Lucía comenzó a dar crecientes signos de que lo consideraba propio. Debido a su ausencia del hogar mañana y tarde –para cumplir tareas administrativas– tuvieron que contratar una empleada, pues Andrés no sabía cocinar ni estaba dispuesto a limpiar la casa ni a lavar la ropa de todos. Había decidido aprovechar su emancipación de tareas externas para escribir. De la cárcel, tenía dos novelas sin terminar. Quería escribir una tercera, muy larga probablemente, ya que trataba de su amor malogrado con Laura, muerta sorpresivamente después de un aborto. Aquel periodo había sido, además, el de su radicalización política como militante, la conjunción con la “Primavera Camporista” y un lapso de tan ricas experiencias sociales o artísticas, que necesitaba un tratamiento extensivo. De mala gana Lucía aceptó que su esposo escribiera mañana y tarde, con regularidad, ocho horas por día. La irritaba además que Andrés viviera anhelando

“escribir para la muerte”, como ella solía reprochar, sólo por habérselo prometido a sí mismo luego de aquella trágica experiencia de su vida. En fin. Bajo una situación estable, comenzaron a reaparecer grietas internas en la relación de ambos, después de que hubieran logrado por un breve tiempo mantenerlas distantes, cohesionados por el objetivo común de establecerse en Rodeo y construir su casa. Cuando estuvieron establecidos y su rutina se regularizó, todas las diferencias comenzaron a aflorar, otra vez, como por arte de magia.

Andrés percibió que Lucía comenzaba a esconder el dinero, tanto de su salario como el que con frecuencia la Stiftung le confiaba para depositar en el banco. Esto lo hirió adicionalmente. Jamás cuando la situación fuera inversa, él había dispuesto personalizar sus ingresos. Solía dejarlos en un lugar que ella conocía, para asistir al mantenimiento del hogar. Se guardó esta nueva afrenta para evitar discusiones –Lucía tenía un carácter muy fuerte, y solía contestar con extremada violencia verbal cualquier observación, así como atacar duramente alguna acción que la hubiera molestado de él.

Durante sus meditaciones en la cárcel Andrés había adoptado como un axioma que todo lo doloroso que le ocurriera podía tener al menos dos propósitos: uno y principal, castigar sus culpas. Y otro, advertirle para que abandonase procedimientos erróneos. Por tal razón, aceptaba a priori el sufrimiento, sin quejas. La acumulación de penas y frustraciones en tal propósito llegaba a ser tan voluminosa para su corazón, sin embargo, que en un marco filosófico personal donde se suponía como principio esencial una secreta armonía, resultaba lógico hallar factores que disolviesen la entropía. El escritor los halló en las frecuentemente inesperadas, mágicas, “situaciones felices”. Que se presentaban entre lapsos sombríos, maravillosamente luminosas, llenando su existencia de pequeñas o grandes alegrías. Al igual que las cadenas del dolor y las penumbras, pues, decidió aceptar, sencillamente, aquellos vivificantes momentos de Luz.

Por medio de sus contactos con el diario El Siglo, único en toda la provincia, obtuvo entonces que le concedieran la distribución de cincuenta ejemplares cada día.

El porcentaje —45 %—, arrojaba buenos ingresos. De tal modo, comenzó a levantarse a las cuatro de la mañana, para ir a buscar el paquete a la terminal de colectivos, por donde llegaba. Se los dejaba más tarde a un kiosquero amigo, quien los comercializaba por el 10% y devolvía a la tarde los sobrantes. Bajo este sencillo mecanismo logró tiempo libre, acompañado de un nuevo ingreso de dinero, que le permitía escribir y a la vez mitigar un tanto el creciente desagrado de su esposa.

No fue como esperaba, sin embargo. Lucía parecía estar cada vez más insatisfecha con él. De simpatía vibrante, como ya quedó descripto, hacia los demás, su máscara quedaba fuera cuando regresaba al hogar. Desaprobaba casi todo lo que Andrés sostenía, en sus intentos de conversación. Se conducía con impaciencia hacia él y continuaba su práctica de esconder el dinero.

Cuando se efectuó la Asamblea Anual y nuevamente alguien lo propuso para integrar la Comisión Directiva, ella votó en contra. Es decir, no levantó la mano cuando se realizó el conteo de votos. Esto provocó instantánea desazón en el corazón del escritor, e inmediatamente, cierta inquina adicional hacia su esposa. Pese a esto, Andrés aceptó integrar la Comisión Directiva con el cargo de Primer Vocal... que era el tercer puesto, en autoridad, dentro de la organización.

Lucía estalló esa noche cuando estuvieron solos en su casa, mientras las niñas dormían. Lo acusó de irresponsable, de egocéntrico, de megalómano; se comprometió a no colaborar en nada con ninguna idea que surgiese de él, respecto de la Stiftung y le advirtió que por su conveniencia, se mantuviera alejado del área administrativa.

Esta reaparición le valió sin embargo un respaldo sorpresivo: el presidente de la Stiftung alemana, durante una reunión con la Comisión Directiva, mantenida en Rodeo, dijo que los alemanes habían decidido designarlo Director del Centro de Capacitación, puesto vacante desde que Winckler, Kolschröder y sus familias hubiesen sido expulsados por su sistemática acción para desgastarlos en todos los ámbitos, el año anterior.

Esto ensombreció aún más la relación entre Lucía y Andrés. La joven ex militante revolucionaria estaba convencida de que cualquier incursión de su marido en áreas de

poder, sólo acarrearía conflictos, que, a la postre, terminarían perjudicándola a ella también.

Por lo demás, estos dos años fueron de gran feracidad literaria. Andrés pudo completar sus novelas, además de escribir artículos, poemas y cuentos; obtuvo premios importantes y publicaciones de nota —pues no descuidaba una intensa correspondencia con editoriales y revistas de todo el mundo— y por tales actividades debió viajar, varias veces, fuera de la provincia u a otras localidades del interior. Como el matrimonio vivía en un clima de realidades polarizadas, también estas relativamente modestas satisfacciones profesionales de Andrés iban a ser fuente de conflictos agudos entre él y Lucía.

Capítulo 3: Lucecitas

Más alemanes

Hacia las fiestas de Fin de Año de 1988 vinieron otros alemanes, dos jóvenes y una muchacha, cuyos nombres no llegó a registrar mi memoria pues permanecieron poco tiempo en la Stiftung.

La tarde de Nochebuena la había pasado preparando nuestro arbolito de Navidad. Había ideado decorar un eucalipto joven, transplantado recientemente con éxito desde otro lugar, colgando muchos globos inflados en vez de los habituales ornamentos, para nosotros muy caros. Teníamos también varias ristras de luces, algunas sobrantes de fiestas anteriores y otras adquiridas, a las cuales había agregado baterías de focos comunes, pintados con témpera, dispuestos de tal manera que envolvían estratégicamente al árbol, prendiendo y apagando más o menos con rapidez, pues los había conectado a un mecanismo intermitente. Como estaríamos solamente los cuatro miembros de nuestra familia –Lucía, Sol, Ángela, Julita y yo–, cenaríamos en la galería, frente a nuestro original arbolito. Estaba allí haciendo las últimas pruebas, sudoroso y un poco sucio por toda una jornada de tareas, cuando se acercaron los alemanes, emergiendo de entre las penumbras del monte. Habían estado paseando por el campo, los guiaba Oona. “Qué lindo”, dijo ella, deteniéndose para contemplarlo. Y enseguida conversaron un rato sobre el arbolito en aquel idioma que yo no entendía, haciendo de vez en cuando algún comentario cortés en pésimo castellano.

Aquella visita fugaz me hizo desear constantemente que regresaran a la medianoche, antes de irse a un baile como nos habían comentado que harían. Pero no sucedió. Esa Nochebuena la pasamos serenamente y felices con nuestras hijitas, en un

ambiente para mí maravilloso como eran las noches del campo, entre las estrellas y las altas copas de los árboles que rodeaban a nuestra casa *. Sólo una levísima melancolía me cosquilleaba en lo interior. Ya no podía verla unos minutos sin desear irresistiblemente que se quedara junto a mí, oirme yo con ella (pero a la vez quería conservar a mis hijas cerca). Al día siguiente nos comentaron los peones que habían hecho el ridículo en el baile, por esa patética inhabilidad para ejercer en una pista la gracia del chamamé, que manifestaban en tales ocasiones casi todos los alemanes.

* Lucía se aburrió mortalmente y se fue a dormir temprano, con las chiquitas. Ella se condolía también, aunque más o menos secretamente, de lo que consideraba una patética suerte. Odiaba el campo, incluso su aspecto exterior –desaliñado, polvoriento– expresaba aquel rechazo que muchos años después seguiría creando entre nosotros un distanciamiento profundo. Así, muchos de los recuerdos amables para mí (el monte, los horizontes vertiginosos del campo) serían rechazados con fastidio por ella. La noche del 31 de diciembre de 1988, en tanto, en circunstancias casi iguales a las de Nochebuena, yo me quedé todavía en la veranda, por bastante tiempo, tranquilo y feliz, contemplando las estrellas y tomando despaciosamente unas cuantas copas más de vino tinto.

Otra lucecita

Julita había salvado el matrimonio de Lucía y Andrés. Con su nacimiento, evitó que este se fuera del hogar, como agudamente deseara hacerlo. Por primera vez, harto de los celos injustificados de Lucía, Andrés había establecido por fin relación con otra mujer. Luego de cuatro años en los cuales una y otra vez lograra resistir el hechizo de bellas muchachas, a quienes por una u otra razón conociera, sin mitigar con ello los celos enfermizos de Lucía, decidió, en un período penoso de su convivencia, aceptar la siguiente invitación que le deparase el destino. Desavenencias cotidianas, la actitud despectiva de Lucía hacia su trabajo literario, el cual no podía compartir con ella, por su rechazo; su desconfianza y el ocultamiento de cuestiones personales de aquella esposa lo amargaban cotidianamente.

Ella había hecho lo posible, desde que salieran de la cárcel, para que él dejara de escribir. Instándolo, en cambio, a que siguiera pintando. Por dos razones; una, de eminente sentido práctico: sus cuadros se vendían bien. La otra, debido a los celos inusitados que la atacaron cuando leyó los cuadernos de la cárcel que había escrito su marido. Donde creyó encontrar innumerables alusiones a supuestas infidelidades – imposibles, si se tiene en cuenta que ambos estaban presos; incluso, resultaba más atinado pensar que ella, salida un año antes, podría haber incurrido en la falta que le achacaba–; o por sus referencias a la novia muerta, Laura.

Junto a ello, brotó con virulencia una actitud de celos constantes, hacia sus alumnas de pintura, hacia alguna amiga poeta o pintora que él conociese en actos culturales o hacia cualquier joven bonita que se le acercara. Por indicios filtrados de sus discusiones, Andrés comprendió que esa paranoia sentimental podría deberse a su sensibilidad psíquica por estar Lucía en aquellos años casi permanentemente embarazada. De hecho intentó interrumpir su segundo embarazo –cosa que Andrés impidió, obstinadamente, aumentando quizá el clima de creciente rencor con que se envolvían.

1986 había sido un año de grandes esfuerzos. “Si junto a la lucha contra enemigos externos debo luchar, al regresar a mi casa, con otro enemigo –mi propia esposa–, se dijo Andrés Varela, será mejor que me vaya”. Así, cuando a fin de ese año ambos se dieron vacaciones, en lugares diversos, decidió concretar su separación, apenas al regresar.

Pero cuando, volviendo de Buenos Aires, donde había pasado algunos días en casa de su mamá, Andrés fue a Córdoba para buscar a su esposa y sus dos hijitas, ella le dijo que había quedado otra vez embarazada. Y esa nueva hija, a quien llamarían Julia, fue tomada por él como una señal de que otra vez debería optar por la felicidad de ellas. Dejando de lado sus ambiciones artísticas, su necesidad de afecto, su permanente insatisfacción.

Fue calladamente al templo y lloró, agradeciendo a su Dios por haberlo ayudado a superar ese error, que se aprestaba a cometer, llevado por lo que consideraba una endémica debilidad en su carácter.

Solo con mi corazón

El periodo festivo puso alguna distancia entre nosotros, pues Oona estuvo más tiempo con sus compatriotas alemanes. El Año Nuevo pasó de un modo aún menos conspicuo que la Navidad (por mi religiosidad, para mí la anterior era la Verdadera Fiesta). Pero al día siguiente me ocurrió un grave percance. Teníamos un pozo para la basura, que había cavado algo alejado de la casa. No era muy hondo, tal vez un metro y medio. Esa mañana, un poco adormilado aún fui a tirar allí lo que sobrara de la noche anterior. Para hacerlo me acerqué demasiado, pisando el borde, que cedió. Caí parado, pero en el acto sentí un agudo dolor. Mi peso había quebrado una gruesa botella de vidrio con el pie derecho, que llevaba calzado apenas con una abierta ojota. Salí de allí con esfuerzo, y caminé hasta la casa dejando un reguero de sangre y sintiendo que me desvanecía. Metí el pie en un fuentón con agua y sal gruesa, hasta que pasó la lipotimia. Cuando se levantó Lucía puso una venda sobre la herida; me había cortado profundamente, en la justa unión entre el dedo gordo y la planta, el vidrio había llegado hasta el hueso. No quise ir al médico, sin embargo, confié en que sólo lavándome bien y echándome sulfatiazol iba a curar. El resultado fue, pues, que por algunos días debería cambiarme las vendas y caminar, rengo, lo menos posible.

Para esa misma tarde estaba previsto que Lucía viajara con nuestras tres hijitas a Córdoba, para pasar quince días –sus vacaciones– en casa de la mamá. Como ya teníamos los pasajes comprados, el viaje no se podría postergar (tampoco yo quería que lo hicieran, ciertamente). El colectivo pasaba por Rodeo, había que esperarlo a un costado de la ruta. Pese a mi herida a las dos de la tarde las llevé en la camioneta y me quedé con ellas hasta verlas subir en ese inmenso buque sobre ruedas como era el expreso Tucumán-Córdoba. Cuando el vehículo se perdió en lontananza, regresé.

Quedar solo –librarme por unos días de la presencia de Lucía– era un alivio anhelado por mí con ansia desde que saliéramos de la cárcel y concertáramos sin convicción –al menos de mi parte– convivir otra vez. Anhelaba pasar muchos días solamente con las chiquitas pues había entre nosotros perfecta armonía, pero lamento decir que ni uno completo con Lucía. Ya he descrito en otros textos * la insatisfacción mutua, la rivalidad, el rencor refrenado con gran dificultad, que nos separaban, que hacían cada minuto transcurrido juntos por momentos asfixiante, casi insoportable. No repetiré aquí esas descripciones, que tiñen mi alma también de taciturna frustración. Lo cierto es que cada vez que se iba a visitar a su madre, me sentía provisoria y milagrosamente libre otra vez, vivo, por un período maravilloso, hasta el momento de su regreso, el cual me sumía nuevamente en la tumba gris donde vegetaba gran parte de mi carácter, dado que había aceptado continuar este matrimonio coaccionado por una serie de presiones, religiosas, éticas, familiares –al nacer las niñas, gracias a Dios se introdujo un estímulo maravilloso y un compromiso que me hacía feliz, quitándome en gran parte el dolor de esta exasperante contratación–. Apenas me sentía completamente solo, pues, me paseaba desnudo por la casa a veces, o dormía desnudo sobre el piso en el verano, otras veces salía a caminar, otras veces hacía locuras –gestos y piruetas, solo, en la madrugada o a la siesta; en fin, miles de acciones irracionales que constituían la manifestación más exterior de una catarsis que necesitaba, luego de haber acumulado por tan largos períodos amargura y frustración. También escuchaba música o leía, sin ver a nadie, encerrado o caminando por lugares apartados, a veces por días enteros, hasta saciarme. O rezaba. Cuando estaba solo con frecuencia me parecía estar más cerca de Dios. En realidad todo lo descripto anteriormente llevaba esa finalidad.

La mañana siguiente al día en que se fueron anduve hasta las cabinas del centro en bicicleta, para constatar por teléfono que mis niñas habían llegado bien. Luego de que lo supe, me relajé. Comía tomates con frecuencia, juntándolos del campo y echándoles sólo un poco de aceite y sal. Un día de muchísimo calor como a las doce y media

estaba preparando la mesa para almorzar cuando golpearon las manos. Abrí un poco: había un hombre de grueso corpachón, con anteojos pesados, en el patio.

–Buen día, ¿qué necesita? –pregunté sin abrir del todo. El sol golpeaba esa parte de la casa y era muy fuerte. El hombre se había parado bajo nuestro eucalipto.

–Busco a Andrés Varela, el escritor –contestó con voz gruesa y tonada porteña.

–Bueno, aquí estoy –dije.

Lo hice pasar. Lo invité a sentarse ante la mesa y compartir mi almuerzo aunque era modesto en extremo: apenas una fuente con tomates cortados en rodajas, brillantes de aceite y sal, además un poco de pan, agua. No aceptó, pero me dijo que comiera yo. El se quedaría sólo unos minutos. Finalmente nos sentamos a conversar, yo no comí y él encendió su segundo cigarrillo desde que estaba allí, por lo cual entendí que se trataba de un fumador. Dijo que era viajante. Representaba a una marca de productos químicos. Conocía a José Miguel Armendáriz. Él le había dicho que vivía en Rodeo. Luego había averiguado en el pueblo; de tal modo llegó aquí. Me miraba con curiosidad mientras hablaba y fumaba. Tenía ojos agudísimos bajo los gruesos cristales en marcos igualmente gruesos. Su corte, su peinado, su vestuario, le hubieran permitido pasar perfectamente por uno de esos detectives norteamericanos clásicos, mostrados por las películas de los 50. Transpiraba mucho, le pregunté si había venido caminando desde el centro. “No”, contestó. “Dejé mi vehículo en la entrada, pues me avisaron que no podía ingresar en automóvil hasta aquí”. Me sorprendí pero traté de no demostrarlo, preguntando enseguida: “¿Quién le dijo eso?” “Una señorita... parece extranjera...” informó el hombre. ¡Oona! ¡Le había hecho una broma, tal vez porque lo veía muy gordo, para divertirse! ¡Pero con semejante calor!... Cambié de tema. Hablamos de literatura. Era una situación surrealista. Él buscando conocer un escritor, cuyos libros leyera, el escritor descalzo, vestido únicamente con una vieja malla de baño, disponiéndose a comer, directamente desde una fuente enlozada, sólo tomates cortados. Se quedó unos quince minutos; luego de dejarme su dirección y prometer cartas, nos despedimos.

Así entonces. Todo iba sucediendo con fortuna. Estaba solo y feliz cambiándome las vendas cada tarde, la herida no me fastidiaba. Un sereno equilibrio se aposentó en mi alma y sentía no necesitar nada. Ante la atracción hacia Oona que unos días antes me obsesionara adquirí pues un perfecto control. La coloqué en un sitio definido, en el armonioso concierto de árboles, melilotes en flor, campos sembrados, acequias, regadíos y sol que me rodeaban. Y todo adquirió un sentido levemente sobrenatural. No afecté inclinación a hacer nada, pues lo que iba a suceder debería integrarse en aquel devenir extraordinario, inaugurado con el arribo de un nuevo estado de mi conciencia. Un dato: no sé en qué momento, Oona había depilado sus piernas. Ya nunca más las vería con aquella pelambreira de la primera vez.

** Fulgor de los damascos. El misterio del mal.*

Anapaula

Uno de esos días tuve ganas de acostarme con una mujer y me acordé que Anapaula me había dado su dirección en Santiago. Me acordé también que algunos meses antes –en agosto– habíamos conversado largamente, pero las constantes presencias que se insinuaban desde fuera de nuestra casa nos habían impedido otra cosa que sospechar algo más que mera simpatía en las miradas húmedas o halagos mutuos que nos prodigábamos.

Desde aquella primera aventura a principios de 1987, algo se había soltado en mi interior, quitándome el bloqueo que hasta entonces evitara cualquier acercamiento sentimental a otra mujer que no fuese Lucía. Ahora, apenas asomaba alguna bella y talentosa muchacha en el horizonte, simplemente me disponía, con tranquilidad, a disfrutar de tal circunstancia. Esto no sucedía cada semana, por cierto, sino con muchos meses, o años, en el intermedio. Y no siempre mi predisposición obtenía, tampoco, sus objetivos, bueno es aclararlo.

Anapaula era una muchacha de 21 años a quien yo conocía desde sus 19. La causa de esta frecuentación estaba en que durante algún tiempo había sido novia de Tom, otro alemán que estuviera un par de años en la Stiftung. Era una de esas muchachas altamente karmáticas, condición manifestada en parte por la fatalidad de un cuerpo espectacularmente dotado para la sexualidad. Hija de una mujer escandinava y un turco adinerado, su padre la reconoció pero no pudo criarla porque ya estaba casado. Pese a ello tuvo con la escandinava otras dos hijas –muy bellas, como Ana– quienes al llegar a una edad juvenil se casaron a su vez con nuevos turcos ricos de la ciudad. La única rezagada en tal sentido era esta muchacha: luego de su ruptura traumática con Tom, había permanecido casi un año en Buenos Aires, para volver de allí embarazada. Al momento yo sabía por su madre –quien trabajaba como cocinera de la Stiftung– que tenía ya una hijita de cuatro meses, y vivía en una casa alquilada por su tío, según decían para “ayudarla”; pero yo veía en la “ayuda” de ese otro turco rico, cuarentón, de cuya lubricidad se narraban anécdotas, algo sospechoso. Al menos era un sibarita higiénico y buen mozo –me decía en sordina vaga una voz tenue, cuando la perspectiva de compartir con él a Anapaula sobrepasaba por descuido las psicológicas barreras de mi orgullo. De todos modos había desestimado sin siquiera considerarlo el comprometerme con la muchacha en caso de que se diera algún tipo de intercambio sexual. Fue lo que sucedió.

La tarde en que salí pensando en Anapaula, Oona trabajaba con los carpinteros. Como debía pasar por allí, nos estuvimos viendo durante varios minutos, despaciosamente, pues para llegar hasta el galpón debía trazar un radio cercano a los doscientos metros sobre el principal patio redondo. Rengueaba por la herida abierta unos días atrás, lo cual hacía bastante lento el proceso. Ella levantaba la cabeza un momento para constatar mis avances y la volvía a inclinar luego hacia unas maderas que alisaba con cepillo de carpintero. Oona llevaba como casi siempre un pantalón y chaqueta blancos, constelados de virutas, pues pulía pequeñas sillas, destinadas a los futuros niños de su guardería. Por mi parte me había bañado escrupulosamente, me había afeitado a conciencia, calzándome luego una camisa ocre, frisada, metida bajo

un pantalón de hilo color africano, con un cinto fabricado especialmente para mí por Lisandro, el maestro curtidor de la Stiftung. Los zapatos eran blandos, abotinados, marrones oscuros, por cierto alemanes, como la demás ropa. Ella me miró con un poco de admiración y también sorna, pero en el acto leí en sus ojos que sabía adónde me dirigía y lo que pensaba hacer, ¡lo sabía! ¿Cómo lo supo? No tengo la menor idea. Estoy seguro que lo supo, desde ese momento, y lo supo después, como me lo haría notar al día siguiente cuando nos encontráramos de nuevo.

Para hacerla corta diré sólo que me acosté con Anapaula, y todo fue bastante mágico también. Encontré sin mucha dificultad su linda casita, justo en el ángulo sur del barrio Autonomía. Ella amamantaba a su chiquita con la puerta abierta cuando me presenté como una aparición en la entrada del jardín. No hizo falta explicar a qué iba. Comimos una pizza muy sabrosa con cerveza, nos bañamos juntos, y enseguida nos tiramos desnudos sobre un gran colchón que había en el suelo, mientras su chiquita dormía apaciblemente. Luego fuimos a dormir en su pequeña cama, junto a la cunita, pero yo me sentí incómodo enseguida y me fui como a las cinco. Desayuné en casa de mi padre y regresé a Rodeo enseguida.

Pasé a saludar a Oona que me miraba de arriba a abajo, de soslayo, y me hacía saber sin necesitar del idioma que se daba cuenta de todo... y no lo aprobaba. Aunque también quería mostrarse indiferente al asunto, como diciendo: “allá él”.

Se hizo frecuente en las noches posteriores que fuesen a mi casa para cenar “a la canasta”, Oona, Holger, Lorena, con acompañantes que variaban (profesores de visita, apicultores, socios, amigos, miembros de la comisión directiva, otros alemanes, etcétera). Había sido una iniciativa de ellos que aparentemente se proponían institucionalizar. A la cuarta vez el asunto me hartó; yo tenía interés en Oona pero no en convertir mi preciosa soledad en una jarana, con un montón de tipos y tipas que me molestaban, quedándose hasta la una o dos. Así que luego de eso comencé a eludir el dispensamiento de mi casa, y tampoco acepté cuando me invitaban a otro lugar.

Una tarde, como a las seis, había cerrado la puerta delantera y me había puesto a mirar mis ojos con un espejo redondo, apoyándome sobre la mesa de dibujo. Eran muy oscuros, desde la infancia mentados como extrañamente magnéticos. Levantando la mano, traté de aplacar mi peinado. Mis pelos eran como mis pensamientos. Desordenados, en ondas que se elevaban formando agudas olas, representaban por aquellos tiempos el caos que se movía en mi interior. Mi rostro, por lo demás, estaba tan quemado por el sol que casi alcanzaba el marrón, al igual que el resto de mi cuerpo. Estaba sólo con el calzoncillo puesto. No imaginé que alguien podría dar la vuelta, por eso no me había molestado en cerrar la puerta de madera. Me sobresalté cuando Oona asomó la cabeza, acompañada por Holger. Ella preguntó con regulada timidez si íbamos a cenar juntos aquella noche.

—No, gracias, quiero estar solo...— contesté, un poco fastidiado. De tal modo cesaron pues las concurridas reuniones nocturnas, a muy poco de haber comenzado.

* Debo aclarar esta frase para evitar confusión. No era habitual que “tuviese ganas de acostarme con una mujer” e inmediatamente la obtuviera. Por el contrario, a principios de 1989, venía de un largo período en el cual:

1) Desde 1976 a fines de 1982 —siete años— los había pasado en la cárcel, sin relación sexual ni sentimental con mujeres de ningún tipo.

2) Salí de allí sólo para restablecer mi convivencia con Lucía, un acuerdo efectuado por deber, durante cuya duración —pese a mis esfuerzos en contrario— no me sentía atraído en absoluto por ella (y por tanto los esporádicos acoplamientos con mi esposa legal constituían otras tantas frustraciones, sólo justificadas en mi consciencia por el posterior nacimiento de mis tres hijas).

3) Durante los primeros cinco años desde mi salida de la cárcel resistí con estoicismo toda oportunidad de relacionarme sentimentalmente con otra mujer que no fuese Lucía (pese a que tenía frecuentes oportunidades, debido a mis trabajos como profesor y artista). Sólo en 1987 establecí una brevísima relación con una hermosísima mujer de 30 años —yo tenía 37 entonces—, bonaerense, que fue como una iluminación (descrita en Fugacidad del amor): estaba desperdiciando mi vida, pensé. Pues aunque no hubiese tenido relación alguna con muchachas en todo el lapso anterior, Lucía me atormentaba con sus celos (más que ellos creo que era su indignada reacción a la sola posibilidad de que alguien osara codiciar un “objeto” —yo— que consideraba de su propiedad). Entonces me liberé.

Mas tampoco es que salí a buscar mujeres —mucho menos prostitutas, actitud que desde la adolescencia había eludido con repugnancia—, sino solamente cambié de actitud. En ese panorama es que apareció

Anapaula, a quien conocía desde unos cuatro años antes –cuando era una muchachita apenas de diecisiete años, hermosa, rotunda, novia de Horst, el alemán que viajara con nosotros al Norte–; nuestra relación se había ido haciendo cada vez más fraterna, primero; luego decidimos ceder, de común acuerdo, a la atracción complementaria que entre nosotros surgía. Por una sola vez... y es la que se menciona un poco al pasar en este capítulo. Luego nos encontraríamos en la calle, esporádicamente. Hasta el día de hoy –aunque muy pocas veces nos vemos– seguimos tratándonos con el mayor respeto y el afecto que corresponde a una amistad, que ninguno de los dos consideró vulnerada. Creo que aquel leve intento de su madre por “responsabilizarme”, narrado aquí, fue sólo una reacción espontánea de Anapaula, quien no podía ignorar mi creciente atracción hacia Oona, y actuó como una bella mujer desairada.

En el rubor de la oración

Una tarde, luego de que ella guiara en un breve paseo a cierto grupo de alemanes jóvenes que habían llegado de paso, logramos escaparnos por un rato, solos, hacia el canal. Era un momento magnífico, aquel en que las luces del día comienzan a difuminarse bajo el tenue abrazo del crepúsculo; las plantas parecían respirar aliviadas luego de un día caluroso, algunas garzas se elevaban graciosas indicando la presencia de esteros entre la vegetación, la vida de los millones de insectos, pájaros, pequeños armadillos, ranas, cois, bullía con suave ronroneo a nuestro alrededor. Caminando serenamente extasiados por el momento llegamos al hermoso canal, casi tan ancho como un río, por donde transcurría un agua procelosa, transparente, con apenas perceptible rumor. No habíamos terminado de situarnos en el lugar, contemplando los hermosos colores rojizos, amarillentos, violáceos del cielo, no había terminado de preguntarle de qué signo era y me preparaba para empezar a profundizar un poco, al fin libres de los acechos y acosos constantes que nos rodeaban todo el tiempo, nuestra evidente afinidad, cuando escuchamos un tumultuoso repiquetear de cascos, un fragor de ramas quebradas, y vimos una polvareda que precedió a la aparición de dos jinetes, en la ribera opuesta, uno de ellos que nos gritaba:

“¡Al fin los encontramos! ¡Los estábamos buscando!”

Era el imbécil de Holger, montando un caballo, acompañado por Lisandro en otro, que nos urgía:

“¡Regresen! ¡Regresen enseguida! ¡Pronto va a oscurecer!”

¿Necesitábamos que algún estúpido nos avisara que iba a oscurecer? Comprendí sin embargo que el milagroso momento estaba roto; me entregué a la fatalidad, y cabizbajo, rengueando un poco aún, junto a ella, regresé. Un pensamiento fugaz se introdujo de improviso en mi imaginación. ¿Y si ella era una reencarnación de Laura?... ¿Esto era posible?... ¡Sus fechas de nacimiento casi coincidían: Oona, el 9 de octubre; Laura: ¡el 10!... Por ese entonces no sabía casi nada sobre la reencarnación, pero en aquél momento me sugestionó esa idea.

Una noche de luna

Pocos días después iba a suceder uno de los momentos más hermosos. Fue, si la memoria no me falla, el 14 de enero. ¿En qué tramo del día habíamos concertado cenar juntos, solos, ella y yo? No puedo precisarlo. El plomo de Holger había tenido que viajar a Tucumán, por algunos días. Tampoco estaban los otros alemanes, que se habían ido a Santiago. Por las vacaciones no había alumnos ni profesores.

Sólo recuerdo que esa tarde, cuando ella pasó en bicicleta por la oficina de la curtiembre, donde yo trabajaba, me preguntó si me gustaban los panqueques, pues proyectaba preparar eso para convidarme. Le dije que sí, me encantaban. Entonces se fue a buscar su correspondencia, y comprar los ingredientes necesarios, hermosa con su pelo recién lavado, la mochila negra cruzada a la espalda, cual libélula antropomórfica en su bicicleta de carrera, que la obligaba a agacharse un poco para volar, contra el fulgor del horizonte, por la ancha avenida de tierra apisonada que conducía a la pequeña ciudad. Debía esperarla en casa a las ocho y media, me pidió que preparase una sartén.

Puse la mesa en el patio trasero, allí donde a cincuenta metros comenzaba el monte. Guardé dos porrones de cerveza en el congelador.

A las ocho y media en punto llegó, aunque para decirme que mejor fuéramos a comer en su casa, pues había invitado también a Peter Schmergen. ¡Me fastidió tanto!... no lo pude disimular.

—¿Por qué a Peter?— pregunté, escandalizado.

—No pude evitarlo... me vio llegar con los huevos y preguntó qué iba a hacer... me dijo que la Chicha había viajado y él también está solo... entonces le he dicho “ven a comer”...

—Escuchame bien, Oona, yo quiero cenar con vos y no con Peter Schmergen... —mascullé, rencoroso— así que decile a Peter Schmergen cualquier cosa y venite a comer aquí, como me lo habías prometido —la intimé.

—Oh, me da mucha pena de él...

—No se va a morir por comer solo —minimicé—. Pero bueno, haz lo que quieras. Si quieres vete a cenar con él, no te preocupes por mí. Vete tranquila —espeté, dando por terminada la discusión.

—Veré qué hago —dijo y se fue.

No se había sorprendido por mi reacción, sin embargo, lo cual me hizo pensar que en aquella maniobra había de su parte un cierto cálculo.

Como a los diez minutos regresó, trayendo una bolsa con los ingredientes para cocinar. Con mucha eficacia hizo todo; enseguida los panqueques estaban listos para servirlos. Fuimos al patio, pues; para entonces, la luna alumbraba tenuemente, coronando de plata las copas de los árboles.

En esos días había comenzado a transmitir una FM en Rodeo. Fue un regalo de los cielos. Desde las 9.00 ponían música suave, romántica, boleros o rock lentos, con bastante gusto. La fidelidad era perfecta.

Hablamos de pocos temas, con alguna dificultad, pues ella aún tenía problemas con el lenguaje. Le ofrecí ayudarle a manejar el castellano, que practicaba con un manual. Concertamos encontrarnos para ello dos veces a la semana, desde las 8, en mi casa. Pusieron “Toda una noche contigo”, de Banana Pueyrredón y la invité a bailar. Nos levantamos, yo con alguna molestia en el pie aún, y tomándonos suavemente bailamos

con lentitud bajo la luna, sobre el piso de tierra, unos dos metros cuadrados que separaban la mesita con la puerta. Veinte centímetros nos hubieran bastado, pues apenas nos movíamos, cadenciosamente, casi en el mismo lugar. La música era una excusa para abrazarnos. (Oona no se pintaba. No usaba perfumes. Sólo se lavaba al parecer con esencias vegetales que guardaba cuidadosamente, traídas consigo al viajar a la Argentina. Por alguna referencia casual sé también que de vez en cuando las recibía de su padre, por correo. De su cuerpo emanaba pues un aroma suavísimo, en todo armonioso con el de la tierra y los árboles.) Con dulzura, ella fue reclinando su cabeza sobre mi hombro. Nacho Rasquides * se portaba como un dios, lanzando temas uno tras otro, sin la más mínima interrupción. La selección era extraordinaria: Daniel Río Lobos, Roberto Yanés, Tito Rodríguez... Estuvimos allí... cerca de media hora, sin separarnos. En cierto momento su cabello suavísimo se metió en mi boca; ella lo notó y para apartarlo movió un poco la cara: su mejilla ardía. Con este movimiento la comisura derecha de sus labios quedó exactamente rozando los míos: entonces corrí un poco la cara y puse con serena determinación mi boca a cubrir la suya. Fueron instantes, minutos, no sé cuánto tiempo de elevación celestial. Hasta que repentinamente ella se separó y se sentó ante la mesa, a llorar.

Le caían las lágrimas suavemente, mojando el bello rostro, que se le había puesto carmesí. Farfullaba palabras alemanas junto con otras españolas en confusión, mientras trataba de secarse el incesante flujo con un pañuelo pequeño.

—¡Estoy mal!... ¡mucho tiempo lejos de mi tierra!... ¡He hecho esto porque me siento sola! —más o menos es lo que intentaba decir (o al menos lo que yo entendí). Pero, ¡mucho tiempo lejos de su tierra! Si había pasado menos de un mes y medio desde que viniera...

—Debo irme ahora—, expresó al fin, levantándose. Entró a la cocina y se puso a embolsar sus cosas. Cuando hubo terminado se dio vuelta para retirarse. Pero yo, que la ayudaba desde su costado, con aquel giro quedé frente a ella; y otra vez, tomándola por la cintura, la besé. Otra vez se abandonó al dulzor, una nueva corriente de energía

benéfica nos recorrió, pero sólo por unos pocos segundos; nuevamente brotaron las lágrimas.

—¡No llores, por favor!... —le rogué.

—¡No! ¡no!—, decía—: ¡yo no puedo hacer esto!...

—¿Tienes novio? —le pregunté.

—¡Sí! ¡Tengo novio! ¡En Alemania! —contestó. —¡Y tú tienes esposa aquí!

Finalmente salió con rapidez y se fue. Logré llegar a la puerta para ver su esbelta figura blanca perderse en la oscuridad, entre los árboles que bordeaban el puente, camino a su casa.

* El dueño de la nueva radio.

Unos gansos

Lucía, Andrés y sus dos hijitas pequeñas —Sol, dos años, Angelita, un año— se habían instalado en la Stiftung una tarde tibia del mes de febrero de 1986.

Andrés había ido a buscarlas con la camioneta, a la ruta donde por entonces pasaba un colectivo que venía directamente de Córdoba. Se abrazaron, cargaron los equipajes en la caja trasera del vehículo, ingresaron por el ancho camino de tierra que conducía a la Stiftung. Desde la distancia, se viniera del oeste, del norte o del sur, podía verse el gigantesco galpón, que se elevaba como un castillo opulento entre decenas de casuchas humildes desparramadas hacia el sur, apenas cruzando una callejuela polvorienta. Aún dentro de este barrio la Stiftung poseía terrenos y una casa. Para los pobladores, muchos de ellos contratados como peones temporarios o permanentes por los alemanes, la Stiftung era a la vez fuente de recursos, de orientación y autoridad, como también un lugar misterioso donde habitaban seres distintos, con posibilidades económicas que, si bien solían disimularse en lo posible, estaban muy por encima de las de aquellas numerosas familias de jornaleros.

Un gigantesco portón tranquera impedía el ingreso por la única ruta de vehículos. Salvo que estuviese abierta. Cosa que ocurría durante toda la jornada, pues era un “camino vecinal”. Por donde las personas sin recursos iban a buscar agua del ancho cauce, como un kilómetro y medio hacia dentro. Por las noches, la tranquera se clausuraba con grandes cadenas, fijadas por candados en proporción. A su costado, otra puerta, más pequeña, del mismo material –gruesos postes de quebracho blanco–, solía cerrarse, también, aunque con cadena y candados más pequeños. Era usada por quienes vivían en la Stiftung para entrar o salir de noche, caminando.

De un caserío paupérrimo, polvoriento, donde desaharrapadas familias campesinas habitaban ranchos oscuros, sin agua corriente ni electricidad, albergando mujeres como espantapájaros y niños sucios, gritones, descalzos, desnutridos, se transcurría repentinamente, con sólo atravesar la tranquera de la Stiftung, a otro clima, ordenado, limpio, en el cual sus habitantes podían disponer de todos los servicios urbanos –incluyendo por cierto agua de red, electricidad, teléfono– y altas tecnologías. Pensadas para albergar a alemanes, las casas redondas poseían adentro las mayores comodidades: hermosos sillones de madera rústica con grandes almohadones, mesas y sillas de algarrobo, artesanías y decoración aborígen, selecta, en lugares claves. Un mundo de clase media... alemana. Los baños –con inodoro, bidet, bañera de la mayor calidad–, estaban íntegramente impermeabilizados, en sus paredes, con azulejos en suave color pastel. Los pisos ostentaban resistentes y caros mosaicos de cerámica. Para evitar el ingreso de mosquitos u otros insectos, en los marcos de las ventanas, abiertas sobre las anchísimas paredes, se habían instalado persianas con finas mallas metálicas. Por dentro, marcos sosteniendo cristales y por encima de ellos cortinas suaves; hacia fuera, ya de cara al exterior, gruesas persianas macizas de quebracho o pino.

Comenzando por la casa de Schmergen, a unos cien metros de la entrada principal, esta área de las viviendas era un espacio recoleto e íntimo. Constelado de árboles, se situaba alrededor de una olla ancha, con unos dos metros de profundidad y trescientos metros de diámetro, que constituía un espacio agradabilísimo para atravesarlo

caminando, en bicicleta, o con los triciclos y otros transportes que usaban para sus juegos los niños. Alrededor, suaves colinas ondulaban con los diferentes caminos que conducían al monte, al campo cultivado, al corral de los chanchos, al de las vacas, al gallinero, a las huertas, al tanque australiano, a los cultivos... y luego de la llegada de los Varela-Fernández, el que llegaría hasta su casa.

Andrés había elegido un espacio algo alejado del conjunto de las viviendas, por lo demás, paradisíaco. Con una bonita acequia trayendo agua, rumorosa, a su costado, bordeada en las dos riberas por árboles añejos, delgados y altos en su mayor parte, que se perdían hacia el horizonte y el cielo, a lo largo de las cinco hectáreas adquiridas.

La tarde en que se reencontraban por segunda vez Lucía y Andrés, estaba apenas tibia, lo suficiente para llevar ropas livianas. Sobre el cielo celeste de las siete de la tarde se deslizaban grandes nubes de color cobalto, con sus panzas enrojecidas por la oración. Dejando la camioneta junto a la construcción de la entrada, fueron los cuatro para saludar a la familia Schmergen. El alemán con su esposa criolla salieron a conversar con los nuevos miembros sobre una plataforma de césped, con canteros y plantitas de flores, frente a su casa. Corría una brisa suave. Angelita era muy pequeña para caminar con soltura aún, por lo cual se quedó con ellos, tomada de la pollera de su madre. Con suavidad Andrés ingresó en un ámbito sutilmente matizado por un deliquio amoroso. Todo era armonía, tranquilidad, orden, amplitud, optimismo, aquella tarde. Desde esa altura se veían los horizontes más bellos: árboles, prolijas edificaciones, el voluptuoso cielo. La delicia de estar con su esposa, reconciliados, sus dos amadas hijitas, y estas personas tan cordiales, embargó por completo al hombre, que oía la animada conversación de las dos mujeres como a un arroyo lejano. De repente, algo maravilloso ocurrió:

Desde el horizonte emergió una bandada de gansos, asustados... por atrás, la pequeña Sol, quien levantaba en su manita una larga rama de árbol... era quien los corría... los gansos armaban un batifondo de aleteos con gritos roncós, mientras la niña los perseguía detrás, casi tan rápida como ellos, sin darles ventaja... ¿En qué momento se había ido?!... Recortándose contra la luminosidad decreciente del

atardecer, la niña y los gansos conformaron una escena bellísima, representación sublime de la Naturaleza y la Vida.

Pocas veces en su vida Andrés alcanzó niveles de felicidad espiritual tan elevados como en aquellos segundos de mirar a su bonita hija de dos años apareciendo y perdiéndose para volver a aparecer muy pronto entre las suaves colinas de la Stiftung, por detrás de los gansos.

Capítulo 4: Orgonón

En el *Mäelstrom*

Una mañana la cocinera escandinava me increpó en el pueblo. Accidentalmente pasé por cerca de su casa y me detuvo con gesto decidido. Era una mujer delgada, fuerte, debió de haber sido atractiva antes de que la edad o los contratiempos la convirtieran en este ser nudoso, fumador, tenso, como ahora se la conocía. Pese a ello se había dado maña para enmaridarse con un policía, su pareja estable hoy, un tipo grandote, gordo, sucio y bonachón que le había dado otro hijo.

Sus ojos muy azules se proponían dominarme cuando habló:

–Me ha dicho la Anita que usted anduvo en su casa unas noches atrás.

–Así es –contesté, sin bajarme de la bicicleta.

–También me ha dicho que ha intentado propasarse con ella. Yo no sé qué va a decir doña Lucía si le comunico esto.

–Mire, lo que diga doña Lucía le corresponde a ella y me tiene sin cuidado –repliqué con tono cortante–. Si usted quiere decirle algo, sabe dónde encontrarla. En cuanto a su hija, tiene 21 años. Ya es mayor de edad. No hablaré con usted nada más sobre esto.

Ella se quedó sin palabras. Consciente de mi victoria psicológica, me despedí con helada formalidad. Que me tuviera sin cuidado la reacción de Lucía era una gigantesca mentira. Por el contrario, tiemblo sólo en pensar el escándalo que hubiese hecho si hubiera sabido de esto. Pero la parada me salió bien, y la mujer no insistió.

Anapaula no era una meretriz; por el contrario, su belleza y cierta “alcurnia” familiar la ponían en condiciones de integrarse sin dificultades a los sectores medios de la sociedad. Hasta en su fugaz encuentro conmigo se manifestó su karma, sin embargo. Pues en vez de constituir para mí un elemento importante como se merecía, dado que era una hermosa mujercita, educada y joven, nuestro acoplamiento fue un juego casual; nunca más regresé, ni afecté el menor interés por ella cuando eventualmente la encontré por ahí. Mi imaginación o afanes se orientaban con naturalidad, tal como lo harían las partículas de una tolvana, únicamente hacia Oona. Como en el Maelstrom, el vórtice de mi energía psíquica personal giraba entonces con ella ubicada en el centro, sin que yo pudiera –ni me propusiera– evitarlo. El infortunio atávico de Anapaula había determinado, pues, que su vigencia efímera coincidiese justamente con el inicio de aquel altísimo condensador de energía biológica que se estaba formando tras el encuentro entre Oona y yo. Pequeña competencia, por otra parte, resultaba la muchacha de Beltrán, corporalmente codiciable, pero de baja irradiación psíquica e inteligencia difusa, ante la vertiginosa luminosidad natural de la alemana y el gigantesco poder de su pensamiento.

Mis hijas

Eran chiquitas. Eran hermositas. Eran mis hijitas. El amor fraterno y el amor a Dios de que habla Erich Fromm se habían concentrado en mi alma hacia ellas. El amor a la vida, el amor a la naturaleza, la quintaesencia de tales sentimientos animaban mi corazón con relación a ellas.

Eran tres chiquitas hermosas, vitales, sanas. Lo eran también porque las amaba –las amábamos– sin condicionamientos.

Las amaba tanto por haber conocido el miedo, la culpa, la muerte. Por haber padecido el dolor infinito de haber hecho daño y haber sufrido el horror hasta abismos tan crueles, que la existencia pasó a convertirse para mí en un perpetuo milagro.

Lucía las amaba por haberlas llevado dentro, por conocer también el dolor extremo, la prisión, el terror. Al igual que yo había pagado un alto precio para aprender que el amor debe cumplir determinados requisitos antes de llegar a hacerse eficaz. Y no quería por nada dejar de aplicar las enseñanzas que la existencia había grabado con fuego en su conciencia. En esto nos parecíamos extraordinariamente.

Ningún itinerario de existencia que no incluyera a nuestras hijas tenía sentido, en mis pensamientos. Por ello también la imposibilidad de alejarme de Lucía, aunque me doliera hasta la médula cada hora compartida, por causa de nuestra aversión. Se explica también que me estaba vedado cualquier proyecto individual, tanto en el plano de los sentimientos como en cualquier otro de la actividad humana, salvo que pusiera a mis hijas como su centro.

Es oportuno agregar que las diferencias con Lucía no eran porque yo la considerase una mala persona. No me cansaré de decir que Lucía es una mujer excepcional. En todo sentido. Lo nuestro era algo diferente. Podríamos haber sido amigos, compañeros de militancia –como lo fuimos– o de trabajo –formábamos un excelente equipo–; pero no un matrimonio. El vernos obligados a convivir en matrimonio era precisamente lo que provocaba el sufrimiento mutuo, no alguna característica maligna de ninguno de los dos.

Niños robados

La ruta que pasaba por Rodeo sostenía un tránsito muy profuso, incluyendo camiones y colectivos que viajaban desde o hacia Buenos Aires. Allí, cuando caía la noche, antes de los primeros caseríos, solía situarse una mujer de veintiún años, bonita. Era rubia, posiblemente de un modo natural, pues su padre, a quien Lucía y Andrés conocieron, provenía de inmigrantes búlgaros. La muchacha trabajaba como

prostituta. Se acoplaba, cobrando algunos pesos, con camioneros u otros transeúntes que la solicitaran. Lo hacía por su cuenta, desde los quince o dieciséis años. Debido a ello, frecuentemente quedaba embarazada.

La primera vez que le sucedió, Peter Schmergen le había proporcionado una “solución”. En vez de matar al bebé –como ella quería– arregló entregárselo a un matrimonio alemán, para que lo criasen. De esa manera se cumplirían las aspiraciones de todos los involucrados, sin cometer un aborto, lo cual, como se sabe, la Iglesia considera Pecado Mortal. Algunas otras veces, cuando oficiaba como sacerdote en un pueblito lejano de la paupérrima sabana santiagueña, Schmergen había apelado a soluciones semejantes. Solicitaba, entonces, a sus amigos alemanes, comprometerse a cumplir de por vida con dos cuotas mensuales, efectivizadas en marcos. Una, para la madre del bebé; otra, para su parroquia.

Diez o doce años más tarde, ya cura casado, ya referente máximo de la Stiftung, el método se había perfeccionado. Contaba con una clínica dispuesta para ello, en la cual podían nacer los bebés con toda garantía. Y de la cual inmediatamente podrían venir a retirarla sus padres adoptivos, una vez que se hubiesen cumplido los requisitos necesarios. No era una transacción del todo legal. Debido a esto, se contaba con una oficial de Justicia, quien desde su oficina en Tribunales chequeaba el estado de las causas por tráfico de bebés, consultaba a la Jueza de Menores acerca de la oportunidad o no para las adopciones, etcétera. Sólo cuando esta operadora indicaba que habría luz verde, pues, los alemanes concurrían al juzgado, junto a la madre natural, para obtener un certificado de adopción.

Los Varela-Fernández se enteraron de eso accidentalmente, pues una noche del año 1986, estando él en Buenos Aires, Schmergen fue a su casa para pedir a Lucía que se hiciera cargo, por un lapso de tiempo, de uno de aquellos bebés. Un juez Federal de otra provincia levantaba entonces grandes polvaredas mediáticas, investigando frecuentes “robos de niños”, en toda la Argentina, especialmente en sus provincias más pobres. La Jueza de Menores, en Santiago del Estero, estaba atemorizada con la posibilidad de caer bajo aquella lupa. Lucía le contó esto a Andrés por teléfono; había

aceptado, el bebé estaba ya en su casa. Algunos días más tarde, se pudo blanquear la situación y el matrimonio alemán, ya al borde del colapso nervioso, pudo regresar a su país con el niño en brazos.

Ante sus amigos más cercanos, Schmergen se enorgullecía de “la obra” que hacía con esos niños exportados a Europa. Mostraba fotos de algunos de ellos: rozagantes, exhibiendo ropajes o elementos que les hubiera sido absolutamente imposible siquiera conocer –como raquetas de tenis, walkmans o skis–, de haber quedado en los ranchos de donde provenían. Exclamaba: “mira este niño... se cría fuerte y feliz... recibe educación... ahora es parte del primer mundo... si hubiera quedado aquí, con su madre, sería llevado como animal, por los finqueros, en sus camionetas, para obtener un sustento insuficiente de las cosechas... o algo peor: andaría hurgando los basurales, para poder comer”.

El sistema de cuotas vitalicias continuaba vigente: unos cuatrocientos marcos, promedio –quienes podían hacerlo entregaban más– se solicitaban, como una pensión permanente para la madre. La cotización que con Schmergen cura solía ir “a la parroquia”, ahora venía a parar “a la Stiftung”.

Schmergen tenía problemas frecuentes por su manera de administrar dichos fondos. Pues en vez de entregar directamente el dinero a las madres, solía comprarles mercadería. Que iba entregándoles semanalmente, en raciones de aceite, maíz, arroz, bebidas, leche, etcétera, adquiridos en supermercados. A veces, las familias se quejaban. Él se defendía:

–No les puedes dar a estos cuatrocientos marcos (unos mil seiscientos pesos): los van a tirar en juergas y cosas innecesarias.

Se acumulan las energías

Al regresar Lucía y las niñas desde Córdoba, la ecuación psíquica ya entablada había puesto en movimiento una intensísima corriente cósmica, tendiente a unirnos, mientras que debido a los sucesos recientes o dudas conceptuales nuestros cuerpos

ofrecían tenaz resistencia logrando –como la espiral de alambre que detiene un flujo de electricidad– sólo multiplicar la potencia acumulativa de aquella atracción.

Durante un breve periodo nos evitamos, yo con un poco de vergüenza y temor de que Lucía notase mi embeleso, ella tal vez por prudencia, por lealtad a su novio alemán, por escrúpulos de su conciencia católica... no sé, nunca me lo dijo. Pero pronto se presentaría otra oportunidad de estar muy cerca.

Con Lucía y las chiquitas había venido Fernanda, hija que no criáramos pues habíamos estado presos casi desde que naciera hasta sus siete años. Al momento tenía trece, y aún vivía con su abuela en Córdoba. Para agasajarla, quise llevarla un sábado por la noche al Festival del Tomate que se hacía en Forres, a unos quince kilómetros de distancia. Por casualidad Oona y Holger habían invitado al mismo festival a tres alemanes jóvenes que nos visitaban. Decidimos ir juntos. Esa noche tomamos bastante, y pese a que Oona se resistía, la saqué a bailar apenas pusieron música (chamamé, cumbias, etcétera). Aprovechando su torpeza en el baile, la apretaba mucho –y ella trataba de evitarlo. Tanto Holger como Fernanda notaron mis intenciones; el alemán nos sacó muy temprano de la fiesta –a eso de las tres–. Eso me enfureció. Ya caminando por el húmedo césped de la banquina hacia nuestras casas, protesté a Oona mi insatisfacción, por haber tenido tan poca oportunidad de estar con ella esa noche.

–La vida tiene muchos días–, dijo suavemente. Esa respuesta me encantó; me hizo pensar que quienes deben aprender nuestro idioma con esfuerzo, pueden manejar con mayor precisión y belleza las palabras.

Habíamos seguido cumpliendo los compromisos asumidos: por ejemplo, las clases de castellano. Fue precisamente durante una de ellas que se suscitó aquella escena incómoda con Lucía y tal vez su primera sospecha sobre firme de un afecto especial entre Oona y yo. Había llegado a las 8 de la mañana –Lucía salía a las ocho menos cinco hacia las oficinas, a unos trescientos metros de distancia. Estuvimos trabajando sobre los verbos y su conjugación. Hasta que nos perdimos en nuestras auras. Yo tenía

una oficinita que había construido en la casa junto al dormitorio grande –para Lucía y las chiquitas– y al mío. En aquella oficinita sólo había libros ordenados en estantes, y una mesita angosta donde escribía.

En aquella parte de la casa la pared se combaba, insinuando un abrazo uteral sobre nosotros, que sentados una frente al otro recibíamos la luz de la mañana por una ventana gótica, la cual nos mostraba el panorama bellísimo de la acequia, los árboles florecidos, el campo, donde crecían miles de plantitas de cebolla, tomates, alfalfa, frutillas, ordenados en anchos recuadros, en el caso de las frutillas cubiertas con prolijas casitas artificiales. Nos habíamos sentado sólo con la angosta mesita en medio, por lo cual sus piernas largas se apoyaban de vez en cuando contra las mías. Yo mantenía las mías abiertas, y ella había ocupado el espacio colocando sus piernas allí. Como nos sucedía cuando estábamos juntos perdimos la noción del tiempo. ¡Nos quedábamos absortos la una frente al otro, por largos ratos! Pasaron las nueve, hora en que debía irse, cuando dejamos completamente de hablar y nuestros cuerpos etéricos se fundieron, bajo el resplandor del aire matinal, filtrado por una malla blanca, puesta en la ventana para evitar bichitos. Mudos, nos limitábamos a mirarnos, completamente inmóviles, nuestras manos sobre la mesa, a un milímetro de distancia. Sus piernas se abandonaron contra las mías por debajo de la mesa. Era el único contacto corporal que manteníamos. Sus ojos celestes muy abiertos se fijaban, sin pestañear, sobre mis ojos, sus labios se abandonaban en una dulce expresión de paz; nada más que eso: con eso, éramos felices, estábamos magnéticamente unidos; habíamos logrado el equilibrio perfecto que buscan los yogas, la beatitud entre dos.

En aquel momento entró Lucía.

Se detuvo como si hubiese chocado contra un muro transparente, en la puerta. Luego profirió, dirigiéndose a mí con tono casi de insulto:

–¿Qué esperas para ir a la oficina? Son las nueve y veinte. Hay apicultores esperándote allí.

Ni Oona ni yo hicimos comentarios. El día se había nublado, había un vientecillo agradable y mucha electricidad en el aire. Todavía un poco absortos, ella caminó hacia su casa; yo tomé una bicicleta de los peones para llegar más rápido a las oficinas.

Pequeñas contrariedades

Después de esa mañana Lucía se puso más agresiva y desconfiada. Oona se dio cuenta y suspendió las clases de castellano, con la excusa de que debía trabajar mucho para inaugurar la guardería a fin de mes.

Por otra parte, era cierto que mi carácter había cambiado demasiado como para que mi esposa no sospechara. De hosco y antisocial, me había vuelto abierto a las visitas ahora, extraordinariamente dispuesto para salidas o fiestas. Antes puteaba cuando por obligación debíamos salir de noche, invitados a algún casamiento o algo parecido. Ahora me embarcaba en salidas con inocultable entusiasmo. Claro, cada reunión permitía nuevas oportunidades para estar con ella.

Pese a esto traté de reducir mi participación en sus reuniones sociales. La contención actuó como un disparador, posiblemente, pues una noche en que Oona había organizado unos inocentes juegos, destinados a niños, pero invitándonos a participar a Peter Schmergen y a mí, luego de unos minutos de aceptación desbaraté con toda conciencia las normas, ridiculizando como si fuese una estupidez todo aquello, y sin escuchar sus dolidas protestas me fui.

La Tablada

Enero terminó peligrosamente para nuestra familia. De una manera que nos resultó pasmosa, un grupo de guerrilleros jóvenes había intentado tomar un regimiento en Buenos Aires; se había suscitado una carnicería. Lo peor era que conocíamos a esos guerrilleros: hasta poco más de un año atrás habíamos integrado su movimiento –

incluso, uno de ellos se había alojado en nuestra casa. Recién luego de algunas horas llegamos a tomar conciencia de la gravedad de la situación.

Estábamos en el complejo principal de la Stiftung, Lucía en las oficinas, yo revisando con los obreros un cargamento de pieles, o algo así, cuando escuché por la radio las primeras noticias sobre un enfrentamiento armado en un regimiento importante. Pedí al curtidor que subiese el volumen, pero difundieron muy poca información; todo era confuso, la policía había rodeado el lugar, se tiroteaban con los atacantes, que resistían desde el interior del cuartel. Era temprano: como las ocho y media de la mañana.

Como hacía poco se habían sucedido los levantamientos militares conducidos por los coroneles Rico y Seineldín, quienes no habían sido castigados severamente, además de mantener su estructura de poder militar intacta, di por sentado que se trataba de ellos otra vez.

Pero a las diez de la mañana el tiroteo continuaba; a la policía se habían sumado fuerzas del ejército, bombardeaban con bazukas a los atrincherados, los helicópteros artillados les lanzaban ráfagas; ese lugar de la ciudad era un infierno. Regresé a casa y encendí el televisor. Las imágenes que vi me sobrecogieron: pronto iban a salir los combatientes vencidos, se había llegado a un acuerdo, luego de haberlos cercado. Pero sobre los senderos del regimiento habían quedado numerosos cadáveres, de hombres y mujeres muy jóvenes, de civil. Las cámaras comenzaron a mostrar algunos rostros de los muertos y se difundieron sus nombres. Me estremecí al reconocer entre ellos a varios de mis compañeros del movimiento Todos por la Patria. ¡Cómo podía ser! ¡Nunca se había hablado de construir una guerrilla, mientras permaneciéramos allí! Pero recordé que una de las causas de nuestro alejamiento había sido, precisamente, el reconocer un cierto tufillo belicista en el lenguaje de algunos dirigentes, que lo habían sido a su vez del ERP varios años atrás. ¡Oh, ¿podían ser tan locos?! No me cabía en el pensamiento esa posibilidad, pero era real, las imágenes de la televisión mostraban aquella trágica posibilidad concretada, evidentemente.

Comencé a caminar meditabundo pues la noticia me había conmovido. Oona forraba carpetas con figuras para sus niños cuando entré. Quería hablar con alguien. Esta vez no sentía la menor inclinación afectiva hacia ella, mi mente había suspendido toda sensación salvo el preciso discurrir de los razonamientos, ahora necesitaba un interlocutor para ordenar un poco más las ideas. Oona no sabía nada del asunto. Tuve que explicarle que nosotros habíamos estado presos siete años durante la dictadura militar por nuestra actividad revolucionaria (“bueno, eso ya lo sabía”, dijo, “¿estos son tus compañeros?”). Había comprendido, por fin. Ese era el asunto. Eran mis compañeros. Y ahora quienes estaban o estuvimos relacionados con ellos, corríamos peligro en todo el país. Conocíamos por haberla padecido la ferocidad de la represión; miles de compañeros y compañeras desaparecidas, torturadas, asesinadas sin piedad por los militares no permitían imaginar un desenlace idílico para esta emergencia. Me fui tal como vine pues quería sintonizar alguna radio de Santiago. La policía estaba actuando rápido: ¡habían allanado la sede del MTP! Por el momento no habían detenido a nadie pero sus dirigentes permanecían bajo vigilancia.

Mi relación con este movimiento había surgido al reencontrarme con un viejo compañero de militancia en Buenos Aires, durante un viaje que hiciera hacia fines de 1985. Por entonces tratábamos de construir en Santiago, con algunos dirigentes agrarios, un partido nuevo. Por nuestra debilidad se había aceptado un frente con el Partido Intransigente, pequeño también aunque con una estructura nacional, pero la gente del MTP fue terminante a la hora de fijar condiciones para nuestra incorporación: debían cortarse los lazos con el PI, “un partido burgués”. Tampoco les interesaban alianzas con otros sectores de la izquierda, comunistas o del MST: “reformistas superados por la dinámica revolucionaria ya en los años 70”. Sabía que eran los mismos compañeros con quienes emprendiéramos nuestras gestas veinteañeras, mejor dicho, sus sobrevivientes. La cuestión me entusiasmó, por orgullo ante la capacidad de recuperación de nuestras fuerzas, a las que prácticamente se había considerado aniquiladas, pero también porque veía un programa mucho más maduro en la construcción de este nuevo movimiento.

En la Argentina se había necesitado un nuevo movimiento político desde los años 60. Nosotros fuimos ese movimiento, pero el adherirnos fatalmente a una política armada había permitido nuestra derrota. Los mismos políticos corruptos que gobernaban el país cuando intentáramos cambiar las condiciones que nos llevaban indefectiblemente al abismo, los Cafiero, los Ruckauf, los Storani, habían regresado con las elecciones, dotados de mayores mañas y endurecidos por su connivencia de casi una década con los asesinos militares.

Reiniciar la lucha, a tan poco tiempo de terminada la tragedia, era entonces no sólo una magnífica demostración de valentía, sino tenía un contenido político que abría grandes posibilidades de crecimiento entre el pueblo. Ello fue así, precisamente. Me impresionó mucho, a fines de 1986, comprobar la masividad que estaba adquiriendo el MTP en Córdoba y en Buenos Aires.

Hacia abril de 1987 mi instinto me avisó que algo inconveniente sucedía, sin embargo. Y durante un viaje a Córdoba se confirmaron mis temores. Me encontré con un compañero que había sido un alto dirigente del ERP en la década pasada, y su discurso me erizó la piel. Hablaba constantemente de que los militares se preparaban para dar un golpe... y de que había que pararlos. Me pareció decodificar de entre sus palabras que ese “pararlos” representaba algún tipo de voluntad armamentista, pues hacía alusiones veladas a que “a algunos compañeros es difícil contenerlos” y de rumores acerca de ciertas regionales que habían decidido acopiar armas (por cierto, “para defenderse”). Espantado, apenas regresé le dije a Lucía que debíamos alejarnos de este movimiento. Esa misma tarde, cuando nos visitó un dirigente del partido local le comunicamos esta decisión, alegando cuestiones de trabajo, de mis novelas sin terminar, de las necesidades familiares, en fin. No le gustó nada; habíamos recorrido el campo durante todo el año pasado organizando trabajosamente nuestro partido. Insistí afirmando que era mejor que nos alejáramos, antes de continuar a desgano. Lo entendió finalmente, y no regresaron.

Pero ¿sabría esto la policía?... Mi nombre había aparecido en durísimas solicitadas, repudiando los intentos militares, como dirigente del MTP. Y como dije, en todas las

actividades públicas del partido había participado... hasta 1987. Sin embargo, mi alejamiento no era algo que se hubiera hecho público. Al menos eso era lo que yo creía.

Mi preocupación iba adquiriendo mayor intensidad a medida que avanzaba el día y las noticias adquirían una trágica precisión. Ellas mostraban la horrible masacre sucedida luego del asalto al cuartel por unos 50 guerrilleros, armados como nunca lo habíamos estado en la etapa anterior, con ametralladoras pesadas ¡y bazukas lanzamisiles! En el acto se me despertó un palpito: ¡Gorriarán Merlo!..

“¡Maldito demente!”, pensé. Él era el único capaz de haber organizado esto. Había huido indemne de la lucha durante la dictadura militar, para ir a combatir con mucho armamento en África, en Nicaragua. Más tarde con su grupo habían destrozado a Somoza, haciéndole una emboscada callejera en Paraguay. Precisamente el remate lo dio de un bazukazo que lo desintegró, un santiagueño, el “Colorado” Irúrzun. Pronto se comprobaría que Gorriarán Merlo había dirigido la operación por radio, desde una camioneta estacionada en un lugar suficientemente a salvo. Me sentí traicionado por este personaje, a quien consideraba un inmaduro, quizás por no haber padecido, como nosotros, la cárcel. De momento mis inquietudes fueron aumentando, y repentinamente me acordé que en la oficina tenía una gran cantidad de revistas, folletos, documentos de izquierda. Incluso varios del MTP. Corrí a buscarlos... los quemaría, pues si nos allanaban la casa –cuestión que evitaba pensar pero se presentaba como muy posible–, iban a ser pruebas en nuestra contra.

Desde 1986 recibía regularmente varias revistas de Cuba; las consideraba un pequeño tesoro y las había coleccionado ordenándolas por temas en un estante especial. Me dolió mucho desprenderme de ellas. Pero lo hice. Como a las seis de la tarde, una oscura humareda se elevaba de mi pozo para la basura. Poco después no quedaba en nuestra casa ningún vestigio escrito de que alguna vez hubiésemos sido personas con ideas de izquierda.

Hacia 1993 un policía de los Servicios de Investigación se vanagloriaría, durante un encuentro que no pude evitar en la plaza de Santiago, que si no me habían detenido

aquella vez se lo debía a él. Según fanfarroneó, apenas se produjo lo de La Tablada lo llamaron por teléfono para saber si consideraba conveniente que me fuesen a buscar. Siempre de acuerdo con su narración él les había dicho que no. Que mi esposa y yo éramos personas inofensivas, dedicados por entero a nuestros trabajos, a nuestra familia. Que hubiese sido un error molestarnos. Él nos conocía muy bien.

Con su esposa se habían acercado a mí en 1986, durante la presentación de uno de mis libros. Ella era una maestra muy bondadosa y sensible, que escribía poemas bastante aceptables. Él me había dicho con brutal desparpajo que trabajaba en el D2 (el tenebroso Departamento de Informaciones, donde habían torturado y asesinado salvajemente a muchachos y chicas durante la dictadura). Pero en Rodeo estaba “fuera de servicio”, así que era como “otra persona”, según decía. En su repentino “sinceramiento” de la plaza me confesaría que en realidad le habían encomendado la tarea de vigilarme. Practicaba magia negra. No quise evitar el acoso a que nos sometía, por instinto de supervivencia, pero particularmente porque no había modo, sin ser grosero, de rechazar la relación profesional con su esposa. Jamás pudimos confiar en ellos, sin embargo. Todos sentíamos que nuestra ceremoniosa amistad era sumamente artificial.

Lo más probable es que él pidiera instrucciones a sus jefes, apenas sucedió lo de La Tablada. Si le hubiesen ordenado que me detuviera, lo hubiera hecho en el acto – quizá con ese doliente placer que aqueja en apariencia a esta clase de tipos cuando cometen sus enfermizas crueldades—. Pero mi tío era asesor principal del gobernador y mi padre Secretario de Educación y Cultura en el Gobierno Provincial. Demasiado poderosos como para lanzarse contra alguien de su familia. Creo que eso fue lo que verdaderamente impidió que cayéramos en la cárcel por segunda vez.

Capítulo 5: Piedrecillas de colores

Una niña lánguida

A Fernanda, la hija mayor de Andrés y Lucía, le había tocado soportar los años de cárcel de sus padres. Y el terrorismo de Estado, flotando todo el tiempo en el clima del ámbito donde se crió.

Con sólo cinco meses, estuvo por dos días en la Dirección de Informaciones, centro de tortura represiva, en Córdoba, donde su mentecita registraría alaridos, oscuras

amenazas, estampidos y absorbería la adrenalina de su madre, quien si bien no sufrió allí torturas graves –comparándolas con otras que por allí pasaron–, fue separada de su hijita, en algún momento, para ser maltratada por los represores.

Tres meses más tarde, luego del golpe militar, comenzaron las torturas sistemáticas a los prisioneros en las cárceles. Los militares entraban de noche –o cualquier otro momento–, en grupos armados. Desnudaban a todas las prisioneras, las golpeaban, las humillaban y hasta en algunos casos las violaban. Se vivía una atmósfera de horror permanente, junto a la carencia de elementos mínimos, falta de higiene, encierro en celdas celulares. La pequeña Fernanda debió soportar ese ambiente por dos semanas, hasta que fue llevada a la Casa Cuna por empleadas del Penal. De donde sería retirada por su abuela.

Esta era una mujer tímida, recelosa, que por entonces buscaba un sentido para su vida luego de enviudar y que todos sus hijos se fueran. Fernanda se lo proveyó: decidió amarla y protegerla como una nueva hija, que le hubiera concedido, milagrosamente, Dios. Había regresado de España, adonde vivían sus otros hijos, para dedicarle, pues, su existencia a tal empeño. Un hermano solterón de Lucía, regresó con ella e hizo las veces de padre de la pequeña.

Así, se crió hasta los ocho años bajo la protección de una familia de clase media, compuesta por una anciana y un solterón, que la sobreprotegieron, tratando de evitarle toda actividad fastidiosa y preservándola obsesivamente de cualquier peligro, real o imaginario.

Cuando salieron de la cárcel, Lucía y Andrés se encontraron con una niña distante, de modales fríamente aristocráticos, a la cual les resultó imposible llegar con sus sentimientos.

Luego de tenerla junto a ellos por tres años, durante los cuales ella parecía sufrir, decidieron preguntarle si prefería vivir con su abuela y su tío. Sin vacilar, la niña –ya con doce años de edad–, escogió la tranquila estabilidad pequeño burguesa de Córdoba, al tumultuoso devenir de sus padres, en el que se había visto envuelta estos últimos años.

Lucía no había estado de acuerdo con permitirle esta decisión. Pero Andrés, argumentaba que traer a una niñita lánguida, delicada, con hábitos urbanos, al monte santiagueño, donde aún en los mejores espacios se soportaban por ratos altísimas temperaturas, polvo, convivencia cotidiana con todo tipo de animales, algunos peligrosos, significaría para la niña un nuevo trauma. Además, en aquellos ocho años de vida en Córdoba, Fernanda había hecho sus mejores amigos. Niños urbanos, por cierto, con culturas de inmigrantes europeos, tan diferentes de los rapaces santiagueños, especialmente de los del campo, que iba a ser como amputar sus raíces.

En 1988, Fernanda era una bonita chica de quince años, muy blanca, con ensortijado pelo castaño, un tanto regordeta y modales ciudadanos. Los visitaba, en Rodeo, quedándose por algunos días.

Disputas de carnaval

Habíamos entrado en febrero ya, había llegado el carnaval. También otro alemán. Había venido solo, se iba a quedar únicamente dos días pues proyectaba seguir hacia los cerros de Tucumán. Era prolijo, vestía como un oficinista y presentaba cierto parecido con Freddy Mercury. Me explicaron que trabajaba en una repartición administrativa gubernamental de Tübingen. Oona lo llevó a recorrer la barriada humilde que rodeaba la Stiftung. Quise acompañarlos y no se negaron. Pero como hablaban en alemán, ya que el visitante no entendía castellano, me volví, pretextando un compromiso.

La primera noche de carnaval se generó un incidente desagradable. Para agasajarlo, Oona había organizado una fiesta en su casa. Eramos doce, cinco de Alemania, entre varones y mujeres y siete argentinos. Luego de cenar y tomar mucho, nos pusimos a jugar con agua. Comenzamos tirándonos chorros de soda, con los sifones; luego los más jóvenes –dos profesores, Lorena y una amiga–, tomaron baldes. Mojándonos así estuvimos un rato, hasta que a alguien se le ocurrió traer harina. En pocos minutos estábamos todos blancos. La redonda casita “comunitaria” se había convertido en un

caos, corriendo unos tras otros, alrededor, para embadurnarnos y mojarnos más y más. Me gratificó ser un blanco predilecto para Oona: cada tanto se dirigía a mí, a veces rodeando la casa con el propósito de “atacarme” por retaguardia, momento en que envolvía mi cuello con sus brazos largos, para enharinarme el pecho y la cara. Simulaba resistirme sacudiéndome, para tomar su cintura con fuerza, hacia atrás, y un poco de sus nalgas. Descansábamos apenas unos minutos mientras tomábamos cerveza, antes de continuar. Hacía mucho calor. No lo sentíamos, sin embargo. Cada tanto nos prodigábamos un baldazo de agua, que la brisa suave convertía en bendita frescura a través de nuestras ropas empapadas. Alguien descubrió una caja con témperas y recommenzó el jolgorio, animados ahora por la posibilidad de pintarrajearnos. Así lo hicimos hasta liquidar los pomos. Al oficinista alemán no le había gustado mucho el asunto, desde un principio. Yo había observado que Oona y Holger parlamentaban con él cuando empezamos a tirarnos agua, sin duda para explicarle que “así era como festejaban los argentinos” y también más tarde, para convencerlo de entrar en el juego. Al acabar con las témperas, noté que él llamó aparte a Oona y enseguida ella vino a anunciar que... (no recuerdo cómo se llamaba) iría a bañarse, también se cambiaría y volvería para continuar con nosotros, pero solicitaba no participar más.

Continuamos con nuestros juegos que nos resultaban muy placenteros. No sólo nos echábamos agua, sino también bailábamos por ratos, la acción de untarnos con pintura nos daba la oportunidad de tocarnos mutuamente, cada quien al que le resultara agradable.

Ya habíamos olvidado al oficinista alemán cuando reapareció. Se había puesto una camisa mangas cortas, muy limpia, un pantalón claro, de raya impecable, atado con cinto de piel de serpiente, calzaba lustrosos mocasines, también de serpiente. Apenas apareció, Lorena –que estaba un poco borracha– gritó: “a mojarlo, a mojarlo”. El alemán se puso pálido, con desagrado farfulló algo en su idioma; nos dimos cuenta de que era algo agresivo porque Oona y Holger discutieron un poco molestos con él. De repente voló una bombita desde algún lugar; fue a pegarle justo en el pecho. Sobre su

camisa floreada estalló en el acto una oscura mancha, que se extendió enseguida hacia su vientre. El tipo gritó y se enojó mucho. De la oscuridad lateral llegó otra bombita, que esta vez pasó por cerca de su cabeza. Esto actuó como una señal, pues enseguida comenzaron a llover bombitas, desde todos lados, sobre el alemán. Entonces sucedió una escena patéticamente risible. El hombre –de unos treinta años–, sufrió un ataque de histeria. Se tiró al suelo, comenzó a mezarse sus lacios pelos castaños mientras gritaba, voces que únicamente entendían Oona, Holger y los otros cuatro alemanes –dos varones, dos mujeres–; los siete argentinos que estábamos allí nos habíamos quedado quietos, sorprendidos. De repente se levantó, entró corriendo a la casa, y luego de unos cinco minutos emergió, otra vez cambiado, portando su maleta. Farfullando en su idioma descendió por el sendero que llevaba hacia el lejano portón con gran velocidad. Oona corrió tras él, llamándolo por su nombre. Cerca de la casa de Peter logró detenerlo unos minutos. Los vimos dialogar rápidamente, Oona empeñada en disuadirlo, él muy alterado. Finalmente giró bruscamente y se fue. Vimos después a la muchacha rubia regresar cariacontecida para decirnos:

–Se enojó definitivamente. Dice que irá a un hotel.

Hacia el fin del carnaval se suscitó otro incidente violento, esta vez con Lucía. Habíamos ido al corso. Estábamos Lucía, Fernanda, las dos chiquitas y yo con una familia amiga, cuando vimos pasar a Oona, Holger y otros dos alemanes por entre la multitud. Enseguida empecé a porfiar para que fuésemos hacia aquel lado, y Lucía se enojó. Me dijo palabras agresivas, por lo cual, sin darnos cuenta casi, estuvimos en cuestión de segundos enredados en una discusión a los gritos –pues la música fortísima de los parlantes, los tambores de las comparsas que desfilaban por la calle, los gritos de quienes dirigían el corso, impedían escucharnos lo suficiente. Con arrebatos groseros la tomé del brazo, en cierto momento, e intenté arrastrarla hacia donde quería ir. Entonces noté que quienes fueran con nosotros (el policía civil y su esposa), su hijo y dos hijas adolescentes, junto a Fernanda, nos miraban asustados. Las chiquitas ni se habían dado cuenta del asunto al parecer, divertidas por las comparsas.

Con mucha vergüenza, solté el brazo de mi esposa, pero era tarde. Ellos habían escuchado nuestra violenta disputa, la salida se había arruinado. En todo el trayecto de regreso hacia su casa –pues las chicas, de su edad, habían invitado a Fernanda a quedarse a dormir con ellas– sobrevoló el amargor de aquel incidente.

Al día siguiente fui a buscar a Fernanda, y la invité a desayunar en una confitería. Intenté explicarle por qué se suscitaban violentos incidentes entre Lucía y yo. Para ello historí mi terrible sentimiento de culpa cuando muriera Laura, lo cual, según mi análisis, me había empujado irreflexivamente a casarme con la siguiente novia, en gran parte, para no correr riesgos de hacerle daño otra vez. Pero me enredé y terminé lagrimeando. Cuando creía que dentro de todo había explicado más o menos satisfactoriamente la cuestión, Fernanda hizo un comentario que me dejó descolocado:

–Es linda Oona, ¿no?

Se había dado cuenta de que me había enamorado de la alemana. ¡Seguramente todos se daban cuenta! Entonces me acometió una oleada de remordimiento. Lucía tenía razón, yo la estaba ofendiendo con mis actitudes públicas... ¡no tenía derecho a hacerlo! Me sentí muy mal. Estaba actuando como un crápula. Eso sentí. Entonces decidí –por primera vez– renunciar a Oona.

No iba a poder. Nunca pude.

Los artesanos

En noviembre de 1986 habíamos viajado con Peter Schmergen, Tom y un estudiante salteño a los cerros Calchaquies, llegando después hasta el norte de Salta. El objetivo principal era recoger piezas para exportar, que Schmergen compraba recorriendo diferentes comunidades marginales, desde los aborígenes wichí–matacos y chiriguano, hasta los artesanos hippies que, huyendo de la civilización consumista, vivían dispersos entre los cerros. De paso dejaríamos a Tom en una pequeña

comunidad hippie entre los cerros, donde estaba ayudando a construir una casa de piedra para un matrimonio, de quienes se había hecho amigo. Luego dejaríamos al alumno –cuyo nombre no recuerdo– con su familia, en Salta. Veríamos a Héctor Tuma en Amaicha del Valle, pasaríamos por las ruinas de Quilmes, donde había otra comunidad de artesanos. Nuestro itinerario debía continuar con la visita a un hermano de la esposa de Peter, en la ciudad de Salta. De allí teníamos que seguir hasta la Frontera de Salta, donde encontraríamos varias reservas de aborígenes de diversas etnias, hasta Mosconi, en el límite con Bolivia. En todas partes Schmergen tenía socios o personas conocidas que nos darían alojamiento. Entre los mencionados puntos principales, debíamos tocar una gran cantidad de pequeños pueblos, comunidades, o casas de artesanos aislados, que también esperaban nuestra visita. Nosotros les dejaríamos dinero, ellos entregarían diferentes artesanías: en plata, cobre, madera; tapices, hierbas medicinales, ropas de todo tipo, etcétera. Todo eso lo cumplimos sin problemas, salvo un accidente con la camioneta que me costó la quebradura de un dedo en la mano derecha, al regresar.

Empezamos por Tafí del Valle. A la hora que llegamos, luego de un largo trayecto por entre montañas con una vegetación paradisíaca, ya hacía bastante rato que había anochecido. Entre los cerros, reunidos alrededor de una alta fogata entre las piedras, parecían meditar un grupo de hippies, hombres y mujeres jóvenes, de aspecto taciturno, ateridos por el frío. De cabellos largos, casi todos pertenecían a razas europeas; provenían de Rosario, Córdoba, Buenos Aires. De eso me enteraría después. Muchachos rubios y castaños, mujeres de ojos claros. Todo se animó al llegar nosotros, pues Schmergen anunció que teníamos un chanchito en la camioneta, listo para ponerlo en la parrilla. Aunque casi todos buscaban ser vegetarianos dejaron sin remordimiento su dieta. Parece que habían trabajado todo el día y la comida les resultó muy sucinta: he ahí la razón de su saudade, pues apenas el humo del chanchito perfumó la atmósfera limpia bajo las estrellas, cundió la alegría y con una guitarra se pusieron a cantar temas emblemáticos, pacifistas, de los `70. Estuvimos allí aquella noche y el día siguiente, partimos al atardecer. Por la mañana temprano las mujeres

fueron a bañarse al río, que pasaba por entre las piedras, unos cien metros para abajo. Ellos ponían a alguien de vigilancia para impedir que los extraños fuesen a mirar.

Era un lugar paradisíaco. En aquella cova vivían tres familias, por separado –tal como si fuesen vecinos en la ciudad, sólo que con mayor distancia entre las viviendas. Por todos los cerros calchaquíes habían cientos de estas familias, viviendo con una actitud de respeto a la ecología, muchas veces vegetarianos o macrobióticos; huían de los reglamentos fijados por la civilización. Eran generalmente pacifistas, pero eventualmente ocurrían entre ellos reyertas graves, según nos contaron. Los más jóvenes iban desde los 19 a los 27 años, los mayores andaban por los cincuenta. Muchos niños habían nacido allí; eran criados bajo concepciones budistas, hippies, naturalistas, védicas, o cristianas, como un grupo que visitaríamos más tarde. Solían ser muy individualistas, por lo cual evitaban normalmente las agrupaciones de más de tres o cuatro familias, y esto manteniendo una prudente distancia, como dijimos, entre sus moradas. Respetaban sus soledades, cada uno de ellos había tenido experiencias traumáticas en las grandes ciudades de donde provenían, por lo que solían ser hipersensibles. Los hombres usaban el pelo largo y barbas naturales; al igual que las mujeres, llevaban vestidos artesanales, anchos, floreados, casi todos fabricados por ellos. Normalmente iban un poco sucios –allí es imposible mantener el tipo de prolijidad acostumbrada en las ciudades–, algunos tenían el pelo apelmazado, lo cual fue visto por mí como una increíble falta de higiene (muchos años más tarde mis hijas me explicarían que a esto llamaban “rasta” y era un tipo de ungüento que pegaba los cabellos, dando a los mechones esa apariencia grumosa). De tanto en tanto podían encontrarse, entre aquellos cerros, a suizos, alemanes, franceses; en fin, otros parias del modo de vivir occidental, refugiados allí.

Dentro de lo posible trataban de abastecerse de alimentos trabajando la tierra –también criando animales, en el caso de quienes no eran vegetarianos–, pero por fuerza necesitaban comprar algunas cosas, como harina, azúcar, a veces leche para los niños, remedios, en fin. Para ello trasegaban los cerros buscando piedras preciosas, que luego engarzaban en anillos, pendientes, collares, etcétera, hábilmente trabajados

en bronce, cobre o plata. De vez en cuando se veían obligados a bajar a las ciudades, entonces, para ofrecer su mercadería.

Schmergen les había solucionado en gran medida el problema —suscitado principalmente por su aversión a la gente de las ciudades, donde por otra parte solían ser discriminados u objeto de burla—, comprándoles dos o tres veces por año grandes cantidades de artesanías. Enseguida supe que se las adquiriría a precio vil, comparado con lo que él obtendría luego en Alemania. Eran objetos de alta calidad artesanal, pues cada una de esas personas era un artista, amante de lo que hacía (muchos de ellos son, además, pintores, escultores, poetas, músicos) cosa muy evidente al ver las piezas, y altamente valorada por el público europeo. Así, un anillo que Schmergen compraba a cinco dólares, por dar un ejemplo, era vendido allá a cuarenta, por lo menos. Al valor artesanal de la pieza Schmergen agregaba el sentimental, pues todo esto era presentado en Alemania como “apoyo para una fundación que ayudaba a los pobres y aborígenes de América Latina”, lo cual dotaba al negocio de un aura irresistible para sensibilizar alemanes con inquietudes de conciencia o sencillamente de personalidad generosa.

Así es que Schmergen, dos o tres veces por año, recorría los cerros de Tucumán, Catamarca, Salta y a veces Jujuy y el Chaco, acumulando hermosas artesanías, para llenar los espacios que restaban en el contenedor, tras cargar la miel de los apicultores, miembros de la Stiftung.

Hacer ese itinerario era una experiencia extraordinaria. Además de los lugares bellísimos, las originales personalidades de los artesanos creaban en cada caso situaciones particulares. Ello requería de gran elasticidad conceptual para quien debía visitarlos, pues encontraba circunstancias bastante diversas a cortas distancias, lo cual obligaba a adecuarse conceptualmente en muy poco tiempo. Por ejemplo, apenas luego de haber visitado a una familia de criollos oriundos del lugar, donde tomáramos mate con tortillas entre los cerezos —que allí crecían de un modo natural— entramos a la casita de una pareja de rubísimos hippies, quienes con cuyos tres hijitos tan rubios como ellos perfectamente podrían haber sido holandeses. Sus paredes presentaban

grandes posters con las efigies de Jefferson Airplane, Jimi Hendrix, The Doors, mezclados con tapices de la India. Su discoteca estaba colmada de discos importados.

Pronto llegamos a Amaicha del Valle, el “imperio” de Tuma. Héctor Tuma era un hombre como de cuarenta años y, a diferencia de muchos indios había tomado con firmeza al destino en sus propias manos. Muy alto, buenmozo, fuerte, era broncíneo, hermoso exponente de una raza aborígen con alto grado de pureza. Había construido una especie de castillo incaico entre los cerros, que explotaba como restaurante y hotel. Además explotaba una fábrica de artesanías, donde trabajaban decenas de teleros y artesanos, elaborando tapices, frazadas, ponchos, ruanas, miles de objetos de cerámica de bellísimo diseño, que acrisolaban en grandes hornos bajo su dirección. Estos trabajos eran altamente valorados en Europa. Su prestigio había llegado ya a los Estados Unidos; cuatro o cinco años después me enteraría por una revista que iba a exponer algunos de esos tapices en el Museo de Arte Moderno de Nueva York.

Analfabeto, se había criado en la calle, lustrando zapatos durante toda su infancia. Tuma tenía una esposa bella, también de rasgos finamente indios, morenísima, unos dieciocho años menor que él, quien se ocupaba de leer y mantener la correspondencia personal y administración general del artista-empresario. Un maestro porteño, descendiente de italianos, había venido a vivir muy cerca de él, para actuar como “asesor cultural”. Se encargaba de inculcar a los Tuma la superioridad de las razas aborígenes sobre la calamitosa combinación de pieles blancas altamente vulnerables a los elementos con mentes neuróticas y angustiadas de los europeos que habían fundado la civilización occidental. Lo singular es que el mismo tipo que sostenía dichos conceptos era un rubio de ojos claros. Nos prestaron para que nos alojáramos una casa bellísima, antigua, que poseían sin habitar en el pueblo cercano, luego de agasajarnos con una exquisita cena. Ya habíamos dejado a Tom atrás, por lo cual en ese momento éramos tres, con el estudiante salteño, quien jamás decía nada sin que se le preguntara –según la costumbre de la gran mayoría de aquellos paisanos.

Al día siguiente visitamos las ruinas de Quilmes, pues debíamos pasar por allí para ir a la morada de otro proveedor de la Stiftung. Con estremecimiento, pisé esas

gigantescas piedras, imaginando los espaciosos ámbitos donde desarrollaban su vida comunitaria los aborígenes de aquella raza bravísima, los últimos en ser sometidos por el conquistador (recién a fines del siglo XVIII).

Luego de salir de allí y recorrer unos cincuenta kilómetros estuvimos sobre un panorama completamente distinto. Era una región más terrosa, de vegetación árida. Nos detuvimos en un pequeño pueblo muerto, compuesto por grandes casas de ladrillo, totalmente deshabitadas y en ruinas. En una de estas vivía Juan Lugarini, con su familia. Ella estaba compuesta por su esposa, una hija de quince años y un muchachito como de siete. El viento levantaba remolinos de tierra en aquel caserío fantasma. El hombre que nos recibió era sumamente delgado, de tez muy oscurecida por el sol. Llevaba el pelo extremadamente largo, como la barba, y al igual que su mujer, le faltaban muchos dientes. Nos invitó a pasar; en las pocas habitaciones que conservaban algo de techo, habían acomodado sin mayor orden sus postrísimas pertenencias: sillas de metal sin respaldo, dos o tres mesas mal reconstruidas con alambres, sobre las cuales trabajaban fabricando sus artesanías de arcilla. Por todos los rincones de las ruinas se percibían colgajos de telarañas, impregnadas de tierra. El aspecto de todo aquello era depresivo. Pese a esto, Lugarini nos dijo que estaban luchando por conservarlo, pues habían aparecido unos “dueños” del sitio que vivían en Tucumán, y querían echarlos. En ese momento se oyó un galope y apareció la hija, montada en un caballo flaco. Era una muchacha bonita, pero su piel estaba tan arruinada por la intemperie, sus cabellos tan desteñidos por el sol, sus pies, descalzos, y sus manos, tan ásperas, amarronados por la tierra, que difícilmente hubiese suscitado la menor inquietud sexual en alguien civilizado. Inmediatamente le tuve lástima, pensé en mis hijas, me juré que jamás las condenaría a una vida que pudiera obligarlas a pasar su adolescencia de tal manera. Esto alimentó la eterna contradicción en que se debatía mi alma, entre el rechazo profundo que me suscitaba la existencia febril de las ciudades, lo irritante que me resultaba su estética y la comprobación frecuente de lo difícil de una existencia familiar en el campo, si no se tenía acceso a recursos técnicos creados precisamente en –y para– las ciudades. Y el otro tema: para un joven –como

se sabe— es vital cierta alternación con otros de su edad. En medios como el que transitábamos, casi no habíamos encontrado jóvenes... barridos por el éxodo hacia las ciudades, habían convertido a estos lugares —paradisíacos algunos, pero sin posibilidades de progreso económico— en espacios habitados mayoritariamente por niños, adultos y ancianos. (O esa otra sub-especie que ya hemos descripto, los rechazados por la civilización, quienes a su vez rechazaban a los que no fueran más o menos parecidos a ellos.)

Juan Lugarini era un “evangelista”, según se definía. Nos dijo que la comunidad que integraba era grande, pretendían vivir como verdaderos cristianos; para ello debían evitar las ciudades.

—Un solo hermano por vez viaja a la ciudad, cuando se lo necesita —dijo— debe vender nuestras artesanías y comprar cosas para todos... harina, yerba, azúcar... Ahora mismo ha viajado un hermano a Salta, y estamos todos orando por él constantemente, para que nada malo le pase... en las ciudades, reina Satán —afirmó.

Le pregunté de dónde había venido él.

—De Buenos Aires —contestó.

—¿Y vuelves a tu ciudad alguna vez? —quise saber. Me miró como si lo hubiese insultado. Luego dijo con ahogada furia:

—Ninguno de nosotros, ¿entiendes?, ninguno va jamás a esa concentración del mal que es Buenos Aires... ni iremos aunque nos maten. Ella es la prostituta mayor, la reina del mal, allí impera, sin competencias, Satán.

Me sentí incómodo ante él. Por una parte me atraían su opción de vida y en general sus conceptos. Por otra, veía un altísimo grado de fanatismo en sus ojos, que no eran mansos, sino alucinados, como los de quien odia, y me parecía muy cruel imponer a los niños una forma de vida infrahumana, sirviendo a una concepción fundamentalista... Conocería después a otros miembros de la comunidad de Juan, que no vivían de un modo tan áspero como él, aunque sustentaban una paranoia similar. Nunca resolví del todo esta contradicción interna, pues conocería a otros pobladores de las sierras —o el mismo campo de Tucumán, Salta, Catamarca o Santiago— que por

el contrario parecían vivir muy felices y prósperos (aunque siempre con cierta aspereza) en lugares en absoluto carentes de la tecnología occidental.

De allí fuimos a Salta. Después, recorrimos cuatro o cinco pueblitos donde visitamos artesanos de la región, u otros como Juan Lugarini o los hippies, fugitivos de la gran ciudad. Cerca del crepúsculo llegamos a las comunidades indígenas. Pernoctamos en una de ellas, inmensa, extraordinariamente organizada pero así también muy pobre, cuyas matriarcas eran tres maduras monjas alemanas.

Por fin, llegamos a Mosconi. Nos alojamos en la comodísima escuela agrotécnica, un complejo edificado en tiempos de Perón. Su director nos obsequió un avestruz y una pareja de pecaríes que habían capturado en la selva, pues con los alumnos pasaban mucha tensión. A veces se escapaban, eran animales peligrosos, por lo cual debía mantenerse alejados en lo posible del contacto con humanos. En un aparte aconsejé a Schmergen que no los aceptara —pensaba en nuestros alumnos, pero particularmente en mis hijitas—; como era habitual en el ex cura, no me hizo el menor caso. “¡Vamos a empezar a formar mi zoológico!”, exultó. Desde hacía tiempo que hablaba de crear un zoológico en la Stiftung, este obsequio le daba oportunidad de concretarlo. Además Schmergen era incapaz de rechazar un obsequio. Todo lo que viniera gratis lo regocijaba. Con los hijos del director, fuimos una tarde a llevar cartas al correo de un pueblo boliviano, cerca del límite. Con los pocos australes que tenía, pude comprar regalos para Lucía y mis hijas, pues el cambio nos favorecía mucho por entonces.

En Mosconi estaba la más grande reservación de aborígenes. Cientos de ellos, con sus familias, se habían colocado ordenadamente a las puertas de sus chozas, con una mesita donde exhibían sus trabajos. Lo hacían exclusivamente para nosotros, pues se les había avisado que veníamos. Schmergen elegía: esto sí, esto no, los aborígenes por turno trataban de vender más artesanías, Schmergen alegaba falta de dinero; finalmente terminaba sacándoles las cosas por menor precio. Una indígena bellísima, como de dieciocho años, de ojos color miel, me suscitó un comentario elogioso. “Debe ser mezcla con europeo”, me contestó Schmergen. Le dije que eso era un prejuicio infundado. “Una aborígen no puede ser así”, insistió, pero sin fundamentarlo. Todas

las razas que llegan a dominar el aspecto económico de la existencia humana se ilusionan con la propia superioridad. Otrora los egipcios, luego los japoneses, ahora los anglosajones o germanos –reflexioné.

Al regreso, le rogué a Schmergen que no manejara de noche, pues casi no habíamos parado aquel día: encima, tuvimos que cargar las pesadísimas jaulas de madera con los animales, que llevábamos atrás, junto a una inmensa cantidad de cajas con artesanías, que llegaban hasta más arriba del techo, atándolas y reatándolas con gruesas sogas. Para variar, no me hizo caso. Tampoco aceptó que nos turnáramos para manejar. Como a las tres de la madrugada, iba él manejando, al medio otro estudiante que llevábamos de regreso a la Stiftung, y yo del lado de afuera, cuando se nos cruzó una tropilla de caballos. Schmergen cabeceaba sobre el volante. Yo también dormitaba, pero el instinto me advirtió. Grité; Schmergen dio un tirón al volante que hizo zigzaguear brutalmente a la camioneta; la puerta de mi lado se abrió; para no volar despedido por la gran velocidad y la succión exterior, me aferré con la mano derecha al techo de la camioneta; se oyó un golpe fortísimo, luego sentí otro golpe y un agudo dolor en la mano; me di vuelta: atrás había quedado un caballo retorciéndose sobre el pavimento, pero alcancé a ver que se incorporaba, atontado, y seguía a sus hermanos. Milagrosamente, habíamos pasado por en medio de la tropilla, sin embestirlos, pero por efecto de la frenada y el zigzag se había abierto la puerta, la cual chocó en la cabeza de un caballo y regresó con gran potencia, aplastándome la mano. Ello me provocó la quebradura de un dedo. No lo sabría hasta llegar a Tucumán, pues Schmergen insistió en que debía aguantar el dolor, para no parar –sospecho también que para no caer en el riesgo de gastar algo de dinero en medicamentos. En Tucumán el hospital público estaba tan lleno, que a pesar de haber logrado entrar con una artimaña en la sala de guardia, desistí de hacerme un estudio serio, por lo cual, recién al llegar a Santiago, en el hospital Regional, el médico me aplicó un precario entablillamiento de plástico. Debido a este suceso, el dedo anular de mi mano derecha quedaría torcido para siempre.

Bueno, por causa de aquella relación comercial aparecían cada tanto por la Stiftung muchos de estos artesanos, quienes cuando tenían dificultades económicas peregrinaban hasta Rodeo, para pedir un anticipo a Schmergen, aprovechando para cambiar sus artesanías por miel u otros alimentos que llevaban, de nuestro campo, para sus familias. A veces se quedaban por algún tiempo.

Capítulo 6: Hippies

Inauguración de la guardería

Todo estuvo listo para inaugurar la guardería a principios de marzo. El edificio, muy espacioso, era el más sólido que se había construido hasta el momento allí. Constaba de una sola, gigantesca cúpula, subdividida interiormente en cuatro espacios. Los más grandes se ubicaban hacia el frente, mirando al oeste; eran un amplio salón y a su lado, los baños, dotados de mesadas con piletas para lavar ropas u otros usos, varios retretes y duchas. Hacia atrás, al este, había una pequeña habitación, pensada originalmente para apartar un poco a los niños que se durmieran, junto a una larga salita donde se debía preparar las comidas (frugales, pues los niños estarían allí solamente por las mañanas). El proyecto –diseñado por Oona y Peter– se orientaba a recoger allí niños de mujeres humildes, obligadas a trabajar en el campo, sin familiares que pudiesen ocuparse de sus niños hasta que ellas regresaran. Se admitirían niñitos de dos a cuatro años, edad en que ya podrían ingresar al jardín de infantes. Por cierto del emprendimiento también sacaba mucho partido Peter Schmergen, dado que las donaciones para su construcción y funcionamiento provenían de generosos alemanes, a quienes había bombardeado con las fotografías de niños pobres, portadas en gran abundancia dentro de su cartera, cada vez que iba. También había fotografiado hasta el hartazgo el edificio, en cada paso de su construcción, pues con esas pruebas obtenía mayores recursos, demostrando lo caro que significaba atender correctamente a los niños del Tercer Mundo.

No sin conflictos se efectuaría la fiesta convocada para un domingo por la tarde. Todo comenzaría a las ocho, para lo cual, debíamos tener el gran patio regado, mesas y sillas dispuestas formando un círculo, pues la concurrencia potencial se calculaba en doscientas personas, y la amplificación, para difundir música y proveer micrófonos fieles, que permitieran el desempeño cómodo de los oradores. Este fue otro motivo que fogonearía el disgusto de Peter hacia mí, poco antes de empezar con el acto. Con su habitual actitud de mezquinar el centavo, él había hablado a un amigo que tenía en la ciudad de Santiago del Estero, quien le prometió venir con su amplificador y aportarlo sin cobrar nada. Esta persona –a quien también yo conocía– se conformaba con haber sido invitado a la fiesta, donde comería asado y departiría con amigos

alemanes. Por mi parte desconfiaba de estos acuerdos gratuitos, pues al no pesar la obligación de un contrato, en un alto porcentaje de oportunidades solían resultar fallidos. Precisamente lo contrario de lo que necesitábamos: teníamos que garantizar estrictamente la música, desde las seis de la tarde, y también muy especialmente los micrófonos, pues se sabe que sin micrófonos un acto masivo y al aire libre resulta desastroso. Estaba prevista la actuación de un conjunto folklórico, uno que otro solista, y Tomás, un artesano que accidentalmente nos visitaba, quien se había ofrecido a cantar acompañándose con guitarra. Esa misma tarde había llegado Pedro, otro artesano que también tocaba la quena y el sikus; se conocían, de tal modo que actuarían juntos. Habían estado durante toda la mañana y parte de esa tarde ensayando. Debido a estas consideraciones, me tomé la atribución de contratar a un amplificador profesional de Rodeo, quien por cierto iba cobrar una tarifa razonable. Al fin y al cabo yo era el director del área educativa, aunque Peter jamás reconociera del todo ese título, al cual agregaba indefectiblemente la palabra “interino”, pese a que su otorgamiento a mí había sido una exigencia de los alemanes (en una decisión que me sorprendiera y cuyas motivaciones jamás llegué a conocer claramente). Bien, esta vez como en otras, aún sabiendo que esto iba a provocar roces, yo había tomado la decisión de disponer un gasto que me parecía necesario.

A eso de las siete y media de la tarde el espacio estaba casi cubierto por el público, compuesto principalmente por personas que habían venido de la ciudad de Rodeo. Los más humildes habitantes de los alrededores, hacia quienes iban dirigidos los propósitos de la guardería, eran los menos representados. Y los que habían ido, se colocaban en medio de los árboles, atrás, en los lugares menos visibles, con una modestia vergonzante que me conmovió. Los pobres, se sentían intimidados ante la presencia de personas económicamente superiores, en varios casos familiares de los mismos patrones para quienes ellos trabajaban. Aunque sus niños, por suerte, habían concurrido masivamente. Esa tarde se les serviría gaseosas, masitas y sandwiches, en abundancia.

Oona estaba muy nerviosa. Primero se mostró con un vestido azul oscuro, de noche, y zapatos negros. Un rato después de haberse perdido en la casa donde aún moraba, reapareció con un traje sastre, de color sepia, entallado, y zapatos al tono. Tenía esta vez aspecto de azafata. Como la pollera dejaba sus piernas a la vista, de las rodillas hacia abajo, por primera vez observamos que sus pantorrillas eran muy robustas; esto, unido a su largor, provocaba la impresión de ser “toda piernas”. Pues en lo referido a cuerpos, la percepción suele transmitir proporciones, no tamaños. Ello suscitó comentarios irónicos de Fernanda, posiblemente dirigidos a congraciarse con Lucía. “Con razón no usa pollera nunca”, dijo. Era verdad. “Tiene piernas muy gruesas...”, agregó. Por primera vez aparecía ante nosotros así.

Lucía había ido con un hermoso, largo, vestido rojo y negro, carísimo, que habíamos podido comprar unos años atrás porque la dueña de la boutique era una colega pintora y nos había hecho una flexibilísima financiación. Le sentaban muy bien. Estaba muy bella y elegante, destacándose cuando caminaba.

Peter Schmergen —a quien la gente, que no podía pronunciar su nombre, había rebautizado “Pedro Meguen”— andaba un poco amoscado. Prácticamente no había aparecido en toda la tarde, cosa extraña en él pues solía participar en todo. Su actitud anunciaba tormentas.

A las ocho menos cinco se ubicó discretamente junto a su familia en una mesa distante. Cuando llegó la hora del acto, lo invité a pasar al micrófono. Hizo un discurso de circunstancias pues además de no ser hispano tampoco era buen orador. Luego comprendería que hasta el contraste en ese plano conmigo, que por falta de locutor había tomado el micrófono desde el primer momento, sería un elemento utilizado para exacerbar el resentimiento ya sustentado hacia mí. Enseguida habló Oona, quien tampoco se destacó por su discurso, muy breve, pero en su caso no era necesario, pues su sola presencia constituía una atracción. En el momento en que explicaba los objetivos de la guardería vi llegar a una camioneta cargada con grandes baffles atrás. El amigo de Schmergen, con su equipo, había llegado. Era un individuo rústico, de mentalidad simple, que desde su adolescencia trabajaba en la verdulería de

su padre y sostenía un conjunto de música popular. Lo vi bajar con su familia, vi apresurarse recibéndolo a Schmergen, los vi deliberar unos minutos, vi al recién llegado ascender otra vez a la camioneta con su esposa y un hijo, e irse. “Más líos”, pensé. Nadie me dijo nada, sin embargo, pero ello no me engañó. Seguramente el haber desairado a quien se tomaba el trabajo de venir cargando por cincuenta kilómetros su equipo, sólo para encontrarse con que no se lo necesitaba, tampoco se me perdonaría, llegado el momento del juicio –que se acercaba.

Lo que siguió fue la fiesta, con gente comiendo a más no poder todo lo que se distribuía –sandwiches, asado, carne de cerdo, empanadas– y tomando vino, cerveza y gaseosas en cantidad. Era una noche muy agradable, estrellada, primaveral. Invité a bailar a Lucía, pero por alguna razón que no entiendo ella nunca bailaba conmigo más de dos o tres piezas. Lo peor era que se molestaba si yo iba a bailar con alguna mujer joven. Razón por la cual para mí, pues me gusta mucho bailar, concurrir con ella a un sitio donde se bailase era un problema. Debía quedarme sentado toda la noche, o de otro modo soportar durante varios días sus taciturnos latigazos verbales, un castigo que no era para despreciar. Ello me indujo, tal vez, aquella noche, a beber demasiado.

Como a las cuatro de la mañana habíamos quedado únicamente Lucía, mis hijas, Oona y uno de los artesanos, que se puso a cantar desde el escenario exclusivamente para nosotros. Sus canciones fueron tan dulcemente tristes, haciendo alusión, además, a los desaparecidos, tantos jóvenes asesinados durante la guerra que poco tiempo atrás hubiéramos padecido, estaba tan cerca lo de La Tablada... quién sabe cuáles otros factores sutiles de mis sentimientos fueron tocados por las canciones, lo cierto es que comencé a llorar. Sucedió blandamente, sin grandes exteriorizaciones, sencillamente las lágrimas corrían sobre mi cara sin que pudiera evitarlo, y aún más, cuando trataba de hacerlo, restregando nerviosamente mi pañuelo contra el rostro y luego, mojado este ya, quería disimular mis lágrimas con la mano, estas parecían tomar aún más fuerza. Lucía estaba incómoda, no me miraba; simulaba, con expresión adusta, no haberse dado cuenta; Oona, por el contrario, me observaba asombrada, todo el tiempo

y parecía también muy conmovida. Luego de la actuación de Tomás apagamos los equipos y nos fuimos todos a dormir.

Hippies, trashumantes, marginales

Lucía reprobaba a los artesanos (los englobados en el genérico de “hippies”, esto es, individuos de clase media huídos de las ciudades). Sustentaba hacia ellos un rechazo que le resultaba difícil de ocultar. No así respecto de los campesinos o teleros que proveían ocasionalmente sus trabajos para exportar, pero estos no venían jamás a la Stiftung, salvo que se los invitara especialmente para una fiesta o una asamblea (y aún así, viajaban sólo quienes vivían más o menos cerca). Los artesanos que Lucía repudiaba eran los renegados de la civilización, esos que echaban pestes en contra de la cultura de las ciudades o su consumismo, pero al parecer tampoco podían pasarlo bien sin ellas. Esa era precisamente la crítica más sólida que mi esposa hacía a estos parias: el no ser capaces de sustentar una forma de existencia que les permitiera vivir coherentemente. Se convertían, entonces, en seres molestos, desintegrados. En la ciudad eran extraños, provocaban rechazo con sus olores o sus costumbres impertinentes, además de que la mayoría de ellos circulaba con un airecillo de superioridad displicente, manifestando cada vez que podía lo pobres tipos y tipas que eran quienes se sometían a la esclavitud del sistema. En ocasiones, como una vez que nos visitaba uno de ellos con sus hijitos, a quienes convidáramos con sustanciosas meriendas, su actitud solía tornarse agresiva. El hombre, de unos cuarenta y cinco años, rubio y pecoso, de pequeñísimos ojos azules, llevaba el largo cabello crespo y la barba muy apelmazados, el cuerpo con muchos tatuajes; colgaban de sus brazos numerosas pulseras trenzadas con cintas. Hiperkinético, daba la impresión de estar impaciente en todo momento. Lucía se había compadecido de sus hijitos, pues al parecer el padre, que los había arrastrado desde los cerros calchaquíes hasta Rodeo – unos 400 kilómetros de distancia – no había previsto su alimentación. Por cierto, tal solía ser su desenfado, el artesano aceptó como algo natural la leche con chocolate que

Lucía le colocó sobre la mesa, junto a la de sus hijos, y comió rico pan casero con miel, manteca, dulce de leche y mermelada hasta hartarse. Hacía poco que habíamos adquirido un televisor color, lo cual representaba para nosotros un extraordinario avance, ya que el viejísimo blanco y negro donde veíamos los escasos programas interesantes o los dibujitos animados para las chiquitas, mucho tiempo atrás se había convertido en un cascajo que apenas arrojaba sombras fantasmagóricas. Quizá por eso cada vez que tenía tiempo de quedarse en casa Lucía lo conectaba. Luego de lanzar un disimulado eructo el artesano, hasta el momento repantigado junto a la mesa, se despachó contra el aparato:

—¡Cómo pueden soportar eso! —estalló—. ¡Esa pantalla lastima la vista!... ¡Y esos sonidos! ¡Cacofónicos! ¡Hacen mal al cerebro!...

Nos miramos con Lucía, desconcertados por la desfachatez del tipo quien se permitía, luego de recibir nuestra desinteresada hospitalidad, despotricar de tal modo contra algo que para nosotros resultaba muy útil. No fue todo. Inmediatamente nos largó una filípica pseudo científica sobre los rayos catódicos, el efecto que producen los rebotes de ondas y emanaciones magnéticas de la pantalla, etcétera.

—Hermano —le dije parándome junto a la puerta y señalando hacia fuera el brazo extendido—: aquí tienes 250 hectáreas de monte y tierra virgen, sin televisores. Si no te gusta estar aquí, pues, puedes irte... no te faltará espacio para escapar a las radiaciones.

El tipo enmudeció como si le hubiera pegado un golpe en la cara. Se levantó, tomó a sus hijos, y sin siquiera insinuar una disculpa se largó.

Otra artesana, Bianca, la concubina de Tomás, había dejado cierta experiencia que Lucía señalaba como paradigmática. Sabíamos que llegaría en el tren del mediodía. Blanca venía con su hijita en brazos, a quien amamantaba; Peter nos había pedido que la asistiéramos, pues la casa comunitaria y los otros albergues estaban totalmente ocupados (era impensable alojarlos en su casa, por la repugnancia que les tenía la Chicha, quien no los dejaba acercarse más de cinco metros ante su puerta). Por cortesía

fui a buscarla en la camioneta a la estación, la traje hasta nuestra casa, en ella almorzó, antes de aposentarse tranquilamente en un catre, especialmente preparado para ella dentro de la oficina donde habitualmente yo escribía. En los dos días que estuvo, Blanca no hizo siquiera el amago de ayudar a Lucía en la cocina, aunque más no fuera barrer un poco o lavar los platos; tampoco las tazas que usaba para desayunar o merendar o los demás utensilios. Aparte de ello, constantemente se me insinuaba, mostrándome los pechos cargados de calostro en toda oportunidad, innecesariamente, al desabrocharse la camisa entera (no llevaba corpiño) supuestamente para amamantar al crío, mientras su otra teta quedaba colgando al aire y ella mirándome, con sonrisa cómplice. No le presté atención, pese a ser bella —aunque con un toque siniestro en sus expresiones. Por si todo lo narrado fuese poco, al irse dejó la habitación hecha un caos, con pañales descartables usados dispersos por todo el suelo, la cama destendida, los libros y revistas, que había tomado de los estantes, desparramados aquí y allá. Desde aquella vez —primera y última— Lucía se negó a alojar artesanos en nuestra casa. Como se comprenderá, entonces, las prevenciones de Lucía respecto de estos imprevisibles personajes no eran infundadas.*

Muy excepcionalmente, también nos visitaban los discípulos de Juan Lugarini. Su puritanismo fanático nos recordaba al de los esenios: todo lo habitual para nosotros les parecía pecaminoso, practicaban —o al menos predicaban— una moral que imponía temor. Uno de ellos, tomando la merienda en nuestra casa —siempre llegaban con hambre— nos habló durante un rato de su pasado judío. Esto me develó en el acto la razón de su particular aspecto. Llevaba trenzas en su cabello ensortijado y su barba, como aquellos judíos oscuros que había visto durante mi adolescencia en El Once de Buenos Aires. Vestía como un hippie, pero en tonalidades grises. A diferencia de los otros, iba completamente aseado, y en su ropaje prevalecía el negro. La voz se le endureció al mencionar su antigua religión, y el desprecio con que habló de ella expresaba un típico fanatismo con que suelen mirar al pasado, habitualmente, los conversos. De modales cultos, nos confió que su esposa y él habían sido seleccionados por la comunidad “evangélica” para mantener relación con el exterior debido a su

“fortaleza para tratar con personas impuras”. Lo dijo sin inmutarse, como si fuésemos una especie de cavernícolas, incapacitados para captar sutilezas –aunque aquello bajo ningún aspecto lo era. Me reí interiormente, pues este era el esposo de aquella mujer que se alojara, por una noche, con Oona. Aquella que debió haber escuchado nuestros cuchicheos y otros sonidos inocultables cuando yo entré por la ventana (esto será narrado enseguida), sin importarme su contigua presencia, para acostarme con la suaba. ¿Le habría contado a su marido esa experiencia? Posiblemente. En tal caso adquiriría sentido una chicana. Bueno, me decía yo: parece que la leche caliente, los chipacos, moroncitos y la miel de nuestra casa no le parecen impuros, pues los devora sin objeción. Estuve tentado de bromear sobre su moral porque, pese a su abandono del judaísmo, parecía impregnada de Levitismo. **

Obligada a tolerarlos, dado que ella debía efectuarles los pagos por sus mercaderías, Lucía procuraba mantenerse en lo posible a prudente distancia de ellos cuando aparecían.

* Varios años después, ya viviendo en la ciudad, encontré nuevamente a Bianca. Me costó mucho reconocerla: abandonando el aspecto hippie, se presentaba como una mujer “integrada”; llevaba una pollerita marrón, camisa celeste y, aunque algo deslucida por lo modesto de las prendas, además de su piel aún con huellas de intemperie, era evidente que buscaba cambiar. Me dijo que había abandonado a Tomás, y trasladándose con su hija a esta ciudad, pretendía consolidar una situación estable. Había obtenido una colocación en los escritorios de la Federación de Clínicas y Sanatorios. A lo largo del tiempo, vi que evolucionaba en su aspecto exterior, hacia las formas usuales de aquel mundillo frívolo donde se mueven los médicos y el resto de la pequeña burguesía acomodada de Santiago. Todavía unos años más adelante, me sorprendí al encontrar su foto en el diario, junto a un grupo de elegantes, sonrientes personajes. Ella, junto a otra menos joven, eran las únicas mujeres entre unos diez hombres. El título de la nota decía: “Empresarios anuncian nueva cámara del sector”.

** Levítico. Libro que contiene la Ley de los israelitas. De acuerdo a la tradición, fue otorgado a Moisés en sus retiros de la montaña. Contiene instrucciones muy rígidas –a veces crueles–, como:

“Ustedes tendrán por impuros a todos los animales que tienen pezuña no partida en dos uñas y no rumian; todo aquel que los toque quedará impuro. Ustedes tendrán por impuros a todos los cuadrúpedos que andan sobre las plantas de sus patas. El que toque sus cadáveres quedará impuro hasta la tarde. El que levante el cadáver de uno de ellos tendrá que lavar sus vestidos, y quedará impuro hasta la tarde. Estos animales son impuros para ustedes. [...] El que levante el cadáver de uno de ellos tendrá que lavar sus vestidos, y quedará

impuro hasta la tarde. Estos animales son impuros para ustedes. Estos son los reptiles que andan arrastrándose por el suelo y que serán impuros para ustedes: la comadreja, el ratón, el lagarto en sus diversas especies, la musaraña, el camaleón, la salamandra, la lagartija y el topo. Ustedes tendrán por impuros a todos esos reptiles. El que toque sus cadáveres quedará impuro hasta la tarde. Quedará impuro cualquier objeto sobre el que caiga uno de sus cadáveres, ya sea un artefacto de madera, o un vestido, una piel, un saco o cualquier utensilio. Será metido en agua y quedará impuro hasta la tarde; después quedará puro. Si cae uno de estos cadáveres en una vasija de barro, cuanto haya dentro de ella quedará impuro y habrá que romper la vasija. Toda cosa comestible preparada con dicha agua será impura y toda bebida que se tome en una de esas vasijas será impura. Cualquier objeto sobre el que caiga alguno de esos cadáveres quedará impuro: el horno y el doble fogón serán derribados; son impuros y los tendrán por impuros.” (11,26:35)

O esta otra:

“El hombre que tenga derrame seminal lavará con agua todo su cuerpo y quedará impuro hasta la tarde. Toda ropa y todo cuerpo sobre los cuales se haya derramado el semen serán lavados con agua y quedarán impuros hasta la tarde. Cuando una mujer ha tenido relaciones sexuales con un hombre, ambos deben lavarse con agua y quedan impuros hasta la tarde.

“La mujer que ha tenido sus reglas será impura por espacio de siete días [...] Quien la toque será impuro hasta la tarde. Todo aquello en que se acueste durante su impureza quedará impuro, lo mismo que todo aquello sobre lo que se siente. Quien toque su cama deberá lavar sus vestidos y luego bañarse, y permanecerá impuro hasta la tarde. Quien toque un asiento sobre el que se ha sentado deberá lavar sus vestidos y luego bañarse, y quedará impuro hasta la tarde.

“Quien toque algo que se puso sobre el lecho o sobre el mueble donde ella se ha sentado quedará impuro hasta la tarde. Si un hombre se acuesta con ella a pesar de su impureza, comparte su impureza y queda impuro siete días; toda cama en que él se acueste será impura.

“Si una mujer tiene derrame de sangre durante muchos días, fuera del tiempo de sus reglas, o si éstas se prolongan, quedará impura durante todo este tiempo, como en los días del derrame menstrual. Toda cama en que se acueste mientras dure su derrame será impura, como la cama en la que estuvo en tiempo de sus reglas, y cualquier mueble sobre el que se siente quedará impuro igual. Quien los toque quedará impuro; deberá lavar sus vestidos y bañarse, y quedará impuro hasta la tarde.” (15,16:27)

La novela de Perón

Camino por la senda angosta con el libro en la mano, sobre el césped amarillento por el otoño y las pisadas. Admiro la elegancia regular de los álamos, que van hacia el horizonte, elevándose imperturbables junto a la acequia. El sol, ya arriba, no caldea sin embargo como en los días del verano. Son como las once, anoche hubo fiesta en la

Fundación. Hoy es domingo. Los álamos plateados, particularmente, me admiran fulgiendo contra el verde oscuro de los pinos. Pensando en ellos alcanzo el alambrado, que limita el fin de mi campo, con la franja de camino comunitario. Por allá pasa el canal; debido a esto, cualquier vecino de Rodeo tiene derecho a transitar por allí, en busca de agua. A los lados del ancho canal se abren dos franjas, de tierra, muy espaciosas, como para dejar pasar dos carros muy anchos o un camión por ejemplo. Pocas veces entran vehículos con motor, hasta ahí. Más allá del camino, hacia el Norte, la tierras de la Fundación continúan, por un trecho relativamente corto: una diez hectáreas; luego se extienden al Sur. Camino por la senda bordeada de paja seca y melilotes por el norte, con el libro de Tomás Eloy Martínez, *La novela de Perón*, buscando el monte. Atravieso el alambrado, doblo a la izquierda, busco un reparito entre los árboles y me siento a leer. La bocATOMA provoca una especie de catarata artificial que me atrae por un rato. Luego me concentro en la lectura. Una pareja de montoneros dialoga sobre la psicología de Perón... en la cama, como corresponde a una novela pequeñoburguesa. Leo prestando atención al estilo, con la intención lateral de aprender técnicas. Se lee fácil la *Novela de Perón*, está hecha para ello. Frases breves, estilo periodístico, recursos calcados de Cortázar, García Márquez, Gudiño Kiefer... Eloy Martínez ha hecho un compendio estilístico de la literatura del boom en este libro, pienso. El producto final resulta hierático, demasiado profesional, demasiado pulido, como un automóvil de plástico. Me paro un momento para cambiar de lugar, con los muslos un poco adormecidos por la posición de cuclillas, y la veo a Oona, salir con Holger, de la Guardería. Uno en cada extremo, acarrear la mesa que han traído la noche anterior para la fiesta. Me sorprende de distinguirlos perfectamente, como si el aire límpido me sirviera de visor. Nos separan unos quinientos metros de distancia. Me sorprende de la potencia de mis ojos: he leído durante toda mi vida, he dibujado desde pequeño, en la cárcel solía alarmarme por el dolor de mis ojos, debido a tanta lectura y escritura; sin embargo, hoy, a los 40 años, tengo una visión perfecta, no uso anteojos. Pero debe darse un fenómeno especial, pienso, pues ocurre como si estuviesen a poca distancia, en un globo de cristal. Con su

sayo blanco hasta las caderas y el ancho pantalón, también blanco, Oona presenta una figura desgarrada. El pelo le cae sobre la cara, no lo ha acomodado siquiera, parece que se hubiera levantado de dormir para ponerse a la tarea de trasladar sillas, mesas, cajones con botellas vacías, con Holger. No sabe que alguien la mira: no está actuando. Entonces aparece desgarrada. La descubro poco atractiva: demasiado larga, me recuerda a Shenanigans (el personaje de Sargento Kirk). Cuando desaparecen de la escena, sigo un rato con la lectura. Y luego regreso, por la misma sendita primorosa de junto a los álamos, que me lleva a casa.

Las chiquitas

Nuestras hijas crecían en ese medio agreste con extraordinaria vitalidad. Sol y Angelita trepaban a los árboles, y nadaban en las hondas aguas del canal como pequeños anfibios. Por las mañanas, temprano, enfilaban hacia el rancho de los Garzón. Allí, rodeadas de una pandilla de niños, hacían tortitas de barro, conocían todo tipo de bichitos, jugaban con las cabras, los caballos, las vacas. Cada una tenía un potrillito, “de su propiedad”. Los habían bautizado con nombres sonoros: “Chacho”, “Emiliano”, “Lautaro”... Julita, en tanto, solía quedarse aún en casa. Mientras yo escribía, en mi oficina, andaba por nuestro patio, la cocina, o en la galería, constantemente custodiada por alguna empleada.

Un año y medio atrás Angelita se cayó a la acequia. Pude sacarla por milagro. No había nadie fuera cuando cayó. Sol había sido enviada por su madre a buscar cebollas y la vio. En el acto se puso a gritar. Corrí, me tiré al agua, la rescaté... pocos segundos antes de que llegara a la bocatoma, de donde no se hubiera salvado. Era un día lluvioso. Luego de que todo hubiera pasado cobré conciencia de su gravedad y el llanto me sacudió en espasmos por largo rato. La llovizna nos empapaba a todos, entre los árboles. Angelita, contra mi pecho, se durmió.

Las mujeres también silban

Con Oona habíamos decidido “tomar distancia”. El enfriamiento de nuestras relaciones que intentábamos costaba demasiado. Nos esforzábamos por actuar “con juicio”, “como personas sensatas”; fingíamos constantemente una actitud “profesional” para nuestros diálogos, tanto en público como en las contadas oportunidades en que podíamos conversar a solas. Pero bastaba la menor distracción para que nos quedáramos mirándonos, absortos, por unos segundos... hasta que reaccionábamos. O que cuando, durante algún trabajo en común o reunión, accidentalmente se rozaran nuestras piernas, o nuestras manos, ninguno de los dos se apurase por retirarlas.

Como los alemanes eran una atracción en Rodeo, los invitaban a muchas fiestas. Un viernes por la mañana, Oona me preguntó si me habían invitado a cierto cumpleaños, que se celebraba con una cena, esa noche. Le dije que sí, pero no tenía ganas de ir. Entonces me preguntó si tal vez querría acompañarla a tomar un buen vino tinto que tenía, esa misma noche, en su casa. Pues –argumentó– tampoco le interesaba quedarse para la cena, que seguramente iba a estar aburrida. Por cortesía, iba a estar sólo un rato allí.

Pese a que me entusiasmó soberanamente la invitación, procuré no demostrar eso. Le pregunté a qué hora podíamos encontrarnos. Calculó que a las once estaría de regreso. Entonces dije que la esperaría, a esa hora, en el portón de entrada de la Stiftung. Agregué que no era conveniente dejar a una muchacha cruzar sola tanta oscuridad.

–He andado muchas veces en la oscuridad, así que puedes venir directamente a casa si quieres –ofreció.

Yo reafirmé mi postura caballerosa, ella no hizo más comentarios.

Nuevamente tuve que apelar a la excusa de “cuidar a los alumnos”. Difícilmente hubiese podido justificar de otro modo una salida a esa hora. Como a las diez ya estaba impaciente por irme; rechacé cenar alegando que no tenía hambre, vagamente mencioné la posibilidad de comer algún sándwich en la Casa de los Alumnos y salí.

A las once menos cinco estuve junto al travesaño del gigantesco portón fabricado en quebracho. La anchísima calle estaba muy oscura; sobre la ruta, que pasaba perpendicularmente como a medio kilómetro, aparecían y desaparecían cada tanto resplandores de los vehículos, mayormente colectivos de larga distancia y camiones, que pasaban con rumor asordinado. Estuve allí cavilando durante unos diez minutos y empecé a sentir un incómodo desasosiego. “Mi esposa no merece esto”, sentí. “Puede ser cierto que no tengamos una buena relación, pero no debería andar en aventuras con otra mujer, sin separarme de ella previamente”. Mas volvía la contradicción irresoluble: si me separaba, ¿qué sería de mis hijas? Había jurado criarlas personalmente, no abandonarlas ni un minuto hasta que fuesen grandes y pudieran bastarse solas. Sería imposible cumplir con esta promesa sin continuar la convivencia con Lucía. Lo había pensado muchas veces ya: la única vía posible era componérmelas de algún modo para soportar este desafortunado matrimonio hasta el momento oportuno (por lo cual debería adoptar las más variadas tácticas, para evitar el alejamiento hasta muchos años después). Todo esto pensaba, y de repente me vinieron ganas de irme. No usaba reloj habitualmente, pero me había puesto uno para controlar el horario de esta cita. Inesperadamente empecé a desear que Oona no viniera. Que se entusiasmara con la fiesta, y olvidara, o no quisiera cumplir con nuestro compromiso. Luego de mis disquisiciones me sentía tan culpable que sólo quería regresar a la casa de los alumnos y dormirme hasta la mañana. Miré el reloj: las once y seis minutos. Bruscamente me dije: “Ya no vendrá” Y dándome vuelta comencé a caminar rápidamente hacia las casas. Había hecho tal vez unos treinta pasos sobre la ancha avenida, cuando escuché un silbido, suave. No me di vuelta repentinamente: había sido como cuando los muchachos expresan su admiración o celebran a una chica bonita pasando por la vereda. Entonces me silbó otra vez. Era ella: presurosa en sus ropas claras, a las que había agregado un chalequito africano, con sus cabellos dorados absorbiendo reflejos de los dispersos faroles, se acercaba emergiendo de la oscuridad bajo la brisa fresca.

—Las mujeres también silban— dijo al llegar a mí. Luego aceptó mi beso en la mejilla y me lo devolvió húmedamente.

Como atrapado en una travesura caminé a su lado hacia la casa. No hubo ninguna mención a la causa por la que estaba volviendo sin esperarla. Solo caminamos hacia su casita, ella había preparado una mesa afuera para la ocasión. Me invitó a sentarme y esperar allí hasta que trajese un mantel, vasos y cubiertos de adentro. Accidentalmente tomé la silla de la cabecera —sólo había dos—, dando la espalda a la casa de Schmergen, con cierta ilusión de evitar que me reconocieran si me veían, pues había poca distancia desde allí. Entonces vi con toda nitidez la galería de mi casa. Era el único rectángulo iluminado en el horizonte. A pesar de que estaba por lo menos a cien metros de distancia, se veía con perfecta claridad lo que allí pasaba. ¡Lucía lavando pañales!... Me sentí espantosamente mal... creí que me iba a descomponer... ¡Mi esposa lavando pañales, a esa hora, para nuestras hijas, y yo de jarana aquí con esta muchacha! ¡Qué vil, qué repugnante, qué hipócrita despiadado me sentí en ese instante! Mientras tanto, no podía apartar la mirada de Lucía... En ese momento reapareció Oona, con el mantel. No alcanzó a tenderlo sobre la mesa:

—Por favor vamos adentro... me hace un poco de frío...— mentí.

—Está lindo aquí... —protestó ella, sentándose a mi lado pero sin desplegar el mantel.

—No, no, no me gusta permanecer aquí, a la vista de todos, además...— insistí, molesto.

Creo que entendió perfectamente lo sucedido, pues apenas objetó con un murmullo esta vez, antes de levantarse obediente. Pasamos, pues, y nos sentamos ante una pesada mesa redonda, que otrora fuese también de Kolschröder. Ella trajo un vino caro; no le permití que lo destapara por considerar esto tarea de hombre, lo cual me costó un poco; mientras colocó sobre la mesa unos salames en conserva, aceitunas, queso de Alemania, algunos pimientos en aceite. Pero todo estaba resultando un fiasco. Fumamos. Ella rubios, yo mis habituales Parissiennes. Por esos tiempos había perdido un poco el ajustado control que otrora llevase, me desbarrancaba con mucha

facilidad, tanto en el vino como en el fumar. “Demasiadas reuniones festivas”, me concedí.

No teníamos mucho de qué hablar, me había deprimido demasiado la situación anterior, me mostraba taciturno, no se me ocurrían temas interesantes, más bien por el contrario, toda palabra pronunciada se me antojaba una frivolidad. Y de hecho lo era: la posibilidad de conversar sin apuros nos colocaba también ante la patética limitación de su castellano, por lo cual solamente podíamos entendernos en argumentos sencillos... Con el diálogo penosamente trabado, avanzando en él por mera voluntad, a tropezones, el queso que no me gustaba, el sentimiento de culpa impregnando mi interior, el salame que me parecía muy grasoso, el vino amargo que aumentaba la honda pesadumbre que en ese momento sentía, quise salir del pantano como tantas veces, esto es de un modo semejante a los perros que usan en los circos para romper un parche de papel sobre un aro metálico: lanzándome con fuerza hacia adelante. Entonces me levanté, con movimiento particularmente extemporáneo, y acercándome a Oona, pretendí besarla.

Ella me apartó, sin brusquedad, pero evidentemente fastidiada:

—Conversemos... conversemos... —me decía— ¿por qué no podemos conversar? En Alemania he pasado muchas veces así, sólo tomando algo y conversando con amigos, toda la noche... ¿por qué no podemos hacerlo así ahora? ¡Vos sólo quieres besarme!...

—Ya sabes que me gustas —dije.

—Pero podemos ser amigos...—insistió.

—No.— Dije, parándome—. No podemos ser amigos. Y no tenemos nada que conversar.

Luego de lo cual, me di vuelta, abrí la puerta y me fui.

Me sentí muy estúpido, muy hijo de puta, muy desubicado —al fin y al cabo era un tipo de treintainueve años—, mal con Oona, mal con Lucía, mal con mis hijas, y no pude dormir, enfurecido conmigo, desde las doce y media (hora en que llegué a la pequeña habitación en la Casa de los Alumnos) hasta cerca de las dos de la madrugada.

Naturreiner Bienenhonig

A Andrés lo sorprendió, tres años atrás, la hipocresía de los alemanes, quienes organizaron una fiesta de despedida para el presidente, que iba a comercializar los productos de la Stiftung, celebrándolo con grandes halagos, y poco después de irse, lo traicionaron. No sólo tratando de quedarse con el control de la estructura económica, sino utilizando los más crueles adjetivos para referirse a él.

Apenas comenzaba a vislumbrar las propiedades y negocios de la Fundación, cuando lo eligieron Tesorero. En cinco meses había ocurrido todo: sus primeras exploraciones del campo, el inicio inmediato de la vivienda para su familia, su instalación en una casona prestada de la ciudad, su elección por la Asamblea. Una fábrica de hilados en Catamarca, otros campos en diferentes lugares de la provincia, en Misiones y El Chaco, una casa en Buenos Aires, varias cuentas en el Deutsche Bank. Relaciones muy cercanas con la Adenauer Stiftung, toda una red de monjas y curas alemanes, en diferentes parroquias de Argentina, Bolivia, Paraguay, Brasil, Ecuador, Perú.

Desde diferentes lugares venían apicultores a ofrecer el producto de sus abejas. Schmergen solía rechazar a los de otras provincias. La condición, además, era asociarse a la cooperativa de la Stiftung, para lo cual se entregaba, mensualmente, una cuota. El precio que se pagaba era un poco menos de lo que ofrecían las acopiadoras de Buenos Aires. Schmergen solía defenderse diciendo:

–Si llevas tus tambores a Buenos Aires gastarás en flete o combustible cuatro veces más de lo que podrías ganar con esa diferencia.

Era verdad. Pero también era verdad que en Alemania la misma miel se vendía por lo menos a un precio diez veces mayor del que se había pagado, al recibirlo en el galpón de Rodeo.

La defensa de Schmergen solía ser: “Yo arriesgo mucho porque no sé si voy a vender todo”. Otra de sus maniobras era diferir cuanto podía los pagos. Entregaba sólo

una pequeña parte del costo total de los tambores recibidos: el resto, debía completarse cuando se vendiera la miel en Alemania. Los que llegaban primero, ganaban. Por ello solía verse a cada tanto dos o tres camionetas —de los apicultores—, rondando a la Fundación, cuando corrían rumores de que el alemán iba a regresar de Europa. Traía siempre menos de lo que se necesitaba para saldar todas las obligaciones adquiridas. No confiaba en el correo ni quería pagar transferencias; por ello, viajaba con el dinero encima. Para desorientar a posibles ladrones, vestía con modestia y viajaba, siempre, en las secciones más baratas de los trenes y colectivos. “Yo me mezclo con los humildes, como Jesús”, decía. Pretendiendo que todos los directivos de la Fundación lo imitaran. La primera en cuestionarlo era su propia esposa, quien cuando viajaban en familia, lo obligaba a usar el auto y quería alojarse en hoteles cómodos.

“No tengo plata”, era la frase preferida de Schmergen y la que más repetía en sus discusiones con los apicultores, artesanos u otros productores que desfilaban, incesantemente, por su oficina. Solía atenderlos afuera, de parados, para deshacerse de ellos con rapidez. Entonces volcaba hacia fuera los bolsillos de un pantalón de buena tela gris, aunque algo raído, que llevaba siempre. “Mira, mira...” decía, mostrando sus fondillos vacíos: “¡No tengo nada de plata!” Es que no sólo iban a cobrarle; decenas de personas, la mayor parte de ellas de clase media, aunque también muchos pobres, acudían a él para pedirle préstamos, o ayuda para solventar problemas medicinales, deudas hipotecarias, etcétera. Lo seguían tratando como cura. Muchos de los que venían, lo llamaban, igual que antes, “padre Peter”.

Los alemanes eran muy exigentes con la higiene de la miel. No la adquirían si iba en potes de plástico; así que antes de cada exportación se debía comprar miles de envases de vidrio, que traían hasta nuestro galpón en camiones. El envasamiento era toda una ceremonia colectiva. Tres meses antes de viajar a Alemania, Schmergen convocaba a todos los socios para ayudar en las tareas. Por turnos, grupos de voluntarios trabajan junto a los obreros, en trasladar, con la mayor prolijidad e higiene posibles, la miel, desde tambores con cien litros a los frascos de un kilo. *Naturreiner Bienenhonig*. Este era el anuncio de las etiquetas que se pegaban al frasco, antes del

nombre: Miel Pura y Natural de Abejas. “Abejas latinoamericanas, de Santiago del Estero, un espacio ecológicamente puro, donde se coexisten montes salvajes en estado natural y cultivos efectuados con métodos artesanales, sin fungicidas ni fertilizantes”, solía exagerar Schmergen, ante los alemanes. Agregando: “Cuando más salvaje es la región, mejor miel producen las abejas”, mostrando entonces una miel negra, densa, a la cual llamaba “miel de quebrachos”. Según él, “las propiedades energéticas de esta miel, obtenida por las abejas de la flor del quebracho, el árbol más duro del mundo, extinguido en casi todo Santiago, proveen de fortaleza extraordinaria al consumidor”.

Naturreiner Bienenhonig. Ese fue el estribillo de la canción que habían preparado especialmente, para despedirlo, esa noche de abril de 1986, los alemanes. Fue lo único que entendió Andrés y lo primero que aprendió de ese idioma críptico, al preguntar. Cantaban y bailaban, los alemanes, al ritmo de una pandereta y una guitarra, sonriendo y chaceando con Schmergen, durante la fiesta. Especialmente Kolschröder, quien iba a ser luego principal ejecutor de la rebelión en su contra. Cantaba y sonreía, con esa boca grande y fea que tenía, subrayada por un bigotito como el de Goyeneche. De piel seca, algo amarillenta, Kolschröder presentaba rasgos de mongol.

Era una noche deliciosa de otoño, apenas un tanto fresca la brisa, el cielo constelado de estrellas. Después, Schmergen los llevaría hasta sus casas, a ellos y una mujer del pueblo. Ella quería darle pan casero, hecho especialmente para él. Cuando el “padre Peter” detuvo su Volkswagen rural frente a la vivienda, Andrés, que iba atrás con Lucía y las chiquitas, se sintió fascinado. Los faros del auto iluminaban un inmenso árbol... el tallo formaba nudos gigantescos, ascendiendo hacia un espacio negro, desde donde colgaban flotando en el aire azul cadenas de oro... los frutos del algarrobo... detrás, un patio inmenso, de tierra, y un rancho de adobe, con techo de oscuras ramas, que se perdía entre las abigarradas copas de otros grandes árboles.

“He venido al Paraíso”, pensó Andrés. “Este pueblo es bellísimo. Dios nos ha bendecido.”

La antología de Neruda

A unos trescientos metros de mi casa, junto a la acequia, hay un seibo muy particular. Gigantesco, ha crecido con forma de S. Visto desde nuestro campo, está invertida: primero ha criado una panza hacia el sur, luego, describiendo una ancha curva, se ha dirigido al norte; para regresar finalmente en su original dirección, y elevarse dignísimo enanchándose en redonda copa, constelada de “gallitos”. Allí me siento a leer: allí van a jugar los niños, es un lugar preferido, por la comodidad con que puede usarse la parte baja de la S como si fuera un asiento, y porque está rodeado de otros árboles y vegetación, junto al suave rumor del agua mansa, que pasa gravísima por la acequia, bajo nuestros pies. Uno queda suspendido sobre el agua allí, en un microclima afectuoso. Estoy leyendo la antología de Neruda que hizo Rafael Alberti. Antiguos poemas, que modelaron mi alma desde la infancia, cuando apenas al despertar, entre las telarañas penumbrosas del amanecer oía a mi padre recitando, mientras se afeitaba para ir al trabajo:

Amiga, no te mueras.

*Óyeme estas palabras que me salen ardiendo,
y que nadie diría si yo no las dijera.*

...Yo soy el que te espera en la estrellada noche.

El que bajo el sangriento sol poniente te espera.

Han vuelto a mí los versos de Neruda, conteniéndome en este periodo, luego de Marcela, luego de Eufemia, luego de Geraldine, una etapa nueva que exploro con el asombro abierto. Sólo una de esos amores fugaz y real, los otros imaginarios. Mas ya lo dijo Breton “lo imaginario no existe” (todo es real).

El espíritu encuentra una comodidad particular, me arrellano en la S del seibo rugoso y amable, me concentro. Veo llegar a Oona, entre los melilotes, como un hada del bosque. Es un ser sutil, flota en el aire transparente. Vacila pero se detiene. ¿Qué

lees, me dice, desde el otro lado de la pequeña acequia, hay un alambrado allí. “Neruda”, le contesto. “¿Lo conoces?” “Creo que sí”, dice dubitativa, “Mercedes Sosa lo nombra”. Todos los alemanes conocen a Mercedes Sosa. “¿Quieres que te lea algo?”, pregunto. “Puedes hacerlo”, dice. Le leo en voz alta lo que estaba leyendo para mí antes:

*Te recuerdo como eras en el último otoño.
Eras la boina gris y el corazón en calma.
En tus ojos peleaban las llamas del crepúsculo.
Y las hojas caían en el agua de tu alma.*

*Apegada a mis brazos como una enredadera,
las hojas recogían tu voz lenta y en calma.
Hoguera de estupor en que mi sed ardía.
Dulce jacinto azul torcido sobre mi alma.*

*Siento viajar tus ojos y es distante el otoño:
boina gris, voz de pájaro y corazón de casa
hacia donde emigraban mis profundos anhelos
y caían mis besos alegres como brasas.*

*Cielo desde un navío. Campo desde los cerros.
Tu recuerdo es de luz, de humo, de estanque en calma!
Más allá de tu voz ardían los crepúsculos.
Hojas secas de otoño giraban en tu alma.*

Ella me ha mirado con ojos muy abiertos mientras leía, sin moverse en absoluto. Sé que mi voz es grave y modelada, he practicado lectura de poesías. Quedo esperando su aprobación. No llega. Sólo silencio. Entonces le pregunto: “¿Qué te pareció?”. “No

tengo mucho conocimiento del idioma como para comprender poesía”, me dice. Me deja decepcionado. Como ninguno de los dos acierta en hallar algo para decir, se va: “Puedes seguir leyendo, ¿eh?”, me dice, “yo iré a pasear”. “Bueno, gracias”, le contesto: “adiós”.

Amor o necesidad

¿Amo a esta mujer o necesito amar algo dentro de mí para lo cual preciso de un elemento exterior, provisto con algunos requisitos particulares? ¿He amado alguna vez a alguien? ¿Qué es el amor?...

“Mis hijas”, me contesto inmediatamente.

Sí... preguntaba del amor romántico... dice el otro que hay en mí.

“Está bien, mis hijas es el amor perfecto, despojado de todo interés, disposición permanente de pura entrega, el dar la vida si es preciso, no necesitar del otro sino comprender que nos necesitan, respondiendo con la más absoluta solidaridad en cualquier circunstancia. El amor de pareja nunca podrá ser comparable, puesto que conlleva un factor, ausente por completo en la relación padre-hijas: la sexualidad. El amor relacionado con la sexualidad pierde en algunos grados su valor: se funda sobre un interés personal”.

Entiendo, dice el otro: creemos no necesitar el amor hacia nuestros hijos, ello le da una elevación de completa generosidad, convirtiéndolo en purísimo y filantrópico. Aunque, ¿no es posible que este sea, en realidad, un producto de necesidades psicológicas? ¿No es posible que necesitemos cultivar el “amor desinteresado”, a nuestra madre o padre, a nuestros hermanos, a nuestras hijas, para satisfacer inquietudes profundas, que nos impedirían, de otro modo, el equilibrio interior? ¿No ejerceremos este amor como una especie de deber, de la misma manera que los fieles memorizan largas oraciones o se integran a rituales complejos con el propósito de obtener, por medio de ello, la absolución de sus culpas?

“Verdad es, dije yo. Nada de lo que el humano hace es sin interés. Me has ayudado mucho. Tienes razón. Es válido el amar a una mujer, como lo es amar a las hijas, al padre o al hermano. Son diferentes tipos de amores. Ninguno absolutamente desinteresado. Sólo con diferentes intereses. El interés, en el amor fraterno, es más sutil, quizá, menos visible, se adentra en nuestros laberintos psicológicos. En el amor de pareja, está a flor de piel. Tiene relación con factores de otro tipo –aunque también psicológicos. Todos los amores son válidos. Tal vez, entonces, verdaderamente yo ame a esta mujer. No deberé culparme de ello.”

Capítulo 7: Translucidez

Un cabito de chupetín

La guardería comenzó a funcionar de inmediato. Oona estaba satisfecha con lo que consideraba su obra. Se la veía distendida y autosuficiente. Hasta que una tarde, se presentó escandalizada. Por casualidad yo estaba conversando con Lorena, en el justo lugar donde bajaba un lindo caminito desde el edificio para los niños hacia el ancho patio, cuando apareció acalorada y nerviosa, hablando de una manera excepcional.

—Hemos discutido con Peter... —decía— esto es imposible... —se asombraba— me echan de la casa... debo trasladarme a la guardería con todas mis cosas...

Se notaba que había llorado. Estaba desconsolada, miraba de pronto hacia el este, como pensando en irse para siempre, el viento norte le echaba cabellos en la cara.

—Tendré que traer mis cosas —dijo de pronto y empezó a caminar hacia lo que hasta entonces fuera su casa.

—Te ayudaremos —dijo Lorena — y fuimos tras ella.

También un peoncito ayudó y en quince minutos habíamos trasladado las pertenencias de Oona a la habitación anteriormente destinada a dormitorio de los niños, en la guardería. ¿Qué había ocurrido? Katy, una solterona integrante de la comisión directiva, había trabajado a Chicha, la agria mujer de Peter Schmergen, para obtener la cesión de la casita con el propósito de habitarla ella. Luego de varios meses de adulación pertinaz, había logrado su cometido. Nadie sabía del asunto, debido a lo cual Oona había sido tomada por sorpresa. Ahora bien, yo no veía justificadas las quejas ni comprendía que se sintiera tan humillada por esto. Me guardé de expresarlo, por cierto, al contrario, adopté una actitud solidariamente compungida ante la situación. Pero por dentro empecé a sentirme feliz: tenía un plan.

De un modo imprevisto, el repentino traslado de Oona a la guardería venía a facilitar una solución para mis constantes lucubraciones, respecto de cómo hacer para introducirme en su dormitorio. No había cesado en mis propósitos, pese al fracaso de aquella noche en que intentara persuadirla llamándola desde la ventana. Luego del fracaso, había buscado la oportunidad de obtener una llave de la puerta, pues era el único modo de entrar en la casa sin su consentimiento. Las ventanas estaban

sólidamente defendidas por mallas metálicas, que permitían el ingreso únicamente del aire. Pensé algunas alternativas y se me ocurrió tomar a la llave una impresión en masilla para encargarse una copia. Una mañana antes de viajar a Santiago, lo hice, pero más tarde desistí del propósito. Suponiendo que lograra entrar sin hacer ruido, era excesivamente peligroso tener que sortear las camas de otros alemanes, que normalmente dormían diseminados en el amplio salón. Pero una vez llegado a la habitación de Oona, me encontraría con más problemas: ella dormía echando llave por dentro a su puerta. ¿Cómo entraría allí? Finalmente deseché toda posibilidad de ingresar. Me quedé bloqueado.

En cambio tenía todas las llaves de la guardería. Alguna intuición me había llevado a pedirle las copias a Oona, pues al momento no me imaginaba que ella terminaría viviendo tan cerca. Me agradaba, pese a ello, poder visitar en cualquier rato aquellos ámbitos donde mi codiciada amiga pasaba la mayor parte de sus horas. El motivo era aprovechar las espaciosas duchas, para que los alumnos pudieran higienizarse, antes de ir a dormir. Esa misma tarde, mientras ayudábamos a trasladar el equipaje de Oona pensé en esperar apenas un tiempo prudencial para que se tranquilizara e intentar, ahora con mejores perspectivas, entrar en su habitación. Otro factor que me favorecía –y también había permitido el cumplimiento de las ambiciones de Katy– era que algunos días atrás Holger había regresado definitivamente a Alemania. Por una parte me dolió un poquito, porque era un buen chico y se había acercado bastante a nosotros. No era un alemán común. Pero también me alegró. Pues, dándose cuenta de mi interés por Oona, constantemente (no sé si lo hacía con consciencia) se había interpuesto entre ella y yo.

Al día siguiente –un domingo por la tarde– estaba escribiendo un sencillo registro que llevaba, en la habitación del preceptor, en la casa de los alumnos, cuando entró Oona. Yo había adoptado aquella pequeña habitación casi como mía, pues iba a dormir con frecuencia allí. Ella necesitaba desahogarse un poco, así que le ofrecí mi silla. Desde la cama, bastante más baja, tuve entonces una vista privilegiada de su cuerpo. Por primera –y última– vez la veía con calzas, de un verde casi blanco, muy

ajustadas, que permitían admirar al detalle la opulenta perfección de sus piernas larguísimas. Llevaba unas pequeñas hojotas de hilo que se quitó para poner uno de sus muslos contra el pecho y envolverla con los brazos. Arriba llevaba una camisa suelta, de un tono también verde, semitransparente. Sentí que el corazón desbordaba mi pecho por la excitación. Era bellísima y ese toque de tristeza en su rostro la hacía aún más suave, tan deseable. Me levanté y la besé. Fue muy breve. Ella se levantó también de repente y fue casi corriendo al baño: lloraba otra vez. La seguí, guardando una cierta distancia. Después de lavarse un poco, se acercó a mí... no podía contener las lágrimas, que seguían manando sobre su cara... entonces ocurrió algo grotesco y gracioso. Como un buen caballero extraje el pañuelo que siempre llevaba en el bolsillo de atrás y se lo di para que enjugara sus lágrimas... ¡olvidé que estaba resfriado!... Ella tomó el pañuelo, mojado con mis mucosidades y lo llevó a sus ojos... en el momento de apoyarlo sobre sus párpados cerrados sintió su humedad; lo miró, y haciéndose cargo en el acto del problema me lo devolvió como impelida por un resorte... Me quedé sin saber qué hacer un instante; ella salió... y ya no me atreví a seguirla, por temor a resultar pesado.

La primera consecuencia pública de nuestro creciente afecto iba a derivar de este encuentro dominical. Preparando el matecocido para los niños en la cocina, al día siguiente, Oona me contó que la Atina, una muchachita con deficiencias mentales, había comentado en el barrio el habernos visto besándonos. La cocinera lo había repetido a su vez en la Stiftung, la cierto es que se difundió en cuestión de minutos y había llegado hasta Lorena, quien a su vez se lo transmitió a su jefa. La Atina era una de las hijas de una deficiente mental que habitaba un rancho espantoso a pocos metros de la salida de la Stiftung. Schmergen la había fotografiado a todo lo largo de su evolución –si puede llamársela así–, casi desde que naciera hasta ahora, en que debía de tener unos doce o trece años. Era un arquetipo de niña subdesarrollada, ideal para conmover alemanes que pudiesen aportar donaciones. ¿En qué momento nos había visto? Recordé entonces que la divisé pasando sigilosa, como un animalito salvaje, entre las penumbras del atardecer, hacia la acequia que corría por detrás de las casas.

Se había quedado entonces por allí, a espiarnos. Aconsejé a Oona desestimar el asunto sin explicaciones, dada la condición de nuestra denunciante. Por suerte el chisme no se difundió más —o los pobladores, por nuestro carácter de “gente importante”, no se atrevieron a comentarlo, al menos ante otras personas de nuestra condición.

Cuando hubo pasado poco más de una semana y me pareció que Oona se había acostumbrado a su nueva habitación, decidí ir a visitarla en su cama. Elegí una noche de jueves. Sólo por intuición. Luego de cenar, anuncié a Lucía que dormiría en la casa de los alumnos. De allí me quedaban apenas unos pocos metros hasta la guardería.

Con toda paciencia esperé que se acostaran todos, y cuando escuché algunos silbos y ronquidos, salí. Era una noche oscurísima, de luna nueva. Pese a ello, mis ojos acostumbrados a la oscuridad divisaban todo con bastante nitidez.

No las tenía todas conmigo, debo confesarlo. Hacía poco, Oona nos había dicho que llevaba un aerosol con ácido en la cartera, para defenderse de posibles ataques. ¿Y si decidía usarlo conmigo? Aún suponiendo que no lo tuviera, ¿si gritaba, pidiendo ayuda? Estas reflexiones se me ocurrieron recién luego de que todo ocurriese, en realidad, pues esa noche yo estaba completamente decidido y la voluntad me arrastraba, sin que mis sentidos se ocupasen de otra cosa que no fuese el encontrar las mejores maneras de cumplir con el objetivo. Era un tigre avanzando hacia una gacela, nada me hubiese detenido. Llegué a la enorme y ancha puerta de algarrobo y con todo cuidado traté de introducir la llave... algo ofreció resistencia. Había otra llave, por dentro... Intenté por segunda vez, pero no logré que el obstáculo se moviera. ¿Qué podía hacer? Miré hacia el suelo, quién sabe por qué... había allí un cabito de plástico, residuo de uno de los chupetines que saboreaban los chicos en la guardería. Su blancor se destacaba nítidamente sobre el ancho umbral. Lo tomé, y con suavidad operé sobre la llave para que abandonara su posición, un poco cruzada, que impedía el paso de la otra desde fuera. De pronto se escuchó un “¡clink!”, fuerte, que resonó como un golpe de charleston en el absoluto silencio de esa noche. El obstáculo había caído hacia dentro. Alborozado introduje mi llave, abrí rápidamente y con fuerza la pesada puerta, al tiempo que escuchaba algún ruido proveniente de la habitación final, la ocupada por

Oona... Continué rigurosamente con mi plan: me quité con rapidez las alpargatas y el vaquero; aún no había terminado de sacarme la camisa, cuando se encendió la luz de su habitación... y la vi, parada en la puerta. Vacilaba con una mano adentro aún, apoyándose contra el marco... dijo algo en alemán, y se lanzó hacia mí, por el pasillo, exclamando: “No no, no no...”

Con una patada cerré la puerta de afuera y me lancé a mi vez hacia ella. En silencio la abracé fuertemente y comencé a besarla, sin dejar de quitarme la camisa, que finalmente fue parar en el camino; mientras, ella cerraba la boca e intentaba impulsarme hacia la puerta de salida; yo la empujaba en sentido contrario, hacia la habitación, completamente desnudo, sin dejar de besarla y sin permitir que sus brazos se liberaran lo suficiente de los míos como para poder apartarme. Ella llevaba un pijama plateado, semitransparente, que consistía en un saquito abotonado y un ancho pantalón. Se había puesto hojotas, pero las perdió en el retroceso forzado. No pudo ofrecer resistencia a mi vigor, pese a ser tan alta, y pronto la había conducido hacia el lecho. Cuando llegamos a su borde, un empujón combinado con el tropezón de su pierna contra el travesaño la derribó, y yo fui encima. Forcejeaba muchísimo, resistiendo, pero a la vez yo sentí que no usaba todas sus fuerzas en ello. Entre sus manotazos y pataleos fui desprendiendo el saquito de su pijama hasta que emergieron los pechos turgentes. Jamás había sentido sobre mi piel pechos tan sólidos. Estaban muy calientes. Ella siguió forcejeando y cerrando la boca bajo mi boca pero aquello me enardecía más a cada segundo y me excitaba extraordinariamente. Con brutalidad creciente logré quitarle enseguida también el pantalón. Al quedarse en slip, sus piernas durísimas, caldeadas, se restregaron contra las mías en movimientos que tenían por objeto quitarme de encima pero resultaban más y más excitantes. Entonces casi se me fueron las cabras y me detuve, bruscamente. Quedamos un momento quietos, ante la inesperada suspensión de las acciones, mas luego ella me empujó otra vez y yo me levanté. Empezó a vestirse rápidamente. Por mi parte, deshice recogiendo la ropa y vistiéndome también el camino hacia la puerta principal. Ella me había seguido a prudente distancia. Me di vuelta y quise besarla: “No, no”, me dijo “¡vete ya!”...

La vi nuevamente muy temprano, por la mañana. La guardería abría a las ocho; receloso, no me acerqué. Ella trajinaba sin apartarse mucho de la puerta, dirigiendo el tránsito de mujeres y niños, yo observaba desde un ángulo cercano a la ventana de la cocina, en la casa de los becados. Al rato, mandó a un peón con el mensaje de que le enviara las llaves de la guardería. Le dije que se las llevaría yo mismo, enseguida. Eso hice. Suspendió su clase un momento, y se acercó mirándome con rencor.

—¿Te parece bien lo que has hecho? — preguntó. Tenía los labios rojísimos, irritados. Bajé los ojos sin contestar, con el manojito de llaves en las manos. Ella extendió la suya y con toda sumisión se las devolví.

—Mira—, dijo señalándose un pañuelo azul que llevaba atado al cuello — esto es tu culpa. Se bajó un poco el pañuelo y vi que tenía un ancho medallón, morado, como el que se forma en las camisetas cuando las atan por partes con hilos para teñirlas con anilina. ¿Yo había hecho eso? ¿En qué momento? ¡No me acordaba! Me dieron ganas de reír y sentí vergüenza al mismo tiempo, pero bajé los ojos otra vez, poniendo la mejor cara de velorio que me salió.

—Bueno, puedes irte ya, ahora tengo que trabajar —dijo, imperiosa, para rematar: —y mejor que desde ahora mantengamos distancia, ¿eh? ¡Distancia!

Me quedé preocupado, y con el paso de las horas esta preocupación fue creciendo. La había visto muy seria. Tenía temor de que me denunciara ante la comisión directiva. En ese caso, las consecuencias podían ser graves. Mi trayectoria conflictiva de los últimos meses, la aversión que me había tomado ya por entonces Peter Schmergen, la condición de obsecuencia del santiagueño medio, que ostentaban casi todos los miembros del grupo directivo, hacían casi segura mi expulsión. Pero a decir verdad me preocupaba todavía más la reacción de Lucía. Ella tenía un carácter fortísimo y decidido, además de que me consideraba su patrimonio personal hasta tal punto, que me había torturado con infundadas sospechas con cada muchacha bonita que se acercara, desde que nos casamos. El solo reflejo de que quisiera irse llevando

consigo a las chiquitas, me provocaba un vuelco en el corazón. ¡Yo no podría vivir sin mis hijitas!... De repente tomé conciencia de lo atrevido, temerario, irresponsable, que había sido; comencé a arrepentirme, torturándome por ello. Y por primera vez se suscitó una reacción que iba a repetirse durante el año que comenzaba: empecé a echarle la culpa a Oona y buscar motivos para odiarla.

—¡Pelotudo!— me decía— ¡pierdes la cabeza por una estúpida alemana!... ¡Es humillante! ¿Dónde queda tu nacionalismo? —me censuraba—: el amor a tu raza, a tu identidad... se cae muy fácilmente apenas ves un culo imperialista, un par de tetas suabas, las mismas razas que de la boca para afuera siempre declaraste decadentes... ¡Y ella te hizo pisar la trampa! ¡Es una hija de puta!... Te ha seducido, ha venido a vos con calzas, para engancharte y joderte... juega con vos, y vos como un pendejo pelotudo caes entre sus patas... ¡Ahora se hace la condesa ofendida y hasta capaz que te denuncia, jodiéndote para siempre!.... Eso pensaba.

Oona en el aire

El otoño es la mejor estación en Santiago. Las plantas aún conservan los colores, sin aquella áspera prepotencia impuesta por el plutónico sol de nuestros veranos. Las hojas de los melilotes, apenas verdidoradas, cubrían el campo hasta donde la vista no alcanzaba, con sus florecillas blancas oscilando acompasadamente bajo la brisa como en un mar calmo. Los seibos, enormes, sus gruesos troncos formando actitudes esculturales, los álamos, apartándose hacia el horizonte, para terminar ese tramo que separaba nuestra casa del alambre, cinco hectáreas más allá, con una hilera de la especie plateada, delgadísimos, amables, vibrando en todo tiempo sus manos, representadas para la imaginación por las gráciles hojas, tan dúctiles al viento como si se ocuparan constantemente de esparcir polvillos al aire. En ese momento de la tarde en que el fulgor delicuescente va escondiendo su origen la vi pasar, como una fantasía, por entre las espigas del campo. Iba sumida en su mente, los brazos cruzados sobre el pecho, en actitud de profundísima introspección. Yo acababa de escribir un capítulo de

cierta novela, que me había dejado transido por una nube de sentimientos, y había salido, descalzo, en short y encima una remera vieja, con el pelo desordenado, a la galería, pero ella ni notó mi presencia. Como a cuarenta metros de mí me pareció flotando, tal era la cadencia suave con la que se desplazaba, hacia el monte. Entonces, más que nunca, la amé. No me atreví a seguirla, quedándome allí durante un largo rato a esperar su regreso. Pero este no ocurrió hasta el caer de las primeras sombras. O quizás ella volviera por otro camino, pues ya no la vi.

Capítulo 8: La luna llena

Cruzando el Rubicón

Durante un tiempo, quizá de dos o tres semanas, Oona pudo mantener una cierta distancia de mí. Con algún disimulo, no permanecía demasiado tiempo en los lugares donde yo estaba, salvo que hubiera otras personas. Pero del mismo modo que el

verano, su fastidio conmigo se fue diluyendo, y pronto estábamos otra vez haciéndonos bromas o intercambiando pequeños obsequios. Entendí como una señal de paz el que me regalara una *cassette* con música de jazz que había grabado en Alemania. La música era posiblemente lo que ella amaba con mayor intensidad; en alguna oportunidad la había sorprendido escuchando con arrobó sus *cassetes*, que atesoraba entre sus objetos más queridos. Todos de jazz o música clásica.

De a poco, establecimos acuerdos laborales que nos permitían encontrarnos sin dificultad. Uno de ellos, coordinar previamente las tareas del día. Para esto debíamos conversar unos minutos cada mañana, a las ocho, antes de comenzar las actividades tanto de la Escuela Agrotécnica como de la Guardería. Andaba por allí en ese período un italiano, a quien prestábamos un tractor y algunas herramientas de laboreo. Se había casado con una mujer que tenía muchos campos en Rodeo, e iniciaba por entonces un cultivo de tomates. Era un tipo alto, muy buen mozo, quemado por el sol, de ojos muy azules, que estaba entrando ya en la segunda madurez (posiblemente tuviese unos 42 años). Era muy simpático, o tal vez yo lo reputara así porque me había dicho que le parecían hermosos los nombres de mis hijas, y cada vez que venía se acercaba a ellas, tratándolas con mucho cariño, regalándoles a veces frutas o golosinas.

Esa mañana andaba el tano por allí, trajinando con los peones para enganchar una gran rastra en un tractor; lo recuerdo como en acuarelas de fondo, pues mientras miraba estas labores apoyado en la ventana de la Casa de los Alumnos y tomando mate, se acercó Oona para consultarme no sé qué cosa. No sé qué cosa, debió de haber sido importante porque apoyándose en el alféizar, desde fuera, se inclinó hacia mí para hablarme en voz muy baja con el ánimo evidente de que no escuchara nadie. Precaución superflua si se tiene en cuenta el fragor de los peones trajinando con las herramientas junto al italiano, el vocerío de los niños que llegaban con sus madres a la guardería, las conversaciones de los alumnos reuniéndose con el instructor para comenzar las tareas. Lo cierto es que ella se inclinó hacia mí, hasta hacerme sentir su aliento dulce en el rostro; tenía las mejillas ruborizadas, lo cual formaba una bella

composición con el celeste limpiísimo de sus ojos, el rojo de sus carnosos labios, el dorado luminoso de su perfumado cabello lacio. Ella se inclinó un poco más cuando sorbió el mate que le alcancé; entonces, perdí cualquier noción de otra cosa que no fuese su presencia, su deliciosa cercanía. Se había agachado lo suficiente como para que su remera blanca me permitiera ver una gran parte de sus pechos, como su rostro, ruborizados; por primera vez tomé conciencia plena de la belleza magnífica de sus pechos, su redondez, su solidez, su tersura, la suavidad maravillosa de su piel, su lozanía; entonces me abandoné al intenso placer de las sensaciones, razón por la cual no recuerdo absolutamente nada de todo lo que me dijo durante aquellos cuatro o cinco minutos, extendidos por el milagro de la felicidad a un periodo mucho mayor. Ninguna argumentación cartesiana bastó para disuadirme aquel día de que me había mostrado con toda deliberación sus pechos; por lo demás... ¡estaba encendida! Una atmósfera incandescente nos envolvió durante aquellos minutos a ambos, se la percibía excitada y feliz con mi presencia, aquella conversación era una excusa para que las auras de ambos se entregaran a un abrazo profundo, una comunión deliciosa, llena de caricias magnéticas e intercambio generoso de energía vital, aunque ni un sólo centímetro de nuestro cuerpo físico se tocara.

Entonces decidí que iría otra vez a visitarla por las noches en su cama. Ya había notado que el marco de su ventana no tenía vidrio aún –muy de acuerdo con la mentalidad de Schmergen, quien solía dejar las obras sin terminar– y aunque la persiana exterior estaba compuesta por una gruesa hoja de algarrobo, Oona nunca la cerraba completamente, para dejar pasar el aire. Había aproximadamente un metro sesenta hasta el ancho derrame de aquella ventana. Era un espacio rectangular con remate oval, relativamente angosto, pero suficiente como para permitir la entrada de un cuerpo no muy ancho. Debería hacerse un esfuerzo importante con los brazos para elevar el cuerpo hasta aquella altura –pensé–, dado que no habría otro punto de apoyo: iba a ser un esfuerzo únicamente de las palmas, las muñecas y los brazos. Por aquél tiempo yo estaba un poco gordo además, pues aún comía carne en abundancia,

demasiados lácteos y muchísima miel –mido 1,73, pesaba por entonces más o menos unos 74 kilos.

Programé con meticulosidad mis pasos. Primero: iría a dormir a la Casa de los Alumnos. Luego, saldría cuando estuviesen todos dormidos, inclusive Oona. Por las dudas, llevé un pequeñísimo despertador que tenía, y lo puse bajo mi almohada, programándolo para las doce. Había sido un día muy cansador; de hecho me quedé dormido apenas luego de acostarme, como a las diez. Pero a las doce menos cinco estuve despierto nuevamente, lúcido en el mismo instante de abrir los ojos.

Salí sin problemas. Varios roncaban. Me había puesto alpargatas, el pantalón sin calzoncillos ni cinto, sólo una remera negra arriba (el calzoncillo y el cinto me habían demorado segundos preciosos la vez anterior). Era una noche bastante oscura, pero siempre había riesgos pues demasiada gente habitaba allí o en los alrededores. De modo que sentía cierta aprensión por lo que pudiera suceder imprevistamente. Ello me llevó a efectuar todo con la mayor celeridad. En pocos pasos rapidísimos llegué a su ventana. No había practicado, obviamente, ni había tenido oportunidad de medir la altura de la ventana, lo cual me provocó un primer trastorno importante. Previamente había tenido que abrir la gruesa celosía, sólo entornada. Por suerte no lanzó más que un leve chirrido. Pero ello me impediría usar mi brazo derecho con toda su fuerza, pues quedaba de tal modo que si me inclinaba hacia allí la chocaría. Luego el verdadero problema: la altura era mayor de la supuesta, no iba a ser tan fácil subir. Lo intenté con gran energía: me tomé con ambas manos de la arista saliente del alféizar de cemento revocado, y tiré con todas mis fuerzas del cuerpo hacia arriba. Logré únicamente lesionarme un poco los dedos –eran los únicos que lograban un punto de apoyo efectivo– y rasguñarme el antebrazo, pues ante la imposibilidad de llegar hasta donde era necesario, para no venirme abajo me torcí un poco, poniéndome de costado, levantando las piernas, para afirmarme en la pared, pero me deslicé hacia abajo enseguida, provocando además un ruido frotativo que resonó en el silencio de una

manera atroz. La premura de la situación me llevó a idear en segundos una salida: por todo el entorno había pedazos de ladrillos esparcidos, restos del proceso reciente de construcción. Con gran velocidad junté diez o doce de ellos, apilándolos con el propósito de formar una plataforma que me permitiría —así pensaba yo— elevarme para apoyar las palmas de las manos y luego los brazos en el alféizar.

No me equivoqué. En segundos pude elevarme lo suficiente como para afirmar mis brazos, y por instinto volví a torcerme, con un movimiento ágil, para apoyar el antebrazo izquierdo —ya magullado por la intentona anterior— sobre el alféizar. No sentía dolor alguno en aquellos instantes. Con un solo movimiento estuve metido en el hueco de la ventana, que me obligaba a una posición casi fetal. Desde allí tenté, siempre con la mano izquierda, hacia dentro. ¡La ventana no estaba cerrada! Ahora debía abrirla del todo, para pasar. Había una suave cortina rosácea —aunque no la veía bien por la oscuridad, la recordaba— que se inflaba a impulsos de la leve brisa introducida al abrir del todo la celosía. De inmediato sentí, otra vez, como aquella cuando fui a rascar su ventana en la casa de Jörg Kolschröder, que estaba despierta. No hacía ningún ruido, pero un vaho de energía, una irradiación, llegaba nítidamente hasta mí imbricándose íntimamente con mi cuerpo etérico, acercándose, alejándose, con oscilaciones semejantes a los movimientos de un respirar o los latidos del corazón. Entré. La cortina rozaba suavemente mi espalda y en la profunda oscuridad de la pieza recién noté que de fuera filtraba un difuminado resplandor. Lo suficiente como para ver sus formas, tapada hasta el cuello con la sábana clara, con las manos cruzadas sobre el pecho. Se percibía sólo el volumen, no los detalles de su rostro, por lo cual no supe si tenía los ojos cerrados o abiertos. Pero estuve completamente seguro ahora de que estaba despierta. Su respiración era apenas perceptible, la contenía, estaba expectante, en espera de lo que iba a suceder. Me detuve apenas unos segundos: mi corazón saltaba dentro de mí, me asaltó un repentino temor: el de que me rechazara. Pero lo aventé rápidamente y con movimientos veloces me quité rápidamente la remera, luego el pantalón, y solamente con los pies las alpargatas, mientras con movimientos suaves pero seguros me introducía bajo su sábana. Me introduje bajo su

sábana y me puse rápidamente de costado, pues no había allí espacio para dos, pasando mi brazo derecho sobre sus manos. Acaricié su pelo, suavísimo, puse mis labios sobre su oreja derecha. Comencé a besar con unción leve su mejilla: estaba ardiente... Llevaba sólo una camiseta corta y bombacha. Traté de tocar sus pechos pero ella repentinamente se dio vuelta. Quedó dándome la espalda. No me inquieté y seguí tratando de acariciar sus pechos, sobre la camiseta. Como tenía los brazos sólidamente cruzados sobre ellos, me fue imposible. Entonces bajé las manos, para tocar sus piernas. Eran larguísimas, como ya fue dicho, pero bueno es recordarlo, con el delicioso agregado esta vez de poder comprobar táctilmente su tersura, su juvenil solidez. No había una sola irregularidad en ellas, ninguna aspereza; desde los muslos a las pantorrillas, que era el espacio que mi mano podía alcanzar sin esfuerzo, corría una superficie perfecta, vibrante de vida, además, que transmitía una calidez especial, penetrando en mí hasta la punta de los pies, cuyos empeines había afirmado en sus plantas suavísimas. Formábamos entre ambos una doble S, al revés, sobre el costado izquierdo, yo había metido mis rodillas en el ángulo que dejaban sus piernas, mis pies en sus pies, mi pubis contra sus nalgas, mi estómago contra sus vértebras lumbares, mi pecho en su espalda, y besaba con delicadeza su nuca grácil, apartando los cabellos perfumados sin dificultad. No me cansaré de mentar la suavidad de sus cabellos, factor tan agradable cuando uno la besaba, pues su roce constituía una caricia adicional. Para no mantener la mano izquierda ociosa, la introduje por bajo de su cintura hasta alcanzar el vientre y logré colocarla muy cerca de sus pechos, por bajo de la camiseta. Entonces comencé también un movimiento envolvente hasta lograr acariciarlos un rato, lo cual me dio una felicidad muy grande, que ya no podría olvidar. ¡No habíamos hablado, ni ella ni yo, ni una sola palabra!...

Hasta que se dio vuelta, poniéndose boca arriba, me apartó con firmeza cuando intenté ponerme encima, y me dijo:

–Vete, Andrés; por favor vete...

Yo no le hice ningún caso, volví a subirme y la besé. Pero ella cerró la boca con firmeza. Otra vez me empujó poniéndome una mano en el pecho para repetirme:

—Vete... Andrés... ¡por favor!...

Le hice caso. Sin apuro, pero con diligencia, recogí mi ropa del suelo —donde ella tenía tendida una ancha alfombra de mansa felpa—, me la puse. Até con toda tranquilidad los cordones de mis alpargatas, y me levanté, acercándome a la ventana.

—¡Chau! —susurré.

Ella no contestó. Fue más fácil subir desde adentro, pues había menos distancia desde el suelo. Enseguida estaba otra vez en la frescura del campo, atravesando el colchón de césped que rodeaba los edificios. Entré sin problemas a mi piececita, y debí quitarme la ropa nuevamente para acostarme. Miré el relojito apretando un botón que tenía a un costado para crear una suave luminosidad: la una y diez. Me dormí, confortado y feliz.

Capítulo 9: Ambrosía

Un agujero en la malla

No hubo reproches ni represalias formales por parte de Oona esta vez. Al día siguiente, nos encontramos temprano, como si nada hubiese ocurrido. Pero ella empezó a ejercer hacia mí una cierta actitud desdeñosa, insolente a veces, que no cesaría hasta poco antes de su despedida, a fin de año, cuando las condiciones de nuestra relación irían a modificarse completamente. Una como rencorosa y dolida impaciencia, mezclada con cierta angustia, comenzó a impregnar ahora cada una de sus acciones hacia mí.

Por de pronto, esa misma tarde hizo poner tela mosquitera a su ventana, con lo cual quedó aislada por una malla de plástico duro, dejando pasar únicamente el aire. Dos días después habían colocado también los vidrios. Hubiese bastado la malla para impedir mi paso, pero ella podía ahora encerrarse casi totalmente con el marco interior: romper los vidrios hubiese causado un ruido escandaloso, además de consistir un acto brutal. Interpreté, naturalmente, que no deseaba recibir más mi visita nocturna.

Pero parecían emanar en ciertos momentos otras inducciones de su parte, como por ejemplo cuando en alguna fiesta que nos tocaba compartir, ella buscaba sentarse exactamente frente a mí, apoyaba sus dos piernas entre las mías, y se ponía a mirarme fijamente a los ojos de un modo absorto y muy audaz. Hasta se atrevió a hacer eso una noche en mi casa, cuando, con motivo de la llegada de otra alemana, Lucía las invitó a cenar. Mi esposa iba y venía de acuerdo a su personalidad inquieta, y Oona había puesto sus piernas sobre las mías, quitándose las sandalias, de tal modo que me obligó a levantarme pues nuestra mesa era escueta y podía mirarse perfectamente lo que sucedía debajo si uno se colocaba a sólo dos metros de distancia. La nueva alemana se llamaba Sabine, tenía 19 años pero aparentaba al menos 25, tal vez por ser muy alta, además de robusta, tetuda, casi gorda. Caminaba de un modo un poco masculino, a grandes trancos, pese a sus rasgos finos. De tez pálida, llevaba muy largos sus cabellos de un marrón rojizo; sus ojos, también marrones, pequeños, miraban con expresión miope por tras de anteojitos gruesos, redondos. Ella fue a ocupar la otra habitación de la guardería, con lo cual remató mis posibilidades de entrar ahora allí, pues probablemente me escucharía. Luego de conocerla un poco, comprendí también que haría un gran revuelo si eso llegaba a suceder, pues era sumamente extrovertida, de carácter fuerte, y muy sentimental. En poco tiempo manejaba el idioma ya; a diferencia de Oona, era impulsiva, curiosa, y bastante sucia. Algunas veces me molestó su fuerte olor a transpiración, pese a estar acostumbrado a trabajar con hombres sudorosos a mi lado. La Gorda –como empezamos a llamarla– pronto empezó a meterse en todo lo que se hacía en la Stiftung. Tal vez por las características mencionadas, no duró mucho junto a Oona. En cambio hizo buenas migas y le tomó afecto a Lucía.

Una tarde vimos a Oona y Sabine acarreado el equipaje de la gorda a la casa de los alumnos; tuvieron que desalojar una pequeña habitación para instalar a la mujer. Entonces me enteré –poco después, pasando por allí– que la Gorda tocaba la flauta transversa. Lo hacía con técnica rudimentaria, pero había traído un instrumento excepcional, regalo de su padre. Todas esas razones –su personalidad expansiva,

contra la introspectiva de Oona, sus prácticas de flauta, sus olores—, bastaban para explicar que la otra fina alemana se la hubiese quitado de encima. Pero en mi ánimo anhelante de señales favorables esta circunstancia apareció como una apertura, por parte de mi amada, a la posibilidad de encontrarse conmigo otra vez a solas.

Empecé a planear otra vez, entonces, con gran brío imaginativo, mi regreso a la ventana. Ya me había acercado una noche para constatar que era absolutamente imposible entrar sin romper la malla. Eso, pues, era precisamente lo que haría. Pero no debía serlo de un modo violento, sino lo suficientemente silencioso, además de prolijo, para evitar por una parte el ruido durante la operación, e impedir su descubrimiento por los peones u otras personas durante el día. No fue difícil encontrar el instrumento adecuado para la delicada tarea: una hojita de afeitar. No estaba muy seguro de que el grueso plástico cediera ante el filo de la hojita, pero tenía grandes esperanzas. Me estremecí ante la sola idea de que hubiesen echado mano a un poco de tela metálica fina, que aún quedaba en la casa de Kolschröder, la misma usada en sus ventanas. Ello hubiese tornado prácticamente imposible la rotura, salvo apelando a herramientas más voluminosas y potentes. La tacañería de Schmergen me había favorecido, una vez más. La presencia de Sabine, aunque dormía en la casa de al lado, creaba igualmente una nueva dificultad. No me atreví a instalarme en la piecita del preceptor, por miedo a que me oyera salir. Notaba que la Gorda era extraordinariamente aguda y desconfiada, especialmente hacia mí. Me parece que había olfateado —o tal vez Oona le contase algo— de mis inclinaciones hacia su paisana, pues con frecuencia sorprendía expresiones de reprobación en su mirada, cuando descuidaba su diplomacia. También pudo haber sido el eterno condicionamiento kármico: no sabemos por qué ciertas personas nos producen atracción o rechazo. Evidentemente a la Gorda le caía muy bien Lucía, pero muy mal yo. Por mi parte solía hostilizarla: una noche se levantó indignada de la mesa cuando le dije (sólo para posar de desprejuiciado) que el nazismo tenía muchos aspectos positivos. Entre lágrimas, balbuceó que su abuela había sido víctima de un campo de concentración, por lo cual ella no podría tolerar fácilmente ahora mi compañía. De tal modo me enteré de su origen judío. Entonces —aún más que

con Holger—, debí cuidarme constantemente de su vigilancia, en mis actos con relación a la otra alemana.

A diferencia de las anteriores, esta vez debería lanzar la incursión desde mi propia casa. He aquí que esa misma noche para la cual había planeado con toda serenidad mi salida, me avisan a eso de las diez que había llegado una artesana, y debíamos darle alojamiento. En la casa de los alumnos ya no había lugar, pues precisamente esa noche se había quedado a dormir un profesor allí; por su parte Katy no toleraba intromisiones en su “castillito”. Schmergen me indicó entonces, delante de la mujer, que la llevase a la Guardería, pues estaba disponible la habitación hasta hace poco utilizada por Sabine. No pude oponer algún argumento para evitarlo, debido a lo cual la acompañé hasta lo de Oona. Ella nos atendió primero por una hendidura de la puerta, pero enseguida debió dejar pasar a la artesana para que se aposentara. Sin contemplaciones, me echó prácticamente cuando intenté quedarme un poco a conversar con ella, anheloso de mirarla mejor, pues sólo llevaba un leve camisón corto, el mismo de aquella noche del cabito. Un poco humillado pero también enardecido regresé a mi casa.

No pude quitarla de mi cabeza, y decidí que lo mismo iba a llevar adelante mi plan de ir a su habitación esa noche. A eso de la una, entonces, me dispuse a hacerlo. Igual que la última vez, me puse ropa liviana y alpargatas. Como dormía solo, no hubo problemas para levantarme sin que Lucía se diese cuenta. El primer peligro se presentaría, sin embargo, cuando tuviera que abrir la pesada puerta. Ni pensar en salir por la de metal que daba al patio, pues iba a hacer más ruido —suponía. La puerta del otro costado, aparte de estar más alejada de las habitaciones, era de pesada madera y sus goznes estaban perfectamente aceitados. Me arriesgué y la abrí de un tirón. No hizo ruido; tampoco cuando la cerré. Facundo, nuestro perro fiel, dormía bajo del farol cuando pasé; me miró inquisitivamente, pero tampoco me delató. Para eludir tanto la senda ancha como la Casa de los Alumnos, en una de cuyas habitaciones, con ventana hacia mi casa, se alojaba Sabine, fui bordeando la acequia hasta una huerta que se cultivaba sobre un terraplén, al lado del molino de riego y su gigantesco tanque de

almacenamiento. Ello me obligó a emprender un largo rodeo, pasando por entre medio de cerrados matorrales, que crecían a los lados de la acequia fertilizados por su humedad. Con algún riesgo crucé un puentecito de troncos, y me introduje escalando la cerca de alambre grueso en la huerta. Debí caminar cuidadosamente para no pisar los surcos donde crecían plantitas de tomates, cebollas, remolachas, acelga. Esta vez había luna llena. Debí extremar mis cuidados también y esforzarme para sortear la valla que daba hacia el patio, bajar enseguida el terraplén empinado, subiendo luego otra vez –pues la Guardería estaba edificada también sobre una explanada–, todo esto sin lastimarme o romperme las ropas con alguno de los numerosos alambres de púa o matas espinosas que por allí había. Se entenderá entonces que el sólo llegar a la ventana de Oona sin problemas se presentara como un éxito esta vez para mí.

Una vez allí, repetí los pasos: volví a montar la plataforma de ladrillos (retirada por mí mismo la vez anterior, para no dejar huellas sospechosas), parándome sobre ella para tomar impulso; luego, ascendí con mis brazos hasta la ventana. En un solo movimiento me instalé otra vez con todo mi cuerpo sobre su alféizar. Ahora la luna me ayudaba. Saqué la hojita de afeitar, que llevaba con su papel en el bolsillo de mi remera. La apliqué en el último borde de la malla plástica, justamente allí donde se unía con el marco, aproximadamente a unos treinta centímetros de altura sobre el ángulo inferior izquierdo. Hice presión y tuve éxito: la hojita penetró, aunque con un poco de esfuerzo, el grueso material. Entonces traté de llevarla con fuerza hacia abajo, para rasgar hasta el final la malla, pero ofreció resistencia. La hoja no cortaba con facilidad el duro borde. Por las dudas había llevado dos hojitas, pero no debía romperlas, pues si ello sucedía el intento quedaría malogrado. Con fuerza, entonces, pero controlándola, comencé a serruchar pacientemente, desde el agujerito que lograra abrir. Ello me demoró bastante, además de provocar un áspero chirrido, claramente audible en el sereno silencio de la noche. Con toda frialdad resolví arriesgarme pues valía la pena. Una vez que llegué al final del ángulo, seguí con el corte hacia la derecha, para obtener una abertura suficiente. A todo esto cualquier persona sensible que durmiese cerca debería haberse despertado, por lo cual yo suponía que tanto Oona

como la artesana estaban escuchando mi labor. Como nadie protestó, continué. Al ver que había abierto un triángulo bastante grande en la malla plástica, guardé las hojitas y metí la mano, para empujar la ventana. Pese a sus vidrios, estaba abierta, por lo cual no se constituiría en obstáculo. La empujé. Luego de ello, metí ambos pies por la abertura, lanzándome hacia dentro con todo el peso de mi cuerpo, lo cual provocó una rajadura mayor en la malla, al pasar mis hombros, con gran ruido. Una vez adentro, tomé aliento.

Repetí lo que había aprendido la primera vez. Desnudo, pues, me introduje bajo la sábana de mi alemana, que hasta el momento no había dicho nada. Ella habló:

—¡Está la mujer allí!— susurró, escandalizada.

—Ya lo sé. Por eso, no hablemos —dije, y comencé a besarla, poniéndome encima. No tuvo tiempo o no quiso darse vuelta esta vez, así que pronto comencé a tratar de quitarle el camisón. Se resistía mucho, pero lograba subírselo hasta los pechos con una mano, mientras con la otra trataba de bajar su bombacha. Ella no podía impedir ambas acciones, por lo cual dejaba de forcejear arriba, bajando los brazos para impedir quedar desnuda cuando yo lograba correr un poco el slip. Notando esto, se me ocurrió un lance que puse en práctica de inmediato: con un fuerte tirón, subí su camisola hasta casi quitarla, pero sólo quería enredar su cabeza y sus brazos, cosa que logré. Como envuelta en un chaleco de fuerza, ella quedó inmovilizada por un momento; entonces, volviendo velozmente a la cintura, bajé su bombacha hasta alcanzar sus rodillas y luego con los pies la quité rápidamente. Mientras ella seguía forcejeando arriba, volví a tirar con mucha fuerza hacia arriba el camisón... ¡y logré sacarlo! Entonces ella quedó completamente desnuda, por primera vez, debajo de mí. Con la bombacha enredada en uno de sus pies y el camisón en el brazo izquierdo, se resistía murmurando constantemente protestas en alemán. Pensé en la artesana: era del grupo de hipermoralistas de Lugarini, debía estar escandalizada. Más precisamente, era la esposa del puritano que nos visitara la vez anterior, el rizado judío. Aventé su presencia de mi mente y continué con mi afán. Oona se resistía completamente: cerraba la boca cuando la besaba, cerraba las piernas cuando trataba de introducirme

entre ellas, pero sus pechos indescritibles se frotaban como pelotas de fuego contra mí, sus brazos aún tratando de rechazarme no me provocaban molestias sino agradables fricciones que me excitaban más y más. * Entonces sentí fugarse a las cabras y decidí abandonarme. Fue una liberación enorme. Por espacio de varios segundos mi majada, cual lava tardía, estuvo derramándose entre sus piernas. Luego quedé quieto, apoyando mi cabeza en su hombro; esta vez, ella lo consintió.

Luego nos quedamos un rato inmóviles. Los largos dedos de su mano derecha estaban sobre mi frente, enredándose con mis cabellos mojados, mientras su mano izquierda había quedado apoyada en mi espalda, cerca del coxis. Parecía insegura de mantener esta posición durante mucho tiempo, pero esta vez no me echó. Sólo estuvo en silencio, tolerando sin moverse mi cuerpo encima de ella, proporcionándome en esos momentos una paz exquisita. Sentía casi como si me hablara con el pensamiento: sus dudas, su preocupación, y a la vez su cariño, su ternura, se me transmitían como a través de un código telegráfico. Casi me dormí. Cuando noté esto, decidí levantarme. Ella me alcanzó una toalla para que limpiara mi cuerpo; después de hacerlo, me vestí, para volver a salir por el agujero que con tanto empeño había practicado.

* Jamás había conocido unos pechos de mujer tan perfectos y sólidos. Entendí la metáfora del Cantar de los Cantares, que compara aquellos pechos de la sulamita a “una pareja de cervatillos”, a “un racimo de uvas”, a “torres de marfil”... no hallé una comparación para los pechos redondos, elásticos, vibrantes de Oona. Como si hubiesen sido creados a la medida exacta de mi mano, para llenar con su tersura los cuencos que estas formaban. Cuando pude verlos completos (más adelante), quedé extasiado. De pezones pequeñísimos, rosados, constituían dos esferas perfectas, que se sostenían erectos, fundados en su propia consistencia, como flotando en el aire hacia adelante. Solía tomarlos entre mis manos apenas nos encontrábamos, si estábamos solos; ella se brindaba, con apacible generosidad, consciente del valor sublime de esta caricia muy íntima, que nos proporcionábamos.

Capítulo 10: Cicuta

Provocaciones

Desde aquella vez se repitieron situaciones semejantes, tantas veces que no puedo enumerarlas. Casi todas las noches, dejando a veces en el medio un par de ellas o cuanto más una semana –por casos de viaje o cuando por razones inexplicadas ella cerraba excepcionalmente las ventanas por completo, como durante algunas heladas invernales, estuve cruzando nuevamente la acequia, el matorral, la huerta, bajo la luna o sin ella, hiciera frío o lloviznara, para introducirme en su habitación y pasar allí un rato, acostado junto a la muchacha alemana, a veces encima, a veces con más suerte pero sin obtener anuencia para llegar a un acoplamiento integral. Ella había pasado de la oposición oficial a un dejar hacer indiferente, tal vez como nueva estrategia de resistencia pasiva. Hasta el mes de septiembre, en que hubo cambios sutiles, pero de gran trascendencia para nuestra relación. Mas ya llegaremos a ese momento, por ahora aún debemos detenernos un poco en otros aspectos de nuestra historia.

Al día siguiente de mi incursión luego de rasgar el mosquitero de su ventana, no vi prácticamente a Oona; recién al anochecer, me avisaron que la hippie puritana regresaría a Tucumán, debíamos acompañarla hasta la estación. A Oona y Sabine se había sumado por esos días Rolf, un joven flaco, bajito, de ojos azules rasgados y muy rubio –aunque completamente tostado por el sol– quien venía de contraer paludismo en unas minas de oro brasileñas, donde fuese a probar fortuna sin éxito. Era bello pero su rostro transmitía cierta crueldad indefinible; una barba amarilla manchada de tabaco, rala, cubría apenas su mandíbula; las pocas veces que sonreía, traía en el acto a la imaginación un lobo a punto de atacar. Pronto enamoraría a una de las cocineras, llevándosela consigo junto a un hijo que tenía, además de un muy buen libro de los

amigos de Lovecraft que yo le prestara –regalo de Lucía, para peor, lo cual me abriría otro flanco por donde soportaría reconvenciones adicionales.

Con ese alemán, pues, que durante sus primeros días se mostraba algo sociable todavía, Sabine, Oona, más dos alumnos, acompañamos a la artesana a la estación, pues debíamos ayudarla a trasladar numerosos bultos con provisiones que llevaba para su comunidad evangélica en las montañas. Cuando la mujer me vio noté su estremecimiento; “tal vez me considera el diablo mismo”, pensé por un chispazo de pavor que alcancé a captar en sus ojos, durante la fracción de segundo antes de que los bajara. Desde ese momento evitó mirarme plenamente; supuse que debía de haber escuchado lo sucedido.

Nuestra relación con Oona comenzó a atravesar entonces por una dialéctica de pasión-rencor. Cada uno de nuestros encuentros –o distanciamientos– sucedía con grandes satisfacciones pero escondía casi siempre algún acto que nos dejaba moralmente lastimados. Nos era muy difícil ocultar ya la atracción mutua. Apenas vernos en alguna reunión –por ese entonces muy frecuentes– comenzábamos a actuar el uno para el otro, de un modo muy evidente, aunque nos esforzáramos por disimularlo.

Mas era evidente que lo sucedido había escapado a sus previsiones, por lo cual se percibía cierto ofuscamiento en su ánimo hacia mí, que se manifestaba en expresiones de impaciencia. De pronto había perdido el status otorgado por Oona a todos los demás, a quienes trataba con delicada cortesía: hacia mí, en cambio, a veces se dirigía con cierta aspereza (dentro de lo que podía ejercer en tal sentido una mujer tan fina). Hasta que de un día para otro noté cierta sorna, cierta actitud de “¿te crees pícaro? ¡ahora verás!”, en sus miradas. Había pergeñado una estrategia, como revancha por mi avasallante personalidad, para darme celos, tal vez, y quitar esa sensación de que la tomaba como “una mujercilla a la par”, o para demostrarme que yo no le importaba nada, sino podía ser uno más de sus flirteos ocasionales, intrascendentes. No lo sé. Durante ese abril fue que ella comenzó a mostrarse muy cordial o hasta provocativa hacia algunos jóvenes, y resultaba evidente su intención de que me enterase

puntualmente de ello. Coqueteaba con uno u otro, ocupándose de hacérmelo saber, a veces contándome directamente sus andanzas, otras mariposeando exageradamente con alguien durante alguna reunión, mientras echaba, de vez en cuando, miradas chuscas hacia mí. Estaba vedado de solicitar la más mínima explicación, dada mi condición de marido en ejercicio –aunque más no fuera aparente–; además de ello, jamás había intentado siquiera justificar mi acercamiento a Oona (alegando insatisfacción matrimonial, propósitos de separación o cuestiones así); no habíamos tenido tiempo para esto, tampoco yo había querido hacer ese ridículo papel. Por el contrario, evitaba hablar de Lucía con Oona, salvo cuando debíamos mencionarla por cuestiones laborales, y jamás la critiqué en presencia de la europea. Sí iba incubando un tumultuoso, indefinido resentimiento contra Lucía, que se manifestaba como un malhumor permanente durante los pocos momentos compartidos en el hogar. Como se recordará, dormíamos separados, así que no había oportunidad para el fingimiento. Y ella jamás tomó alguna iniciativa amorosa, en este sentido fue siempre una mujer difícil y hasta arisca.

En cuanto a la relación con Oona, mi actitud era asumir las cosas como se iban dando naturalmente.* Comprendo ahora, al ver el asunto en perspectiva, que ella se sintiese un poco vejada, por aquel tipo que se atrevía a meterse en su cama casi todas las noches, sin dignarse siquiera a mentirle algo para justificar la acción. Pues hacia el exterior nos mostrábamos con Lucía como un matrimonio normal, debido a lo cual incluso evité, hasta los últimos días, salir con Oona en el pueblo, aún cuando pudieran ir otros amigos. No lo hacía por una actitud hipócrita, sino por parecerme grosero en extremo el manifestar algún desprecio público hacia mi esposa. Dado que era imposible escapar a esa situación, al menos debía guardar las formas –eso pensaba. Sufría intensamente, cada día. La necesidad de Oona era un fervor permanente, que recorría mis venas como un gas, provocándome agudos cosquilleos apenas verla, a la distancia, momentos en que deseaba con toda mi alma correr hacia ella. Abrazarla, decirle públicamente que la amaba, que jamás había conocido a otra mujer como ella... esto era lo que pedía a gritos, mi corazón.** Miles de momentos así, día tras día,

semana tras semana... en que debía contenerme... no había chances para nuestro amor... una y otra vez me lo repetía: debía comprenderlo. Como un profesor paciente hablando a un alumno idiota, me decía a mí mismo, desde el supuesto podio de la razón: “no obedezcas a tus sentimientos... te llevarán a un error”...

Nuestros afectos debían mantenerse bajo el estrecho cerco de su habitación, por las noches, o en algún infrecuente rato de apartamiento durante las tareas en común que inventábamos a veces, sólo para encontrarnos por unos minutos. Íbamos pues, cada día, con ansias de vernos, pero también con sentimientos de fatiga, más algunos dolores por una u otra situación equívoca acumulándose con otras anteriores en nuestra psiquis, hasta el punto de inducirnos agresiones mutuas –encubiertas, indirectas a veces, pero siempre muy filosas de su parte o demoledoras de la mía, tal era la carga emotiva que las proyectaba con gran fuerza desde atrás.

Uno de los momentos más altos de la provocación de Oona llegó durante el invierno. Otro sucedería poco después, y tendría como protagonista involuntario a mi propio medio hermano, un muchacho de apenas diecinueve años, hijo de un segundo matrimonio de mi padre. Ahora contaré el primero.

Un amanecer sumamente frío, al levantarme, vi un auto parado junto a la Guardería. Esto sucedió como a las seis de la mañana, mientras tomaba mate en el patio. Una media hora más tarde, yendo a buscar el diario, me topé casualmente con Oona al orientar mi bicicleta a la suave ruta descendente, que pasaba justo por la puerta de su casa. Ella salía, con un bidón de plástico y algunas hojas de revistas en las manos.

–Oh, Andrés –dijo –¡necesito tu ayuda!

Me detuve. Sin bajar de la bicicleta, le pregunté de quién era el auto detenido allí.

–Hemos conocido a dos muchachos, en Rosario. Ellos nos trajeron, van a seguir viaje a Tucumán–dijo.

–¿Y han pasado la noche en la Guardería?

—Ahá —contestó—.

—¿Duermen con ustedes?

—¡Nooo!—contestó, divertida— ¡han dormido en el comedor, hemos tirado un par de colchones allí!

—Bueno—, le dije—¿qué quieres?

—Por favor, ¿puedes ayudarme a encender el calefón?

La miré duramente antes de contestarle con furia chasqueante:

—Prendételo sola... si sabes actuar como una puta, también deberías saber encender un tonto calefón.

Ella sintió mi agresión como un golpe en el pecho, pues lanzó un quejido: se paró de golpe, su largo cuerpo pareció tambalear hacia atrás, como un junco mecido por la tormenta; sin esperar respuesta arranqué velozmente en mi bicicleta, lanzándome por la bajada, que enseguida adquiría mayor empinamiento. Al regresar, lo hice por otro camino, pero pude verla afanándose aún, de rodillas, con un montón de papeles abollados a la par, tratando de dar fuego sin éxito a una parva de leña que había amontonado en la hornera del gran calefón de hierro, destinado a calentar el agua para aquel edificio. Después de un rato me dio lástima y volví. Pero ya uno de los alumnos la estaba auxiliando y el calefón largaba humo. Habían logrado encenderlo. Sin llegar hasta allí, regresé con amargura en los labios. Tras aquel incidente, no fui a su casa por cerca de un mes. También traté de evitarla, lo más que pude.

Por esos días fui al cine con mis tres chiquitas —Sol, Ángela y Julita— a ver una película, sobre un gatito, que se perdía en el curso de un ancho río, corriendo luego aventuras comparables a las de Ulises. Había un solo cine en Rodeo, en un edificio antiguo con butacas de madera. Julia recién cumplía sus dos añitos pero disfrutó de las imágenes y los colores con nosotros, junto a sus hermanitas de cuatro y cinco. Fue un acontecimiento sereno y feliz. Luego fuimos a tomar un helado; al regresar, cruzando la ancha calle de tierra que flanquea a la estación, nos encontramos con Oona y

Sabine. Iban al centro. Yo llevaba a Julita en brazos, Oona me la pidió para mecerla un poco. Todos los días Ángela y Julita iban a la guardería, pasaban la mañana entera allí, Oona las atendía con especial dedicación. Junto a los otros niños, jugaban, aprendían tareas constructivas como hacer cajitas de cartón, garabatear los más chicos, o habilidades más complejas junto a las primeras letras los que llegaban a los cuatro años, como Angelita. Estuvimos unos minutos allí, conversando en medio de la calle recién regada; luego nos fuimos en sentidos distintos, gratificados por el encuentro.

* Estaba enamorado, por segunda vez en mi vida y actuaba como un adolescente. A la vez, debía guardar los modales y actitudes públicas que se esperaban de un hombre con casi cuarenta años de edad, una familia, responsabilidad máxima en una institución educativa, prestigio como escritor. Esto me corroía, cotidianamente, como nunca antes me sucediera. Pero a la vez me otorgaba felicidad. Los segundos transcurridos juntos eran un vivificante maná; luego los recuperaba, en mi memoria, una y otra vez hasta el próximo encuentro. Me inducían luces acariciantes, en lo interior, arrancaban tarareos de satisfacción, impensadamente, durante mis labores, al recrearlos bajo el sol.

** Por segunda vez. La primera había sido con Laura, a los 21 años. Nunca antes sentí lo que aquella vez. Luego un ancho silencio –no digo que careciera de afectos, algunos dulcísimos, en el interregno, pero ninguno conformado por semejante conjunción de sensaciones, pensamientos, melodías internas vividos en el primer amor. Ahora, otra vez me sucedía esto: mi mundo interior se había poblado de hadas. ¿Es cursi?... ¿Qué importa? Me hacía feliz. Yo había estado en las tumbas, mucho tiempo. Dejadme disfrutar de este anticipo del Paraíso, que me fuera otorgado en aquel año.

Capítulo 11: Devaneos

Invierno

Durante el invierno Oona cerraba su ventana desde adentro. Esto, uniéndose a las dudas acrecentadas de ambos, suspendería los acercamientos físicos entre nosotros por casi todo aquel periodo. Salimos una vez, con Sabine, para concurrir a cierta fiesta de casamiento, y en otra oportunidad habíamos alternado un poco durante otra fiesta, en la Casa de los Alumnos. Pero nuestro cariño, que se presentara tan tumultuoso y arrebatador en los primeros tiempos, había sufrido esa especie de desleimiento, como al influjo de la estación. Los regalos de Pascua, primorosamente preparados por sus hermosos dedos en nuestra ausencia, y sorprendiéndonos con cartelitos pegados en las puertas y ventanas de nuestra casa, donde ella había depositado cada paquetito, para las chiquitas en primer lugar, pero también para Lucía y para mí, acompañados de ciertas suaves amabilidades, fueron las últimas brisas cálidas que se cruzarían entre Oona y yo, en varias semanas –que resultaron larguísimas ante mi percepción.

Se casaba la hija de Médici, un cordobés aventurero que había venido a instalarse en Rodeo, con un pequeño negocio, luego de yirar por el norte durante muchos años. Entre varios oficios practicaba el de artesano en cuero, y su esposa –una mujer de cabello negrísimo y ojos verdes– tenía talante de gorgona, seria y siniestra. Médici tenía veleidades de poeta, desde hacía tiempo venía anunciándome su interés para que leyera un cuaderno con sus composiciones, aunque hasta el presente yo hubiera logrado escabullirme sigilosamente. Debido a ello –y en algo por mi puesto en la Fundación– me incluyó en la lista de los invitados. Lucía dijo que no quería ir, lo cual fue para mí una liberación. Hacía bastante frío esa tarde, debido a lo cual trajiné un rato juntando yesca en el campo y luego atizando el fuego de nuestro calefón. En cierto momento me acerqué a la casa de los alumnos, pues sabía que Oona y Sabine se estaban preparando allí, también, para la fiesta. Supongo que Oona quería aprovechar el calefón y no verse precisada de encender el de la guardería, además de ciertas acciones como probarse ropas, algunos ornamentos, o cosas así que habitualmente practican las mujeres, cuando van a salir. Lo cierto es que cuando entré a la gran sala

parece que Oona salía de bañarse, lo cual me hizo dar un vuelco en el corazón, pues hubiese anhelado verla así, con el pelo mojado, envuelta sólo en la toalla, quizás. Con ese ánimo me acerqué, de un salto, hacia el pasillo que daba al baño. Pero quién sabe por qué maléfico instinto Sabine acertó a salir prestamente, y con una voz alemana, que sonó a mis oídos como un escupitajo, previno a Oona de mi presencia, poniéndose al mismo tiempo en el medio. Razón por la cual sólo pude ver, como una exhalación, su figura blanca deslizándose hacia la pieza; la actitud de la alemana gorda fue tan policial, interpelándome con impertinencia, e impidiendo categóricamente mi ingreso hacia donde estaba Oona, que logró ponerme de muy mal humor. Y me fui, mascullando puteadas en contra de ella.*

Regresando a casa, me afeité y bañé, escrupulosamente, gozando del agua calentita. Luego me vestí con esmero, me perfumé, comprobé lo mejor que pude mi elegancia en los espejos disponibles y, luego de calzarme un sobretodo negro, que me cubría hasta las pantorrillas, fui en busca de las alemanas. Causamos impresión al entrar en la sala: Oona llevaba un vestido oscuro, largo, sin alardes, dentro de su habitual sobriedad; pero su cuerpo era naturalmente elegante y solía absorber, en los lugares públicos, una corriente de miradas. La gorda no tenía tal virtud, pero por el solo hecho de ser alemana también suscitaba algún interés, más bien curioso. Contra mis expectativas, no fue una noche agradable. Todo se limitó a un comer y beber incesante, en un ámbito pretencioso pero muy cursi, hasta que sin haber sentido ninguno de las tres motivación alguna que nos incentivara, decidimos regresar al campo, como a las tres de la madrugada. Por lo demás Oona estaba particularmente gélida hacia mi, cosa que se prolongó durante todo el camino –como un kilómetro y medio– durante el cual yo iba solo prácticamente, pues ambas parloteaban todo el tiempo en alemán, sin tenerme en cuenta. Practicaba una actitud particularmente despectiva, que consistía sencillamente en no dirigirme la palabra, y cuando yo la hablaba, escuchaba, sí, pero con una cortesía indiferente, no desprovista de cierta impaciencia. Molesto por tal tratamiento, repentinamente les pedí que me esperasen un momento, pues tenía ganas de orinar. Cuando se detuvieron, saqué el pene y me puse a

hacerlo allí mismo, mientras ellas seguían parlotando en alemán. El frío levantaba una tenue humareda, que reflejaba los rápidos faroles de los autos pasando cada tanto, levantándose desde el césped, donde iba a caer la orina caliente: esto me dio un poco de ánimo para seguir caminando hasta la Fundación. Al llegar, muy frustrado, me acosté, maldiciendo mi suerte, pues sabía además que mañana me dolería la cabeza por todo el vino tinto que había tomado.

Media hora después de haber caído en un sopor denso, me desperté sobresaltado, sin causa aparente. Incorporándome por impulso, salí a la oscuridad fría, y como por rutina, crucé los secos pastizales, la acequia vacía, la huerta, para volver a intentar la apertura de su ventana otra vez. Pero no hubo caso. Estaba herméticamente cerrada.

* ¿Por qué surge siempre al lado de las personas bellas alguna especie de cancerbero? Como por un ensalmo diabólico, su más cercana amiga (o amigo) actúa respecto de quien puede concitar su interés sentimental con celo castrador, poniendo obstáculos y controlando cualquier acercamiento, guiado por ese instinto que los hace adivinar las situaciones más propicias para la armonía de quienes están comenzando a reconocerse con atracción, e interponerse. Esta acción –calcada, una y otra vez en circunstancias semejantes, que tanto pueden suceder si es mujer u hombre la “pieza” codiciada– suele estar teñida también de ese amargo matiz, cuya denotación se origina en la triste calidad de no ser dueño del bien que se pretende custodiar, pero sí capaz de impedir su apropiación por otro. Tal estado de cosas suele terminar, generalmente, cuando el propio custodiado rompe el cerco, expresando su voluntad de establecer el vínculo y alejando con ello al represor. Así ocurriría, también, por suerte, aquí; pero un poco más adelante.

El 5 de agosto, Día del Niño, sería para nosotros también el de un nuevo acercamiento.

Desde principios del invierno vivía en Rodeo otro joven alemán, Dieter, muy agraciado, quien como Sabine, se había hecho amigo de mi esposa Lucía. Sabine le había regalado un libro a Lucía, y Dieter –un muchacho alto, de oscuros ojos azules, cabellos marrones, finos rasgos– un cassette con música de los Doors. Su acercamiento a Lucía me provocaba un poco de celos*; me decía sin embargo que estaba recibiendo mi merecido, en sentido simétrico a mis enredos con Oona. Estos

tres alemanes prepararon un festejo muy lindo para los niños. Por nuestra parte, nos tocó participar sólo como público, disfrutando con numerosos niños humildes y con nuestras hijas de la actuación, el reparto de globos, juguetes, golosinas, el chocolate con masitas servido al final. Oona se había pintado extraños dibujos en la cara, lo cual le daba un aspecto enigmático, Dieter y Sabine se habían disfrazado de payasos.

Esa noche volvimos a reunirnos después de mucho tiempo. Casi todo el invierno yo lo había pasado algo distante. Además de mis dudas respecto de Oona, se habían agudizado las contradicciones con Peter Schmergen, de un modo brutal. El líder de la Stiftung ya no quería saber nada conmigo, su objetivo actual era expulsarnos. Por mi parte, había hecho una alianza a desgano con el partido en el gobierno, trabajando en la campaña electoral para ellos. Mi propósito era lograr la intervención y ser designado al frente de ella, para evitar que Schmergen se saliese con la suya. Como la Stiftung tenía Personería Jurídica, lo cual la ligaba a los organismos de contralor estatal, podía ser intervenida gubernamentalmente por irregularidades. Mi tío Jaime, por entonces funcionario de primer nivel en el gobierno provincial, había sido quien me alentara a seguir ese camino. Boccioni, un hombre de armas llevar, de ideología fascista, era el conductor local del Justicialismo; en él me apoyaría localmente para esta circunstancia. Todas estas componendas, mezcladas con los confusos e irrefrenables sentimientos que me impulsaban hacia Oona, provocaban en mi interior un desasosiego constante, convirtiéndome en un ser extremadamente agitado, con frecuencia violento, sin duda de temer en algunos casos para quienes me frecuentaban.

Por añadidura había comenzado a escribir en el mes de marzo una novela autobiográfica, referida al único amor que me arrebatara a los 21 años, y cuya protagonista muriera por un aborto. Ese había sido uno de los periodos más intensos de mi vida: coincidente con los movimientos hippies y revolucionarios en todo el mundo, el comienzo de nuestra militancia en un movimiento guerrillero, el ingreso al mundo grande del periodismo al comenzar a desempeñarme como corresponsal de dos revistas revolucionarias de Córdoba y Buenos Aires. Si se tiene en cuenta que en 1973 lo mejor de la intelectualidad argentina se había volcado a posiciones de izquierda, se

comprenderá que trabajar en estos medios era ingresar de lleno en la médula de una elite, por entonces contando, además, con un inmenso apoyo popular. La novela sobre esos tiempos era un libro que me debía desde el momento mismo de iniciarme como escritor, pero, pese a los años transcurridos, quién sabe si era el momento más oportuno para escribirla. Me revolvía heridas sangrantes, como la muerte de Laura y nuestra proge, cuya culpa dolorosa no me ha dejado en paz hasta el día de hoy, las primeras muertes de seres tan cercanos –mi tío Manuel, mis compañeros–, de tal modo que además de vivir en presente una situación inflamable, la recreación imaginaria de aquellos tiempos de fuego, agregaba altas dosis de combustible psíquico a mi carácter de entonces. Me había propuesto terminar de escribir esa novela en septiembre. Habiéndola comenzado en Abril, me obligaba a escribir al menos cuatro páginas por día, lo cual resultó al concluir el trabajo en un libro cercano a las quinientas páginas. Durante ese invierno, pues, trabajaba todo lo que podía en los textos (como descanso escribía cuentos cortos); gran parte del resto del tiempo lo pasaba con la mente llena de imágenes e ideas, muy lejanas a mi trabajo formal (esto es, ocuparme de las actividades educativas de la Stiftung). Por cierto había abandonado casi por completo estas tareas, para lo cual me dotaban de un presupuesto, agitando aún más el conflicto que nos separaba, ya irremediablemente, con Schmergen y gran parte de la Comisión Directiva, que le era fiel. Me había convertido en un segundo polo para las relaciones internas de fuerza; debido a ello los antiguos enemigos de Schmergen intentaban acercamientos laterales, mientras los más timoratos evitaban frecuentarme demasiado, públicamente. Esto último favorecía mi avidez por cierta soledad, con el anhelo de concentrarme en planes más importantes, pero al mismo tiempo alentaba cierta paranoia, cierta actitud vigilante, hacia los movimientos de influencias, internas o externas, sobre la Stiftung, cuestión que afilaba los aspectos más mezquinos de mi personalidad.

Las únicas privilegiadas en esta historia eran nuestras chiquitas. En hacerlas felices coincidíamos todos, desde nuestros amigos hasta los empleados de la Stiftung. Así, recibían regalos a cada tanto –humildes, pero importantes para su personalidad de

niñas, pues un chocolatín o galletitas suelen ser, en su valoración, infinitamente más valiosos que un objeto de oro, al cual no sabrían dar ninguna utilidad. Oona las remontaba en brazos cada día, a veces traía de ese modo a Julita, cuando durante su permanencia en la guardería notaba sus pañales mojados y debíamos cambiarla. En casa teníamos empleada, para cocinar y preparar las comidas doña Petra. Era la esposa de Alejo Garzón, un obrero que se me manifestaba como absolutamente leal. Ella se ocupaba también de cambiarles los pañales a las niñas, cuando Lucía no estaba. Sus hijas –algo mayores que las nuestras– las llevaban a jugar durante gran parte del día, convirtiendo de tal modo en una tarea familiar su atención constante. Se habían acostumbrado tanto nuestras hijas a esta familia, que en toda ocasión enfilaban naturalmente hacia su hábitat, un rancho confortable, ubicado casi exactamente al frente de nuestra casa, con un espacio como de quinientos metros entre ambas viviendas, llanura que las chiquitas atravesaban sin peligro, pues no había tránsito de automóviles u otros vehículos por ahí. Apenas levantarse, Julita, de dos años, se dirigía con paso decidido a nuestra empleada, para decirle: “Doña Petra... repárame la leche...” En su armoniosa mentecita de niña consideraba este acto como una condición natural de la existencia. Sol, por su parte, iba ya a Primer Jardín. Temprano la llevaba, caminando, en mi hermosa bicicleta alemana o en la Chevrolet, si estaba disponible. Sol era la que ostentaba el carácter más fuerte, consolidado ya que había asumido desde muy temprano el rol de hermana mayor. Su maestra nos contaría divertida que defendía a sus compañeritas: cuando un chico golpeaba a alguna niña, ello lo tomaba rápidamente de la muñeca, y torciéndole el brazo contra la espalda, lo colocaba contra la pared, dominándolo. ¿De dónde habría adquirido el conocimiento de esa llave aplicada por los judocas? Demasiado rápidamente creímos que lo había visto en alguna serie de televisión. Ahora me parece prudente no desechar la hipótesis de que, dado que nosotros vivimos tanto y tan intensamente la represión policial, algunas de las imágenes grabadas en nuestro subconsciente por el período de la cárcel, pudiera haber pasado al suyo a través de los genes.** Angelita, la más tranquila de las tres, iba con Julia a la Guardería. Como se había hecho un convenio con la municipalidad,

obtendríamos un certificado, que nos serviría, al trasladarnos a la ciudad, para inscribirla directamente en Segundo Jardín, dando por válido el periodo de aprendizaje cumplido allí. Angelita jugaba, pues, todos los días, desde las ocho de la mañana hasta la una, bajo el cuidado de Oona y sus ayudantes, que se habían multiplicado al presente, pues ahora había dos, además de la colaboración de Sabine, Dieter, y cuatro o cinco madres pobres, que habían encontrado en esta colaboración un medio para comer abundantemente a la hora del almuerzo, incluyendo sus hijos.

Los habitantes de esa barriada compuesta por mortificados trabajadores rurales enviaban sus niños a la guardería, mientras ellos pasaban la jornada entera a veces a muchos kilómetros de distancia, hasta donde eran acarreados en condiciones frecuentemente peores que las de las vacas transportadas al matadero. Ellos miraban desde afuera a la Stiftung como si fuese un mundo encantado, con seres bellos, fuertes, aseados, que se manejaban en vehículos veloces, viajando a Europa u obteniendo recursos casi inaccesibles ante su percepción, con apenas mayor esfuerzo aparente que un chasquear los dedos. La rubia maestra jardinera alemana fue elegida como madrina por una de esas familias, a poco de su llegada, debido a la bondad humilde con la que se mezclaba sin pretensiones con todos los pobres. Luego supe que esta actitud era alentada por un propósito de emulación hacia Albert Schweitzer, cuya voluminosa biografía llevaba siempre consigo.

* Entendiendo a estos como el ya mencionado instinto de propiedad, que palpitaba aún de un modo visceral en mis ánimos, exacerbados además por la irritante duplicidad en que debía desarrollar mi vida, hasta el punto que luego se resolvería en situaciones tan violentas que llegarían a provocar daños en mi esposa y mayores congojas de culpabilidad en mí, como se verá.

** Teilhard de Chardin afirmó, luego de numerosas constataciones, que no sólo rasgos físicos pueden transmitirse genéticamente, sino también aquellos adquiridos por la inteligencia o la imaginación humana. Ello explicaría en parte, también, la enorme diferencia entre las personalidades y características de nuestra primera hija, nacida en un periodo aún bastante inmaduro de nuestra existencia, con las otras tres, producto de una etapa a la cual arribábamos con el inmenso bagaje adquirido al atravesar lo que fuera a la vez infierno y alta universidad, durante siete años, en las cárceles de la dictadura militar argentina.

Capítulo 12: Arena y miel

Malas compañías

En el invierno estalló también ya de un modo abierto el enfrentamiento interno que tenía por un lado a Schmergen y por otro a mí. Como suele suceder siempre en tales conflictos, las personas tienden a agruparse hacia uno u otro bando, por afinidades o sencillamente por cálculo acerca del posible vencedor. Otros –mayoritariamente– suelen permanecer neutrales, cuidándose sólo de no recibir los coletazos cuando los dinosaurios combaten. A mi alrededor juntaba pocos, aunque fieles a la conducta hipócrita del santiagueño, varios se acercaban a jurarme lealtad contra Schmergen, para ir a hacer lo propio ante mi rival sin el menor escrúpulo. Pero debido a la actividad política de mi tío, por entonces en pleno ascenso como el principal operario del gobernador, surgió una alternativa formidable. Tío Jaime propuso, en reunión familiar, que impulsemos la intervención del gobierno en la Stiftung. Existía una cláusula en los Estatutos, aprobados por la Dirección de Personería Jurídica, contemplando esa posibilidad, si se comprobaban determinadas situaciones, como desorden administrativo o falta de legitimidad en la autoridades naturales. En tales circunstancias y dada la corrupción del gobierno imperante, cualquier cosa podía conseguirse con amigos allí. De hecho, luego de siete años de infructuosos trámites, yo había conseguido el otorgamiento de la Personería Jurídica a la Stiftung en un par de semanas, por la mencionada relación familiar –y una coima para el Dr. Millán, por entonces director de Personerías Jurídicas de la Provincia.

Eran los tiempos ominosos de corrupción generalizada, en que se preparaban las gavillas del menemismo para asolar económicamente nuestra nación. Aunque nosotros todavía no sospechábamos en cuan alta magnitud lo aplicarían. Ahora, que han pasado cual gigantesca manga de langostas, oscureciendo el cielo, y la Argentina se debate en

dolorosos tambaleos, como un prisionero al que han despojado de partes vitales de su cuerpo, sentimos lo errado que fue para algunos de nosotros haber alentado siquiera una pálida esperanza hacia estos criminales.

En 1989, para quienes habíamos sido revolucionarios, el panorama se presentaba atroz. Luego del golpe de gracia a nuestras ilusiones, asestada por la increíble estupidez de La Tablada, vagábamos como huérfanos, sin acertar a descubrir siquiera una luz de candil en el horizonte, que nos alentara a entablar algún camino, no digo con entusiasmo, pero sí al menos con cierta esperanza de no seguir desbarrancándonos por el abismo. En lo personal, me acosaba el poder enorme de Schmergen y sus amigos alemanes por una parte –incluyendo al estado al que pertenecía–. * Entonces, en un momento de debilidad decidí aceptar las sugerencias de mi tío, sin consultar a Lucía, pues durante los dos últimos años habíamos estado muy distanciados, pero principalmente porque estaba seguro de que se opondría.

La contrapartida exigida para ayudarme era que “trabajara” para el peronismo –en este caso redeterminado “iturrismo”, pues el gobernador había llegado allí “traicionando” a Juárez, y preparaba con gran ímpetu su consolidación, de la mano con Menem. Accedí a ello, particularmente porque había hallado ya amplia colaboración en los peronistas locales, eternamente desplazados del poder municipal que en Rodeo –una ciudad con amplia influencia de los agricultores más grandes– era siempre dominado por los radicales. Me vería entonces obligado a participar en reuniones, actos proselitistas, viajes al campo para “hacer política”. Incluso debí hacer –a mediados de julio– un asado en mi casa. Con fondos del gobierno, concitamos allí a unas 100 personas, dirigentes de la región, entre los que se contaron algunos diputados y concejales. En ese tren llegaron a mencionarme para una candidatura, con vistas a las próximas elecciones. Pero no tenía el menor interés en ello, y con toda cortesía se lo hice saber a la compañera que lo propuso.

Luego me arrepentiría, bajándome del caballo en la mitad del río. Pero ya llegará el momento de contar esa parte.

* Poco antes había recibido la sorpresiva visita del cónsul alemán en Córdoba. Una calurosa siesta, me despertó la empleada diciéndome que había “un señor alemán” que deseaba hablarme. Le mandé a decir que por favor viniera un poco más tarde –odio levantarme de la cama y atender inmediatamente a alguien. Volvió la señora para decirme “que no, el señor debe continuar su viaje”. Percibí un extemporáneo toque de autoritarismo en tal respuesta, pero decidí no hacerle caso, aunque instintivamente en rebeldía, salí poniéndome para ello solamente un viejo short de vaquero desgarrado en las piernas, con el pecho descubierto y descalzo. Tal vez ya dije que no soy nada gordo, por lo cual me siento perfectamente seguro sin ropa; aunque noté que mi pecho peludo causó desagrado inmediato en el visitante, que se apresuró a retirar su blanquísima mano, de la mía áspera y marrón, que le extendí mirándolo con sorna y diciendo, a modo de saludo: “no esperaba recibir la visita a esta hora de un gran hombre” –bromeando con su estatura, a lo cual ni siquiera sonrió. El alemán estaba parado, y permanecería así todo el tiempo, sin aceptar mi invitación a sentarse ante nuestra sencilla mesa de algarrobo. Tal vez para valerse de su extraordinaria altura –cerca de los dos metros, calculé. De traje, emanaba un perfume de ciudad que resultaba chocante en nuestro ámbito impregnado por aromas campestres. Su actitud también fue extremadamente chocante. Me dijo que habían recibido quejas de “ciudadanos alemanes” que se sentían atacados por algunas actitudes de mi parte. Que solicitaba tuviera prudencia con tales ciudadanos, pues el gobierno alemán cuidaba a sus súbditos adondequiera que estos se encontrasen. Le contesté que me parecía interesante, pero no me incumbía. Pues era ciudadano argentino, y en este momento él estaba pisando mi país, debido a lo cual su autoridad había quedado relegada. Sin hacerme caso, el gigantesco alemán terminó de lanzar su discurso, como si lo hubiese memorizado, y se fue, declinando estrechar mi mano otra vez.

Se desordena la energía

De momento intenté acercar la mayor cantidad de apoyos posibles para mi lucha contra Schmergen, incluyendo a Oona, que si bien no defendía públicamente mis posiciones, practicaba un abierto acercamiento a nosotros, mientras que se había apartado completamente de Schmergen, al punto de no haber cruzado palabra con él desde dos meses atrás. En tal concepto fue que concurrimos juntos, incluyendo a Lucía con las chiquitas, al acto de cierre de campaña de Menem `89. Allí, después de una cruel espera de más de cuatro horas, habló el gobernador Iturre: una sarta de frivolidades, con torpeza, además, propia de un borracho, avergonzándome de haber dejado que esa maraña de contubernios me arrastrase, en lo que yo erróneamente

valoraba como un alineamiento estratégicamente beneficioso para nuestros intereses en la Stiftung. Oona calificó de “fascistas” las maneras y los discursos de los oradores. Sentí una íntima vergüenza aunque la disimulé cuando me lo dijo, ya regresando, pues tenía razón. En vez de aceptarlo con honestidad, contesté:

—Ustedes los alemanes no pueden comprender al pueblo santiagueño. El fascismo es una categoría europea, inaplicable aquí.

Con gran sentido común, ella replicó:

—Tú siempre dices esto de los alemanes. Pero lo que sucedió ahora es fascismo puro, tal vez con otros ropajes.

Por lo demás, todas las reuniones donde nos encontrábamos fueron usadas como canales de numerosas acometidas psíquicas, tanto por parte de Oona como de mí, dentro de esa inexplicable batalla paralela que habíamos iniciado. Ella se comportaba de un modo burlón y despectivo; ejercitando fría insolencia, hablaba constantemente en alemán con Sabine u otro de sus paisanos, aunque estuviéramos únicamente los tres, consciente por cierto de que yo no entendía ni una palabra en ese idioma; por mi parte asumía un ridículo papel de rufián, tomando muchísimo alcohol, fanfarroneando con cualquier muchacha bonita que se me acercara, como una elíptica réplica. Oona en una fiesta en la Casa de los Alumnos victimizó bajo escandalosa provocación erótica a un estafalario peón, casi enano, quien, borracho, se dejó enardecer por la alemana sólo para servir de hazmerreír a toda la concurrencia, que los observaba entre intranquila y jocosa. Lucía comentó: “Ésta actúa como una puta descocada... ¿Qué le pasa?...” Una vez concurrimos todos a cierta fiesta en el Club de Amigos. Oona se había puesto un ajustado vestido negro con minifalda, lo cual provocaba miradas babosas de los numerosos tipos que se habían volcado esa noche a la plaza. Ella no usaba jamás ropas insinuantes. Esa noche entendí por qué lo evitaba. Desde todos los ángulos se podían percibir las miradas codiciosas de los varones sobre su cuerpo. Fue una tortuosa velada de juegos malévolos; ella se insinuaba hacia mí, provocando dolor

y humillación en Lucía; yo obligué a Oona a bailar con un viejo rico, en un perverso ejercicio de auto humillación y befa apenas encubierta... terminamos la noche agobiados por la insatisfacción, el agravio, la impotencia de quienes no pueden mostrar abiertamente sus sentimientos, llenos de heridas, como tres pájaros nocturnos atrapados entre alambres de púas, que intentaran escapar a fuerza de movimientos convulsivos de la prieta atadura donde permanecen, enredados, sus cuerpos. Casi al final de ese periodo había venido una joven porteña, bonita al estilo Botticelli; debido a mi apartamiento de Oona, cultivé por unos quince días –periodo que permaneció en rodeo– otra insinuante “amistad” con ella. Visitaba mi oficina; yo le hablaba de la novela e incluso leía largos párrafos para su solaz. Llegamos a practicar un insidioso juego de ilusionismo seductor implicando a Oona, quien a la vez no perdía oportunidad de asestarme pinchazos paralelos, saliendo con grupos de la capital donde participaba mi medio–hermano, un muchacho de 19 años, fruto del segundo matrimonio de mi padre, quien estaba decidido a competir conmigo por los cariños la alemana. Una noche él había intentado besarla –según me contaría ella tiempo después–; Pío, mi mediohermano, por su parte, en tren de lealtad fraternal me había preguntado si a mí me afectaría que llegado el caso él lograra “atracarse” a Oona. Por cierto le contesté que no, en absoluto, inducido por mi machismo y la mala conciencia debido a una frágil situación en este enredo.

Todos estos factores atizaban un estado de angustia interior, que hacia los despuntes de la primavera se iba convirtiendo en algo semejante a una superficie marítima cubierta con petróleo, incendiándose y cubriendo de humo negro la noche de mi corazón. Cenamos, pues, la noche del Día del Niño en nuestra casa, Sabine, Dieter, Oona, Lucía, nuestras chiquitas y yo. Dentro del ajedrez político que se jugaba por entonces en la Stiftung y dado que se efectuaba otra cena en casa de Peter Schmergen, en ese mismo momento, interpreté esta opción de los jóvenes alemanes como un gesto de apoyo hacia mí. Ello unido a la necesidad que tiene todo enamorado de encontrar razones para justificar su rendición a quien desea, me llevó a mirar otra vez con edulcorado arrobo a Oona, desactivando mis prevenciones, activando otra vez los

deseos de poseerla. Poco tiempo después se presentaría una oportunidad en este sentido. La narraré a continuación.

Dos alemanes de paso

La deliciosa primavera santiagueña comienza a apuntar temprano. Así, los primeros días de agosto vienen lamidos por vientos tibios. Aún es posible que caigan heladas, sin embargo, y en estas cuatro semanas suelen suceder también violentos temporales de tierra. Una noche de esas fuimos a cenar a un restaurante del centro Lucía, Oona, las chiquitas y yo, para agasajar a dos alemanes que habían llegado por la mañana, de paso hacia el Norte. Uno de ellos, como de treintaicinco años, llevaba el rubio pelo muy largo, vestía con una extraña mezcla de indumentos hippies y vaqueros, el otro, con el pelo oscuro cortado al rape, por lo demás se presentaba como muy normal. El pelilargo era muy buen mozo; ambos tenían el aura de aquellos individuos que gustan de viajar por el mundo sin asumir compromisos con nadie, aunque recogiendo modales simpáticos, acostumbrados a tratar con todo tipo de culturas, sin dejarse influir por ellas más que en algún aspecto formal. Con acierto habíamos elegido un lugar alejado del centro de la ciudad. Sentados alrededor de una gran mesa en la vereda, que a su vez daba a una calle de tierra, recién regada, de la cual emanaba un agradable perfume, en medio de frondosos árboles, cenamos, conversando animadamente y en paz. De entre los alemanes Oona era la única que hablaba aceptablemente el castellano, por lo cual hizo el papel de intérprete en todo momento. Esto le agradó bastante: por primera vez no se la veía postergada ante sus connacionales, generalmente más diestros que ella en nuestro idioma. * Alentados por esta armonía repentina, comimos mucho y tomamos más de la cuenta. Medio borrachos y felices regresamos, caminando tranquilamente por las calles de tierra, bajo una hermosa luna, hacia la Stiftung. Eran como las dos de la madrugada.

Pero no me dormí. Luego de un leve cabeceo, me sentí súbitamente impulsado a salir para visitar a Oona en su cama. Desde los primeros días de julio no lo había

hecho, pero el impulso había quedado al parecer larval en mi subconsciente, y ahora había saltado, como un ariete, impulsado quizás por el alcohol.

Me levanté, entonces, y con todo cuidado salí otra vez a la noche que ahora, luego de haberme aquietado un poco, sentí más fría. No era una ilusión, como pude ver por el vapor que salía de mi nariz al respirar, patente con claridad bajo la luz del farol.

Sin ningún inconveniente repetí mi ingreso por la ventana, en el cual ya era un experto, pues Oona esta vez no había puesto ninguna traba. ¿Me esperaba? Tampoco mostró sorpresa cuando me metí bajo su sábana y el suave, cálido cobertor de pelo de llama. Un leve aliento a vino y cigarrillos se introdujo en mi boca cuando la besé. Ella esta vez abría los labios y parecía dispuesta a participar del momento agradable que se estaba iniciando. No tenía predisposición para ser activa en la sexualidad –lo sabría después–, pero hasta esa noche había esbozado siempre algún tipo de resistencia. Me dejó desnudarla sin problemas, incluso colaborando apaciblemente cuando debió quitarse la camiseta. Al llegar al slip, me advirtió: “estoy finalizando la mes...” Entendí esto, y también creí captar un tono malévolo en la forma como lo expresó, antes de entregarse... Tanto ella como yo sabíamos que en los últimos días como algunos antes del periodo femenino, se vuelven infértiles, por lo cual podíamos completar la cópula sin prevención alguna. Así lo hicimos. Todo fue rápido y sencillo. Luego quedamos un rato tranquilos, como se acostumbra, para después vestirme y regresar a casa, rápidamente, pues ahora sólo quería dormir. Ya en casa fui al baño a lavarme y descubrí una manchita de sangre sobre mi pierna, a la altura del pubis, que quité con agua, jabón y alcohol. De tal manera, absolutamente inesperada, fue como nuestra relación dio un paso que en ese momento me pareció gigantesco, pues habíamos completado el ciclo de sucesos necesario, para constituir lo que podía considerarse, ya, un connubio formal. Pero los acontecimientos posteriores me indicarían que esta circunstancia no significaría, para nuestra relación, precisamente el arribo a un puerto calmo. Por el contrario, vendrían momentos más tormentosos aún, en el escarpado camino que, por razones misteriosas, habían sido compelidos a transitar en común los destinos de esta singular muchacha y yo.

* Y en un relámpago entendí parcialmente sus revanchas hacia mí, algunas veces, hablando sólo alemán: es que debía de haberse sentido tantas veces fuera, mientras nosotros hablábamos durante horas con otros alemanes que llevaban varios años aquí, dominando perfectamente el español aunque se lo pronunciara con rapidez.

Capítulo 13: En el 2º Círculo

Un alma gris

Entristezco aún hoy al rememorar el calamitoso estado de mi alma cuando ingresábamos en aquellos tórridos meses de agosto, septiembre y octubre de 1989.

Durante ellos se iban a decidir asuntos importantísimos para nuestra familia, pues llegarían a su climax las dos cuestiones más exasperantes de aquellos días: mi conflicto con Peter Schmergen junto a la comisión directiva de la Stiftung, y lo que a esta altura ya se había convertido en una saturnina pasión por Oona. Iba alterado y cuitoso de aquí a allá, sin calma, sintiendo que me rodeaba una nube gris, como las mosquitas impertinentes infestando las osamentas. Llevado por una compulsión malsana, además, agregaba voluntariamente a esos factores la representación imaginaria, una y otra vez, de los sucesos referidos a nuestra relación con Laura, la muchacha muerta por un aborto provocado en 1973. Me sentía obligado a escribir esta novela, como un tributo a la memoria de la niña de 19 años, a quien consideré víctima de mi vileza, de mi cobardía, como una de las formas de purgar definitivamente esa culpa, arrastrada, desde entonces, con dolor atroz, pues desde que muriera no había descansado mi imaginación en el afán de hallar ocasiones para redimir la inmensa falta. Este ejercicio, sin embargo, me sumergía aún más en un talante sombrío, llevándome a veces hasta el borde del agobio moral, tal era el peso emotivo de la repetición mental despiadada, minuciosa, de cada detalle de lo sucedido entonces, a la que me había obligado sin descanso cada día, desde muchos años atrás. Oona notó esta nube que me rodeaba, una tarde, cuando entre el crepúsculo caminaba hacia mi casa y accidentalmente nos cruzáramos, ella viniendo de alguna parte en su bicicleta. Sólo nos saludamos con un “hola”, yo seguí mi camino; iba apurado por alguna obsesión que me arrastraba hacia nuestra casa. Unos pasos más adelante la escuché llamarme:

–Andrés... –silabeó su voz acuática.

Al volver la cabeza la vi parada en la puerta de la guardería, con la bicicleta en sus manos.

–Piensas mucho vos... te va a hacer mal...

Todo me hacía mal. Me encontraba, además, muy solo. Trataba de huir de aquel sentimiento con actitudes violentas, llenando mi mente con historias del pasado, o escribiendo hasta que mis ojos no respondían más, cuando empezaba a ver todo lo que había frente a mí entre nieblas.

Para los miembros de la Stiftung me había convertido en un apestado, debido a mi largo enfrentamiento con Schmergen, quien finalmente contaría con el apoyo de la Comisión Directiva de Alemania, como contaba ya con el de la local. Mi esposa me agredía abierta o encubiertamente casi en todo momento, ya que por mi cerril actitud también sufría las consecuencias, siendo la principal de ellas el perder su puesto, por el cual recibía un sueldo, además de una importante dignidad jerárquica. Ella se había opuesto a que siquiera yo volviese a la Comisión Directiva local, en aquella Asamblea que ya parecía lejana, de agosto de 1988, cuando Di Chiara, uno de los apicultores, me propusiera como Vocal 1º. Lucía había votado en contra. Gané sin embargo, para su pesar. Su rencor se atizaba mucho con la sospecha –o los signos percibidos– de mi relación con Oona. No sacaba el asunto a relucir ya, posiblemente como una táctica para no aumentar las zozobras en nuestra situación, pero transitaba cada día con tanta hostilidad hacia mí, que me tenía constantemente sobre ascuas.

Hallaba un tanto de sosiego alguna vez, cuando luego de trajinar durante el día con trámites u otras tareas en Santiago, podía tomar tranquilamente una cerveza con un apreciado escritor, Ariel Doria, o cierto librero, con quien por entonces nos habíamos descubierto afines. Era, sin embargo, como asperjar agua con un hisopo sobre un caldero de aceite hirviendo.

La noche de mi cumpleaños fue una ocasión para eclosionar estos sentimientos que me conturbaban. Hicimos una fiesta en casa, por cierto con mucho asado, vino, cerveza, todo tipo de comidas en cantidad. Aprovechamos para homenajear a Dieter, también, pues pocos días después viajaba. Había venido a visitarlo su novia, una muchacha muy bonita, de estatura pequeña, quien casi no hablaba el castellano.

Oona había inducido a Sabine para pagar la reparación de mi grabador, descompuesto durante el invierno, a modo de regalo. Ella me lo había pedido unos días atrás, simulando que deseaba escuchar FM. Me lo entregaron envuelto primorosamente, pese a su gran tamaño.

Luego todo fue un desenfreno: ya borrachos, hacia la una de la madrugada, mi mediohermano Pío bailaba apretando escandalosamente a la novia de Dieter,

besándola por todo el rostro, con ánimo exhibicionista. Dieter a su vez había pasado la noche conversando con Lucía, y en un momento lo sorprendí rozando, con expresión arrobaba, la punta de sus dedos. Por mi parte, en un momento en que Oona fuese a llevarle la mamadera a Julita, luego de que mi hija se durmiera aproveché para intercambiar algunas caricias con la suaba, a un costado de la fiesta. A la postre mi cerebro terminó alterado, no sólo por el alcohol, sino por el espíritu de putrefacción que sentía impregnar esa atmósfera. Como si esto fuera poco, al llegar a la Casa de los Alumnos, ya casi amaneciendo, uno de los artesanos, de quien se había enamorado Sabine –un petisito, apodado Granulillo, quien resultaba ridículo junto a la muy alta gorda– se derrumbó luego de vomitar por todo el piso. Con patética ternura, esa ballena alemana lo arrastró cuidadosamente por encima del vómito, limpiándolo enseguida con su propio pañuelito de mano y agua, mientras aprovechaba para arrullarlo un poco, pues hasta entonces el artesano casi no le había pasado bola. Oona invitó a Pío a dormir en su casa, lo cual me llenó de celos y colmó mi paciencia. Llamándola aparte, le prohibí que hiciera tal cosa, esto es, llevar a mi mediohermano, de quien tenía fundada desconfianza, a dormir cerca de su cama.

–¡Van a ir otros, incluso tu hermana!– me dijo.

–No importa–, me empeciné. –No quiero que te burles de mí acostándote también con él... con otro, revolcate si quieres, pero no con él.

–Soy una mujer libre, puedo decidir... –contestó.

Primero la tomé de los pelos atrayéndola; estrujando su cara entre mis dedos la obligué a retroceder, hasta chocar violentamente su cabeza contra la pared. Luego la tomé brutalmente de una muñeca, torciéndosela hasta hacer brotar lágrimas de sus ojos, que brillaron en la oscuridad.

–¡Putade mierda!...–mascullé con voz ronca– ¿Vas a hacer lo que te digo, o no?

–¡Sí, sí, Andrés, por favor soltame!– gimió ella, muy impresionada también por el destello infernal de mis ojos. Cuando la dejé, huyó como quien ha debido vérselas con un lobo.

Al regresar a mi casa estaba tan enardecido aún, que fui a la cama de mi esposa y la desperté, insultándola por haber flirteado con el chico alemán. Dieter le había regalado como recuerdo un pañuelo palestino, esa noche; ella lo había dejado junto a la cama. Esto me enardecíó más. Lucía reposaba entre nuestras tres niñas; dos de ellas, Sol y Angelita, se despertaron por la violencia de nuestra discusión, borrachos, considerábamos susurrar, pero de hecho debíamos de estar gritando.

—¡Has actuado como una puta, con ese pendejo! —le espetaba yo.

—¡No he hecho nada! ¡Estás loco, chiflado, a vos te tiene mal tu sucia cabeza!— respondía ella.

—¡Aceptá que has actuado como una yira! ¡Aceptalo!

Dos de nuestras hijitas se despertaron...

—¡Papi!... ¿estás enojado? ¿por qué gritas? — se alarmó una de ellas.

Su vocecita abrió una grieta en mi corazón duro; se disolvió mi perverso rencor para dar paso a una angustia profunda, comprendí la vileza de lo que estaba cometiendo, vi mi endemoniada actitud, y el susto que estaba provocando en mis hijitas.

—Dejame en paz, tarado... —dijo ella, advirtiendo mi desconcierto: —¡Estás borracho!...

Pero ya me había puesto de pie, como si me hubiesen asestado un golpe de maza por la espalda, ya me dirigía casi corriendo a mi habitación. Tirándome sobre la cama, hundí el rostro en la almohada, con la ilusión absurda de borrar mis acciones. ¡Cómo podía borrar la crueldad execrable que había cometido!... Ya no pude dormir. Poco después, por la mañana, me arrepentí de todo corazón, pidiendo disculpas a Lucía. Pero era muy tarde ya. Ella ni siquiera se dignó a tomar en cuenta mis lamentaciones. No me perdonó; yo tampoco. De tal modo vine a sumar otra culpa a las numerosas que enturbiaban mi consciencia por entonces.

En medio de la pasión

Ya había perdido por completo la rienda de mis actos sentimentales, pese a los fugaces momentos de cordura sobrevenidos, generalmente después de algún exceso. Cierta película, que fue presentada aquí como “El paciente inglés”, suscitó tiempo más tarde en mi ánimo un reflejo de lo vivido durante el año final de nuestro periodo en Rodeo. El actor posee más atractivos físicos que yo –y la actriz menos que Oona–; salvada esa diferencia, la atmósfera incandescente que envuelve los sucesos resulta asombrosamente parecida. Aquella pasión terminó en tragedia, resultado frecuente de semejantes combinaciones del magma humano al irrumpir súbitamente rompiendo el misterioso equilibrio cósmico, tal como lo mostrasen ya, magistralmente, Shakespeare y Goethe. En parte por mi horrenda experiencia con Laura, en parte por la inmerecida protección que Dios me otorgara, como premio quizás a mis desmañados pero incesantes esfuerzos para superarme, lo nuestro no terminaría en tragedia, como se verá, sino en bastante armónica, aunque levemente dolorosa concertación. Pero aún faltaba mucho... –¡14 años!– para eso... De momento, aquí estaba yo conducido por la pasión, como un buey llevando una argolla en el hocico, al cual tirasen desde allí con una cuerda, agravando la circunstancia que, casi inconsciente de mi pobre condición, creía la mayor parte del tiempo estar viviendo situaciones donde lograba mantener un decoroso control de mis acciones. Que no se originaban en motivos claros, por cierto, sino en un enredo de anhelos confusos y a corto plazo, entre los que se mezclaban el propósito de asumir la presidencia de la Stiftung, a través del método espurio ya descrito, el de terminar mi novela sin que nada me molestara, renunciando a todo otro compromiso –lo cual era contradictorio con lo anterior, evidentemente–, o vender todo, lo mejor posible, para trasladarnos con mi familia a Santiago, cosa que finalmente ocurrió. Entre ellos permanecía activa, como una llamarada de brea, la necesidad visceral de estar con Oona, de cualquier modo, en cualquier lugar, con el sólo límite que el muro de fuego de la adhesión a mis hijas levantaba; la sola, lejana idea de apartarme de mis hijitas, atravesando sin aceptarla por algún traspatio descuidado de mis pensamientos, me provocaba tan insoportable mortificación

interior, que bastaba, en el acto, para borrar cualquier otra cosa que no fuese mi devoción hacia ellas.

Una muchacha codiciada

Contribuyendo al aumento de mi inestabilidad emocional venía a concurrir el extraordinario éxito con el sexo opuesto que obtenía Oona, sin proponérselo según creo, pero como es imaginable altamente halagüeño para su vanidad y útil también, de vez en cuando, para fustigarme. Creo que durante casi todo el tiempo en que estuvo aquí ella no me tomó demasiado en serio; infatuada por el acoso frecuente de candidatos de la más variada proveniencia y edad, supongo que mi presencia integraba esa ronda de estímulos cuyo sentido finalizaba en la grata sensación de poder femenino que seguramente ella alentaba en su fuero interno. Pese a que no hacía nada por provocarlos, incluso su modo de vestir más podría haber pasado por el de una novicia –siempre con los mismos o parecidos pantalones blancos y un tosco blusón, ambos de tela basta, a veces cierta remera blanca o camisa suelta– lo que se adivinaba debajo atraía bastante.

Entre esos acosos hasta se inscribió mi compadre, un piamontés, grandote, vociferante, rústico, agricultor con veleidades intelectuales, quien cierta vez, durante una siesta, la invitó al cine habiendo coincidido accidentalmente con ella en Santiago. Con la sala a oscuras, intentó abrazarla, debido a lo cual ella debió abandonar el sitio sin ver la película. Esta anécdota, narrada de modo coincidente por ambos, escocía en mi orgullo, pero no podía esbozar ninguna protesta –particularmente ante mi compadre– pues dado lo ilegítimo del vínculo (ni siquiera en la intimidad reconocido) no me asistía el más mínimo derecho sobre la joven suaba.

Este era un incidente menor, sin embargo, en el panorama hostil para mis sentimientos que se formaba desde la competencia masculina en relación con Oona. Había otro joven, estudiante de Ciencias Económicas en Tucumán, hacia quien sí sentía fundadas preocupaciones. Ella había salido con él en algunas oportunidades, y

su reserva acerca de esta relación tenía sobre mis sentimientos parecido efecto a puñados de sal gruesa en lastimaduras recién abiertas. Con fría deliberación ella graduaba los comentarios, efectuados como al acaso, sobre el tema, cuando se proponía exacerbar mis celos. ¿Hacía esto únicamente como un fatuo ejercicio de su poder? ¿Significaba en parte una represalia por la indudable humillación que representaba ser “la segunda”, incluso jamás confesada, en una relación sentimental que, aunque fuese efímera, como se planteaba, al momento era nuestra única, intensa realidad? Nunca lo supe. Nunca lo sabré quizás. La difícil comunicación verbal debido al poco manejo de nuestro idioma por parte de ella, y mi absoluta ignorancia del suyo de mi lado, resultó en estos aspectos una insalvable dificultad. Fue también, sin embargo, tal vez la mayor ventaja. Los desesperados esfuerzos por comprender al profundísimo ser espiritual que intuíamos el uno en el otro, nos llevó en ocasiones a desconocidos éxtasis de integración íntima, durante los contados momentos en que fuimos capaces de abandonar –por lo general con mucha torpeza, debido a nuestra inexperiencia– las prevenciones racionales y entregarnos a la corriente inductora que brotaba de nuestro interior.

Mi rostro de mujer

Mi esposa viajó un viernes porque debía efectuarse un control médico. Llevó a las chiquitas con ella: aprovecharían para visitar a nuestros parientes y regresarían el domingo por la tarde. Ese sábado yo estaba solo después de un largo día de restitución interior, provisto por mucha lectura, meditación sin limitaciones, algunos párrafos felices obtenidos del silencio y la soledad. Como a las seis de la tarde me puse a escuchar a João Gilberto y la música me transportó. Dado que no podía volar, me sentí impulsado a subir en lo más elevado del interior de nuestra casa, un entepiso hecho a tres metros y medio de altura, en la cocina que alcanzaba con su techo los cinco metros. Solamente con una bermuda de jean deshilachada, desnudo de la cintura para arriba y descalzo, alcancé ese estado de serenidad espiritual que jamás he podido

conservar por mucho tiempo, pues actúa al parecer como llamador. Pues absolutamente siempre en tal circunstancia aparece alguien, así hubiera podido crearme transitando un espacio totalmente desierto. De repente vi a Oona asomando su cabeza áurea por mi ventana. Me miraba admirada pues conocía esos sentimientos y los comprendía. Como aquella vez en que teniendo una cita con Laura sentí el desgarramiento de abandonar la escucha de Eric Burdon, cuyas composiciones me habían introducido en un espacio donde toda otra cosa que no fuese la música y yo sobraba, debí abandonar, también esta vez, el magnífico sitio en las alturas donde sintiéndome pájaro había acariciado la absoluta carencia de deseos.

Qué quería Oona. Invitarme a salir con la otra alemana y Granulillo, que a la sazón ya mantenía un fervoroso romance con la gorda Sabine. Irían a un bar, a comer algo, tomar algunas cervezas, quizás. ¿Yo quería ir? No, yo no quería ir. ¿Por qué?, me dijo, va a ser un rato amable, entre amigos. No, yo no quería ir. No importaba por qué. Bueno, saldrían en una hora, si me parecía bien, ella podía pasar antes de salir, para ver si cambiaba de idea. No, yo no cambiaría de idea. Insistió, algo poco frecuente en ella, pero mi decisión era pétrea. No quería saber nada de ir a cenar en un bar con ellas. Parecía aguijoneada por la lectura de mi pensamiento, en el cual instantáneamente se había formado la imagen en un bar del centro con la alemana a la cual se sabía mi amante tomando alegremente cerveza divirtiéndome mientras mi familia estaba ausente... comidilla apetitosa para ese pueblo de gente primaria que se aburría mortalmente sin chismes. Esta rapidísima visión me resultó deplorable en extremo, debido a la afrenta a la dignidad de mi esposa que ello podía significar. No importaba que rumoreasen lo que quisieran, los chismes no tendrían asidero válido mientras carecieran de un signo público mostrando otra cosa aparte de una afinidad, perfectamente justificable, entre compañeros de actividades. No fui, pero le recordé que al día siguiente teníamos una cita... ¡a las ocho de la mañana!... ¿No podíamos postergarla, para un poco más tarde? –preguntó. No, no podíamos. Esa noche ella salió con sus amigos y yo, interrumpido definitivamente en mis vuelos, me bañé, me puse la campera, me fui a caminar solitario por las calles de tierra de junto a la estación,

pensando en ella, en mi esposa, en mis hijas, en la novela, en las crueldades de esta existencia, que a veces nos presenta el espejismo de alcanzar la felicidad únicamente si a cambio accedemos a efectuar el sacrificio de Abraham.

Fui a dormir temprano, luego de comer frugalmente. Por eso me levanté lleno de energías como a las cinco y media. Tomé mate viendo arribar las luces del domingo; luego me vestí tranquilamente, leí La Biblia, como todos los días. Y me puse a revisar algunos manuscritos mientras aguardaba el arribo de Oona. Los alemanes son esclavos de la palabra dada y los horarios. Considero a esto algo muy digno de elogio, pues la construcción de cualquier proyecto colectivo reposa sobre estos dos principios, como garantía básica para su desarrollo. A las ocho en punto Oona apareció, con anteojos oscuros, por el caminito que atravesaba el puente, junto al corral de los chanchos. ¡Debía haber puesto el despertador para cumplir con su compromiso, pues la noche antes seguramente se había acostado tarde!...

No sé con qué excusa nos reuníamos, probablemente algún programa de la Stiftung, pues recuerdo que desplegamos algunas hojas y un cuaderno que ella traía, sobre la mesa, durante un rato. Era una mañana hermosa de primavera, Oona llevaba una leve remerita blanca, marcando con claridad sus pechos. Se me ocurrió que no llevaba sostén y quise comprobarlo. Entonces me levanté y tomándola por la cintura desde atrás comencé a besarla. Metí la mano por bajo de la remera, para mi inmensa alegría, pues resultó tal como imaginaba. Ella me dejó hacer durante un rato, mas luego se levantó. Seguimos “trabajando”, pero conversábamos sobre literatura u otros temas, hasta que notamos el paso del tiempo debido a la necesidad de Oona de mirar el reloj, pues quería regresar para atender su correspondencia, como se había propuesto. Eran casi las once. Para despedirnos, nos abrazamos junto a la puerta. Me había apoyado en la pared, y como me deslizara un poco, abriendo las piernas, para permitir que ella entrara en el hueco, quedé bastante más bajo, teniendo en cuenta que aún erguido Oona me superaba por unos tres o cuatro centímetros. Nos besamos un rato; el resplandor externo hacía brillar sus cabellos y me iluminaba la cara. Ella había

envuelto mi cuello con su brazo izquierdo, fuertemente, y comenzó a acariciarme la frente, echando hacia atrás mi pelo. Me miraba, sorprendida...

—¡Tu rostro!...— dijo, inesperadamente: —¡Es... de mujer!...

No contesté, pues su observación me dejó completamente desconcertado.

La sima

Había venido el padre de Sabine. Era un hombre bondadoso, con aspecto de burócrata o arquitecto; alto, como de cincuenta y tres años, con el típico aspecto ajetreado de los individuos que habitan grandes ciudades, un poco pelado y canoso, por su fisonomía racial sugería más un inglés o norteamericano que un alemán. Cenamos abundantemente, en el patio que separaba la Guardería de la Casa de los Alumnos. Habíamos asado carne de cabrito, chorizos y naturalmente los tradicionales trozos de churrasco. Bajo la luna llena, tomamos muchísima cerveza... ¿Fue eso lo que me excitó tanto? ¿O las amables conversaciones, la ausencia de conflicto, luego de jornadas tan agobiantes como habían sido las últimas? Lo cierto es que apenas llegamos a casa fui a la cama de Lucía, como hace tiempo no lo había hecho, y tuvimos un frenético acto sexual. Después de ello, me retiré en mi cama. Había quedado insatisfecho, sin embargo. Sólo dormité un rato para levantarme enseguida. Comprobando que todos dormían, salí. Sin dificultad repetí el itinerario hacia la ventana de Oona; entré. Y otra vez, con gran presteza, me acoplé a la muchacha alemana. Ella me dijo que eyaculase afuera, “por seguridad”. Lo hice. Estaba llegando a la sima de mi descenso por la más grosera senda de la sensualidad. Aunque confundido por una educación torpe y machista, yo creía que con las acciones que acababa de perpetrar había establecido una especie de hazaña.

Capítulo 14: Revoleos

Me expulsan de la Stiftung

En septiembre se efectuó la Asamblea de la Stiftung, convocada de urgencia para tratar mi caso. Si bien había otros temas, el principal sería la propuesta de Schmergen

para expulsarme. Advertido de eso, había preparado mis fuerzas leales, de manera que opusiéramos resistencia o al menos denunciáramos las manipulaciones del ex sacerdote alemán. Mi oposición a tales manejos era la verdadera razón de lo que allí se resolvería, esto es, alejarme definitivamente. Mi padre, mi tío, algún otro amigo de los que me quedaban entre los socios al día habían concurrido para no dejarme completamente solo. Mi mencionado compadre, el que intentara birlarme las preferencias de Oona, se desempeñaba por entonces como redactor agropecuario del diario El Siglo. Por su iniciativa, habíamos pergeñado una estrategia para apoyar mi causa: en carácter de cronista, participaría de la Asamblea. Luego publicaría la noticia, según él, “con ecuanimidad”, para que la población tuviese conocimiento de los argumentos de uno y otro, cosa que, naturalmente me favorecería pues mis argumentos eran los más sólidos. Finalmente ocurrió todo lo contrario: se publicaron sólo los argumentos de Schmergen. La segunda parte de la información, donde supuestamente debían publicarse los míos, jamás salió. Más tarde este hombre pretendió que me entrevistara con el director del diario, para pedirle que se diera a conocer esta otra parte, pero no lo hice. Así que este mal compadre, como lo haría otras veces luego, terminó perjudicándome.

La asamblea comenzó más o menos puntualmente (había un asado después, y los numerosos socios convocados en gran parte por el estímulo del asado que se serviría después, no querían postergar demasiado este punto del temario). Se usó para ello un gigantesco galpón, nuevo, muy sólido, que se había construido para almacenar toneles de miel y cajas de mercadería para exportación. A las diez y media estábamos ya en plena deliberación. Me sorprendió que no se habían hecho presentes ninguno de mis amigos alemanes. Mientras Schmergen comenzaba la lectura de los temas y sus informes económicos, me deslicé entre el gentío para apurar la venida de Oona, de quien descontaba que por su honestidad debía apoyarme. Cuando entré luego de golpear, estaba escribiendo.

–No voy a ir –me dijo.

—¡Pero debes participar... vos conoces de cerca los manejos incorrectos de Peter Schmergen y es tu obligación testimoniar! —la urgí.

—Él es amigo de mi padre... fue su sacerdote... no quiero perjudicarlo, tampoco quiero perjudicarte a vos, por eso permaneceré distante... —dijo.

Me decepcionó tanto, que después de eso la odié. Mascullando en contra de ella regresé a la asamblea, sólo para escuchar acusaciones.

Nadie me defendió, tampoco mi padre, quien por dignidad sólo guardó silencio. Pero mi alocución fue contundente. Tanto que nadie se atrevió a contestarme. Entre un silencio compungido, salí, luego de afirmar:

—Sé que me van a expulsar. Háganlo, pero en mi ausencia. Pues me retiraré inmediatamente de la asamblea, para no presenciar este fraude, que los denigra únicamente a ustedes.

Ese mediodía almorzamos en mi casa, con nuestros familiares. Pese a lo que yo consideraba una defección, Oona fue a comer con nosotros, en el patio. Triste, pero muy calmado —después de todo esto le daba una salida clara a un conflicto que ya se había hecho muy largo— la perdoné en mi fuero íntimo—. “Al fin y al cabo —pensé— ni a mí mismo me interesaba mucho ya permanecer en la Stiftung, en estas condiciones”. En efecto, ni siquiera mi propia esposa estaba de mi parte en esta brega, por lo cual lo más sensato era pensar que debía estar equivocado, o de no, a la postre mi causa era perjudicial para la mayor parte de mis allegados.

La Asamblea proveyó finalmente de una salida clara para este largo conflicto. Me quitaba en realidad, un peso de encima. Yo no quería en el fondo hacerme cargo de la Stiftung. No era el hombre indicado, y lo sabía perfectamente. Si continuaba en la lucha, era por soberbia y obstinación. Lo que sentí, entonces, al conocer esa misma tarde lo resuelto luego de las deliberaciones, fue una gran sensación de alivio. Al día siguiente Schmergen me invitó a reunirme con él y otros miembros de la Comisión Directiva, para proponerme un arreglo.

—Mira, puedes venderme otra vez tu campo e irte tranquilamente—me dijo.

En un arranque de absoluta desilusión, furia, angustia provocada por el largo stress de esta situación desgastante que atravesaba, desde hacían varios meses, decidí abandonar toda lucha. “Ma sí”, dije en mi fuero interno: “¿para qué obtener la intervención, y hacerme cargo de todo, si ni siquiera mi esposa me apoya”; es más, “todo será una farsa, el mismo gobierno me pegará una patada, cuando no me necesiten, ellos no ignoran que no soy de su palo, me quieren usar sólo para apropiarse de la fundación”, reflexioné. “Además, mis propias hijas me lo podrían reprochar, el día de mañana. Pronto, ni siquiera la Oona estará aquí; ¿cómo aguantaré tanta insatisfacción, rodeado por fuerzas hostiles? Mejor renuncio a todo, acepto una buena suma de dinero por nuestro campo y las llevo a vivir a las chiquitas en la ciudad. Allá tendrán acceso a un mejor standard educacional y otros bienes, necesarios, para el periodo de sus vidas que se avecina.”

Pero la cantidad que me ofreció no me convencía. Debía alcanzarme para comprar otra vez una pequeña casita o un departamento, en Santiago, o en el mismo Rodeo (aún no habíamos decidido del todo adónde ir, y como apenas podíamos hablar con Lucía sin entrar enseguida en durísimas agresiones verbales, en los hechos debía ser yo quien tomara las decisiones, o al menos las propusiera ya con elementos concretos). Finalmente, luego de regatear mucho y durante casi una semana de idas y venidas, el alemán terminó aceptando pagarme treinta mil dólares por el campo, incluyendo la casa. Como yo debía veinte mil, que había usado para la construcción tomándolo de los fondos disponibles cuando me desempeñaba como tesorero, recibiría efectivamente sólo diez mil. Esto me pareció un buen arreglo, pues con esa suma se podía adquirir una vivienda aceptable en la ciudad, por aquellos tiempos. Me mandó el cheque con Lucía, pero al recibirlo me indigné: lo había librado en pesos... en octubre de 1989 el dinero argentino era una hoja en la tormenta, devaluándose constantemente... la acción de Schmergen era propia de una mezquindad grosera, casi una estafa. Golpeé la puerta de su casa y cuando me atendió le dije:

–Cambíame inmediatamente este cheque por uno en dólares.

Farfulló algunas excusas pero me hizo pasar en el acto a su escritorio, temeroso de mis reacciones, que conocía muy bien, y sacando su chequera del Deutsche Bank hizo un nuevo cheque, esta vez, por diez mil dólares y me lo entregó.

—El problema es que deberás viajar a Buenos Aires a cambiarlo... —me dijo— no tengo dólares aquí... por eso te había hecho el cheque en pesos...

—Yo me arreglaré —contesté.

A los pocos días, Oona viajó a Buenos Aires, para comprar su pasaje. El diez de noviembre, exactamente un año después de su llegada, quería regresar a Alemania. Faltaba poco más de un mes y medio. Ella cambió nuestro cheque, y me entregó el dinero al regresar.

Una ilusión ocasional

Había una fiesta en el barrio pobre. Se inauguraba un Jardín de Infantes. Con cariñoso esmero, las madres apoyadas por las maestras municipales habían decorado el modesto edificio para la ocasión. A las once de la mañana, llegamos con Lucía, Sol, Angelita, Julita y Oona. El ancho patio abierto en medio del monte estaba cubierto de mesas y sillas de las que se usan para los bailes de campaña. Obsequiosos, los vecinos nos guiaron hasta una ubicación especial, que habían reservado especialmente para nosotros.

Éramos personajes importantes para aquella sociedad. Noté que de todas partes nos miraban, con afecto, y bastaba que percibieran algún deseo por parte nuestra para que se apresuraran a servirnos. Comimos asado, las chiquitas prefirieron sandwiches de jugosos bifés, menos Julita, para quien había que cortar la carne en pedacitos y dársela en pequeñas dosis, con una cucharita. Las tres niñas recibían esmerada atención, en la que se empeñaban tanto Lucía como Oona. En un momento de aquella fiesta, gratificado por la tranquila armonía que allí reinaba, tuve la ilusión de constituir todos una familia feliz. “Hermoso sería —pensé— que las normas legales permitieran a un hombre en mi caso la opción de concertar matrimonio con dos mujeres”. ¡Qué bien

parecían complementarse Oona y Lucía! Conversando animadamente, se ocupaban de las chiquitas como si ambas fuesen sus madres. A cada tanto lanzaban una carcajada, festejando alguna salida ingeniosa sin duda, la cual por el volumen de la música no había alcanzado a escuchar. ¡Y qué bellas eran ambas!... De rasgos nobles, las mujeres que ante mí departían, olvidándome –para mi beneficio, pues ello me permitía contemplarlas– constituían una combinación de lo mejor que podía exponer cada raza. De rasgos aquilinos y frente ancha, ojos oscuros de expresión insondable, luminosos, el cuerpo de Lucía era exquisitamente proporcionado: todas sus partes, desde las manos hasta sus pequeños pies, formaba un conjunto elástico, elegante, que transmitía como en un aura la firmeza digna de su personalidad. Por su parte, Oona, desde su cabeza rubia, su cuello largo, pasando por el alargado cuerpo hasta los blancos pies, constituía la otra belleza, la de los países nórdicos, en su expresión más refinada.

Recordé entonces lo que Oona me había dicho, hacía poco, durante una ocasional conversación a solas:

–Lucía te ama.

Como la expresión había resultado inesperada, por lo fuera contexto, pregunté:

–¿Por qué dices eso? ¿Vos cómo lo sabes?

–Las mujeres nos damos cuenta de esas cosas –afirmó, usando el tono sentencioso que le era propio cuando se refería a cuestiones consideradas como serias.

–No creo que ella me ame –cuestioné–. Más bien creo que me considera su propiedad. Por eso tal vez parezca cuidarme.

–No –había insistido la bella muchacha de Tübingen–: Ella te ama. Estoy segura de eso.

Una ventolera repentina nos obligó a regresar. Lucía cargó a Sol, yo a Angelita, Oona a Julita. Con ellas en brazos, nos alcanzó un temporal fortísimo de tierra cruzando el monte. Pero llegamos enseguida a nuestra casa, que estaba muy cerca. Oona no tenía muchas ganas de irse, pero finalmente lo hizo, cuando amainó un poco el viento. Durante gran parte de aquella tarde estuve acariciando aquella fantasía que se me había ocurrido en la fiesta. La de que pudiésemos formar una familia unida que

incluyese a Oona. Así, tal vez, podríamos ingresar a una forma perfecta de concordancia, de felicidad.

Capítulo 15: I Ching

Una noche desafortunada

Hasta el momento había eludido en lo posible el mostrarme demasiado con Oona por la ciudad, salvo que fuese de día y por algún asunto relacionado con nuestro trabajo. No habíamos tenido demasiadas ocasiones es cierto, pues tampoco ella se interesaba por salir conmigo (además de que nos teníamos tan a mano el uno al otro allí, viviendo sólo con unos ciento cincuenta metros de distancia entre nuestras casas). Pero la inminencia de la separación definitiva empezó a actuar como un precipitante en nuestros sentimientos, de tal modo que por mi parte al menos empecé a sentir deseos de estar con ella en cualquier parte, sin cuidarme ya demasiado de las apariencias. Esto llevó a que, como debía buscar vivienda en Santiago, comenzáramos a coincidir en nuestros traslados a la ciudad, “casualmente” al principio, deliberadamente luego.

Durante uno de esos encuentros, en que aprovechábamos para pasear juntos y esparcirnos un poco, visitamos al poeta Ariel Doria, quien por entonces convivía con su séptima esposa, una brasileña. Ella era una mujer alta y robusta, mayor que él, quien ya contaba por entonces con cincuenta y tres años. La alemana le simpatizó al instante; entonces la “raptó” como por media hora para enseñarle secretos de su cocina, mientras nosotros conversábamos, satisfechos, con su marido en la biblioteca. En aquella ocasión nos invitaron a cenar; como debía ser pronto, convinimos la fecha para el jueves 29 de septiembre. Aquél día yo viajé temprano. Habíamos concertado encontrarnos con Oona a las cinco de la tarde, en la plaza principal de Santiago, pues me acompañaría a ver unas casitas ofrecidas en el sur de la ciudad. Como siempre, fue puntual.

Era un deleitable atardecer nublado. Le dije que fuésemos primero a la casa de Ariel Doria, para confirmar la cena: conocía la irresponsabilidad de mi amigo, quien casi

inmediatamente después de haber asumido un compromiso lo olvidaba. Ariel vivía en un añoso, elegante edificio de departamentos, frente a una bella, arbolada placita. Lo único que pudimos confirmar fue ese defecto de su carácter: no había nadie en su casa. La subida por la escalera, que tenía dos tramos para llegar hasta el primer piso, nos fue muy útil sin embargo. Alcanzando el codo de aquella escalera, construida muy sólidamente, aprovechamos el reparo ofrecido para besarnos. Al llegar a su final, frente a la puerta, lo hicimos otra vez. Y dado que no nos contestaba nadie durante un rato, debimos besarnos de nuevo. Por las ventanas cubiertas con vidrios esmerilados filtraba un tenue fulgor, esfumando los objetos.

Ella pareció decidida a poner límite a las afectuosidades al salir a la plazoleta, yendo a tomar el colectivo, inesperadamente. Comenzó a hablar de que pronto íbamos a separarnos, de que lo nuestro no debía considerarse como un noviazgo ni mucho menos, apenas una relación cercana entre dos personas con diferentes caminos, para evitar confusiones...

Por mi parte no tenía ninguna intención de discutir; confuso, apelaba únicamente a mis sentimientos, sin plantearme la más mínima reflexión, debido a lo cual sólo quería amarla, físicamente, estar con ella, el mayor tiempo posible, prolongar este feliz encuentro, que por sí mismo alejaba de mi mente cualquier otra preocupación.

En colectivo arribamos a un lindo barrio donde se levantaban las casitas recién construidas que se ofrecían. Caminamos por las calles en pavimentación hasta llegar a la dirección indicada. Un cordial sereno municipal accedió a mostrarnos la casa por dentro. Era muy linda y sólida. Pero demasiado pequeña. O esto me pareció a mí. Luego de habitar durante cinco años en la morada inmensa que nos habíamos construido, donde los techos se elevaban hasta cinco metros y nuestra cocina tenía nueve metros de largo, rodeados además por la anchura sin límites de los campos de la Stiftung –250 hectáreas, linderas además con otros campos semejantes–, me parecía que introducirnos aquí, en habitaciones de 3x3, apiñados junto a otras casitas semejantes con apenas una tapiecita de por medio, iba a ser como trasladar a un oso desde la selva y encerrarlo de repente en un cofrecito para juguetes.

Cuando regresamos al centro el crepúsculo estaba ya muy avanzado.

–Vamos al parque –le dije.

–Sólo un rato– contestó– pues debo estar pronto en Rodeo.

–Tienes colectivo hasta las once de la noche –mentí, pues sabía muy bien que el último pasaba a las diez.

–Prefiero volver antes –insistió ella–. Son las siete recién, tenemos tiempo de conversar mucho hasta las ocho, ¿quizás?.

–Como quieras–, murmuré.

En el parque, caminamos un rato por sobre los prolijos caminitos de piedra, hasta hallar un banco apartado muy cerca del zoológico, entre dos eucaliptos.

–Escucha bien, Andrés –me dijo usando otra vez aquel tonillo sentencioso– No creamos ser adolescentes enamorados paseando entre las flores... es muy romántico, pero además de cursi... es no cierto...

Levemente fastidiado, concedí sin embargo:

–Esta bien, como quieras... ¿pero no puedes estar un rato tranquila, disfrutando lo natural, sin ponerte a sentenciar como una vieja? Y por favor, no prendas otro cigarrillo...

A ella se le había dado entonces por comprar unos cigarrillos rubios, “Kent” según creo, desde hacía poco tiempo, puesto que hasta un mes atrás no fumaba: y esa tarde llevaba consumidos ya tres.

Molesto por lo dicho no intenté tocarla siquiera; pronto ella sugirió volver.

Al pasar por un barcito que había sobre la 9 de Julio, al lado de la playa de estacionamiento de un sanatorio, la invité:

–¿Quieres que comamos un sándwich y tomemos una cerveza?

–¡Sí pero no aquí! –me avergonzó ella– ¡Es feo! ¡Cursi! ¿O no?

Entonces la llevé al bar de Los Cabezones. Se sintió muy a gusto allí.

–Este lugar es muy lindo, ¿no? –decía. Miraba los cuadros de Artemio Fote, en las paredes, donde también había otros de Luis Ramonet, Ricardo Lavaisse, Rafael Lavaisse, en fin, los mejores pintores de entonces, que exponían allí. Era un lugar de

bohemitos, mantenido con gusto por dos hermanos, eximios cantantes de boleros y folklore, a quienes conocía desde la infancia. Ese bar era nuestro preferido –y de casi todos los escritores, poetas, músicos o diletantes de Santiago– para tomarnos un café o cerveza de vez en cuando, con Ariel Doria u otros del mismo palo. Ella parecía inquisitiva por no haberlo conocido antes, pero no se atrevió a reprochar eso. La comida ofrecida, aunque sencilla, era de primera calidad también.

Saboreamos un par de empanadas, que luego debimos repetir. Empezamos a tomar cerveza. Dos porrones. Entre conversaciones amables, donde solamente interesaba finalmente el estar juntos y disfrutar del momento, se hizo la noche afuera. Desde la mesita recoleta que habíamos elegido, en el fondo, percibíamos apenas a través de los ventanales de esa casa arcaica a la gente presurosa y los autos con las luces encendidas. Oona miró la hora: ¡las diez menos cuarto!

–Si nos apuramos tengo tiempo de tomar el colectivo de las diez –dijo.

–¿Para qué apurarnos? Tienes otro a las once. Podemos salir de aquí a las diez y media, tranquilamente.

–¿Estás seguro de que hay uno a las once? –dudó.

–Claro –afirmé, con la seguridad que me otorgaba el tercer porrón.

Nos quedamos, pues hasta las diez y media. Con todo cinismo, sugerí aprontarnos para salir, cuando llegó esa hora. Ella no quiso dejarme pagar la cuenta, que luego de una breve discusión terminamos pagando mitad cada uno. Las calles iban despoblándose ya a esa hora. Fuimos caminando hasta la Terminal, conversando animadamente. Al llegar allí, Oona fue directamente a la ventanilla, pero le dijeron que no había más colectivos para Rodeo.

–¿Qué podemos hacer? –me preguntó.

No le dije que también había otros colectivos que, yendo a Buenos Aires, o a Santa Fe, pasaban por Rodeo, más o menos cada hora. Tampoco ella parecía ya demasiado interesada en viajar.

–Sigamos tomando cerveza –contesté.

Me siguió en silencio, cuando enfilé hacia afuera.

La calle iba quedando casi desierta, se había puesto fresco; el cielo negro suscitaba un fantasmal contraste con las espaciadas luces de neón.

—¿Adónde, ahora? —preguntó ella.

—Te llevaré a un barcito de prostitutas —le dije.

—¿Por qué hacer eso? —se extrañó.

—Es simpático —dije, ambiguamente.

Me impulsaba un ánimo inexplicable de ofenderla. Ella sin embargo me siguió otra vez. Al llegar a la esquina de Pedro León Gallo y Belgrano —el cruce de dos anchas avenidas— un joven que fumaba allí la reconoció y nos detuvo:

—¡Ustedes son de Rodeo! —dijo. —¡Vos sos alemana!

—Sí —dijo ella.

—¡Hace mucho que quería conocerte! —exultó el muchacho, bastante agraciado por lo demás, como si yo no estuviese.

Se puso a hablarle a Oona. Dijo que muchas veces la había visto pasar por la calle, dijo saber que era maestra jardinera, habló de su elegante figura, que era muy linda y alta... ¡El tipo parecía dispuesto a continuar así toda la noche en la ventosa esquina desierta!

—Disculpa, hermano, debemos irnos ya —lo interrumpí. Obediente, Oona me siguió otra vez. Pero notaba que iba cada vez más a desgano. Había empezado a desconfiar de mis intenciones —y tenía razón.

En aquel kiosco sobre la avenida Belgrano, frente al Obispado, se concertaban oscuros tratos de droga y mujeres en alquiler. El proxeneta, Gordillo, era un correntino que en los años 60 fuese un colaborador de mi papá y luego trabajara, un tiempo, como periodista de policiales. Al regresar de mi prisión, supe que también él había estado cinco años en la cárcel de Santiago. A diferencia de nosotros, presos políticos, Gordillo había caído por sus tratos mafiosos con los militares, para quienes organizaba juergas prostibularias. Se había “pasado de vivo” y uno de ellos, capitán de Inteligencia, lo había “mandado a perder”.

Se mostraba obsequioso conmigo. Sólo tomamos otra cerveza, pues mi intención era que el proxeneta me asesora acerca de un lugar para llevar a Oona sin peligro de que me reconocieran. Sabía que ellos tenían una especie de night club canallesco, donde si por accidente acertaba a cruzarme con alguien conocido, no se atrevería a denunciarme (pues debería explicar primero por qué estaba él allí). Efectivamente, existía ese night club; “ahora no debe haber nadie, porque es día de semana”, dijo el rufián, “pero si querés ir lo abriré, especialmente para tí”. Cuando le pregunté cómo haríamos para llegar, se ofreció a llevarnos en su auto. Decliné la invitación, tampoco estaba dispuesto a pagar un taxi —era demasiado lejos—, entonces me dijo que podíamos viajar en el 19, un colectivo que pasaba por allí, justo frente al Aeropuerto.

Oona nos miraba intrigada, alarmada, por nuestros cuchicheos y las miradas de complicidad que veía cruzarnos con el proxeneta, hablando velozmente sin tomarla en cuenta. Esto era descortés, por cierto, pero mi incipiente borrachera junto a un perverso ánimo de mancillarla, que ya no podía gobernar, me impulsaban de un modo indetenible.

Le dije que debíamos irnos. Cuando preguntó a dónde, dije brutalmente: “a un night club para prostitutas”.

Otra vez salimos a la ancha calle desierta, que se iba poniendo cada vez más inhóspita por el frío. Yo llevaba una leve campera de lona y ella apenas una blusa sin cuello, por lo cual tiritaba un poco. Cruzando los brazos sobre su pecho, caminaba arrastrando los gruesos suecos, su desgano iba en aumento, pues percibía claramente mi agresividad. Un anciano nos indicó dónde quedaba la parada, y luego de unos diez minutos de espera subimos al viejo colectivo, que nos llevó hasta ese lugar.

Gordillo nos esperaba sonriente, apoyando su mano sobre la mesa del bar; ello formaba, con su peludo brazo castaño claro, un ángulo recto hacia abajo, muy adecuado a la sonrisa circense, su mentón con un agujerito en el medio y su pelada de *albergatore* estrafalario. Saliendo de allí nos acompañó hasta un reservado, que según dijo había abierto exclusivamente para nosotros. Oona observaba todo con desconfianza, a pie inseguro, como un perro intuyendo que lo van a bañar. Gordillo

reapareció con un par de whiskys; luego de sorber un pequeño trago invité a la alemana a bailar. Antes ponían una música insoportablemente cursi, por lo cual Oona había pedido jazz. Como no tenían tal cosa allí pusieron, a juicio del proxeneta, lo más parecido, esto es, boleros... Ella soportó apenas tres lánguidas piezas, luego quiso volver al duro asiento de ladrillos blanqueados, cubierto con almohadones rojos. Estaba muy tensa, se percibía su desagrado aunque intentase disimularlo. Fue al baño, y al volver me contó que se había encontrado allí con dos tipos, “de traje”, dijo y describió un poco su aspecto de yuppies.

—Me preguntaron dónde podían conseguir una chica —dijo, con lentitud deliberada—. Dije que podía ir con ellos por veinte dólares —remató, poniendo cara de falsa ingenuidad. —Creyeron que era verdad, pero tu amigo arruinó la broma.

Con esto me provocó un retorcijón de estómago. Había entrado maliciosamente en el juego. Estaba pagándome, con la misma moneda. De un modo violento comencé a besarla, levantando su blusa. Solté el corpiño dejando afuera los redondos, macizos pechos, que llenaban completamente mis manos. Demasiado rápido según mi exacerbada percepción del tiempo volvió a aparecer Gordillo, para anunciarnos que iba a cerrar. Le pregunté si no había una habitación para alquilar, en ese boliche. Me dijo que no, pero podía recomendarme un “hotel distinguido”. Enseguida volvió con una tarjeta. No quiso cobrarme por lo que habíamos tomado. Hizo todo esto —abrir el local, encender el sistema de amplificación e invitarme los tragos, según afirmó, como “una gauchada de amigo”, en homenaje a mi papá (a quien supo traicionar oportunamente, en los años 60).

De nuevo en la calle, esta vez muy lejos de la ciudad, deliberamos acerca de nuestro destino inmediato. Oona no aceptó ir conmigo a un motel, quería finalizar con este ofensivo tratamiento de prostituta que estaba dándole yo, me dijo que la dejara sola, ella volvería por sus propios medios a la terminal, a esperar el primer colectivo a Rodeo, que salía a las cinco de la madrugada. Se había puesto muy ofuscada, tenía la expresión de quien en cualquier momento va a ponerse a llorar. Eran las tres. Finalmente la convencí de ir a la casa de mi papá. Luego de caminar un rato nos

encontró un taxi, a cuyo chofer pedí detenerse dos cuadras antes de la casa donde mi padre vivía con su familia, esposa y seis hijos. Atravesando una desierta plaza llegamos hasta la ancha puerta del garage, que debíamos abrir con cuidado. Debíamos sortear un pequeño perro alojado allí, junto al auto: hicimos tan poco ruido, o el perro estaba tan cansado, que ni se movió cuando pasamos en puntas de pie. Por aquel entonces mi padre había hecho construir una habitación solitaria en la terraza, donde a veces dormía mi mediohermano, Pío —otro de mis rivales en la búsqueda de los favores de Oona. Aposté a que no hubiera nadie allí esa noche y tuve suerte. La cama estaba deshecha pero vacía. Pío era un tipo noctámbulo, así que probablemente regresaría recién al amanecer, o se tiraría, borracho o drogado, a dormir en el primer sofá que hallara en la muy larga casa. Pero Oona estaba ahora completamente ofendida. Rechazó con signos hoscos todos mis argumentos pidiéndole que viniera a acostarse, un rato siquiera, al lado mío. Saliendo directamente a la terraza, fue a sentarse sobre un pequeño barril vacío que estaba allí, y no se movió más. Tomando ambas piernas entre sus brazos, soportó el frío sin la más mínima queja y no quiso hablarme ya. Desistiendo de mis intentos por cansancio, me quité los pesados borceguíes que llevaba, echándome vestido sobre el desordenado lecho. Apenas había dormitado un rato cuando noté su figura blanca en la oscuridad, a mi lado.

—Me voy —dijo al verme abrir los ojos.—¡No, no, no! —agregó, empujándome con una mano, cuando me incorporé a medias —¡sigue durmiendo, iré sola!

Sin hacerle caso, me senté en la cama.

—¡No, no, no! ¡No te pongas los borceguíes! —insistió

De hecho no me dio tiempo a atarme los cordones, que debían atravesar un complejo sistema de ocales metálicos antes de poder sujetar ese petrecho de esquiadores; salió rauda, bajando con pocos saltos las escaleras. La seguí como pude hacia la calle, otra vez sin que el perro se diese cuenta de nuestro trajín. Ella caminaba rápido, sin mirar hacia atrás, repitiendo:

—¡No necesito compañía! ¡Vuelve! ¡Puedo ir sola! —. Rechazaba mis somnolientas razones para lograr que me esperara.

—¡Por favor déjame al menos que me abroche los borceguíes! —grité por fin, cuando me había sacado ya como diez metros de ventaja y alcanzábamos la placita del hospital Neuropsiquiátrico. Se detuvo un poco entonces, con actitud impaciente.

—¡Eres muy machista! ¡Te he pedido que no me acompañes! ¡Puedo manejarme perfectamente sin vos! —protestó aún. Luego de eso no me habló más.

Llegamos a la Terminal de tal modo y recién allí, al sentarnos a esperar, pude atarme los borceguíes. Luego me costaba resistir el sueño, que me hacía cabecear. En cierto momento, llegó el colectivo y ella subió, dejándome solo. Se despidió con un lacónico “Chao”. No me hizo caso cuando me quedé mirando su figura tras el vidrio, mientras el antiguo colectivo salía.

Explicaciones

Apenas dormí un poco más luego de regresar solitario a la casa de mi padre. Como a las nueve, salí; buscando consuelo a la tristeza profunda que sentía, fui a la librería Katari, de mi amiga Irene. Allí compré por bajo precio un grueso libro, con apuntes literarios de Cesare Pavese, al que había descubierto una hoja fallada. Regresé y almorcé en casa de mi padre sin que sucediera algo para destacar hasta que Pío se levantó de dormir, como a las dos de la tarde, y tomando mate conmigo me preguntara si debía encontrarme con Oona.

—No—, repliqué extrañado —¿Por qué?

—Ah, porque ella dijo que iba a venir. Ahora a las tres y media voy a ir a la confitería del parque... Hemos quedado en tomar cerveza, con unos amigos.

Esta revelación me dejó abrumado. ¡No me había dicho absolutamente nada de esto! ¿Para qué había viajado a Rodeo, entonces, si debía regresar unas pocas horas después?... Disimulé todo lo que pude mi pesadumbre, y tras esperar que Pío se fuera tomé mi libro de Pavese y salí. Caminé durante un larguísimo rato, como suele sucederme cuando estoy desolado, sin darme cuenta. De repente me encontré en el parque. Era un día hermoso, fresco pero de luminoso sol; hacía poco había llovido, los

árboles mostraban brotes en todas sus ramas, y el verde límpido de los follajes formaba un singular conjunto con los restos dorados del reciente otoño con sus hojas secas. En un tornasolado banquito del parque me senté a leer... apenas pude avanzar un par de páginas... el cansancio (¡apenas había dormitado algunos minutos desde el día anterior!), la tristeza, me agobiaban, infundiéndome mayor depresión con cada línea descifrada. ¡Las reflexiones de Pavese me parecieron abrumadoramente tristes! Ahora comprendo que mi desánimo era el causante de esas náuseas del espíritu llevándome al paroxismo de un dolor aparentemente sin causa tangible, aunque también debe reconocerse que no había elegido la lectura mejor.

Como a las seis de la tarde, fui a la Terminal. En el camino, me encontré con un artesano que regresaba de Rodeo.

—¿Estuviste con Oona? La vi hace rato —dijo, luego de saludarme.

—¿Ah, sí? —murmuré, simulando poco interés.

—Ahá. Iba con un muchacho, creo que es músico, hacia la Terminal.

¡Maldita sea!, pensé. ¿Cómo hacer para olvidarla? Ella era la causa de mi dolor, este desgarramiento ardiente que sentía cerca del plexo, al cual no encontraba modo de mitigar. Y a cada tanto me encontraba con sus huellas, aquí y allá alguien se ocupaba de refrescarme la memoria de su existencia, brindándome un nuevo dato sobre sus andanzas. 1

Llegué a la Stiftung al anochecer. Lucía se dio cuenta del estado calamitoso de mi alma, pero no hizo ningún comentario. Al ver a mis hijas jugar hallé sosiego, por fin, y pude comer en paz. Agradecido, reconfortado, jugué un rato con ellas antes de irme a dormir. Por primera vez en tantas horas, pude descansar.

1 No era ella en realidad la causa de mi dolor. Sino ese permanente desorden sentimental a que parecía condenado. Esa fatalidad de estar enamorado en el momento más inoportuno y no hallar modo de canalizar de alguna manera armoniosa esta situación.

Una hoja de mi diario

Eran las seis de la tarde. Se estaba poniendo nublado. Ella salió de un bar sin que yo la viera y me tapó los ojos de atrás. Un movimiento breve, como un aletear de pájaro, una broma. Yo había caminado por la vereda de la plaza preguntándome si vendría, aunque con una leve inquietud en el alma que me la preanunciaba. Busqué algún pretexto para estar juntos, la había citado sin motivo expreso y sin que ella me respondiera, ayer; “vamos a ver a un amigo”, se me ocurrió decirle. Caminamos, hacia la casa de Ariel Doria que era a quien tenía en mente. [Al llegar allí,] subimos la angosta y penumbrosa escalera hasta el primer piso. La tarde doblemente filtrada por nubes evanescentes y los cristales desdibujaban los contornos, en el descanso. Como Ariel Doria no contestaba al timbre, la besé. Oona me dejó hacerlo, mansamente, pero no respondió. Sólo puso sus dedos largos en mi nuca y dejó descansar bajo las mías sus caldeadas mejillas. Al salir tomamos un colectivo que llevaba hacia el sur, para ir fuera de la ciudad. El boulevard Diego de Rojas lucía ténue bajo la tarde gris. Sólo andábamos, tratando de buscar un pretexto racional que nos mantuviera juntos. Ella había venido del campo, a cincuenta kilómetros, sólo para esto. Al regresar fuimos al parque, Oona parecía divertida [inconcluso, rasgado después de la separación].

Capítulo 16: Absortos

Solos bajo la lluvia

No describiré la angustiante sucesión de situaciones parecidas entre Oona y yo que surgieron durante aquellos días, devenidos tórridos, pues el estío se había lanzado ya sobre Santiago, como cada año, con poderío volcánico. Ella viajó a Catamarca, lo cual me costó mucho esfuerzo de argumentación, pues quería desviarla de Tucumán, con el propósito de que no se encontrara con su amigo, el estudiante de Ciencias Económicas, otro de mis rivales. La acompañé a tomar el colectivo aquél día. Vano esfuerzo.* Cuando regresó, me dijo que Catamarca le resultó un poco aburrida, debido a lo cual había tomado otro colectivo enseguida para Tucumán. Le pregunté dónde se había alojado, ella respondió que sólo había dormido una noche en casa de su amigo. Bajo de la galería de mi casa, la noche de su cumpleaños, quise saber entonces, de un modo infantilmente insidioso, si había llevado pijama. Dijo que no. ¿Cómo dormiste, entonces, al lado de un hombre? Con su mejor cara de ingenua Oona contestó naturalmente: “en bombacha... mi bombacha es ancha, y (fulano, no recuerdo su nombre) es un joven educado... el no molesta a sus huéspedes”. Sentí mordeme por dentro tantos celos que por no agredirla en el día de su cumpleaños fingí acordarme de repente que debía buscar alguna bebida en el centro, y partí rápidamente tomando mi bicicleta. En efecto compré un par de cajones de cerveza, y estaba saliendo con ellos sin saber cómo haría para cargarlos sin que se me cayeran hasta la Stiftung, cuando apareció ella, en otra bicicleta. Me había seguido. Quería mostrarme que estaba arrepentida de haberme acicateado perversamente con la historia de su supuesta pernoctación junto a su amigo en bombacha. “No debes hacerte muchos problemas por las cosas”, me decía. Nunca supe si intentaba apaciguarme o se burlaba. De tal modo sucedían nuestros encuentros, cada día: agresiones encubiertas, chicanas, y después intenciones de obtener disculpas, que tampoco eran demasiado abiertas, pues todo en

nuestra relación se manejaba en ese nivel de mediostonos, sobreentendidos, alusiones, a esta altura de los sucesos exasperante.

* Al viajar, me dejó las llaves de su casa, y de su pieza. No pude resistir la tentación de entrar cuando ella no estaba... mas al mismo tiempo temía que alguien me sorprendiera allí, con lo cual pasaría vergüenza. Anduve un par de días sin atreverme, hasta que, durante una siesta, lo hice. Pocas veces había entrado en su habitación de día. Era fresca y estaba muy limpia. Las cortinas teñían el sol filtrado por las rendijas de las ventanas de madera, generando una umbrosidad suavemente rojiza. Se veía poco, así que encendí la luz. Acaricié su cama, el lugar donde tantas noches nos encontráramos sin calmar mis ansias. Ahora estaba impecablemente tendida, con un cubrecama de color dorado. Rápidamente fui a revisar su valija... ropa, una buena cantidad de pantalones... entre ellas, numerosas bombachas, cuidadosamente dobladas y limpias... algunas eran muy pequeñas... ¡pero no las usaba! Siempre la había encontrado llevando otras más anchas. Apoyé una de ellas, pequeñita, negra, de encaje, contra mi rostro, por algunos segundos; me la imaginé sólo con ella puesta... y otra vez tuve temor de que me descubrieran allí... por entonces Lucía sospechaba abiertamente, debido a lo cual no me perdía pisada. Entre las remeras, pulóveres, camisas, encontré un pequeño monedero. Lo abrí: unos pocos dólares. Cerrándolo nuevamente lo dejé en su lugar. Al lado, había un cuaderno. Era un diario... ávidamente, traté de leerlo... ¡pero estaba completamente en Alemán! Hojeando rápidamente me detuve en una página pues encontré la palabra “Andrés”... ¡Me mencionaba! Miré la fecha: noviembre de 1988. ¡A los pocos días de haber llegado había escrito ya mi nombre en su diario personal!... Tal vez fuera una simple semblanza de las personas con quienes se encontró en la Fundación. Seguí hojeando. ¡Otra vez mi nombre! Noté que en todo lo escrito hasta el final –apenas pocos días atrás– mi nombre aparecía una y otra vez. No debía ser sólo una mención rutinaria. Pero cuando regresó no me atreví a preguntárselo, pues hubiese debido confesar que había estado revolviendo esas cosas personales durante su ausencia.

En tanto, yo había alquilado un departamento ya, en Santiago. Como el contrato fijaba obligaciones desde el quince, tendríamos que ocuparlo pronto. Obsesionado por la pasión desordenada se me ocurrió pasar una noche allí con Oona, antes de nuestro traslado. Fijé una cita: las seis de la tarde, en la plaza Libertad, frente al Cabildo. Lloviznaba. Oona apareció de repente desde mi izquierda, saliendo de un bar. Estaba

con Franz, un alemán un poco mojigato, el último que había llegado a la Stiftung y aún entendía poquísimo el castellano. Franz debía viajar a Misiones esa noche, para conocer las Cataratas. Ella lo acompañaba en la espera. Luego de buscarlo, fuimos raudos, atravesando la concurrida vereda de los bares frente a la plaza, hasta Los Cabezones. Ella quería volver allí y mostrárselo a Franz, le agradaba el lugar. Estando allí se pusieron a conversar en alemán. Esto me fastidió soberanamente, y empecé a mostrarme muy de mal humor. En ocasiones lancé un par de palabras groseras, dirigiéndome a Oona. Franz parecía no notar nada, es más, parecía estar muy feliz con la muchacha, a quien me di cuenta admiraba. Lo desprecié como rival, considerándolo un pobre tipo, pero la insistencia de Oona por conversar en alemán me sulfuró cada vez más. Pregunté en castellano a qué hora salía el colectivo. “A las doce de la noche”, dijo Oona. “¿Y vamos a estar con este individuo hasta las doce de la noche?”, me escandalicé. ¡Eran apenas las ocho! “Es que él está solo... apenas conoce el castellano... ¿podemos acompañarlo?”, rogó ella, con actitud de enfermera. “Yo no sé si vos sos estúpida o te haces... –espeté con grosera brutalidad– pero mejor decile a este plomo que se vaya ya, inventá cualquier excusa... si no te puedes ir a la mierda, pues el que se va a retirar de aquí si continúa esta payasada voy a ser yo”. Me entendió perfectamente, pues con el mismo talante sobresaltado que mostrara esa noche en la Casa de los Alumnos, luego de que yo la tomara de los pelos, comenzó a hablar mucho y con tono agitado en alemán, dirigiéndose a Franz. Este –un hombre como de treinta años, delgado, muy rubio, con el pelo cortado al rape, de rasgos frágiles y bonachón–, pareció aceptar todo enseguida, y levantando su pesada mochila, la cargó trabajosamente sobre sus espaldas y se despidió. Apenas se fue terminó nuestra conversación, pues yo estaba tan enfadado que no podía hablar. Estuvimos allí un rato muy largo, sin decir nada. Noté que el rostro de Oona se había puesto muy colorado, por la tensión. Finalmente no pudo resistir tanto tiempo en silencio y me dijo:

–¿Y bien? ¿Qué hacemos ahora?

–Ahora pagá lo que hemos tomado, porque yo no tengo plata. Y nos iremos a otra parte.

Amoscada pero obediente, se levantó y fue a pagar en la caja. Había comprendido que yo estaba furioso, parecía dispuesta a no contrariarme en nada. Yo salí en tanto a la puerta, donde me alcanzó. Empecé a caminar sin esperarla y ella casi corriendo para seguirme el paso, a mi lado. Por esos tiempos habían abierto un fogón donde se hacían peñas folklóricas y presentaciones culturales en una inmensa casa, cerca de allí. Lloviznaba constantemente; llegando al lugar percibí de refilón que estaban exponiendo cuadros del grupo El Crespín. Sin decirle nada entré; ella debió esforzarse para seguirme, pues pasaba ya y mi acción le resultó inesperada. Junto al ancho patio, bajo una galería, algunos de los pintores –pelilargos, barbas– ocupaban dos mesas junto a sus amigos y algunas mujeres. Eran los únicos concurrentes. Los saludé brevemente sin presentar a Oona, que se había quedado parada tras de mí mientras yo intercambiaba los diálogos de circunstancia.

–Voy a ver la exposición –dije, de repente, dirigiéndome a Rafa Lavaisse.

–Sí pasá –contestó él.

Me dirigí entonces a los salones, y Oona por detrás. Los grandes cuadros hallaban espacio adecuado en aquellos altos salones. Su presencia morigeró un poco mi enojo, pero no lo suficiente como para ser cordial con Oona. Seguí ignorándola. Pasaba de un cuadro a otro, luego de haberlo contemplado, sin anunciar en qué momento podía hacerlo; ella, que fracasaba en adivinar cuánto tiempo estaría cada vez, pues tanto podía quedarme apenas unos segundos como demorarme diez minutos, de acuerdo a cómo me impresionara esa tela, quedaba con frecuencia rezagada o por el contrario se apresuraba a trasladarse a otro cuadro quedando igualmente sola. En esos casos me miraba desde allí, como un animal doméstico desconcertado ante una lluvia de latigazos sin explicación. Finalmente me volví por donde había entrado para salir, dejándola otra vez atrás, pues en ese momento precisamente se me había adelantado por la exposición en sentido contrario. Sólo me detuve al llegar a la parada del colectivo que debía llevarnos al Autonomía.

A diferencia del 19, el vehículo que nos llevaría al departamento que había alquilado era grande, poderoso y reluciente. Venía casi lleno, por lo cual no pudimos

sentarnos enseguida. Cuando se desocupó un asiento adelante, se lo indiqué con una seña del mentón. En tren de obedecer todo, ella se sentó. Enseguida se desocupó un espacio en el último asiento, así que fui hacia allí para ocuparlo. Separados por el largo pasillo, quedamos entonces uno en cada extremo del interior del colectivo. Desde su sitio, individual, la joven alemana echaba sobre mí de vez en cuando miradas temerosas, esperando también indicaciones. Cuando se desocupó otro espacio a mi lado y ella me miró, la llamé levantando el dedo índice y moviéndolo hacia mí. Pero ella contestó a su vez moviendo lentamente, de un lado a otro, la cabeza, mientras me miraba con miedo en sus ojos celestes que ahora parecían mojados. Noté que su pelo estaba muy húmedo, constelado de gotas.

Por fin llegamos. Casi corriendo, subí las escaleras del departamento, abrí la puerta, y le dije:

—Pasá.

Había una sola lamparita en una habitación interior, así que la encendí. Ella me siguió hasta allí también, entonces, condescendiendo por primera vez le dije:

—Este es el departamento que alquilé.

—¡Es muy lindo! —dijo— ¡Van a estar muy bien aquí! ¡Es grande y es lindo el lugar!... —siguió hablando, como para desahogarse, mientras abría una de las ventanas.

Pronto habíamos visto las habitaciones, el baño, la cocina, dentro de lo que se podía en la semioscuridad, y no tuvimos ya otra cosa para hacer. Entonces fui a sentarme junto a la estufa, y ella se quedó parada a mi lado, tratando de buscar temas de conversación para disolver el oscuro enfado que nos sobrevolara casi desde el inicio de esa tarde.

Estúpidamente yo busqué hablar de su amistad con el estudiante de Ciencias Económicas, intentando obtener más detalles de aquellas horas en su departamento de Tucumán. Algo dicho por ella me sulfuró explosivamente, algo tan nimio que ni siquiera recuerdo ahora su contenido, a tal punto que empecé a insultarla.

Desbarrancado ya por la escarpada ladera de mi furia, no ahorré groserías, le dije que tenía alma de puta, y con un gesto cruel tomé bruscamente entre mis dedos uno de sus pechos, apretándolo brutalmente, mientras le decía:

—¡Esto es lo único que sabes utilizar vos, no tu cerebro, ¿eh?! ¡¿Te das cuenta, entonces, que no sos un carajo la mina refinada que pretendes, sino solamente una puta reprimida, una vulgar puta alemana reprimida?!

Sus ojos se inundaron de lágrimas. No pudo resistir más. Lanzando un sollozo se precipitó a la puerta y sin darme tiempo siquiera a levantarme salió para bajar corriendo las escaleras. Logré alcanzarla abajo, luego de que al parecer preguntara a unos adolescentes que estaban allí cerca sobre la parada del colectivo. Tomándola de la muñeca, intenté obligarla a subir nuevamente. Ella se negó decididamente esta vez, aunque no dejaba de llorar. Sus lágrimas iban a mezclarse con la lluvia, cosa que egoísticamente me hizo pensar que los chicos no habrían notado que estaba llorando cuando se les acercó. Mi especulación paralela apuntaba a no provocar ningún escándalo en el lugar que pronto sería residencia habitual para nosotros. Esos jóvenes iban a ser probablemente nuestros vecinos. Precisamente para no despertar sus sospechas, pues nos miraban con curiosidad desde cierta distancia, la solté, dejándola ir. En ese mismo momento comenzó a llover con extraordinaria intensidad.

Regresé al departamento, sentándome en el mismo lugar de antes. Me mortifiqué un rato preguntándome qué hacer, y enseguida, junto con la recuperación de cierta sensatez, sobrevino el arrepentimiento. Entonces decidí salir a buscarla. ¡Pero había pasado ya cerca de media hora desde que se fuera! ¿Adónde la iba a hallar?...

Ni siquiera sabía adónde paraban los colectivos, este era un barrio aún desconocido para mí. Debido a ello di dos o tres vueltas por los alrededores, en medio de una lluvia que había amainado pero no daba señas de parar. Finalmente tomé uno vacío, y ansioso por desahogar un poco aunque fuese la pena que ahora sentía, conversé durante la duración del viaje con el chofer, un desconocido. Una vez en el centro me puse a recorrer algunos bares, esperando encontrarla. Seguía lloviendo. En uno de ellos me encontré con Marcelo, un antiguo amigo, arquitecto, que ahora frecuentaba

una fauna de teatreros entre cuyas filas podía hallarse abundantes lesbianas y homosexuales. Sus rostros me recordaron a los del conjunto Kiss; aunque no los llevaban pintados, la palidez, las ojeras, los cortes punk irradiaban un aura fantasmal que me pareció adecuada a la patética situación vivida por mí esa noche.

Mientras tanto, luego de vagar un poco bajo la lluvia, Oona había ido a recalar al Viejo Bar, un tugurio donde por entonces solían presentarse algunos ejecutantes de jazz. El dueño la conocía, pues junto con Pío y otros noctámbulos habían frecuentado antes ese lugar. Yo no sabía nada de esto; aunque me había hablado alguna vez de ese Viejo Bar por alguna razón inexplicable aquella noche no aparecía en mi mente para nada, lo había olvidado. Así que continué buscándola por todos aquellos lugares donde ella no estaba.

Regresé a la exposición de los pintores, y como aquello también era un bar, me puse a conversar tomando vino con un poeta, apenas conocido para mí. No aguantaba más llevando todo esto adentro, así que a los tropezones le conté todo, al menos en sus aspectos más importantes, de lo que me estaba ocurriendo. El otro estaba medio borracho y casi no sabía nada de mí, además era no era de esta provincia, estaba de paso. No le costó mucho seguirme la corriente, dándome algún aliento fraternal de tanto en tanto.

Advirtiendo que eran las doce y media salí casi corriendo hacia la Terminal. ¡Nada de lo que hacía era sensato! Sabía que no iba a llegar a tiempo, pero lo mismo fui, con la descabellada esperanza de una coincidencia, que la llevara a quedarse por allí un rato más. Cuando llegué el colectivo a Misiones ya había salido, y no había en aquellos desiertos andenes otras personas conocidas que –otra vez– Marcelo y sus estrafalarios amigos. Estaban como absortos, con los ojos muy abiertos, mirando fijamente a su frente, sin moverse, tal vez se habían drogado. Me acerqué a ellos para preguntarles si no habían visto una chica alemana, así y así, alta, etcétera, describiéndola de la mejor manera que pude. No, no habían visto nada. Marcelo me contestaba con absoluta indiferencia, totalmente ausente de mis desbordados anhelos,

mientras los otros me miraban con cierta chispa de diversión en sus ojos demasiado abiertos sobre unos rostros singularmente inexpresivos.

Oona había sentido la necesidad de contar sus penas al dueño del Viejo Bar, un tipo más o menos de mi edad, quien luego la había puesto en un taxi enviándola a cierto hotel... ¡al lado de la Terminal!... pues ella le había dicho que estaba demasiado cansada y quería irse a dormir a un lugar barato hasta la mañana. No había ido a despedir a Franz. Los acontecimientos vividos frente a mí, la agudísima irradiación de rencor a la que mi furia la había expuesto durante el periodo que pasáramos juntos aquella tarde, la posterior huida bajo la lluvia, el desconcierto posterior al hallarse sola en un mundo hostil, habían terminado por derrumbarla.

Capítulo 17: Amfortas

La despedida

Regresé a Rodeo al día siguiente por la tarde. Luego de tomar la merienda con mis chiquitas, salí, para ver si había correspondencia en la estafeta. Pasando con mi bicicleta por cerca de la Guardería vi que Oona estaba conversando con Lirio, una de las maestras. Al verme la abandonó con premura para ponerse ágilmente en el camino.

—Escucha Andrés —me dijo, indicándome que me detuviese, con la mano—. Debemos hablar.

El campo estaba aún muy mojado, aquí y allá se habían formado grandes charcos. La tierra, oscura, emanaba un grato perfume y tranquilizaba el alma.

—¿Estás con muchas tareas? —preguntó. Se mostraba conciliadora, amable.

—Solamente debo ir a traer la correspondencia —dije.

—¿Puedes venir a la Guardería, un momentito, al regreso? —invitó.

—Sí. Vendré.—dije.

Recogí pues, la correspondencia —sólo folletos de mi Club del Libro—; al volver golpeé suavemente su puerta, dejando apoyada bajo el gran arco del hall mi bicicleta. Ella abrió presta.

—¡Pasa! ¡Pasa!

Había preparado dos tazas para invitarme un té.

—¿Prefieres frutilla, guinda, o té común? —preguntó. Había masitas en una canasta pequeña, chata. Todo sobre un mantelillo con flores pintadas.

No teníamos algo demasiado preciso sobre lo cual conversar. Se trataba sólo de descomprimir nuestra relación, demasiado tensa en los últimos días. Últimos hacia delante y atrás: es decir, los que ya habían pasado y los que vendrían, pues faltaba apenas una semana para que ella viajase a Buenos Aires y de allí, definitivamente, a Alemania. Me contó lo que ya escribí en el capítulo anterior, esto es, su deambular en la noche, su incursión por el Viejo Bar, donde oyó tocar un abatido saxofonista con bajo, media batería y guitarra americana, su incierta duermevela en un alvéolo funesto del Hotel Rhodas. Le confesé a mi vez mis andanzas buscando encontrarla, y había estado allí, muy cerca del Rhodas, tal vez mientras yo inquiría ansioso a los funámbulos en la Terminal ella se desvelaba arriba, a pocos metros, pues la hostería se levantaba al lado, encima mismo de la explanada para estacionamiento de los vehículos de la Terminal.

—Nos estamos haciendo daño, Andrés —dijo.— ¿Por qué?

—No lo sé. No lo sé.

—Hagamos las paces, ¿eh? —siguió — Pronto estaremos lejos uno del otro. Debemos separarnos bien.

—Es cierto —aprobé. —No peleemos más.

Ella me estiró su mano izquierda y yo se la tomé. Estuvimos de esa manera unos minutos, sin hablar. Luego me despedí, con un beso leve sobre su frente. Me acompañó hasta la puerta.

Confesiones de almohada

La mudanza estaba prevista para dos días después. El lunes 23 de octubre, a las ocho de la mañana, debía venir un camión, que habíamos contratado por teléfono, desde La Banda. Durante todo el domingo nos pasamos empaquetando nuestros enseres, humildes pero abundantes. Platos, cacerolas, cubiertos, además de innumerables libros, que llenaron varios cajones, ropas nuestras y de las chiquitas, las cuales debido a nuestra actividad en la Stiftung habíamos acumulado en exceso, pues desde Alemania enviaban ropa abundante en perfecto estado, y Lucía, como la mayor parte de los miembros de la Stiftung, acaparaba todo lo que estaba a su alcance. Etcétera. Aún cansado, tal vez por la excitación del momento, no pude dormir y decidí evadirme, como a las doce de la noche, sin que nadie se diera cuenta. Al asomarme a la ventana de Oona, me llevé la sorpresa de verla, a través de la cortina transparente, con el velador encendido, sentada sobre la cama, ordenando papeles, que había esparcido a su derredor, para irlos metiendo al parecer en una caja. Descalza, llevaba sólo una bombacha y una leve camiseta sin mangas. Cuando me vio, acudió a la ventana:

—No necesitas saltar —me dijo. —Ven por la puerta.

Cuando lo hice me invitó a escuchar música. (Cierta noche también, meses atrás, me había sucedido entrar por la ventana y hallarla en el living, sobre el suelo alfombrado con felpa, extasiada por su música, que escuchaba con arrobos desde un pequeño reproductor de cassettes). Me senté a su lado y miré sus pies. Consciente de esto, ella movió un poco los dedos para mostrármelos mejor. Eran muy pálidos y largos, sonrosados. La abracé. Su actitud había disuelto mis ánimos batalladores.

Había un libro abierto a su lado, sobre la mesita de luz. Lo tomé, pese a que estaba en alemán, creí entender: El arte de amar, de Erich Fromm.

—¿Lo conoces?— preguntó.

—Lo leí cuando tenía 18 años. Por recomendación de mi padre. Es un libro para releerlo toda la vida —dijo—. Sus principios son lo más elevado que conozco. Ojalá pudiéramos seguir sus enseñanzas. El mundo sería mejor.

—¿Quieres ver mis fotos? —dijo ella. Una vez más había percibido perfectamente, sin necesidad de palabras, mi talante. Por primera vez empezó a desplegar su intimidad: sus padres, Tübingen en una tarde soleada, su amiga Nöltke, de nuevo su amiga, con ella, en un bosque de árboles flacos, en Italia. Me contó que en Italia un taxista había intentado violarlas. No pasó de unos pocos forcejeos. Usamos ésto —dijo, mostrándome un pequeño adminículo—: echa gas irritante. (Pasó por mi mente el pensamiento de que podría haberlo usado conmigo, cuando entré tan intempestivamente, la primera noche; pero no lo hizo). El taxista huyó, dejándonos en un parque.

Muchas fotos de gente desconocida:

—Este es fulano... amigo de mi papá...— decía, señalando a alguien.

Luego me mostró algunas recientes, tomadas en Rodeo, donde aparecía ya suavemente quemada por el sol. Como le pidiera alguna de recuerdo, me obsequió dos: la del bosque con su amiga Nöltke y una, más grande, en la cual estaba rodeada de niños, entre ellas Ángela y Julita, frente a la Guardería.

Súbitamente temió aburrirme y dijo:

—Ven, vayamos a escuchar música.

Cruzando sus piernas largas colocó entre nosotros el pequeño grabador, y enseguida un cassette de Simon & Garfunkel.

—¿Conoces a estos? —preguntó.

Claro que los conocía. Eran de mi generación. Pero no me agradaban demasiado, salvo sus temas conocidos, como The sounds of silence, en fin. Los demás me resultaban monótonos. Entonces puso jazz. Después de un rato allí fuimos otra vez a la cama. Ella estaba inusitadamente locuaz, cordial. Me hablaba de su familia, de la primera vez que se había enamorado:

—Yo era una adolescente que trabajaba haciendo una pasantía en un hospital... — narró. —Él era un médico joven. Yo pasaba... la bruja por el pasillo, cuando lo ví aparecer... rubio, bellísimo... ¡era como un sol!... (Poco después, cuando viera la película “Estados alterados”, pensé que su actor protagonista, cuyo nombre no sé, debía de ser parecido al joven que enamorase a Oona.)

—¿Tuviste alguna relación con él?

—No. Solamente lo miraba de lejos en el hospital. Después terminó mi trabajo allí y no lo vi otra vez.

Siguió pasando revista de sus noviazgos contándome que luego de un chico alemán con quien saliese un tiempo, cierto pintor, como de cuarenta años, se le había declarado. Él era muy bueno, interesante. Tenía canas, describió: y barba. Pero estaba casado.

—Sólo fuimos amigos. Lo seguimos siendo. Es quien me regaló algunos de mis *cassettes* de jazz.

Por fin llegamos al último novio, el que mencionara casi un año atrás, después de bailar conmigo bajo la luna: un inglés. Yo ya lo sabía, pues le había contado a Lucía, muy poco tiempo después, que esa relación distante “había terminado”.

¿Por qué sucedía esta catarsis conmigo, ahora? Sentados uno junto al otro en su cama, ella siempre con sus piernas desnudas, yo de vaquero, camisa oscura y alpargatas. De repente se puso sombría para hablarme de su madre, quien había tenido al parecer desórdenes mentales. Narró una escena que recordaba vívidamente, la de ella niña, cambiando constantemente la escupidera de su madre, limpiando sus vómitos, cada vez, pues por lapsos perdía el control de sus esfínteres además de echar todo lo que había comido durante el día y gritar, como si algo terrible, oculto, la atacara. La empatía psíquica permitía que las imágenes que recordaba se transmitieran como por un visor hacia mi mente, debido a lo cual no necesitaba muchas palabras, yo estaba viendo lo que ella imaginaba. Luego habló de su hermana, gemela... , quien estaba enferma también. ¿Qué tenía? Cáncer en el cuello. ¡Tan joven! Me asombré. Al presente Oona había cumplido recién los 24 años.

—¿Quieres acostarte? —dijo.

—Bueno —contesté, pero sólo me quité las alpargatas.

—¿Necesitas que apague la luz? —preguntó, ya con su cabeza junto a la mía sobre la almohada.

—No, no, sigamos conversando —dije.

Por ratos hablábamos. Por ratos nos quedábamos en silencio. Llegó, así, la mañana. Miré el reloj: ¡las cinco menos diez!... Habíamos pasado la noche en vela... ¡Debía irme! ¡A las ocho de la mañana vendría el camión para buscar nuestros muebles! ¡Nos esperaba un día agotador! De repente me sentí un estúpido, irresponsable.

Los dos últimos días

El camión no vino a las ocho. Tampoco a las nueve. Cerca de las diez de la mañana, fui a llamar por teléfono a la empresa de La Banda que contratáramos. Una mujer, de modos bruscos, me dijo que el camión no podría salir, había tenido un desperfecto. Me enojé mucho y la mandé a la mierda. Como a las doce y media me puse a buscar otro vehículo, luego de almorzar levemente con Lucía y nuestras chiquitas, pues ya teníamos todo embalado. Era un día abrasador. En la bicicleta empecé a recorrer Rodeo, por los lugares donde se me ocurría pudiese encontrar a alguien que nos llevara a Santiago. Por fin, en la estación de servicio encontré a dos tipos que viajaban hacia Salta, con un inmenso transporte vacío, para regresar cargados de allá. Luego de regatear el precio convinimos que luego de su almuerzo, como a la una y media, partiríamos. Oona ayudó a cargar los numerosos bártulos, pero declinó la invitación de uno de los camioneros, quien de un modo obsceno se había entusiasmado con ella. Subimos al gigantesco camión, Lucía, las chiquitas y yo atrás, en una partición que había en la misma cabina del conductor, los robustos camioneros gringos adelante. Así llegamos a Santiago. Como a las cuatro de la tarde terminamos de subir las cosas. Subir la gran heladera de hierro que teníamos, al segundo piso, fue una verdadera proeza. Los camioneros nos ayudaron un poco, pero luego pidieron

bañarse. “¡Malditos!”, pensé. Esos gordos sudorosos iban a estrenar nuestro lujoso baño, cubierto hasta el techo con primorosos azulejos. Después los invité a tomarnos un par de cervezas –un poco para sacármelos de encima, pues ya se estaban poniendo cargosos. Fuimos a la estación de servicio, donde debían cargar combustible para seguir viaje, como a veinte cuadras de allí. Al regresar sentí asombro por mi propia energía. ¡No había dormido! Sin embargo estaba explosivamente activado, como si llevase una batería solar dentro. Efectivamente sentí que el sol fortísimo, al salir de la estación, me provocaba un cosquilleo maravilloso otorgándome mucha fuerza. Regresé a casa. Nuestra nueva casa. Debíamos dejar todo impecable, pues a las nueve, vendrían Oona y Pío, “para festejar”, según ella propusiera. Ella viajaría cerca de esa hora y como no sabría llegar sola, iba a buscar a Pío.

El departamento era excelente. Impecable, sus paredes y techo cubiertos de yeso, pintados con tonos pastel, las paredes de la cocina y el baño recubiertas hasta arriba con azulejos, ventanales provistos de vidrios esmerilados, ocre oscuro para filtrar el sol, puertas batientes entre el pasillo hacia las dependencias y el ancho living... resultaba lujoso en comparación con la agreste y humilde realidad que habíamos abandonado. Esto fue un consuelo, y comprendí enseguida el punto de vista de Lucía quien ansiaba vivir otra vez en algo como aquello. Nacida y criada en una ciudad industrial, detestaba el desorden, la indetenible invasión de polvo, bichos, hojas secas trasladadas por el constante viento, vivida durante cinco años en la Stiftung, que ella había padecido muy mal.

–¡Por fin sin bichos! –exclamó Lucía, leyendo mi pensamiento –. ¡Aquí podemos dormir en el suelo!

Le di la razón, y ayudé a fregar, baldear, acomodar los muebles, desempaquetar lo necesario, acomodándolo en la alacena y los placares de las habitaciones. Había tres dormitorios, y sólo tres camas: una matrimonial, que ocupaba Lucía con las chiquitas, y dos pequeñas, a una de las cuales había yo cortado las patas de madera para hacerla más baja.

A las nueve y media llegaron Oona y Pío. Oona se disculpó diciendo que ella había estado a las ocho y media en la casa de mi padre, pero Pío no estaba listo, debió esperarlo. Fueron a la cocina con Lucía, a preparar el asado. ¡Hacía un calor extraordinario!... Pronto nos sentamos alrededor de la mesa, en el medio del ancho comedor, con ambos ventanales, que llegaban hasta el suelo pues consistían asimismo puertas hacia sendos balcones, abiertos para dejar pasar el aire. El departamento estaba en un segundo piso.

Tomamos mucho esa noche. Hasta cerca de las tres de la madrugada. Yo estaba en el paroxismo de mi excitación. Casi borracho, me quité la camisa y nos pusimos a bailar con Oona de un modo insolente. Cerca de las cuatro de la madrugada propuse irnos a dormir, pues esa mañana debía regresar a Rodeo para buscar algunas cosas pequeñas que habíamos dejado y traer el certificado de escolaridad de Angelita que debía otorgarme el municipio. A Pío se le ocurrió salir a recorrer el barrio, buscando algún sitio para comprar cigarrillos. Esto me enardecíó. ¡Estaba morbosamente celoso de mi mediohermano!... Hacía rato que nuestras chiquitas descansaban, y Lucía se fue a dormir con ellas. Yo ocuparía la otra habitación, donde ya había puesto además la mesa que usaba para escribir. Lo obvio era que ofreciésemos la cama restante, en la otra habitación, a Oona. Y como Pío debía quedarse también, se le armó una cama en el piso, sobre un colchón, en esa misma pieza, dejando un pasillo de unos dos metros de por medio. Me acosté pero no podía dormir pensando en que Oona andaría por ahí con Pío. ¡Mi locura de celos había llegado al paroxismo! Me avergüenzo ahora de ello. Lo cierto es que estuve en vela hasta que los oí regresar. Luego oí sus breves diálogos hasta que se acostaron. Y luego de un rato... ¡me levanté a espiarlos!... La oscuridad de afuera comenzaba a disolverse ya, el tenue claror que emanaba la ventana abierta me permitió ver a Oona, boca arriba, vestida, sobre la cama y a Pío vuelto hacia la pared, también vestido. Roncaba. En vez de tranquilizarme, ¡el verlos compartir una habitación me enfureció aún más!

Decididamente insomne, fui entonces a bañarme. Un rato largo estuve bajo la ducha. Otro de los beneficios deliciosos descubiertos en el departamento había sido la potencia y frescor de la abundante agua, recurso bastante escaso, cuidadosamente administrado, en Rodeo. Al ir a la cocina vi que eran las cinco y cuarto ya. Estaba tomando mate en el living, mirando difuminarse las sombras de Villa del Carmen por la ventana, cuando emergió Oona de la habitación. Pude verla acercándose por entre las batientes del pasillo en escorzo, plegadas. Recién me percaté que en aquella oportunidad iba toda de negro. Su cuerpo largo se confundía con la penumbra que aún señoreaban por todo el ámbito. Vino a sentarse a mi lado, sobre una silla petisita perteneciente a nuestras hijas.

—Estás enojado conmigo, ¿no? —dijo. Cuando regresaron con Pío de su paseo yo le había mascullado groserías al oído. No lo había olvidado.

—Ahá —repliqué apenas. Ella resultaba cómica sentada allí sobre aquella sillita, que la dejaba a un nivel muy bajo, con sus largas piernas en posición forzada.

—No debemos enojarnos, son nuestros últimos días —dijo.

—Me importa un bledo. Y, ¿sabes?, no quiero verte más. No quiero que me jodas más, ¿eh? ¡Basta! “No-compatibles”, ¿eh? “No more”, ¿eh? ¡Nada más! —lancé las palabras en borbotón. —Sos una mina impredecible, no quiero seguir haciéndome mala sangre con vos. Ningún problema. Vos sos como sos y yo también, ¿entendido?

—No podemos despedirnos así —trató de conciliar ella. Luego habló largamente tratando de convencerme para reconciliarnos. Como no había elementos demasiado claros para disgustarnos definitivamente, terminé concediendo formalmente un arreglo. Pero en mi fuero interno estaba harto: no quería verla más, en serio.

Cuchichéabamos. Pero en silencio nuestra conversación chasqueaba insistentemente. Escuchándola debe de haberse asomado Lucía, la vi emerger apenas de costado desde la puerta de la habitación grande, en perspectiva... apenas unos segundos, para luego ocultarse nuevamente. Hasta eso me angustió. Ella era mi esposa, al fin y al cabo: sentí pena. Al mismo tiempo aumentó mi rencor hacia Oona, a quien enrostraba en ese momento el jugar con mis sentimientos.

—Escucha— lancé repentinamente— ¡has tenido relaciones con mi propio hermano!... ¿Crees que soy estúpido y no me he dado cuenta? ¿Cómo pretendes ahora que estemos en paz?

—¡Con tu hermano!... ¡Juro que no!...—exclamó ella.

—¡Él mismo me contó que te había besado!

—¡Intentó besarme, pero yo he apartado la cara! ¡Lo juro!... —dijo ella.

—¡También entraste con él a un baño de la Terminal!

—¡Aooohhh! ¡Eso fue una apuesta! ¡Él me desafió a que no era capaz de hacerlo!... ¡Si lo hacía, el pagaría el café! ¡Por eso fuimos juntos a ese baño, nada más!

—¡Qué estupidez!— De repente comprendí lo absurdo de la situación. —Me voy—, dije, levantándome bruscamente. Debo partir hacia Rodeo.

—Oye, Andrés —dijo ella—. Más tarde iré yo también. Puedes venir a casa, por la tarde. ¿A qué hora te desocuparás?

—Como a las ocho —dije.

—Pues ven a casa, a las ocho —dijo. Me quedé callado.

—¿Vendrás? —insistió ella.

Lucía apareció entonces, saludándonos. Oona la invitó a tomar un mate con nosotros. Apenas unos minutos después, tomé mi portafolios y salí.

Estuve toda la mañana en Rodeo haciendo trámites. Al mediodía almorcé en casa de mis amigos, el policía y su esposa poeta. Me ofrecieron una pieza muy limpia y fresca, que agradecí, pues pude dormir profundamente casi toda la tarde. Cuando me desperté eran las siete. Sólo me lavé un poco la cara, agradecí las atenciones brindadas, y salí otra vez a las calles de tierra. Era una tarde fresca, a diferencia del día anterior. Caminé un rato despidiéndome interiormente de los árboles, las callecitas que no recorrería más, esas paredes despintadas, la atmósfera sutil de ese pueblo tan querido por mí. Dubité un rato entre ir hasta la casa de Oona o no. Finalmente decidí no hacerlo. En el colectivo de las ocho, regresé a Santiago.

Mi esposa y mis hijitas estaban contentas con el departamento. Las niñas jugaban en el suelo, sin temor a los escorpiones o las arañas. El piso era de una cerámica muy lujosa, rojiza; el lugar, era además muy fresco, dado que a la noche cruzaba por sus ventanales toda la brisa suave que venía de la ruta y el campo, muy cerca. Cenamos en paz y me fui a dormir. Otra vez me sumí en un pozo sin imágenes, hasta las cinco de la mañana, hora en que me despierto siempre. Como a las ocho, salí. Fui a visitar a mi amiga Irene, como lo había hecho desde la infancia. En su librería, transcurrió un rato apacible. Luego fui a la Catedral. Allí, ante el impresionante Cristo Crucificado que se levanta muy cerca del portal derecho, dentro de un intercolumnio, me arrodillé. Entregué mi alma a Dios con la imaginación y sentí una vez más, como me había pasado en otras oportunidades, que esta se limpiaba. Una serenidad plena envolvía todos mis miembros. Y mis ideas se habían desembarazado de ese resquemor ardiente que había sustentado hacia Oona; aún más, mi mente se había librado por completo hasta de su recuerdo, sencillamente ahora no quería verla. Y me sentía en paz. “Pero, dije interiormente, que sea, Jesucristo, Tu Voluntad”.

Calmado y en equilibrio me fui. En la parada de la Belgrano tomé el poderoso y limpio colectivo que llevaba hasta mi barrio. Bajé en la esquina donde se levantaba la torre de nuestro departamento. Debía caminar algunos metros sobre una vereda que corría junto a un colchón de césped y canteros floridos. Apenas había avanzado los primeros pasos, cuando la vi. Oona jugaba, sentada en el borde de una ancha canaleta, con Julita.

—¡Ahí está papá! —le indicó a Julita, apenas verme. Tomándola en sus brazos vino a recibirme.

—Te he esperado, anoche —me dijo.

—Es que no quería ir —contesté brutalmente.—Escucha, Oona, terminemos esto de una vez. Vuelve a Rodeo, dame a mi hija, estoy decidido y no quiero verte más.

—¡No debes dejarme así!— dijo ella, caminando a mi lado y sin entregarme a Julita.

—¡Yo no he hecho nada malo!

—¿Qué te interesa de mí? —dije. —Tú eres una muchacha linda, joven. Yo soy un hombre casado, con hijas. Sólo hemos tenido problemas. Por favor vete, no nos lastimemos más.

En el mismo momento en que nos introducíamos en el hall hacia la escalera, discutiendo, emergió un hombre maduro, que nos escuchó y miró a ambos con curiosidad.

—¡Esto no tiene destino! —continué, repitiendo una expresión propia de la ciudad donde se crió Lucía. Sin detenerme, rechazaba uno por uno los argumentos de Oona, quien decía sentir mucho cariño por mí, y estaba ahora muy dolida. Así, llegamos al comedor. Era ya cerca del mediodía. Oona finalmente se quedó. Me había buscado temprano, pero yo ya no estaba. Lucía le había dicho que tal vez me encontrara en la librería Katari, y hacia allí había ido. Cuando llegó, Irene le dijo que acababa de irme, que tal vez podía estar en la basílica, donde habitualmente oraba unos minutos cada día. Oona fue a la Catedral, pero no me encontró. Finalmente, había decidido volver a esperarme en el barrio. Lucía la invitó a comer.

Ella me regaló todos sus *cassettes*. Los había traído en una bolsa, que sacó de su mochila esa mañana.

—¿Los quieres? —me dijo. —Son lo que más amo entre las cosas que tengo.

Otra vez había empezado a hacer calor, pero sin llegar a las temperaturas de días anteriores. Oona se bañó largamente, yo también lo hice y como a las cuatro de la tarde, pidió autorización a Lucía para que yo la acompañase hasta el centro.

—Quiero invitar a Andrés con una cerveza —dijo — Esta va a ser nuestra despedida.

Lucía aceptó al parecer de buen grado. Cuando pasamos en el colectivo, todas ellas, desde el balcón, despedían definitivamente a Oona, quien sacaba la cabeza por la ventanilla del colectivo y lagrimeaba. Ya en el centro, fuimos al bar de Los Cabezones.

—¿Quieres oler mi pelo? —ofreció—: Champú natural, me lo enviaron de Alemania.

Se desarrolló entonces una larga conversación. Ella empezó a considerar que no tendría futuro en mi actividad de escritor quedándome en Santiago. Tenía razón, le dije, pero aquí está mi familia y toda la gente que conozco. Además no tengo medios para salir de aquí. “Yo puedo ayudarte, si quieres, enviándote dinero de allá... tal vez no mucho, pero un poco por mes, para ahorrar... y comprar el pasaje... puedes venirte a vivir a España...” Por primera vez ella me sugirió que me separase, pues era evidente la mutua insatisfacción vivida con Lucía. Yo dudaba muchísimo. Esto hubiera sido posible sin mis hijas, sostenía. Ahora es algo que si lo hago, me destruirá. Pero en cierto trasfondo de mi consciencia se presentaba la imagen de mí mismo, instalado en España, y ella viajando desde Alemania para visitarme. Noté sin embargo, que no asumía un compromiso más profundo: deseaba mantenerme como amigo, amante quizás, pero todavía lejos de su casa. Tampoco sentía yo el deseo de asumir tal convivencia, aún en caso de haberse presentado la oportunidad. Desconfiaba de Oona, de su conducta liberal, su educación independiente, pero particularmente de cierta peligrosa veleidosidad, presente en su carácter. Así transcurrimos mucho tiempo bajo la fresca protección de esas añosas paredes, cuidadosamente decoradas con obras de arte, como ya mencioné. Con discreción se acercaba el mozo, cuando suponía que podríamos necesitar algo. Como a las siete de la tarde, cuando el sitio se pobló un poco más, apareció Artemio Fote, el pintor. Vino a saludarme, y por cortesía le presenté a Oona. Cuando supo que era alemana se entusiasmó mucho, sentándose sin que lo invitáramos. Esto era aceptable, por cierto, pues nos ligaba una cordial camaradería ya desde hacían varios años atrás. Pero no el modo como acaparó la conversación, dirigiéndose únicamente hacia la muchacha, interesado obsesivamente por sonsacarle datos acerca de las universidades de Alemania, su gente, sus costumbres, puesto que –según afirmó– ambicionaba pedir una beca de perfeccionamiento allí. Nunca dilucidé si Artemio cargaba una leve disfunción cerebral, o si su personalidad excesivamente obcecada –aunque cordial– era clasificable dentro del espectro de lo normal. Transcurría el tiempo, sin embargo, y no parecía darse la menor cuenta de que había interrumpido una conversación reservada,

entre dos personas, y persistía en una larguísima inquisición que sólo a él interesaba. Finalmente debí decírselo:

—Disculpame, Artemio —tuve que decirle, con embarazo:— La señorita y yo estábamos conversando sobre algo importante para nosotros... privado... por ello te ruego que nos dejes solos otra vez... no te enojés, por favor...

Como si lo hubiera picado una avispa en las nalgas se levantó, alzando las manos, la boca abierta y expresión de sorpresa inusitada en los ojos:

—¡Disculpame! ¡No sabía! —exclamó— ¡Ya mismo los dejo solos!...

Se fue, con su caminar bamboleante y hombros un poco más desplomados, dejando al darme la espalda una culpa más en mi ya vapuleado corazón.

—¡Anoche te he esperado tanto!... —dijo ella de repente.

—No pude ir. Estaba cansado —mentí.

—Hacía frío... —continuó ella, como si no me hubiese escuchado—. ¡Me hacía frío!... ¡Tenía miedo! ¡Deseaba tanto que vinieras, a cada ruido que escuchaba, me sobresaltaba, y pensaba: “es él... va a entrar otra vez por la ventana”... Pero no viniste... ¡Andrés, te extrañé tanto!...

¡Estuvimos allí con Oona hasta las nueve y media de la noche! Hoy cobro consciencia recién del tiempo transcurrido. A esa hora salimos, para caminar despacio hacia la Terminal. Ella no quiso irse en el colectivo de las diez de la noche, que ya estaba por partir cuando llegamos. Fuimos a averiguar, y nos dijeron que a las once vendría otro, destinado a Añatuya, pero que pasaba por Rodeo. Decidimos esperarlo. Quiso invitarme a comer, así que fuimos a un bar. Allí, masticando un grasoso e inmenso sándwich de milanesa con lechuga y tomate adentro —el único plato disponible— mientras ella hacía lo mismo, empezó a lamentarse por la separación. Estos iban a ser nuestros últimos minutos, decía . ¿Cómo absorber ese trago, el no vernos más? De pronto, se acordó que para la mañana siguiente habíamos convenido con un amigo, vecino de Rodeo, que con su camioneta fuese a buscar algunas cajas con libros a donde fuese nuestra casa... También debía cargar a Facundo, nuestro

perro. Yo había pedido a un peón, a quien le dejé la llave, que se hiciera cargo de la diligencia.

—El perro no va a querer venir con ese hombre desconocido —argumentó Oona—: y si lo obligan, va a sufrir. Debes venir vos a traerlo.

—No he avisado en mi casa... se van a preocupar... —dije.

—Puedes avisar por teléfono... —indicó.

—No tenemos teléfono...

—¡Oh, avisa a la casa de tu papá, que Pío vaya con el mensaje para Lucía! —insistió ella.

Me convenció. O yo quería que me convenza. Fui a una cabina y pedí por teléfono a mi padre que hiciera saber lo antes que pudiese mi decisión de irme a Rodeo esa noche, para buscar los libros y al perro...

Como no tenía previsto viajar llevaba sólo una camisa. Había refrescado repentinamente; se me puso la piel de gallina y Oona lo notó. Entonces sacó de su mochila un piloto y me lo puso encima. Sentados en un ancho banco de madera esperábamos el colectivo. Ella aprovechó el movimiento de taparme para empezar a hacerme todo tipo de arrumacos, besarme en la oreja, acariciar mi pelo, refregar su nariz contra mi mejilla. En ese momento, de subyugante placer, estacionó una camioneta frente a nosotros pero no le hicimos el menor caso. Durante algunos minutos —no tengo la menor idea de cuántos— estuvo allí. Apenas noté algunas personas adentro; luego se fue.*

El colectivo llegó puntual y nosotros subimos. Ocupamos los últimos asientos, y en la oscuridad, luego de prodigarnos afecto durante un rato, nos dormimos. Por suerte el guarda se acercó a nosotros para avisarnos cuando llegamos a Rodeo.

En la noche oscura, atravesamos el ancho espacio cubierto de césped por el que caminara tantas veces, tomados de la mano. Ella insistió en que llevara su piloto sobre mí, pese a mis protestas pues de tal modo se privaba de usarlo, cuando hacía mucho frío. Para evitar que la prenda me fuese quitada por el viento, ella envolvía completamente mis hombros con sus brazos, pegando a la vez su cadera sobre mí. De

tal modo transitamos la ancha avenida como de quinientos metros que llevaba a la Stiftung, el redondo patio, y ascendimos la empinada senda por donde habían jugado y corrido, tantas veces, mis hijas. Ella abrió la pesada puerta por fin, echó llave por dentro, y nos acogimos a la blanda tibieza del lecho enseguida. Aún fue corriendo hasta la cocina de la Casa de los Alumnos, de donde regresó con dos tazas de té humeante. Luego de eso, comenzamos a quitarnos las ropas, despacio. Después que se hubo quedado en bombacha y corpiño, preguntó:

—¿Necesitas la luz?

Como le dijera que no, apagó la vela. Entonces, en la oscuridad, terminamos de desnudarnos y nos acoplamos.**

No fue una situación particularmente intensa. Si bien lo hicimos pausadamente, con cuidadoso respeto por parte de ambos, yo evitando cualquier movimiento brusco, ella constantemente acariciándome y besando mi rostro, mis ojos, mi boca, mi nariz, mi pelo, estábamos crispados por la tensión, la demoledora maratón sentimental vivida en los últimos días nos había dejado tan golpeados por dentro, que no acertábamos a crear una situación plenamente feliz... ¡teníamos el cuerpo etérico completamente amoratado!... En subconsciente sangraba, además, la angustia de haber dejado solas a mis hijas, tan bruscamente. Esa noche Lucía casi no pudo dormir; de carácter fuerte, como ya quedó dicho, andaba de aquí para allá molesta y acalorada. Fue entonces que Angelita, habiéndose levantado repentinamente de la cama, caminó un trecho para ir a chocar con la punta de una ventana de metal, muy aguda, que le provocó un corte sangrante sobre su cabecita. Esa herida me la atribuyó Lucía a mí, a mi indignidad, a mi estulticia; yo, de buen grado lo acepté. Me culpo de esa herida, pues sé que los cuerpos etéreos están indisolublemente ligados, y cualquier desequilibrio en los factores hasta entonces establecidos puede provocar consecuencias graves, que se manifiestan igualmente en el plano físico.

Después de ese acoplamiento nos quedamos dormidos. Sólo un rato. ¡Estábamos demasiado tensos!... Por machismo o impaciencia quise suscitar otro acoplamiento y ella aceptó solícita. ¡Pero no pude lograr la erección! Luego de varios intentos,

exasperantes, de un modo típicamente humano sugerí que era ella quien no lograba excitarme. “No importa. Yo te enseñaré como hacerlo, después”, fanfarroneé. Con ingenuidad no desprovista de sentido común ella se asombró:

—¿Vas a enseñarme? ¡¿Cuándo?! ¡Ahora yo debo viajar!...

Al llegar la mañana ella corrió hasta la Casa de los Alumnos a calentar una pava, para ofrecerme mate, como último agasajo antes de separarnos. Pero también resultó un fiasco. El agua estaba demasiado caliente, el mate era un pequeño recipiente de metal, con manija... ¡Para un argentino, tomar mate en esa tacita de juguete era casi una afrenta!... Ignoré el asunto, aceptando tres o cuatro mates lavados antes de vestirme. No íbamos a despedirnos aún. Yo debía ir hasta la que fuera nuestra casa, esperar allí a Mércuri, mi amigo, para cargar en su camioneta las cosas, al Facundo y recién irme. Antes de salir, iba a pasar para saludarla.

Mércuri fue puntual. Hicimos lo necesario y volvimos. Él detuvo la camioneta, con el motor prendido, frente a la puerta de la Guardería...

—Sólo unos instantes... —le pedí.

—No te preocupes, andá tranquilo —dijo él.

Pero no quise demorar más, sólo entré un par de minutos, lo suficiente como para darle y recibir un fuerte abrazo, para secar sus lágrimas con mis manos. Nos besamos, una sola, larga vez.

—Te quiero... —dijo ella, por fin.

—Yo también te quiero... —dije.

—Yo también te quiero... —repitió. Nos abrazamos.

—¡Te quiero! ¡Te quiero!— murmurábamos al unísono, apretándonos mucho. Finalmente la solté de golpe, y salí. Ella asomó su rostro por el espacio que dejaba el portal entreabierto... los ojos se le habían puesto rojizos, la cara mojada brilló unos segundos reflejando el primer sol.

No sé lo que hablamos con Mércuri por el camino. Al llegar a casa, Lucía conversaba con mi prima en la vereda. Sangrando mi corazón subí todos los cajones y

nuestros últimos, pequeños muebles traídos de Rodeo, de a poco, fatigosamente, recorriendo una y otra vez la escalera. Por fin me despedí de mi amigo, le agradecí.

Cuando entré al baño para asearme un poco recién pude mirarme el rostro. ¡Era un espectro! Pálido, ojos hundidos, crecida barba. Desde la ventana de mi nariz, bordeando la canaleta divisoria del labio superior, hasta la boca, se levantaba una extraña, gruesa erupción, rojiza; como una oruga purulenta, que se hubiese infiltrado insidiosamente bajo mi piel.

Oona me mira a través de las lágrimas y sus ojos clarísimos expresan desesperación por primera vez. La nariz se le ha puesto roja, como la boca, dulce, carnosa, que se tuerce hacia abajo con desolación. El pelo de oro fino y leve da la impresión de haberse tornado radicalmente lacio, como si sobre él hubiesen apoyado una plancha. “Te quiero”, dice. “Te quiero”. No sabe componer mayores discursos en castellano – quizá en alemán tampoco sea de las mujeres que parlotean constantemente; la he oído, sin embargo, conversar con animación durante largos ratos con otros alemanes; aunque siempre con ese tono pausado en su voz un poco nasal. No nos veremos más, quizá. No volveremos a estar juntos otra vez, posiblemente. Y esa desesperación que vierten sus ojos como un cántaro luminoso es por comprobar de repente – particularmente ella– la necesidad de muchas conductas anteriores, el no haber aprovechado los innumerables momentos en que estuvimos juntos, o pudimos estarlo, durante este largo año de convivencia.

No la veré más no sólo a ella. No veré más estos tenaces campos florecidos de mielga hasta el horizonte y los ceibos rojidulando el siempreamante cielo, a los costados de la acequia; no veré más los álamos achicándose, avanzando como hermanos desde el misterioso manantial hasta mi casa, no veré más mi casa, esa gloriosa y rústica y gigantesca y entrañable y sin terminar, refugio de mis hijas, depósito etérico de sus vocecitas de sus juegos, mi casa, construida contra todo y con

todo lo que mi mano pudo alcanzar, con fe, con amor indómito para mis chiquitas... no la veré más. O quizás la veré, quizás; pero ya no será mía.

Oona está desconsolada. Cada uno llora lo suyo. A pesar de que no se habla mucho –¡tampoco hay tiempo!– su alma es translúcida, hoy. Se culpa de no haberme amado lo suficiente, cuando me tenía a su alcance. De haber puesto demasiados obstáculos. No debería hacerlo –al menos, no al extremo– es sólo una muchacha de 24 años, cumplidos hace unos días.

En cambio soy un curtido jugador de cuarenta años –también cumplidos hace muy poco– que otra vez, una vez más, ha sabido acomodar los naipes, sobre el filo del desparramo, para no perder. Pero ¿qué es perder? ¿En qué consiste el “éxito” esta vez? Valiente victoria, la que me deja solitario, desterrado, aunque Oona haya reconocido que me ama, haya decidido darse de cuerpo y alma en estos últimos instantes y esos días, de qué me sirve, digo, ser el que en realidad se va, pues antes que ella viaje mañana, y ya me he ido, he vaciado mi casa, que se eleva a cien metros de distancia cruzando el puentecito por entre la umbrosa arcada ceibal sobre la acequia, he vaciado estos campos, de todo lo que puse aquí, de mis afectos y también de mí, los he vaciado con astucia, con frío cálculo, para que sea ella la que se quede aquí, como está ahora, en la que aún es su casa, adonde vivimos segundos perpetuos, bienaventurados, aún es su casa, aunque sea por un día más, donde se quedará sola, llorando nuestra separación, la mordiente comprensión de su profunda necesidad de mí, como lo hizo durante la penúltima noche, al sentir que ya nunca más estaría a su lado para quitar el frío de su cama. Pero no he ganado, como pensaba, sino estoy sin alma.

Debo irme. Afuera la camioneta de mi amigo –pacientemente sentado frente al volante con el motor en marcha– me espera. ¿Son cinco minutos? ¿Son tres? ¿Cuánto pasa desde que dijese a mi amigo “esperame un poquito por favor”? Había pasado la noche con ella. Mi amigo había venido a buscarme por la mañana. Cuando apareció su camioneta yo estaba en casa, preparado con los últimos bultos para llevar hacia la ciudad y nuestro perro al lado. Ahora me voy, ahora dejo este exuberante campo, este territorio de apartamientos y aventuras, este lugar donde se concentraban magnéticas

potencias cósmicas, donde se habían renovado mis ilusiones de un mundo mejor, soñando con “la Comunidad Cristiana”: la Fundación, el Centro de Capacitación Rural para aborígenes desterrados, la Cooperativa de Exportación melífera para pequeños apicultores sin mercado, sostenida por alemanes pero también, ¡ay!, muy bien aprovechada por ellos. Ahora me voy, dejando aquí hecho jirones un gran pedazo de mi alma.

* Algún tiempo después, Lucía conoció a una mujer en la casa de mi prima, quien también habitaba el Autonomía. Dicharachera, le contó que me conocía desde la adolescencia. “Incluso salimos juntos” avanzó. “¿Ustedes están separados?”, preguntó. Al negarlo Lucía, fingió sorpresa (típica actitud hipócrita de las santiagueñas). “Yo lo creía... –exclamó– porque lo he visto a Andrés muy enamorado, en la Terminal”. Supongo que luego le contó muchos detalles de lo que vio, pues una y otra vez Lucía me lo recriminaría, indignada. Eran ellos, con su marido e hijos, quienes estaban en aquella camioneta que de un modo tan impertinente se había estacionado frente a nosotros, sin que los tomáramos en cuenta.

** Revisando los acontecimientos con obsesividad luego de su partida me maldecía por haber accedido a que apagase la vela. ¿Por qué no ampliar nuestra felicidad permitiéndonos la contemplación mutua, el prolongar la entrega generosa que nos concedíamos permaneciendo toda la noche allí, bajo la tenue luz, efectuando, como un ritual religioso, nuestra última copulación? La única explicación que se me ocurrió fue el haber llegado a esta cumbre cansados, culposos, negándonos a reconocer nuestro amor, debido a lo cual asignábamos a una situación buscada con pasión durante tanto tiempo, mucha menos importancia de la que en realidad tenía.

Capítulo 18: Federung

El hueco

Algunos días después llegó aquella foto de Chaplin, impresa en una cartulina grande. Al reverso, breves consideraciones circunstanciales, saludos para todos. Sonaban frías. Había comenzado el proceso de lo que llamaba “tomar distancia”.

Mi situación emotiva tocó un fondo y lo que antes fuese un torbellino vertical ahora se presentaba como frías ráfagas, compuestas por fino granizo, que atravesaran un

ámbito crepuscular. ¡Cómo estaba!... (¡Cómo estás!... me decía con repugnancia, Lucía. A mi derrumbamiento interior –que se manifestaba en una palidez amarillenta, ojeras negras, talante mortuario– se agregaba el constante hostigamiento de mi esposa, quien ahora sin la peligrosa presencia de Oona se lanzaba con toda su furia contra mí, segura de haberse alejado la posibilidad de que, dando un portazo, abandonara esta convivencia absurda marchándome con quien consideraba su rival.) No sé en qué momento Lucía interceptó aquella carta, que nunca leí, pero en la cual, según mi esposa, Oona decía recordar la sensación de sus dedos enredándose entre mis cabellos. Pese a esto –siempre según Lucía– “la alemana te sugiere que no te hagas ilusiones, que eso fue un rato agradable y nada más” (já, já. Lo de siempre. Vienen estas perras de afuera, basta que sean inglesas, francesas, alemanas, y los colonizados mentales se vuelven locos, ellas los joden, los usan, los dejan, y los boludos quedan aquí hechos mierda... como vos). El mismo sobre contenía algunas fotos, en las cuales aparecía ella pero dando los primeros planos a nuestras chiquitas. Me las entregó, la carta se la guardaría –según dijo– como prueba para iniciar el juicio de divorcio. Allí comenzó un periodo de crueles controversias, mayormente psíquicas, cuyo pico máximo llegaría al irme a buscar alojamiento, una siesta tórrida, pues no podía soportar más tal constancia en la mutua agresión. En Santiago nadie atiende el timbre a la siesta, así que trajiné inútilmente por todos los sitios donde podría haber conseguido una habitación barata. Ahora pienso que hice esto porque de un modo subconsciente no quería irme. Parcialmente desalentado ya en mi decisión, acudí a buscar consuelo en la casa de mi hermano, quien como se recordará había sido sacerdote católico. Mi hermano es calmo como un estanque, pero además fríamente racional. No se necesitaba demasiada racionalidad sin embargo para aconsejarme como él lo hizo:

–Pero si el problema es la alemana... y ella se ha ido lejos, tal vez nunca más se verán... renuncia a ella, dando seguridades a Lucía de que será definitivo; dale muestras de estar genuinamente dispuesto a ello, y el problema se terminará...

Mi mente entorpecida por las devastadoras emociones no había acertado a esta solución tan sencilla, que agradecí. Mi hermano me acompañó hasta la parada del

colectivo. Como otras veces, sentía que atravesaba un nuevo segmento odiseico de mi existencia. Sedado, como si me hubiesen infundido un temperante, regresé a casa pues y, sin aceptar pese a ello que hubiese mantenido relación sentimental alguna con Oona, ofrecí a mi esposa cortar mis comunicaciones con ella, borrarla completamente de nuestra existencia, como prenda de conciliación. Ella avanzó más y me impuso quemar todas sus fotos, cartas, notas y también, ya que estábamos, una hermosa foto de Marcela, que yo había dejado irresponsablemente en mi agenda. Así lo hice, sin chistar. En la hoguera cayeron también aquellas donde estaban nuestras hijitas (“pues venían impregnadas con su éter”) cosa de la cual me arrepentiría amargamente luego. Pese a que insinuó hacer lo mismo con los cassettes, no se atrevió a presionar sobre esto. Percibía claramente mis sentimientos, luego de tantos años juntos, por lo cual supo que la música iba a ser el último rincón donde iría mi alma a refugiarse, y no debía avanzar sobre este espacio.

Primeras orillas

El verano pasó, con rítmicas lluvias y yo me sentí aún adolorido pero también aliviado. La situación económica no nos daba tregua en tanto, por lo cual tampoco disponíamos de demasiado tiempo para lamernos las heridas: debíamos avanzar cada día con el compromiso asumido, el de mantener un vivac protector en torno a nuestras hijas. En eso triunfábamos, inalterablemente. Ninguna fisura se abría en las gruesas paredes o el techo blindado con el que cubríamos en todo tiempo a nuestras hijas; ellas crecían absolutamente despreocupadas de lo que sucedía, o mejor dicho, lo que sucedía a su alrededor era siempre grato, siempre alentador, pues coincidíamos completamente con Lucía en brindarles cariño, atención permanente, alimentación suficiente, juguetes, instrumentos para estimular su creatividad, en fin, los innumerables aspectos sutiles o los elementos necesarios para que un niño crezca saludablemente y feliz eran el centro de nuestra existencia, de nuestros afanes. Había

un pacto entre nosotros, en el sentido de hacer sus existencias sagradas, así tuviésemos que entregar nuestra sangre para ello si fuera necesario. No había ninguna hora de la jornada, de día como de noche, en que alguna de nuestras hijitas nos llamara y no pudiese contar, en el acto, con alguno de nosotros. Todo lo demás, fuese personal o colectivo, se ubicaba entonces en planos subordinados.

Paulatinamente nuestra situación económica mejoró. Luego de un periodo trabajando en la librería de mi amiga Irene, me ofrecieron el puesto de encargado de la sección cultural en el diario El Siglo. Por cierto acepté, con la fortuna de que apenas unos días después de haber ingresado el Jefe de Redacción me ofreció ampliar mis actividades periodísticas con el rango de redactor permanente, lo cual nos dotaría de estabilidad laboral y un mejor sueldo.

Cuando estaba consolidando mi situación personal, reapareció Oona. Para las Pascuas de 1992, decidió venir a visitar Rodeo y Santiago por cuatro semanas. Había comprado en Buenos Aires, apenas al llegar, las obras completas de Hölderlin, en edición bilingüe, para regalármelas. Constituía otro de los objetos destinados a caer en la pira inquisitorial de Lucía, aunque en ese momento, por cierto, no lo suponíamos. Una descripción sucinta de esta incursión puede leerse en el capítulo que sigue. Tal vez aquella fue la última llama, agónica, de nuestra pasión.

Ella me escribiría después, ya desde Alemania, manifestándome sus emociones y sugiriendo una continuidad de nuestro amor. En el delicado papel celeste donde me escribía, introdujo florecillas naturales. Había practicado para ello leves cortes, por donde pudo fijar, a través de los ojalillos resultantes, los pequeños tallos. Su primera carta, donde me contaba detalles del viaje con Lufthansa, terminaba diciéndome que... era la primera vez que había amado a alguien en su vida...

Cuando leí eso dio un vuelco mi corazón... casi en todo momento, durante su presencia aquí, me había asaltado la sensación de que para ella nuestra relación constituía una especie de juego, aceptado por momentos con mala gana...

Para mis cumpleaños, o en las Navidades, me enviaba regalos: siempre algún cassette, con música grabada por ella y envoltura artesanal, hecha con primor por sus

manos. A mediados de 1994, me sorprendió con una carta donde me decía que había aceptado un puesto de maestra jardinera en un complejo educacional de Bolivia. La carta estaba fechada en La Paz, me indicaba una dirección para contestar. Anunciaba además que, si todo andaba de acuerdo a sus planes, para el mes de mi cumpleaños tenía previsto visitarnos. Preguntaba si había alguna familia amiga dispuesta a brindarle alojamiento por algunos días. Sí la había: la de Irene, cuya hija mayor estudiaba alemán y quería hacer lazos con gente de allá, con el propósito de viajar igualmente alguna vez. Eso le contesté. Pero a esta altura de nuestra relación, que avanzaba otra vez a pasos muy sólidos hacia convertirse en algo presente, mi inquietud aumentaba. ¿Qué era esto? No soy de aquellos que soportan ni justifican “relaciones paralelas”. Tampoco podía entregarme por completo a mis sentimientos hacia Oona; ello hubiera supuesto el abandono de mis hijitas, algo que ni amenazado de muerte estaba dispuesto a hacer. Así que poco tiempo después, durante los primeros días de agosto de 1994, cuando se aproximaba la fecha fijada para su viaje a la Argentina, escribí una carta a Oona, a su domicilio circunstancial en La Paz, pidiéndole que no viniera. Era una nota hecha a mano, de una sola página, con caracteres grandes como acostumbro, en tinta azul. “No vengas”. Más o menos así le decía. “Para que nuestra relación permanezca como un hermoso recuerdo, no debemos intentar prolongarla en el plano físico. Lo que nos enamoró en su momento fue la belleza de nuestros cuerpos, el encanto, tal vez, de un romance exótico. Todo esto es sólo ilusión, que el tiempo diluye. Y solamente nos traerá más dolores, si persistimos en ella: no únicamente a nosotros, sino a otros seres, quienes, de verdad, nos aman”.

Así terminó en apariencia esta relación. Pues ella no contestó. Tampoco vino a Santiago. Durante un lapso yo me sentí libre y feliz, pues pese a que la recordaba cada día –debo admitirlo– su imagen había terminado despojándose de la angustiada energía, inductora de anhelos, que otrora poseyese. Fue por entonces ya sólo una suave brisa colorida acariciando la imaginación, al acostarme, cuyas consecuencias prácticas se limitaban a suscitar una leve sonrisa, segundos antes de alcanzar el sueño.

Cada noche de las que pasaron desde aquel noviembre de 1989 en que se fue, la he recordado, de una u otra manera. Siempre se ha presentado su rostro, entre mis pensamientos, cualesquiera fuese el tema que ellos siguieran. A veces me costaba cierta dificultad reconstruir sus ojos, su boca. Pero finalmente ella aparecía ante mí – como en los lejanos tiempos de la cárcel se llenaba mi mente con el rostro venerado de mi abuela: es que mi abuela representó para mí la paz, y esa paz ahora me la proporcionaba el recuerdo de esta muchacha–; con el tiempo comprendí que era la segunda vez en mi vida en que me enamoraba. La primera había sido de Laura y todo había terminado muy mal. Repetida, obsesivamente, en otros tiempos, había logrado suscitar el rostro de Laura en el cielo o ante mis ojos en la pequeña celda. Me otorgaba paz, por momentos, mas terminaba siempre en la angustia horrorosa de su muerte, que me acusaba.

El rostro de Oona, en cambio, me calmaba. En noches cuando, agotado por el trajín del día y la insatisfacción entraba en la cama musitando un rezo donde pedía morirme, aparecía de pronto su ténue melenita en la oscuridad, su pálida faz, sus rosados labios y se desvanecía mi pesar. Ahora, ella estaba ausente, pero viva, y su presencia en mi cerebro me colmaba de alegría; me proporcionaba serenidad... con su imagen suave, cada noche, fuera esta del invierno o el verano, me dormía tranquilamente hasta el amanecer.

Durante dos o tres años conservé los mechones de su pelo suave que le había arrancado con su permiso –y su quejido de dolor cuando lo hice–, adentro de un cuaderno. Acariciándolo a veces con la ilusión de que me transportara hacia ella utilizando algún camino etérico. Con ese propósito, ya racional, comencé a estudiar técnicas que me permitieran el desdoblamiento de mi cuerpo etérico. De tal manera que, por medio de un proceso consciente pudiese trasladarme hasta el país donde Oona estaba. El libro que compré para tal objetivo advertía a los lectores sobre un peligro

latente: perder la razón en el intento. Fue por ello que finalmente no me atreví a ejercitar sus instrucciones; ni siquiera a continuar leyéndolo.

Por su parte, Lucía jamás me perdonó este amor. No sólo me hostigó duramente apenas Oona se fuese, en 1989, sino continuó mencionando el asunto a cada diferencia que entre nosotros surgía. Por un carril paralelo, narró a su manera el asunto cuando se quedaba sola con las chiquitas, por lo cual ellas solían despotricar, para agradar a su madre contra “las putas alemanas”. Yo me reía interiormente de su ingenuidad, y resistía. Pese a haber sufrido mucho, lo viví como una extraordinaria escuela: poco a poco fui aprendiendo a no reaccionar ante las agresiones de Lucía, cualesquiera fuese la intensidad que estas asumieran. Y luego de la última acción de este tipo, que contra ella tuviese en 1992 –ya narrada– nunca más me descontrolé.

Desde entonces, por varios años, con Lucía logramos convivir en relativa paz. Aunque tratando de evitar en lo posible actividades en común, salvo aquel voluntarioso intento del año 95, que también fracasó. En este periodo pude emprender difíciles empresas y obtener grandes logros personales, tanto en lo profesional como en lo económico, pero especialmente en lo espiritual. En realidad fueron los avatares psíquicos de este periodo intenso los que me indujeron a entrar, definitivamente, por esa puerta a lo metafísico vislumbrada desde la infancia. En 1992, una coincidencia me permitió conocer cierta orden esotérica cristiana, con la cual me integré.

En diciembre de 1993 no había podido más con mi arrepentimiento, que llevaba adentro de una manera confusa y se había vuelto un fuego ardiente a la altura de mi laringe. Fui a La Banda para confesarme con un sacerdote amigo, francés, refinado y sensible como pocos, quien me atendió con deferencia. Narrándole mi relación con Oona me fue imposible evitar el llanto; en un momento de la narración los sollozos me cerraron la garganta, casi no podía hablar. Él me perdonó. Y me aconsejó no

angustiarme tan al extremo por esos actos: “Aunque hayas estado con tu amante a dos cuadras de la Iglesia, no dejes de venir a la misa... ¡eso te salvará!” La recomendación me pareció algo formal; sentí alivio grande pese a ello.

Una revaloración de nuestra familia emergió de ese reconocimiento. Consideré al compromiso matrimonial, formulado ante un altar, como el centro de mi existencia. Y me dije que el amor no es la atracción hacia una bella mujer sino la capacidad de hacer feliz a la persona elegida para compartir nuestra existencia. Dotado de estos principios recuperados me lancé entonces a intentar –otra vez– construir un espacio de amor genuino con mi esposa legítima.

En 1995 viajamos a Francia, pues cierta Universidad me había invitado a dar una conferencia y participar de un encuentro con escritores europeos. Al entrar a París en un lujoso Seat sport que manejaba un amigo, mis ojos se llenaron de lágrimas inesperadamente al divisar, de pronto, la Catedral de Notre Dame.

Mientras yo me confesaba con el sacerdote de La Banda Oona comenzaba una relación sentimental con un joven alemán. No sé si es el mismo con el que finalmente, en 2002, quedaría embarazada antes de casarse. Las vagas referencias de su existencia durante esos años giran casi únicamente alrededor de sus viajes: como una adicción, volvía infaliblemente a Latinoamérica. Cada año viajó a Bolivia, México, Perú... al parecer el resto del tiempo se la pasaba juntando dinero para poder efectuar esos viajes, de gran valor para ella, durante las vacaciones.

Con Lucía, por tercera vez –la primera fue tres años después de la cárcel, la segunda con nuestro abandono de la Stiftung– debimos reconocer que nos era imposible establecer una pareja armónica. Terminamos por suspender completamente nuestras relaciones sexuales, en 1998, momento en el que habían disminuido ya casi hasta la extinción.

Por mi parte escribí más novelas, me debatí sin poder publicar las más largas, pero fue posible ver la edición de dos de mis libros más queridos. Tuvimos prosperidad

económica y la manejamos con mesura, compartiendo siempre lo mejor que pudimos con los más necesitados. Hacia 1999 la prosperidad se acabó, pero seguimos tratando de mantener un buen nivel ya adquirido, siempre bajo el principio de “nuestras hijas primero”.

El día 18 del primer mes en el tercer milenio, apareció un mensaje en mi casilla de correo electrónico que decía:

“¡Hola Andrés! ¡Feliz 2000! He visto tu dirección en la Internet. Es demasiado tiempo que no sé nada de vos. ¿Puedes contarme algo, quizás?”

Era Oona.

Ya en 1998 había recibido un e-mail sospechoso, de alguien que firmaba como “Andrea”. Su redacción era la típica de los extranjeros que aprenden nuestro idioma. Me preguntaba “qué música nueva está saliendo Santiago”, para terminar “Desde acá se extraña mucho el Sur”. Uno de los *cassetes* que me enviara de regalo, cuando aún no habíamos cortado nuestra comunicación, precisamente había sido la banda musical de la película Sur. Ella fue a ver la película, como hacía con casi todas las argentinas o de Latinoamérica que estrenaban en Alemania. Es evidente que aquel primer viaje de 1988 a nuestra cultura había calado muy hondo en su corazón.

A partir de este mensaje, pues, hasta el 2002, mantuvimos intercambios esporádicos, a través del e-mail –medio al que parecía adecuarse con dificultad. Ella parecía desconfiar de mí: percibía un cierto rencor suave por debajo de sus textos, siempre muy breves. No puedo –sería irresponsable además– determinar cuáles fueron los sentimientos que la llevaron a reiniciar esta comunicación luego de tanto tiempo. ¡Habían pasado 12 años ya desde que nos conociéramos! En un tramo de este intercambio, extremadamente sucinto, me confesó que estaba muy deprimida. Era invierno allá –muy crudo según sus palabras– me habló de su noviazgo –convivencia–, al parecer frustrante al momento de escribirme, de sus viajes anuales a México, los cuales, en apariencia, tampoco le daban finalmente lo que andaba buscando.

Pero, ¿qué buscaba? ¿Qué busca? No lo sé. Tal vez nunca lo sepa. Pues nuestra relación tuvo por fin una resolución específica. En septiembre de 2002, respondiendo a una nota donde le pedía mayores precisiones sobre su existencia personal, ella me escribió que esperaba un bebé... y por causa de ello, se había casado, con un alemán. Algún tiempo después, y también por pedido mío, me envió una foto... se veía que él es un muchacho muy alto.

Más tarde –no recuerdo ya si como uno o dos años después–, también por insistencia mía me envió otra foto, esta vez en México, con su niño ya crecido.

Su resistencia a compartir fotografías, y ciertos datos íntimos deslizados por Oona –que prefiero no revelar–, me hicieron sospechar que con su marido habían ingresado a una asociación de brujos toltecas. Quienes prohíben compartir fotografías personales, ya que consideran a estas como instrumentos de manipulación exterior.

Como ninguna de las fotos enviadas poseían la suficiente claridad, pues, las borré.

Capítulo 19: NOUÉ

Aquel niño se nos acercó precisamente cuando bajamos las gradas y nos enfilábamos con mis hijitas por el pasillo angosto que llevaba a la salida. El circo estaba lleno de niños, pero aquél se vino derecho a mí, como fascinado. Estiró la mano y me tocó la cara, parecía que algo en ella brillaba, semejante al uranio en la oscuridad; la acción del niño fue como la de quien trata de tocar un banco de niebla o un reflejo. Qué brillaba en mí no lo sé. No puedo olvidar esa situación pues tampoco tengo cómo explicarla, aunque pensé en ella muchas veces. El dolor de la partida de Oona, esa elección a que me había visto cruelmente sometido pero que resolví...

satisfactoriamente... gracias a Dios, los quebrantos cotidianos a que me sometía una existencia llena de pruebas, pruebas pequeñas pero lacerantes, cierta mediocridad que envolvía mis asuntos exteriores mientras mi alma volaba y caía ensangrentada una y otra vez, gestaba quizás un ser atravesado por las espinas de las horas, los minutos y los días pero insuflado de una creciente luz que iba surgiendo de aquellos vuelos poco a poco más altos, más serenos, del fénix que resucitaba reproduciéndose en imágenes semejantes, más sutiles, menos graves.

Contar lo objetivo sería algo muy difícil en estos casos. Recuerdo que una tarde cuando caminaba con Lucía por una vereda de la calle La Plata desde la vereda de enfrente me dijo Irene que tenía un sobre para mí en la librería. Un poco porque supuse una de las invitaciones a esos actos “culturales” otro poco por la aversión que Lucía sentía por Irene apuré el paso y casi descortésmente contesté sin detenerme que ya pasaría por allí. No lo hice por varios días. Cuando fui, como dos semanas después, mi corazón palpitó en falso al reconocer en el sobre la letra de Oona. Adentro había sólo una postal. No recuerdo lo que decía, además de “voy a estar allí el 15 de abril, me quedaré cuatro semanas y quiero encontrarme contigo”. Me quedé helado. Era 13 ya. ¡Pasado mañana!

Una especie de temulencia me agarrotó por dentro. Después que había logrado encaminar nuestras vidas por un curso gris, despojado de todo sobresalto y de todo color pero más soportable que la horrible inestabilidad familiar que había dejado el extenso episodio anterior, ella volvía... ¡de Alemania! Demasiado lejos para que esto continúe, habíamos pensado los dos, al despedirnos. Aquella noche tersa y tensa, durante la cual muchas veces sorbíamos nuestras lágrimas, donde pretendíamos también sorber con desesperación lo que por inexperiencia, prejuicios, especulación, miedos, repugnancia a una situación inusual, habíamos rechazado, maldiciendo nuestra mora anterior y devorados por los minutos que se iban y la luminosidad inexorable del alba que avanzaba y en este caso temíamos cual vampiros porque nos alejaba, definitivamente –creíamos–; la última noche, la única en que fuimos capaces de decirnos con convicción definitiva “te quiero...”, ahogándote con las lágrimas me

decías “te quiero”. Oona. Te quedaste asomando tu cara a la puerta los ojos y la nariz se te habían puesto colorados tus azules ojos tan claros se alejaban el que me lleva dentro subiendo a la camioneta con Mércuri y atrás cargando a nuestro perro Facundo –ladraba, también despidiéndose, también para no volver–, tu pelo como el oro más fino, tan suave como jamás toqué pegándose en el rostro mojado tus labios rojos carnosos temblando temblando y yo debía fingir normalidad y conversar con Mércuri, en el acto me salió sobre el labio superior una erupción, una raya roja como una serpiente que me subía hasta la nariz.

Ariel Doria se había peleado conmigo por mis críticas a la SADE. En el bar de los Cabezones él me había dicho: “estoy cansado de ser un boludo utopista y francotirador, ahora voy a entrar en esta comisión a tratar de modificar las cosas de adentro”; yo le pregunté: “¿Qué puesto te dan?”, “Vocal”, me dijo. Yo le dije, “Ariel, vocal, con toda tu trayectoria, no mereces ésto... además te van a utilizar, no vas a cambiar un carajo, esto es una ilusión, no participes”. No me escuchó. Más tarde yo denuncié públicamente de fraudulenta a la SADE y él se enojó. Algún tiempo después de que él me había acusado de faltar a la amistad y yo le había dicho indignado que ya no me importaba una amistad así él se había ido apaciguando, y poco a poco volvió a hablarme. Una tarde en Kausay –donde yo trabajaba por un sueldo pequeñísimo pero solventaba al menos la comida de mis hijas– me dijo que le habían encontrado “una piedrita” en un riñón, le contesté en broma “vete haciendo el testamento”, pero después me arrepentí porque efectivamente se murió en menos de un año. Uno de los últimos días, cuando ya estaba solamente postrado, me llamó por teléfono su esposa brasileña para decirme que Ariel quería verme, que al único tipo en el mundo que quería ver era a mí y eso era importante pues estaba tan mal que esa misma noche podía morir, dijo preocupada y llorando, yo trabajaba en el diario en ese tiempo, eran las 7 y media de la noche, invierno, afuera estaba oscuro y ya había pasado lo de Pascua y efectivamente fueron los últimos días de Ariel. Lo que había pasado era que Oona había venido, aterrorizado al principio yo no había querido verla, me negaba a

encontrarme con ella y así transcurrieron muchos días y ella aquí, en Rodeo, con otros alemanes, apiñada en una casita redonda que había sido en otro tiempo la de Jörg Kolschröder.

Yo había estado pensando y trabajando todos esos días en la edición de los suplementos culturales y ellos salían impregnados de esos sentimientos extraños que nos separaban o unían fluctuantes. Escribía sobre la Ununa, cierto espectro perezoso, pálido y lánguido, que supuestamente andaba apareciendo por la zona de Rodeo, y ella creyó que la aludía –pues además Schmergen, que no la quería bien, para suscitar su dolor le decía que yo estaba burlándome–; en Rodeo una mujer pasando por la calle le había espetado “mejor te vas a tu país antes de venir aquí a quitar maridos”, de todo eso yo no sabía nada aún pero sentía el dolor, la tensión de esos días y la grisura, jueves santo, viernes, me había hecho avisar con mi mediohermano que el sábado por la noche vendría y quería verme, pero cómo salir sin despertar las sospechas de Lucía, yo no salgo nunca de noche. Decidí no salir; aún esa noche fue Pío a casa y cuando consiguió estar a solas conmigo me preguntó: “¿Y?, ¿vas a ir?”. No, le dije. “¿Qué le digo?”, preguntó susurrando. “Que no puedo. Que es inútil, no vamos a poder vernos esta vez”, dije. En realidad estaba abrumado, y no sé cómo podía soportarlo. Uno de esos días se suscitó una pelea horrible con Lucía, porque ella había ido a ver al conjunto Markama sin avisarme, llevándose a las chiquitas. La cuestión es que cuando regresé del trabajo, encontré la casa vacía y pensé que se había ido para siempre, llevándose a las chiquitas. No comí y hasta alrededor de las dos de la madrugada, en que volvieron, estuve angustiado, en una feísima duermevela, y de tan malhumor que le grité y cuando ella me contestó con un desplante verbal le pegué. Una sola cachetada, pero tan fuerte –o eso me pareció– y delante de mis chiquitas, que en el acto sentí una angustia insostenible casi hasta el punto de desmayarme. No me desmayé pero prometí en silencio no volver a hacerlo nunca más. Por suerte lo cumplí; pero aquello ya estaba hecho, y hasta el día de hoy me causa vergüenza.

Esa misma noche que debía encontrarme con Oona y había decidido no ir. No sentía dolor, ni pena, sólo una espantosa indiferencia. Veía los sucesos como puede hacerlo un pequeño animal perseguido desde el hueco en una colina. Me salieron estigmas en una mano y en un pie. Estaba leyendo en la habitación donde dormía solo como siempre un libro de Eliphas Levi alternándolo con otro de los Rosacruces, cuando sentí una picazón en la palma de la mano izquierda. Me rasqué pero al hacerlo vi que en el mismo medio de la palma tenía un punto rojo, como un absceso. Era una pequeña, rara herida, de donde manaba un hilito de sangre. Más tarde fui a bañarme y vi que tenía el mismo tipo de herida sobre el empeine del pie izquierdo. Esas llagas duraron tres días, coincidiendo con el final de la Semana Santa. Luego desaparecieron sin dejar huella.

Verdaderamente estaba agobiado. Hacía poco que había comenzado a trabajar en el diario –unos tres meses–, algunos aspectos del trabajo aún me costaban (particularmente las entrevistas políticas, u otras notas que debía hacer además del suplemento). Una tarde, como a las seis, estaba particularmente atareado cuando me dijeron por el teléfono interno que me buscaban en la puerta. Con la cabeza en otra cosa pero suponiendo que sería alguno de esos frecuentes “colaboradores” voluntarios trayendo alguna de sus “poesías”, salí. Allí estaba Oona. Nos saludamos un poco torpemente por la turbación, y la hice pasar. En esos tiempos el programa “Estudiar con el Diario” ocupaba un rinconcito al costado de la escalera que lleva al archivo. Como no había nadie allí, la invité a entrar y cerré la antigua puerta. Escritorio de por medio, atribulados, estremecidos por los sentimientos, conversamos. Yo estaba acuciado por dos condicionamientos perentorios: por un lado, Lucía había decidido salir al centro justamente esa tarde y, aunque jamás viene a mi trabajo salvo que yo se lo pida, sentía terror de que se le ocurriera hacerlo (tiempo después, en una discusión, ella me espetó: “la vi de lejos a esa perra alemana, se metió corriendo a la librería de

tu amiga Irene, se cagó, porque sabía que si se acercaba la iba a reventar”). Por otro lado, Pandolfi me había encargado un artículo bastante extenso que debía hacer “ya” pues tenía que salir mañana. Ella me reclamó allí por mis chanzas en ciertos bocadillos semanales que publicaba con el nombre de “El arte de las Calles”. Como decía que se trataba de una mujer muy rubia y ella era la única que había en Rodeo, los vecinos la chanceaban. Comprendí su fastidio, pero le aseguré que no había la menor alusión a ella... era una especie de chiste pergeñado sobre la cantante sueca Roxette, que en ese momento actuaba en Buenos Aires... al contrario, yo la amaba tanto... no se lo dije, tal vez debería habérselo dicho, pero creo que Oona lo sintió; en ese momento llegó Rita, la secretaria; nos miró con cierto asombro pero no quiso ocupar su escritorio y con exquisita amabilidad subió al archivo para dejarnos solos. Oona quería conversar un rato conmigo y yo le dije que viniera a las ocho de la mañana del día siguiente. No podía (no sé que compromiso había asumido); finalmente lo dejamos para el siguiente (jueves 14, lo cual me permite discernir que la tarde del reencuentro fue entonces la del 12, el 12 de mayo de 1992). Reencuentro breve, tenso, encadenados por este campo de concentración de los prejuicios, los compromisos forzados, rodeados por los alambres erizados con las púas del temor, el cansancio, la culpa por los errores cometidos durante toda una vida llenándonos de prevenciones contra nosotros mismos; reencuentro estremecido, enervados igual como en la despedida, hacían dos años y medio ya, temblando por los nervios y el desgaste de esos días, ella fumando un cigarrillo tras otro; reencuentro doloroso pero con los corazones llenos de ese amor que sobrenadaba aunque quisiéramos ahogarlo.

Ella apareció a las 8 y 10 y estuvo un momento compungida por los diez minutos de tardanza; aunque había salido a las cinco de la mañana de Rodeo no había conseguido un colectivo que llegara antes. Yo fui un momento al baño y cuando regresé encontré una escena extraña y linda. Había llegado Ramón Buitrago y estaban, Ramón y Oona, mirándose con los ojos muy abiertos, asombrados el uno del otro, ella en mi escritorio

él en el suyo separados por algunos metros y de frente; me encantó esa escena con aquel muchacho de tez oscura y armónicos rasgos negroides y la muchacha con cabellos de oro luciente y ojos de un azul clarísimo, brillantes, mirándose fijamente, como fascinados el uno por el otro (en el acto se me antojó hacer un afiche para la UNESCO, broma interior, no quise bromear con Oona porque estaba muy sensible). Recién al salir ella me preguntó humildemente si no me molestaba ir a un bar para tomar algo pues no había desayunado y yo me di cuenta de que estaba transida por el frío, su rostro y las manos casi como un papel; sentí otra vez culpa y pena (lo digo porque podría haberla invitado a tomar algo en la cantina del diario pero no lo hice por miedo y también porque sabía que estaba así debido a todas las incomodidades que había debido soportar por mí). Pero no encontrábamos un bar, dimos vueltas por la Roca hasta la Jujuy y desde allí hasta la 9 de Julio, preguntamos en una pizzería pero no servían café, hasta que al fin terminamos metiéndonos en un incómodo barcito para médicos y enfermos al lado del sanatorio Norte. Allí, al lado de unos tipos que nos miraban de arriba a abajo, ella se atrevió a preguntarme luego de un rato de conversación: “¿Pero cómo puedes soportar el vivir así?” (refiriéndose a mi hostil convivencia con Lucía), y yo le contesté: “Por mis hijas; debo soportar cualquier cosa, por mis hijas; ya lo intenté y no puedo irme, no puedo irme. Voluntariamente he renunciado a la libertad” *.

(Siempre estoy pensando que ya tuve la oportunidad de enamorarme, primero con Laura luego con Oona y mi ciclo vital en este sentido quedó cancelado. Ambas fueron experiencias tan intensas –aunque la primera apagada, cerrada en sí misma aun antes de la muerte de Laura mientras que la segunda inconclusa, palpitante como una herida en un costado del corazón, pero me digo también si no serán ilusiones, malabarismos de los sentidos, excitados por la velocidad de los acontecimientos.)

Más tarde fuimos a caminar por el parque. Como si voláramos nos introducimos por los caminos de laja entre las frondas reverberantes de sol. El sol se insinuaba dulcísimo desde la costanera por entre las hojas oscuras de los chopos, los sicomoros, los eucaliptos; por los costados, los alambres tejidos guardaban monitos, serpientes,

cabras, tortugas; los hombres rudos que comenzaban a barrer hojas secas con escobas artesanales nos saludaron con sorpresa amable; había alegría en sus ojos, ¡cómo alegra ver a dos enamorados!; éramos felices, y hacíamos felices a quienes nos miraban...

Caminamos hasta encontrar un banquito recoleto, en una bajante muy cerca del costado final del zoológico, junto a la acequia que limita del verde ascenso hacia la avenida de circunvalación y el río. Bajo de un árbol me preguntó por cierta foto que había salido en uno de mis libros, que ella llevara a una editorial alemana. Casualmente la tenía allí, se la mostré. Oona contempló la foto con mucho cariño, “Si te sobra una, puedes dármela”, me dijo, pero no se la di; era la única que tenía. Como de tantas cosas luego me arrepentiría, sintiéndome estúpidamente mezquino. Pero le había preparado una copia del video sobre la presentación de ese libro.

No sabíamos qué hacer. No sabíamos qué decir. Entonces nos besamos. Larga, dulcemente, nos besamos. Sentí sobre mi rostro nuevamente sus lágrimas. Por arriba transcurrían los autos. Le pedí que me dejara cortar un mechoncito de sus queridos cabellos, lo hice con un poco de brusquedad y a ella le dolió. Pero se prestó con dulce sumisión a esa molestia. Por esos tiempos yo estaba estudiando un poco de magia y quería hacer sortilegios con su pelo para que no me olvidara y de hecho más tarde los hice, pero enseguida me preguntaba ¿para qué? Ni siquiera sé lo que va a ser de mi vida hoy.

Estuvimos allí hasta cerca de las diez de la mañana, entonces sugerí que debíamos volver. Regresamos por otro camino pisando las hojas doradas, ella estaba feliz, lo noté... yo también. Al salir por un angosto sendero Oona se agachó para tomar agua desde una canilla en el suelo... llevado por la inercia caminé unos pasos más, luego me volví... justamente para encontrar su figura larga que se extendía hacia mí echándome agua con la mano para hacerme una broma... un instante este movimiento bellísimo quedó suspendido con lentitud contra la cortina de árboles, entre cuyas hojas filtraban espadas de sol... las gotas avanzando lentamente hacia mí y transparentando el sol, ella desenvolviéndose graciosamente en un paso de baile avanzando con su torso y su

mano derecha hacia mí, su pelo a través de las gotas, entre un as de luz... su sonrisa... su amor... éramos felices, oh qué felices fuimos en esos extensos segundos.

Caminamos luego contándonos chistes por el angosto sendero que pasa frente a la Industrial, yo me subí al cordón mientras nos acordábamos de sucesos chistosos de nuestro pasado común... recordé una noche en que, mientras trataba de escalar la ventana de la habitación donde dormía Oona salió un tipo y se puso a mear... de repente levantó la cabeza somnolienta y me vio... ¡se quedó desconcertado! Durante unos largos segundos estuvo dudando, con el pito en la mano acerca de qué hacer... los dos mirándonos; yo sin dejar de subir, llegué al ancho alfeizar... entonces el tipo resolviendo de golpe, como quien espanta un ensueño con un manotazo, se dio vuelta bruscamente y entró. Nos reímos de la anécdota que compartíamos por primera vez.

Cuando llegamos a la esquina de Libertad y 25 de Mayo venía un auto lujoso desde el norte... nos detuvimos en la esquina... pero el hombre que guiaba –alto, maduro– nos miró como sorprendido, y con un gesto de respetuosa cortesía, detuvo el vehículo en medio de la esquina para dejarnos pasar... nos miraba como asombrado... ¡brillábamos!...

Al llegar a la puerta nos despedimos. Con un abrazo. Oona me dijo “Te quiero... –susurrando después: –¡mi *eterno* amigo!...”

Subí a la sala de dibujo donde por entonces armábamos los originales del suplemento cultural, del cual prefería ocuparme personalmente. Era una tarea artesanal, había que pegar imágenes y textos en una plantilla que luego sería fotografiada, y con su negativo harían una plancha, para imprimirla por miles después, ya sobre el papel. Estaba tan soliviantado por los sentimientos que mi cuerpo parecía flotar. Abismado, me puse a trabajar en la página que interrumpiera la tarde anterior, entonces noté que por una casualidad la semana anterior Ariel Doria me había dado un poema que como estaba en su lecho de muerte yo quería publicar inmediatamente (además no abundan los poetas en Santiago); la leí y nuevamente el corazón me dio un salto... ¡parecía hablar de nosotros! “Hoy, jueves...”, decía... ¡y era precisamente jueves!... Hoy, jueves, /...no sé si te quedaste conmigo/o si yo salí contigo... **

Noté que tenía el cuerpo como insensibilizado, me sentía incorpóreo, un puñado de energía evanescente, pugnando por desintegrarse, sin masa... no expresaba nada, posiblemente, hacia el exterior, estaba como sumido en esa maraña voltaica en que me había convertido... tenía el rostro ardiente... me quedé allí, armando la página cultural y escuchando música a un volumen muy alto –para que nadie me hablase– hasta el mediodía.

* Sin embargo... sin embargo... Creo que constantemente he estado haciendo esfuerzos para amar a Lucía. Seguramente insuficientes, pues no solamente jamás conseguí suscitar en mí esa espontaneidad necesaria al amor de pareja, tampoco logré hacerla verdaderamente feliz con cierta constancia. Sí, debo felicitar me por haber logrado su sonrisa o cierta felicidad en muchos momentos, esto es justo. Ello era mi propósito deliberado. Varias veces me cuestioné acerca de esta actitud, diciéndome que era una especie de actuación teatral y por lo tanto mentirosa. Sin embargo, dependía de su eficiencia la estabilidad emocional de nuestra familia. ¿Puedo buscar mi propia felicidad si con ello pongo en peligro la de mis hijas? (Además, ¿no será esto el verdadero amor? ¿Acaso no es el amor la absoluta voluntad de darse, sin importar las aspiraciones o falta de ellas que puedan existir en nuestro interior?, me preguntaba.) Rudolf Steiner dice que las impulsiones de Lucifer actúan desde dentro de nosotros, llevándonos a desear ciertos objetivos que nos prometen satisfacción. ¿No será lo que llamamos “amor” (esa atracción ingobernable que sentimos por el sexo opuesto) tan sólo un engaño de Lucifer? Y el verdadero amor, la voluntad de hacer el bien y dar felicidad a quien se ha asociado con nosotros para construir una familia, a pesar de que no nos atraiga. Y ese mismo concepto, nuestro rechazo de la mujer con quien convivimos, quizá sea sólo una excusa para liberar los deseos más brutales y egoístas de un sentimiento de culpa. Tales eran algunos de los argumentos para sostener mi doloroso compartir la casa jornada tras jornada con Lucía. Pero ello tuvo sus frutos deliciosos, felices, durante la mayor parte del año 1995. Liberado de vínculos ocultos, aquel periodo quedaría en mi vida como un amanecer.

** ... La cuestión es que te estoy
hablando todo el tiempo con amor y
bronca por esta lluvia que no me deja
oír tu regreso...

Entresijos

Finalmente, Andrés se arrepintió con sinceridad. Sentíase un anciano, ya, a los 49 años. Una vez más, se arrodilló ante Dios y lloró. Comprendió que todas las autojustificaciones –el desamor de Lucía, su soledad intelectual, la necesidad de obtener “alegrías” de la existencia cotidiana para continuar, eran sólo excusas para ocultar su error. Lo cierto, era que había jurado ante Dios ser fiel. Y ser fiel significaba no únicamente perseverar en la convivencia y comprometerse activamente con el sostén económico de su familia. Sino también resistirse a cualquier placer exterior que dañara los sentimientos de la mujer con quien se había propuesto convertirse en *una sola carne*, durante su vida terrenal.

Por otra parte, había cambiado su concepción del amor. Había llegado a comprender que *enamoramiento* no es sinónimo de amor. Sino un sustituto engañoso, promovido por la atracción corporal, por ciertas ilusiones, o veleidades temporales. Mientras los sentimientos que él ahora recuperaba hacia su esposa, el ansia de reconciliación, la revaloración de todas sus virtudes personales, eran el *verdadero amor* de pareja. Tarde. Quizás ya no podrían reconstruirlo. Su esposa se había cerrado definitivamente a esta posibilidad –al parecer.

Andrés no habló del tema con Lucía. Le pareció que la sola acción de intentar conversarlo agregaría una ofensa más. Y podría lastimarla de un modo adicional. Por ello, en silencio, se reprochó, agudamente, lo que ahora consideraba un grave error. Proponiéndose compensar el daño causado con atenciones, amabilidad, regalos puntuales en sus cumpleaños y cualquier otro esfuerzo a su alcance. Aparte de ello, a los 50 años –10 luego de la partida de Oona– efectuó en secreto un voto de castidad.

Paulatinamente, la historia fue disolviéndose de su memoria racional, como algo que pudiera haber ocurrido en un tiempo muy lejano. O, incluso, en una dimensión paralela. Para terminar incorporándose, quizá desdibujada, como energía cósmica, a los entresijos infinitesimales de una *materia oscura* en el Universo.

